COLECCIÓN UNIVERSAL

R. DOZY

Historia de los musulmanes de España

hasta la conquista de los Almoravides

TOMO II

La traducción del francés ha sido hecha por Magdalena Fuentes.



MADRID-BARCELONA
MCMXX

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

LIBRO SEGUNDO

LOS CRISTIANOS Y LOS RENEGADOS

I

Hasta aquí los vencedores han atraído exclusivamente nuestra atención; ahora les toca el turno a los vencidos. Indicar las circunstancias que facilitaron a los musulmanes la conquista de España; resumir, a grandes rasgos, la historia de esta conquista; exponer la situación en que quedó la población cristiana y la influencia que ejercieron los vencedores sobre una clase tan infortunada como numerosa, la de los esclavos y los siervos; referir al detalle la larga y tenaz resistencia que todas las clases de la sociedad—lo mismo los cristianos que los renegados, los hombres de la ciudad y los montañeses, los ricos propietarios y los esclavo manumitidos, los monjes santamente fanáticos y aun las mujeres inspiradas y valerosas—opusieron a los conquistadores, cuando una generación más fuerte sucedió a la generación enervada de comienzos del siglo VIII, tal será el objeto de esta parte de nuestro trabajo.

En el momento en que la península atrajo las codiciosas miradas de los musulmanes, era harto débil, harto fácil de conquistar, porque su sociedad se hallaba en una situación deplorable.

El mal databa de lejos. Durante el reinado de los últimos Césares, España, como provincia romana, ofrece el mismo doloroso espectáculo que las demás comarcas del Imperio. "De todo lo que en otro tiempo poseía no le queda más que su nombre", dice un autor del siglo V (1). Por una parte, se ve un corto número de ricos que poseen dominios inmensos —latifundios—; por otra, una multitud de burgueses arruinados, de esclavos y de siervos. Los ricos, los privilegiados, los "clarísimos", en una palabra, todos aquellos que durante el imperio habían ocupado las principales magistraturas o recibido del príncipe solamente el título honorario de dichas magistraturas, estaban exentos de las cargas que pesaban sobre la clase media. Vivían en el seno de la molicie y de un lujo desenfrenado, en soberbias quintas, a orillas de un hermoso río, al pie de una risueña colina plantada de viñedos y olivares, repartiendo el día entre el juego, los baños, la lectura, la equitación y los banquetes. Allí, en salas cuyos muros estaban cubiertos de tapices pintados o bordados de Asiria y de Persia, los esclavos colmaban la mesa, durante las comidas, de los manjares más exquisitos, de los vi-

(1) Salviano, *De Gubernatione Dei*, l. IV, p. 60—ed. de Brema, 1688—.

nos más selectos, mientras los invitados, tendidos sobre lechos de púrpura, improvisaban versos, escuchaban conciertos o contemplaban a las danzarinas (1).

La vista de esta opulencia sólo servía para contristar la miseria de la mayoría, por un aflictivo contraste. La plebe de las ciudades, el populacho que promovía tumultos, no era ciertamente muy digno de lástima, pues, como le temían, le cuidaban, le alimentaban con distribuciones gratuitas, a expensas de otros ciudadanos, o le envilecían con espectáculos bárbaros y groseros; pero la clase media, la de los curiales, pequeños propietarios, que habitaban las ciudades y estaban encargados de la administración de los asuntos municipales, había quedado reducida, por el fisco romano, a la más profunda miseria. El régimen municipal, destinado a servir de salvaguardia contra la tiranía, se había convertido a la vez en instrumento y víctima de todas las opresiones. Constantino había agotado la principal fuente de riqueza de las ciudades, de los Municipios, apoderándose de sus propiedades en el mismo momento en que los gastos municipales se acrecentaban con el aumento de la miseria pública; y,

(1) Véanse los pasajes de Sidonio Apolinar, citados por Fauriel, *Historia de la Galia meridional bajo la dominación de los conquistadores germanos*, t. I, p. 387 y sig. No poseemos noticias del modo de vivir de los magnates españoles de esta época; pero todo induce a creer que sería muy semejante a la de los señores de las Galias.

sin embargo, los miembros de la curia, es decir, todos los vecinos de una ciudad, dueños de una propiedad territorial de más de veinticinco arpentas (1), y que no pertenecían a la clase de los privilegiados, debían suplir con su dinero la insolvencia de los contribuyentes. Los curiales no podían romper esta solidaridad, porque era originaria y hereditaria; estaban en cierto modo ligados a la gleba, porque no podían enajenar sus tierras sin permiso del emperador, el cual, por considerarse como el dueño efectivo de todo el suelo del imperio, no veía en sus súbditos más que usufructuarios. Con frecuencia, los curiales, en su desesperación, desertaban de sus puestos y emigraban de las ciudades para alistarse en el ejército o para entregarse a la servidumbre; pero el gobernador, con sus ojos de lince y sus brazos de hierro, raras veces dejaba de descubrirlos, y entonces los reincorporaba por fuerza a la curia; si no lo conseguía, los sustituía por hombres envilecidos, por bastardos, por herejes, por judíos, por delincuentes, porque la dignidad curial, en otro tiempo honrosa y privilegiada, se había convertido en una desgracia y en un castigo (2).

El resto de la población estaba formado por colonos o esclavos. La esclavitud agrícola no había desaparecido; pero desde los comienzos del

(1) La *arpenta* equivale a media fanega castellana.—(N. de la T.)

(2) Véanse los trabajos de MM. Savigny, Giraud, etc.

período imperial, el colonato se había formado, en parte, por el empobrecimiento y la profunda miseria de la población libre de los campos, y, en particular, por el mejoramiento de la condición de los esclavos agrícolas. Era una posición intermedia entre la libertad y la servidumbre. No habiéndose regido en un principio más que por la costumbre o el contrato, desde Diocleciano, el colonato se había convertido en una cuestión de orden público, en un interés del Estado, en un objeto de preocupación constante para el gobierno, obligado a proporcionar, a todo trance, agricultores para los desiertos campos y soldados para el ejército. Entonces surgieron su organización, su vigilancia y sus leyes. En cierto sentido, los colonos que entregaban al dueño de la tierra que cultivaban una porción determinada de los productos de la misma tenían una posición mejor que los esclavos; contraían verdadero matrimonio, cosa imposible para éstos; podían poseer como propietarios y el dueño no podía arrebatarles sus bienes, estándoles tan sólo prohibido enajenarlos *sin permiso* del patrono. Además, la ley les asignaba distinta consideración que a los esclavos. Pagaban al Estado una contribución personal, y estaban sujetos al servicio de las armas. Sin embargo, se les infligían castigos corporales, como a los esclavos, y no podían ser manumitidos. Esclavos, no de hombre, sino de la tierra, estaban ligados al campo que cultivaban por un vínculo hereditario e indisoluble; el propietario

no podía disponer del campo sin los colonos ni de los colonos sin el campo (1).

Una clase más desgraciada aún era la de los esclavos, que se vendían o regalaban como un buey o un mueble. Su número era inmenso comparado con el de los hombres libres. "Una vez—dice Séneca—se había propuesto en el Senado dar a los esclavos un traje distintivo; pero esta proposición no fué adoptada; se temía que nuestros esclavos se pusieran a contarnos." En el reinado de Augusto, un liberto, cuya fortuna había sufrido grandes pérdidas en las guerras civiles, poseía, no obstante, más de cuatro mil esclavos, y en los últimos años del imperio su número parece que aumentó en vez de disminuir. Un cristiano de las Galias poseía cinco mil, y otro, ocho mil (2). Eran tratados con tan implacable rigor que, a menudo, el dueño condenaba a recibir trescientos azotes al servidor que le hacía esperar el agua caliente (3). Y lo que estos desdichados tenían que sufrir de sus dueños no era nada comparado con las crueldades de sus compañeros encargados de vigilarlos (4).

Para sustraerse a la tiranía de los dueños, de los propietarios y del gobierno, los curiales, los colonos y los esclavos sólo podían aceptar una

---

(1) Giraud, *Ensayo sobre la historia del derecho francés en la Edad Media,* t. I, p. 147 y sig. Consúltense también los trabajos franceses y alemanes que cita este autor.

(2) Véase Pignori, de *Servis,* en el prólogo, en Polenus, *Utriusque Thesauri antiquitatum nova supplementa,* t. III.

(3) Ammiano Marcelino, XXVIII, 4, 16.

(4) Salviano, l. IV, p. 58.

resolución: internarse en los bosques y hacerse bandidos, bagaudas, como se decía entonces. Viviendo en los bosques cual los hombres primitivos, hacían expiar a sus opresores los sufrimientos que habían soportado, saqueando sus soberbias quintas; y cuando un rico tenía la desgracia de caer en sus manos, sabían hacer justicia pronta y terrible (1). A veces, muchas de estas bandas se reunían en una sola, y entonces no se limitaban al robo, sino que amenazaban a las ciudades y a la sociedad misma. En las Galias, durante el reinado de Diocleciano, los bagaudas adoptaron una actitud tan amenazadora que fué preciso enviar contra ellos un ejército numeroso, capitaneado por un César (2).

Una sociedad corroída por tantas miserias tenía que desplomarse al primer choque de una invasión. Las masas se preocupaban poco de verse oprimidas, estrujadas, azotadas por los romanos o por otros dominadores. Tan sólo los privilegiados, los opulentos terratenientes, estaban interesados en mantener aquel estado de cosas. Profundamente corrompidos, gastados por el libertinaje, la mayor parte habían perdido toda ener-

---

(1) Salviano, l. V, pp. 91, 92; *Querolus*, acto I, esc. 2, vs. 194-208—p. 55, ed. Klinkaamer—.

(2) Consúltense los textos citados en el tomo I de los *Scirpt. rer. francic.*, de D. Bouquet, pp. 565, 572, 597, 609. Cierto que sobre la existencia de los bagaudas en España sólo tenemos testimonios anteriores a la invasión de los bárbaros; sin embargo, me inclino a creer que existían ya antes de esta época, porque Idacio, escritor del siglo V, que es el primero que habla de ellos, no parece considerar como cosa reciente su existencia en España.

gía. Sin embargo, cuando nubes de bárbaros vinieron a descargar sobre las provincias romanas, algunos de ellos realizaron actos de patriotismo, de egoísmo si se quiere. Los nobles de la Tarraconense intentaron, aunque sin éxito, detener el avance de los visigodos (1). Durante el reinado de Honorio, cuando los alanos, los vándalos y los suevos, después de cruzar el Rin, pasaron las Galias a sangre y fuego y amenazaron a España, mientras los habitantes de este país esperaban que se decidiera su suerte con fría indiferencia y tranquilidad imperturbable, sin hacer nada para conjurar el peligro, dos hermanos ricos y nobles, Didimio y Veriniano, armaron a sus colonos (2), y apostándose con ellos en los desfiladeros del Pirineo, impidieron a los bárbaros penetrar en España, ¡tan fácil era de defender! Pero cuando estos dos hermanos cayeron prisioneros y fueron descapitados por el anticésar Constantino, cuya autoridad se habían negado a reconocer; cuando el mismo Constantino confió la defensa de los Pirineos a los honorianos, es decir, a una de esas bandas de bárbaros que Roma había tomado a su servicio para oponerlas a los otros bárbaros; cuando los honorianos saquearon el país que debían librar de la invasión y, para rehuir el castigo merecido por este atentado, dejaron el paso libre a los bárba-

(1) Isidoro, *Hist. Goth.*, p. 493.
(2) *Servulus tantum suos ex propiis prædiis colligentes ac vernaculis alentes sumtibus*. Orosio, VII, 40.

ros que asolaban las Galias—409—(1), entonces nadie pensó en la resistencia. Al aproximarse los bárbaros, que avanzaban sombríos, arrolladores, inevitables, procuraron olvidar el peligro en las orgías, aturdirse en el delirio del libertinaje. Mientras el enemigo franqueaba las puertas de su ciudad, los ricos, ebrios y hartos de manjares, bailaban y cantaban; sus trémulos labios besaban los hombros desnudos de hermosas esclavas, y el populacho, como para acostumbrarse a la vista de la sangre y embriagarse con los perfumes de la carnicería, aplaudía a los gladiadores que se acuchillaban en el anfiteatro (2). Ni una sola ciudad hispana tuvo valor para sostener un asedio; por doquiera, como a impulsos de un conjuro, las puertas se abrían ante los bárbaros, los cuales entraban sin lucha en las poblaciones, las saqueaban y las incendiaban, pero no tenían necesidad de matar, y si lo hacían era únicamente por saciar sus instintos sanguinarios.

Fué un tiempo horrible. Aunque aquella generación repugna por su enervamiento, su corrupción y su cobardía, ¡quién no la compadece! El despotismo romano, por insoportable que fuese, no era nada en comparación a la brutalidad de los bárbaros. En la sabia tiranía de los Césares

(1) Orosio, VII, 40.

(2) Véase Salviano, l. VI, pp. 121-123. Puede aplicarse muy bien a los españoles lo que este autor dice de los galos, porque asegura que, en España, la corrupción de costumbres era aún mayor que en las Galias. Véase l. VII, p. 137.

había, al menos, cierto orden y hasta cierta medida; los germanos, en su ciego furor, derribaban, aplastaban sin discernimiento todo lo que hallaban al paso. Una desolación infinita descendía a las ciudades y a los campos. En pos de estos trastornos venían azotes quizá aún más tristes: el hambre y la peste; llegando a verse madres hambrientas que degollaban a sus hijos para alimentarse con su carne (1). Las Baleares, Cartagena y Sevilla fueron saqueadas por los vándalos (2), que, afortunadamente para España, emigraron al Africa—429—con el corto número de alanos que habían escapado a la espada de los visigodos; pero los feroces suevos, que se gozaban en el exterminio y la destrucción, permanecieron en Galicia y fueron dueños, durante algún tiempo, de la Bética y de la Cartaginense. Casi todas las provincias de España fueron sucesivamente teatro de sus estragos: la Lusitania, la Cartaginense, la Bética, la Tarraconense y la Vasconia. Un terrible desorden reinaba en estas dos últimas provincias; los bagaudas, acrecentados por una turba de colonos y de propietarios arruinados, esparcían el terror por todas partes. Enemigos jurados de Roma, fueron alternativamente enemigos o aliados de los bárbaros. En la Tarraconense, capitaneados por el intrépido y audaz Basilio, sorprendieron un destacamneto de bárbaros al servicio de Roma, en el momento en

(1) Idacio, *Chron.*, ad ann. 409 y 410.
(2) Idacio, *Chron.*, ad ann. 425.

que estaban reunidos en la iglesia de Tirazona, y los degollaron a todos, sin perdonar ni al obispo. Después, Basilio se unió con los suevos, saqueó los alrededores de Zaragoza y entró por sorpresa en Lérida, haciendo prisioneros a sus moradores. Cinco años después, los suevos se aliaron con los romanos para exterminar a los bagaudas.

Pero la provincia más asolada por los suevos fué Galicia, centro de su dominación, donde tenían su guarida. Allí saquearon y asesinaron, sembrando el exterminio durante más de sesenta años. Reducidos al último extremo, los infelices gallegos hicieron, al fin, lo que debían haber hecho al principio: tomaron las armas y se atrincheraron en sus fortalezas. A veces, tenían la suerte de hacer prisioneros; entonces se reconciliaban, canjeaban los prisioneros de una y otra parte y se entregaban recíprocos rehenes; pero pronto los suevos, rompiendo la paz, reanudaban el pillaje. Los gallegos imploraban, aunque sin gran resultado, el socorro o la mediación de los gobernadores romanos de las Galias o de las regiones de España aun sometidas a Roma. Al fin, otros bárbaros, los visigodos, vinieron a combatir a los suevos, y los vencieron en una sangrienta batalla, a orillas del Orvigo—456—. Para los gallegos fué esto un nuevo peligro, en vez de ser una liberación.

Los visigodos saquearon a Braga, y aunque no derramaron sangre, redujeron a la esclavitud a un turba de los habitantes de la ciudad, convir-

tieron en cuadras las profanadas iglesias y despojaron de todo a los eclesiásticos, hasta de su última vestidura. Y de igual modo que los habitantes de la Tarraconense se habían convertido en bagaudas, los habitantes de Braga y de sus inmediaciones se agruparon en cuadrillas de bandoleros. En Astorga, los visigodos fueron más implacables aún. En el momento en que se presentaron a las puertas de la ciudad, se hallaba ésta en poder de una banda de guerrilleros que pretendían combatir por Roma. Habiendo demandado y obtenido entrar en la ciudad como amigos, hicieron una horrible carnicería, redujeron a la esclavitud mujeres, niños y clérigos, entre los cuales se hallaban dos obispos; demolieron los altares, incendiaron las casas y devastaron los campos de los alrededores. Palencia corrió la misma suerte. Después, los visigodos fueron a sitiar un castillo no lejos de Astorga; pero la desesperación había devuelto el valor y las fuerzas a los gallegos, y la guarnición del castillo se defendió tan bien que sostuvo victoriosamente un largo asedio.

Habiendo vuelto los visigodos a las Galias, los suevos reanudaron sus rapiñas y atrocidades. En Lugo, una de sus bandas invadió de improviso la sala en que deliberaba el Concejo, que creía no tener nada que temer, por estar en la santa semana de Pascua; pero todos aquellos infelices fueron degollados. En Coimbra, otra banda violó el tratado que acababa de firmarse, y redujo los ha-

bitantes a la esclavitud (1). Por fin, los visigodos conquistaron poco a poco toda España, y aunque hubo que cederles las dos terceras partes del suelo, su dominación pareció suave comparada con los males que había habido que sufrir por los terribles suevos.

En medio de estas calamidades sin número y de este desconcierto universal, quedaba un grupo de hombres que no habían perdido nunca el valor, que habían visto sin gran sentimiento desplomarse el mundo antiguo y que, en cierto modo, preferían los bárbaros a los romanos, sus compatriotas. Era lo más escogido del clero católico la escuela de San Agustín. Desde el comienzo de las invasiones, estos sacerdotes se habían esforzado en atenuar las violencia de los conquistadores. Aceptaban un optimismo bárbaro en aquel océano de desdichas. Discípulo del obispo de Hipona, a quien dedicó su obra histórica, y contemporáneo de la invasión de los alanos, suevos y vándalos, el sacerdote español Paulo Orosio pretende que, cuando los bárbaros se hubiesen establecido en la península, después de repartírsela, tratarían a los españoles como aliados, como amigos, y en el tiempo que escribía—hacia el año 417—, había ya españoles que preferían ser pobres, pero libres, bajo el dominio de los bárbaros, a vivir oprimidos y abrumados de impuestos bajo el de Roma (2). Otro sacerdote que escribía vein-

(1) Véase Idacio, *Chronicon, passim.*
(2) Orosio, VII-41.

te o treinta años después, Salviano de Marsella, va mucho más lejos y es mucho más atrevido, porque lo que en Orosio no es aún más que el deseo de una débil minoría, según el sacerdote de Marsella es el voto unánime de toda la nación (1) Nada más contrario a la naturaleza de las cosas que semejante disposición de los espíritus, ni tampoco nada más falso. No; fuerza es decirlo en honor de la humanidad: el sentimiento de la dignidad nacional no se había extinguido hasta ese punto entre los súbditos de Roma, que, por otra parte, habían adquirido la triste y dolorosa experiencia de que hay un azote peor que el mismo despotismo. Demasiado débiles o demasiado cobardes para sacudir el yugo, al menos habían conservado en sus almas suficiente orgullo para odiar y detestar a los bárbaros. "Tú huyes de los bárbaros llamados malos; pero yo huyo hasta de los bárbaros llamados buenos"—escribe Sidonio Apolinar a uno de sus amigos (2), y hablando así, expresa el sentimiento nacional mucho mejor que los eclesiásticos, que se esforzaban en presentar la invasión como un beneficio divino. Pero los sacerdotes tenían excelentes razones para escribir como escribían. Primeramente no se lo impedía ningún sentimiento generoso. No sabían lo que era patriotismo, por no tener patria en la tierra, puesto que, para ellos, su patria era el cielo. Tampoco eran compasivos. El pillaje, el

(1) Salviano, l. V, p. 95.
(2) *Epist.* VII, 14.

mismo exterminio, apenas los conmovían. "¿Qué le importa a un cristiano que aspira a la vida eterna ser arrebatado de este bajo mundo de una manera o de otra en cualquier época de la vida?"—pregunta Orosio (1), después de haber confesado—indudablemente a pesar suyo—que los suevos y sus aliados habían cometido multitud de crímenes. Los intereses de la Iglesia eran su única preocupación, y en cada acontecimiento político no veían más que lo que podía favorecerla o perjudicarla. Como campeones del cristianismo tenían que refutar a los paganos y hasta a un gran número de cristianos que, poco firmes todavía en la fe, imputaban los inauditos desastres que herían al imperio al abandono del antiguo culto, diciendo que el cristianismo había acarreado la desgracia a la grandeza de Roma y que los antiguos dioses la habrían defendido mejor. Los sacerdotes respondían a estos impíos probándoles—como había hecho su maestro, el célebre autor de la *Ciudad de Dios*—que el mundo romano había sido desgraciado siempre y que las desdichas actuales no eran tan intolerables como se pretendía (2). Además, estaban bien convencidos de esta verdad: ideas nuevas como las cristianas requerían hombres nuevos. Entre los nobles romanos habían hecho pocos prosélitos. Cristianos en la forma, porque el cristianismo había

(1) VII, 41.
(2) Véase Orosio, en la dedicatoria; Salviano, l. VII, página 130, etc.

llegado a ser la religión del Estado; pero demasiado corrompidos para someterse a la austera moral que predicaba esta religión, y demasiado escépticos para creer sus dogmas, estos "clarísimos" no vivían más que para los festines, los placeres y los espectáculos, negándolo todo, hasta la inmortalidad del alma (1). "Prefiérense aquí los espectáculos a las iglesias de Dios—dice Salviano con santa indignación (2)—; se desdeñan los altares y se honran los teatros. Se ama todo, se respeta todo; sólo Dios parece despreciable y vil... Casi todo cuanto se relaciona con la religión es motivo de escarnio entre nosotros." Las costumbres de los bárbaros no eran más puras; los sacerdotes se veían obligados a confesar que eran tan injustos, tan avaros, tan embusteros, tan codiciosos, en una palabra, tan corrompidos como los romanos (3); porque se ha dicho, con razón, que existe singular analogía entre los vicios de las decadencias y los vicios de la barbarie. Pero, a falta de virtudes, los bárbaros, al menos, creían cuanto sus sacerdotes les enseñaban (4); eran devotos por naturaleza. En el peligro sólo esperaban auxilio de Dios. Antes de la batalla oraban sus reyes con el cilicio puesto, de lo cual se habría reído un general romano, y si alcanzaban la victoria, reconocían en su triunfo la mano del Eter-

(1) Véase Claudio Mamerto, *De Statu anime*, II, 8.
(2) Libro VI, p. 115; l. VII, p. 142.
(3) Salviano, l. IV, p. 74.
(4) Salviano, l. V, p. 86.

no. Finalmente, honraban al clero, no sólo al suyo, al arriano, sino al católico, al cual despreciaban y escarnecían los romanos, aun los que se llamaban católicos (1). ¿Cómo extrañarse, después de esto, de que los bárbaros se hubiesen captado las simpatías del sacerdocio? Sin duda, si eran herejes, era porque habían sido instruídos por *malos doctores* (2); pero ¿por qué habían de desesperar de convertirlos los sacerdotes católicos? Y una vez conseguida la conversión, ¡qué brillante porvenir se abría para la Iglesia!

Las esperanzas de estos espíritus clarividentes no quedaron defraudadas en ninguna provincia; pero en ninguna parte se realizaron en tan alto grado como en España, apenas el rey Recaredo y los visigodos abjuraron la herejía arriana para hacerse católicos—587—. Desde entonces, el clero empleó todos los medios para ilustrar y dulcificar a los visigodos, ya medio romanizados antes de su llegada a España, por llevar medio siglo de permanencia en las provincias romanas y no ser insensibles a las ventajas del orden y la civilización. Es un espectáculo curioso ver a los descendientes de los bárbaros que habían habitado los bosques de Germania palidecer sobre los libros, bajo la dirección de los prelados, como es una curiosa correspondencia la que el rey Recesvinto sostiene con Braulio, obispo de Zaragoza; el mo-

---

(1) Salviano, l, VII, pp. 140-142.
(2) Salviano, l. VII, p. 140.

narca da gracias al obispo por haber corregido un manuscrito que le había enviado, hablando de las faltas, torpezas y necedades de los copistas, *putredines ac vitia scribarum, librariorum ineptiæ*, con el aplomo de un Bentley o de un Ruhnkenio (1). Pero los obispos no se limitaron a formar el corazón y el espíritu de los reyes; se encargaron también de gobernar y dar leyes al Estado, por haber sido, según decían en sus actas (2), nombrados por el Señor Jesucristo rectores de los pueblos. Rodeado de los magnates, el rey se prosternaba humildemente ante los prelados reunidos en concilio, en Toledo, para rogarles, entre suspiros y lágrimas, que intercediesen por él ante Dios y que dieran sabias leyes al Estado (3). Los obispos inculcaron a los reyes que la piedad era la primera de las virtudes (4), y, por su parte, los reyes comprendieron también que la piedad consistía en la obediencia a los obispos, que hasta los más relajados se dejaron guiar dócilmente por los prelados en los asuntos públicos (5).

Surgió, por consiguiente, dentro del Estado un nuevo poder que absorbió a todos los demás y que pareció destinado a regenerar las costumbres y las instituciones. De él esperaban los siervos el

---

(1) Braulio, *Epístolas* 38-41, en la *Esp. Sagr.*, t. XXX, páginas 374-377.

(2) VIII concilio de Toledo, en el *Fuero Juzgo*, p. IV, col. I.

(3) Concilio IV de Toledo.

(4) Véanse las actas del mismo concilio.

(5) *Licet flagitiosus, tamen bene monitus*, dice Isidoro de Beja—c. 15—hablando de Recesvinto.

alivio de sus males, porque mientras dominó la herejía arriana, el clero católico había mostrado hacia ellos tierna y paternal solicitud. Les había abierto sus hospitales, y Masona, el piadoso obispo de Mérida, había repartido tanto dinero entre los siervos de su iglesia que en Pascua dichos siervos pudieron figurar en el cortejo vestidos de seda, y en el lecho de muerte, aquel santo varón había manumitido a sus esclavos más fieles, asegurándoles medio de subsistencia (1). Era convicción general que el clero estaba dispuesto a abolir la servidumbre, contraria si no a la letra, al menos al espíritu del Evangelio, suponiendo que por haber proclamado tan alto esta generosa doctrina cuando era débil (2), la pondría en práctica ahora que era omnipotente.

¡Extraño error! Una vez en el poder, el clero olvidó las máximas que había profesado cuando estaba pobre, despreciado, oprimido y perseguido. Ya en posesión de vastos dominios poblados por una turba de siervos, de soberbios palacios atestados de esclavos, advirtieron los obispos que habían ido demasiado de prisa, que no era llegado el tiempo de emancipar a los siervos, que para hacerlo sería preciso esperar aún bastantes siglos. San Isidoro de Pelusio se asombraba en los de-

---

(1) Paulo Emeritense, *De vita P. P. Emeritensium*, en la *Esp. Sagr.*, t. XIII, pp. 359, 360, 382.

(2) Véanse las pruebas en Neander, *Recuerdos de la Historia del Cristianismo*, t. II, pp. 236-240, y en Ozanam, *La civilización en el siglo V*, t. II, pp. 50-57.

siertos de la Tebaida de que un cristiano pudiera tener un esclavo; otro San Isidoro, el célebre obispo de Sevilla, que durante largo tiempo fué el alma de los concilios toledanos y la "gloria de la Iglesia católica", como decían los Padres del octavo concilio, no siguió, hablando de la esclavitud, las doctrinas de su homónimo, sino las de los *Sabios* de la antigüedad, las de Aristóteles y Cicerón. "La naturaleza—había dicho el filósofo griego—ha creado a los unos para mandar, a los otros para obedecer"; y el filósofo romano había añadido: "No hay injusticia en que sean siervos los que no saben gobernarse." Isidoro de Sevilla piensa como él (1); solamente que está en contradicción consigo mismo, porque confiesa que delante de Dios todos los hombres son iguales y que el pecado de Adán, en el cual busca el origen de la servidumbre, ha sido vencido por la redención. Lejos de nosotros el pensamiento de reprochar al clero el no haber manumitido a los esclavos o el combatir la opinión de los que afirman que el esclavo no está capacitado para ser libre; no discutimos, nos limitamos a consignar un hecho que tuvo consecuencias muy importantes, a saber: que el clero, en su inconsecuencia, no llenó las aspiraciones de los siervos. La suerte de estos desgraciados, en vez de dulcificarse, se agravó. Los vi-

(1) *Senten*, l. III, c. 47; *Aequus Deus ideo discrevit hominibus vitam; alios servos constituens, alios dominos, ut licentia male agendi servorum potestate dominantium restringatur.*

sigodos, como habían hecho otros pueblos de origen germánico en otras provincias romanas, les impusieron servicios personales. Uso digno de mención, y desconocido, al parecer, de los romanos, fué que a menudo una familia de esclavos debía prestar al dueño un servicio determinado y hereditario; unos estaban encargados, de padres a hijos, de cultivar la tierra; otros, de pescar; otros, de apacentar los ganados; otros, de las obras de forja o carpintería, y así sucesivamente (1). Ni el siervo ni el esclavo podían casarse sin el consentimiento de su señor; si se casaban sin este requisito, el matrimonio era considerado nulo y se separaba por fuerza a los cónyuges. Cuando un hombre de condición servil se casaba con una mujer perteneciente a otro señor, los hijos nacidos de este matrimonio se dividían entre ambos dueños. En este punto, las leyes godas eran menos humanas que las del imperio, porque Constantino había prohibido separar las mujeres de los maridos, los hijos de los padres y los hermanos de las hermanas (2). En general, no puede dudarse de que la condición de la clase servil fué muy dura durante la dominación visigoda cuando se examinan sus numerosas y severas leyes contra los siervos y los esclavos fugitivos y cuando se ve que en el siglo VIII los siervos de Asturias, cuya condi-

---

(1) Muñoz, *Fueros*, pp. 123-125.
(2) Muñoz, *Del estado de las personas en los reinos de Asturias y León*.

ción seguía siendo la que había sido en toda España, se sublevaron en masa contra sus señores.

Si los obispos no mejoraron la condición de los siervos, tampoco hicieron nada por la clase media. Los curiales siguieron siendo lo que eran, propietarios de la tierra, y, lo que es más, ningún ciudadano tenía derecho a vender sus bienes (1). El espíritu de fiscalización había pasado de los emperadores a los reyes godos, con las demás tradiciones romanas, y aun parece que los discípulos aventajaron pronto a los maestros. La burguesía quedó, pues, miserable y arruinada; no lo niegan los concilios (2).

Todas las llagas de la época romana—la propiedad acumulada en grandes masas, la esclavitud, la servidumbre general en virtud de la cual los agricultores fueron asignados a la tierra y los propietarios a las propiedades—subsistieron.

¡Si al menos los que se llamaban rectores de los pueblos, en nombre de Jesucristo, se hubiesen limitado a dejar las cosas como estaban! Pero, ¡ay!, su fanatismo los indujo a perseguir con inaudita crueldad a una raza muy numerosa entonces en España. Estaba en la naturaleza de las cosas. Un historiador eminente ha dicho con razón: "Siempre que en la Edad Media el espíritu humano se acordó de preguntar cómo la Iglesia había convertido en un infierno el paraíso ideal

---

(1) *Fuero Juzgo*, V, 4, 19; *De non alienandis privatorum et curialium rebus.*

(2) Véase *Concilio VIII de Toledo.*

del mundo sometido a ella, el clero, anticipándose a la objeción, se apresuró a refutarla diciendo: "¡Es la ira de Dios! ¡Es el crimen de los "judíos! ¡Los asesinos de nuestro Señor aun están "impunes!"... Y se lanzaron sobre los judíos."—Michelet.—

¡Habían comenzado las persecuciones en 616, durante el reinado de Sisebuto. Habíase ordenado entonces a los judíos que se convirtiesen antes de un año, conminándolos con que si, transcurrido este tiempo, perseveraban en sus creencias, serían desterrados, azotados y confiscados sus bienes. Dícese que, sobrecogidos de espanto, más de noventa mil judíos recibieron entonces el bautismo, y que eran la menor parte. Huelga decir que estas conversiones no eran más que aparentes, que los recién conversos siguieron circuncidando secretamente a sus hijos y practicando todos los demás ritos de la religión mosaica; pero ¿no era intentar lo imposible el querer convertir a viva fuerza a una raza tan numerosa? Los prelados del cuarto concilio de Toledo sin duda lo creyeron así; pero aun permitiendo a los judíos permanecer fieles a la religión de sus antepasados, ordenaron que les quitasen sus hijos para educarlos en el cristianismo. Arrepentido después el clero de esta semitolerancia, recurrió nuevamente a las medidas extremas, y en el sexto concilio de Toledo se dispuso que, en lo futuro, ningún rey electo pudiera entrar en el ejercicio de la realeza sin haber jurado antes hacer ejecutar los edictos

promulgados contra esta raza abominable. Sin embargo, a despecho de todas las leyes y de todas las persecuciones, los hebreos permanecieron en España; por una extraña anomalía hasta poseían tierras (1), y todo induce a creer que las leyes fulminadas contra ellos raras veces fueron aplicadas en todo su rigor. Se quería, pero no se podía.

Durante ochenta años, los judíos sufrieron en silencio; pero agotada su paciencia, resolvieron vengarse de sus opresores. Hacia el año 694, o sea diez y siete años antes de que España fuese conquistada por los musulmanes, tramaron una sublevación general, de acuerdo con sus correligionarios del otro lado del estrecho, donde muchas tribus bereberes profesaban el judaísmo y donde se habían refugiado los judíos desterrados de España. Probablemente la sublevación debía haber estallado en muchos puntos a la vez en el momento en que los judíos africanos desembarcasen en las costas de España; pero antes del momento fijado para la ejecución, el gobierno fué advertido del complot. El rey Egica tomó rápidamente las medidas exigidas por la necesidad; y convocando inmediatamente un concilio en Toledo, informó a sus directores espirituales y temporales de los culpables proyectos de los judíos, rogándoles que castigasen severamente a esta raza maldita. Después de oír las declaraciones de algu-

(1) Véase el artículo 8.º de las actas del concilio XVII de Toledo.

nos hebreos, de las cuales resultaba que el fin de la conjuración era nada menos que convertir a España en un estado israelita, los obispos, temblando de indignación y de cólera, condenaron a todos los judíos a perder su libertad y sus bienes. El rey los entregaría como esclavos a los cristianos, aun a los mismos que habían sido hasta entonces esclavos de los judíos y que serían emancipados por el rey. Los dueños tenían que comprometerse a no consentir que los nuevos esclavos practicasen las ceremonias de la antigua ley, debiendo arrebatarles sus hijos cuando cumplieran los siete años para educarlos en el cristianismo y no permitir el matrimonio entre judíos a fin de que el esclavo judío no pudiera casarse más que con una esclava cristiana y que una judía no pudiera tener por marido más que un esclavo cristiano (1).

Es indudable que estos decretos no fueron aplicados con todo rigor. Aquella vez se trataba no sólo de castigar infieles, sino peligrosísimos conspiradores. En la época en que los musulmanes conquistaron el noroeste de Africa, los judíos españoles gemían, pues, bajo un yugo intolerable; pedían de todo corazón que llegase el momento de su libertad, y los conquistadores que, mediante un ligero tributo, los libertasen y permitieran el libre ejercicio de su culto, tenían que parecerles salvadores enviados por el cielo.

(1) Véanse las actas del XVIII concilio de Toledo—en Mansi, t. XII, pp. 94 y sig.—.

Los judíos, los siervos, los burgueses empobrecidos, eran otros tantos enemigos implacables que aquella sociedad agrietada, que crujía por todas partes, llevaba en su seno. Y, sin embargo, las clases privilegiadas no podían oponer a los invasores más que siervos cristianos o judíos. Ya en los últimos tiempos del imperio romano, los colonos, como hemos visto, servían en el ejército. Los visigodos habían perpetuado esta costumbre. Como durante mucho tiempo habían conservado su espíritu marcial, no había sido preciso fijar el número de siervos con que debía contribuir cada propietario; pero después, cuando éstos se aficionaron a enriquecerse mediante el trabajo de los esclavos y de los siervos, llegó a ser urgente que la ley interviniese en el reclutamiento de soldados. Así lo comprendió el rey Wamba, el cual, lamentándose en uno de sus decretos de que los propietarios, preocupados con el cultivo de sus campos, apenas alistaban en el ejército la vigésima parte de sus siervos cuando eran llamados a las armas, ordenó que desde entonces cada propietario godo o romano alistase la décima parte de sus siervos (1). Posteriormente, parece se dispuso que cada propietario alistara la mitad de sus siervos (2). Su número en el ejército debía, pues, sobrepasar en mucho al de los hombres libres; lo cual equivale a decir que la defensa del

(1) *Fuero Juzgo*, l. IX, tít. II, 9.

(2) Así se lee en dos manuscritos latinos del *Fuero Juzgo* y en la traducción española de este código.

Estado había sido confiada principalmente a los que estaban más dispuestos a hacer causa común con el enemigo y a combatir por sus opresores.

II

Ya se ha visto que la España de los visigodos estaba peor gobernada que la España de los romanos. Hacía tiempo que el Estado llevaba en sí mismo el germen de la disolución; su debilidad era tal que bastó un ejército de doce mil hombres, secundado por la traición, para derribarlo de un solo golpe.

El gobernador de Africa, Muza Aben Nosair, había extendido hasta el océano los límites del imperio árabe. Sólo quedaba por conquistar la plaza de Ceuta, perteneciente al imperio bizantino, dueño en otro tiempo de todo el litoral de Africa; pero hallándose el emperador muy distante para poder defenderla eficazmente, sostenía estrechísimas relaciones con España. Así, su gobernador, el conde Don Julián, había enviado a su hija a la corte de Toledo, para que allí se educase cual correspondía a su nacimiento; pero tuvo la desgracia de agradar y de ser deshonrada por el rey Don Rodrigo. Ciego de cólera el padre agraviado (1), franqueó a Muza las puertas de su ciudad,

(1) La crítica moderna, basada en el testimonio de antiguas crónicas, sustituye la leyenda de Florinda—móvil de honor—por un móvil patriótico que, tal vez, indujo al conde

después de haber firmado con él un tratado ventajoso; le habló de España, le indujo a intentar su conquista y puso barcos a su disposición. Muza escribió al califa Ualid pidiéndole órdenes. El califa juzgó muy peligrosa la empresa. "Haz explorar España por tropas ligeras—respondió a Muza—; pero evita, por ahora al menos, exponer un gran ejército a los peligros de una expedición de ultramar." Muza envió, pues, a España a uno de sus clientes, llamado Abu-Zora Tarif, con cuatrocientos hombres y cien caballos. Estas tropas cruzaron el estrecho en cuatro buques proporcionados por el conde Don Julián, saquearon los alrededores de Algeciras y volvieron a Africa—julio del 710—.

Al año siguiente, Muza aprovechó el alejamiento de Don Rodrigo, ocupado en someter a los vascos, para enviar a la península a otro de sus clientes, Taric-Aben-Ziyad, general de su vanguardia, con siete mil combatientes, casi todos berberiscos. Acompañados por Don Julián, pasaron sucesivamente el estrecho en los cuatro navíos de

---

Don Julián—que se cree no era visigodo, sino bizantino—a prestar apoyo a los árabes, con la esperanza de que sus compatriotas recuperasen algunos de sus perdidos dominios en la península. Supónese que los árabes vinieron a España como auxiliares de los hijos de Witiza. El conde Don Julián creyóse también obligado a ayudarlos, no sólo por haber sido amigo de Witiza, sino porque este rey le había auxiliado con hombres y víveres cuando los árabes habían atacado varias de las plazas y castillos de Mauritania, que quizá posteriormente les fué entregando Don Julián a cambio de ventajosas condiciones para él y su familia.—(N. de la T.)

que se había servido Tarif, porque los musulmanes no tenían otros. Taric los reunió en la montaña que aun lleva su nombre—Gebal-Taric, Jibraltar—, inmediata a la ciudad de Carteya—*véase la nota A al final de este tomo*—. Taric envió contra ella una división mandada por uno de los pocos oficiales árabes que figuraban en su ejército, o sea por Abdalmelic, de la tribu de Moafir (1). Carteya cayó en poder de los musulmanes (2), y Taric había avanzado ya hasta el lago que lleva el nombre de lago de la Janda, cuando supo que el rey Don Rodrigo marchaba contra él al frente de un numeroso ejército. Como no tenía más que cuatro buques, le habría sido difícil volver a conducir sus tropas al Africa, aunque hubiese querido; pero ni siquiera pensó en ello; la ambición, la codicia, el fanatismo, le empujaban hacia adelante. Pidió refuerzos a Muza, y éste se sirvió de los buques que había mandado construir, después de la partida de su lugarteniente, para enviarle otros cinco mil berberiscos. El ejército de Taric se elevó, pues, a doce mil hombres, lo cual era bien poco en comparación con las numerosas tropas de Don Rodrigo; pero la traición vino en ayuda de los musulmanes.

Don Rodrigo había usurpado la corona. Apoyado por muchos nobles, había destronado, y quizá

(1) Fué el séptimo abuelo del célebre Almanzor.
(2) Ben-al-Cutia, fol. 4 r.; Ben-Adhari, t. II, pp. 11, 273.

matado según parece, a su antecesor, Witiza (1). Tenía, pues, en contra suya un partido muy poderoso, al frente del cual se hallaban los hermanos y los hijos del último rey. Don Rodrigo, queriendo atraerse la voluntad de los jefes de aquel bando, al dirigirse contra Taric, los invitó a unirse con él, y como la ley los obligaba a ello, acudieron, pero con el corazón henchido de resentimiento, de odio y de desconfianza. Don Rodrigo intentó aplacarlos y tranquilizarlos, para atraérselos; mas con tan poco éxito que concibieron el proyecto de traicionarle cuando hubiese venido a las manos con el enemigo. No es que tuviesen intención de entregar su patria a los bereberes; no podían tener tal designio, porque ambicionaban el poder, el trono, y entregar el país a los africanos no era el medio de conseguir este fin. Suponían—y en el fondo con razón—que los bereberes no habían venido a la península para establecer aquí su dominación, sino solamente para hacer una correría. "Lo que quieren estos extranjeros—se decían—es botín, y cuando lo tengan volverán al ¡Africa." Por consiguiente, lo que pretendían era que Don Rodrigo perdiese, en una derrota, su renombre de valiente y afortunado capitán, para hacer valer, con más éxito que

(1) Posteriores investigaciones parecen demostrar que Witiza murió en Toledo, de muerte natural, en 708 o 709. Intentó sucederle su hijo Achila; pero la nobleza se negó a reconocerle, y tras un período de anarquía fué elevado al trono, en 710, Don Rodrigo, duque de la Bética, apoyado por el partido romano-eclesiástico, mientras los descendientes de Witiza se refugiaron en Africa.—(N. de la T.)

antes, sus pretensiones a la corona. Podía ocurrir también que Don Rodrigo fuese muerto, y en este caso sus probabilidades eran mayores aún. En una palabra, guiados por su estrecho egoísmo, carecieron de previsión; pero si entregaron su patria a los infieles, lo hicieron sin saberlo y sin quererlo.

La batalla tuvo lugar a orillas del Uadi-Beca (1), el 19 de julio del año 711. Las dos alas del ejército español estaban mandadas por dos hijos de Witiza y se componían principalmente de siervos de ambos príncipes, siervos que obedecieron de buen grado cuando sus dueños les ordenaron volver la espalda al enemigo. El centro, capitaneado por el propio Don Rodrigo, se mantuvo firme durante algún tiempo; pero al fin flaqueó, y entonces los musulmanes hicieron una gran carnicería entre los cristianos. Don Rodrigo murió (2), según se cree; al menos no reapareció, y el país se encontró sin rey en el momento que más le necesitaba. Taric aprovechó esta circunstancia, y, en vez de volver a Africa, como pensaba y como Muza le había ordenado, marchó atrevidamente hacia adelante. Esto bastó para que el carcomido

---

(1) Este riachuelo se llama hoy el Salado, y desemboca en el océano, no lejos del cabo de Trafalgar, entre Conil y Vejer de la Frontera. Véanse mis *Investigaciones*, t. II, páginas 314-316.

(2) De las últimas investigaciones se deduce que Don Rodrigo, refugiado primero en Mérida y después en la sierra de Francia—Salamanca—, sostuvo contra Muza y Taric la batalla de Segoyuela, en la cual, nuevamente derrotado, se supone que murió este rey, sobre cuya vida y muerte se han forjado multitud de leyendas.—(N. de la T.)

imperio se desplomase súbitamente. Todos los descontentos y oprimidos facilitaron el trabajo a los invasores. Los siervos no quisieron moverse, por temor a salvar a sus dueños con ellos. Los judíos se sublevaron en todas partes y se pusieron a disposición de los musulmanes. Después de alcanzar una nueva victoria cerca de Ecija, Taric, con el grueso de su ejército, se dirigió a Toledo, enviando destacamentos contra Córdoba, Archidona y Elvira. Archidona fué ocupada sin lucha, pues sus habitantes se refugiaron en las montañas. Elvira fué tomada a viva fuerza y su custodia confiada a una guarnición compuesta de judíos y musulmanes. Córdoba fué entregada a los africanos por un pastor, un siervo, que les indicó una brecha por la cual pudieron penetrar en la plaza. En Toledo, los cristianos fueron traicionados por los judíos. Una confusión indecible reinaba entre los patricios y los prelados, que parecían haber perdido la cabeza. "Dios había henchido de temor los corazones de los infieles"—dice un cronista árabe—; y, en efecto, fué una desbandada general. En Córdoba no pudo encontrarse a los patricios: habían huído a Toledo; en esta capital tampoco los hallaron: se habían refugiado en Galicia. El mismo metropolitano había abandonado España, y para mayor seguridad se había trasladado a Roma. Los que no habían huído se preocuparon más de firmar tratados que de defenderse. Los príncipes descendientes de Witiza figuraban en este número, y haciendo valer su

traición como un título al agradecimiento de los musulmanes, demandaron y obtuvieron los dominios de la corona, que habían sido mero usufructo de los reyes (1) y que se componían de tres mil metáreas. Además, Don Oppas, hermano de Witiza, fué nombrado gobernador de Toledo. Por un feliz e inesperado azar, una simple correría se había convertido en una conquista, con gran disgusto de Muza, el cual quería que España fuese conquistada, pero no por otro sino por él, envidiando a Taric la gloria y el provecho de la conquista. Felizmente, aún había algo que hacer en España; Taric no se había apoderado de todas las ciudades ni de todas las riquezas del país. Muza resolvió, por lo tanto, trasladarse a España, y en junio del 712 pasó el estrecho, acompañado de diez y ocho mil árabes; tomó a Medina-Sidonia, y los españoles que se habían unido a él se encargaron de entregarle Carmona, para lo cual se presentaron armados a las puertas de la plaza y, fingiendo que eran fugitivos, demandaron y obtuvieron permiso para entrar en la ciudad; una vez en ella, a favor de la obscuridad de la noche, franquearon las puertas a los árabes. Más difícil de conquistar fué Sevilla, la ciudad más importante de la región, que sólo se rindió tras muchos meses de asedio. Mérida opuso también larga y vigorosa resistencia, mas acabó por capitular el 1.° de junio del 713. Inmediatamente Muza se puso en camino hacia

---

(1) *Fuero Juzgo*, l. V, t. I, l. 2.

Toledo. Taric salió a su encuentro para rendirle homenaje, y, al verle, aun de lejos, echó pie a tierra; pero Muza estaba tan irritado contra él que le mandó azotar. "¿Por qué—le dijo—avanzas sin mi consentimiento? Te había ordenado hacer una simple correría y volverte en seguida al Africa."

El resto de España, excepto algunas provincias del Norte, fué conquistado sin dificultad. La resistencia no servía de nada; carecían de plan y de jefe, y, además, el interés les aconsejaba someterse lo más pronto posible, porque haciéndolo obtenían tratados bastante ventajosos y, en cambio, si se resistían perdían sus bienes (1).

En general, la conquista no fué una gran calamidad. Cierto que al principio hubo un período de anarquía como en la época de las invasiones germánicas. Los musulmanes saquearon muchos parajes, incendiaron ciudades, ahorcaron patricios que no habían tenido tiempo de salvarse y apuñalaron niños indefensos; pero el gobierno árabe reprimió bien pronto estos desórdenes y atrocidades, y, una vez restablecida la tranquilidad, la enervada población de aquel tiempo se resignó con su suerte sin demasiadas protestas. Y en verdad que la dominación árabe fué por lo menos tan tolerable como había sido la de los visigodos. Los conquistadores dejaron a los vencidos sus jue-

(1) Véanse mis *Estudios sobre la conquista de España por los árabes,* en el primer volumen de mis *Investigaciones.*

ces y sus leyes, les nombraron condes o gobernadores de su nación, encargados de cobrar los impuestos que debían pagar y de dirimir las querellas que entre ellos podían suscitarse. Las tierras de los distritos conquistados a viva fuerza, lo mismo que las que habían pertenecido a la Iglesia o a los patricios que se habían refugiado en el Norte, fueron divididas entre los conquistadores; pero los siervos que las poblaban permanecieron en ellas. Estaba en la naturaleza de las cosas, y los árabes procedieron lo mismo en todas partes. Los indígenas eran los únicos que conocían los procedimientos agrícolas (1); además, los conquistadores eran demasiado orgullosos para ocuparse en esto. Impusieron, por lo tanto, a los siervos la obligación de cultivar las tierras como antes y de entregar al propietario musulmán las cuatro quintas partes de las cosechas y de otros productos del suelo. Los que poblaban los dominios del Estado—y debían ser numerosos, porque estos dominios comprendían la quinta parte de las tierras confiscadas—no debían ceder más que la tercera parte de las cosechas. Al principio, la entregaban al tesoro; pero después se modifica este estado de cosas: formáronse feudos con una parte de estos dominios, feudos que fueron cedidos a los árabes que vinieron más tarde a establecerse en España, a los secuaces de Samh y a los sirios que llegaron con Balch. Sin embargo,

(1) Compárese con Macari, t. II, p. 1.

los agricultores cristianos no perdieron nada con esta medida; la única diferencia para ellos fué que en vez de entregar al Estado la tercera parte de los productos del suelo debían entregarla a los feudatarios. En cuanto a los otros cristianos, su posición dependía de los tratados que habían podido obtener, y algunos de estos tratados eran muy ventajosos. Así, los habitantes de Mérida que se encontraban en la ciudad en el momento de la capitulación conservaron todos sus bienes, excepto las propiedades y ornamentos de las iglesias. En la provincia de que Teodomiro era gobernador y que comprendía entre otras ciudades las de Lorca, Mula, Orihuela y Alicante, los cristianos no cedieron absolutamente nada, obligándose únicamente a pagar un tributo, parte en dinero y parte en especie (1). En general puede afirmarse que los cristianos conservaron la mayoría de sus bienes, obteniendo además el derecho de enajenarlos, derecho que no habían tenido en tiempo de los visigodos. Por su parte estaban obligados a pagar al Estado la capitación, valuada en cuarenta y ocho *dirhems* para los ricos, en veinticuatro para la clase media y en doce para los que vivían de un trabajo manual (2), pagán-

(1) El tratado que Teodomiro firmó con Abdalaziz, el hijo de Muza, se encuentra en Dabl. Casiri—t. II, p. 106—ha publicado el texto.

(2) Suponiendo que el *dirhem* equivaliese a doce sueldos de nuestra moneda, esta tarifa sería, respectivamente: 29,80 fr., 14,40 y 7,20; pero como en el siglo VIII el valor de la plata era, respecto al actual, como 11 es a 1—véase la obra de

dose por dozavas partes al fin de cada mes lunar (1); pero estaban exentos de satisfacerla las mujeres, los niños, los monjes, los lisiados, los ciegos, los enfermos y los mendigos. Además, los propietarios debían pagar el *jarach*, es decir, un impuesto sobre los productos en relación con la naturaleza de las tierras de cada comarca, pero que suponía ordinariamente un 20 por 100. La capitación cesaba para los que se convertían al islamismo; pero el *jarach* continuaba pagándose aun después de la conversión.

Comparada con su situación anterior, no resultó muy dura la condición de los cristianos. Además, los árabes eran muy tolerantes; en religión no violentaban a nadie, y el gobierno, a no ser que por excepción fuera muy piadoso, no deseaba que los cristianos se hicieran musulmanes, porque esto perjudicaba al erario (2). Los cristianos, a su vez, no se mostraban ingratos; satisfechos de la tolerancia y equidad de los conquistadores, preferían su dominación a la de los germanos, a la de los francos, por ejemplo (3), y durante el si-

---

Lober, *Ensayos sobre la valuación de la fortuna privada durante la Edad Media*—, aquella tarifa era, en realidad, 316,80 fr., 158,40 y 79,20.

(1) Leovigildo, *De Habitu Clericorum*—*Esp. Sagr.*, t. XI, página 523—.

(2) Compárese con lo dicho poco antes, l. I, cap. 10.

(3) *Urbs erat interea Francorum inhospita turmis*
Maurorum votis adsociata magis,

dice Ernoldo Nigel—I, 67—hablando de Barcelona. M. Amari opina también que, bajo la dominación musulmana, la situación de los sicilianos era mejor que la de los pueblos italianos sometidos a los lombardos o a los francos—*Historia de los musulmanes de Sicilia*, t. I, p. 483—.

glo VIII, las sublevaciones fueron tan raras que los cronistas no consignan más que una, la de los cristianos de Beja, y aun parece que éstos fueron meros instrumentos de un ambicioso jefe árabe (1). Los mismos sacerdotes, por lo menos al principio, no se mostraban muy descontentos, y eso que ellos tenían más motivos para estarlo. Puede formarse juicio respecto a su opinión leyendo la crónica latina escrita en Córdoba en 754 y atribuída erróneamente a un tal Isidoro de Beja. Este autor, aunque eclesiástico, es mucho más favorable a los musulmanes que ningún otro escritor español anterior al siglo XIV. Y no es que carezca de patriotismo; al contrario, deplora las desgracias de España y considera la dominación árabe como la dominación de los bárbaros, *efferum imperium;* pero si aborrece a los conquistadores, odia en ellos más bien a hombres de otra raza que a hombres de otra religión. Actos que habrían hecho saltar de indignación a los eclesiásticos de otra época no le arrancan una palabra de censura. Refiere, por ejemplo, que la viuda del rey Don Rodrigo se casó con Abdalaziz, el hijo de Muza, pero no se escandaliza de este matrimonio, que parece encontrar muy natural.

En cierto sentido, la invasión árabe fué hasta un bien para España, pues produciendo una importante revolución social, hizo desaparecer gran

(1) Macari, t. II, p. 17.

parte de los males que afligían al país hacía siglos.

El poder de las clases privilegiadas, del clero y de la nobleza, resultó disminuído, casi aniquilado, y como las tierras confiscadas habían sido repartidas entre gran número de personas, acrecentóse la pequeña propiedad, lo cual fué un gran bien y una de las causas del florecimiento de la agricultura en la España musulmana. Por otra parte, la conquista había mejorado la condición de las clases serviles. El islamismo era mucho más favorable a la emancipación de los esclavos que el cristianismo tal como lo entendían los obispos visigodos. Hablando en nombre del Eterno, Mahoma había ordenado que se permitiera a los esclavos rescatarse. Manumitir un esclavo era una buena obra que servía para expiar muchos delitos. Además, la esclavitud entre los árabes no era ni dura ni larga. A menudo, el esclavo era declarado libre después de algunos años de servidumbre, sobre todo cuanto había abrazado el islamismo. La suerte de los siervos que poblaban las tierras de los musulmanes mejoró también, llegando a convertirse en una especie de arrendatarios y disfrutando de cierta independencia, porque como sus dueños no se dignaban ocuparse en los trabajos agrícolas, tenían libertad para cultivar la tierra como les pareciese. En cuanto a los esclavos y siervos de los cristianos, la conquista les proporcionó un medio muy fácil para emanciparse. Al efecto, no tenían más que refugiarse en la pro-

piedad de un musulmán y pronunciar estas palabras: "No hay más que un solo Dios, y Mahoma es el enviado de Dios." Desde entonces eran musulmanes y "libertos de Alá", como decía Mahoma. Gran número de siervos se emanciparon de este modo sin que pueda asombrar la facilidad con que abandonaron el cristianismo. A pesar del ilimitado poder de que el clero había disfrutado en tiempo de los visigodos, esta religión no había echado aún en España raíces muy profundas. Casi completamente pagana en la época en que Constantino declaró el cristianismo religión oficial del Estado, España había permanecido tanto tiempo fiel al antiguo culto, que en la época de la conquista árabe el paganismo y el cristianismo se disputaban aún el terreno y los obispos tenían que fulminar amenazas y adoptar enérgicas medidas contra los idólatras (1). Entre los que se llamaban cristianos, el cristianismo estaba más en sus labios que en el fondo del corazón. Los descendientes de los romanos habían conservado algo del escepticismo de sus antepasados; los de los visigodos se preocupaban tan poco de las cuestiones religiosas que los arrianos se hicieron católicos en cuanto Recaredo les dió el ejemplo. Preocupados con otros cuidados, los ricos prelados del reino visigodo, ocupados en refutar a los herejes,

(1) Consúltese el 2.º artículo de las actas del concilio XVI de Toledo, celebrado el año 693. A fines del siglo VI, Masona, obispo de Mérida, convirtió a muchos paganos. Paulo Emeritense, *De vita P. P. Emeritensium,* p. 358.

discutir dogmas y misterios, gobernar el Estado y perseguir a los judíos, no habían tenido tiempo "de hacerse pequeños con los pequeños, de balbucear con ellos las primeras palabras de la verdad como un padre se complace en balbucir las primeras frases con su hijo", como decía San Agustín; así que, si habían hecho aceptar el cristianismo, no le habían hecho amar. Por tanto, nada tiene de extraño que los siervos no hubiesen podido resistir la tentación cuando los conquistadores les ofrecían la libertad a condición de convertirse al islamismo. Algunos de aquellos infelices eran paganos todavía; otros conocían tan poco el cristianismo, su educación religiosa había sido tan elemental, o más bien tan nula, que el misterio católico y el misterio musulmán eran igualmente impenetrables para ellos (1); lo único que sabían y comprendían demasiado era que los sacerdotes habían defraudado cruelmente las esperanzas de emancipación que les habían inspirado un día, y lo que anhelaban era sacudir, a cualquier

(1) *Un autor español que escribía en el siglo XVII, durante el reinado de Felipe IV., se expresa respecto a este asunto en estos términos:* "No hay que asombrarse de que los habitantes de las Alpujarras hayan abandonado tan fácilmente su antigua fe. Los que hoy habitan en estas montañas son *cristianos viejos,* no corre por sus venas una gota de sangre impura, son súbditos de un rey católico, y, sin embargo, faltos de doctores, y a consecuencia de la opresión en que viven, ignoran de tal modo lo que debieran saber para lograr su salvación eterna, que apenas quedan entre ellos algunos vestigios de la religión cristiana. ¿Cree alguien que si, lo que Dios no quiera, los infieles se enseñoreasen de su país, tardarían mucho en abandonar su fe y en abrazar las creencias de los vencedores?". Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada,* fol. 95 v.

precio, el yugo bajo el cual gemían. Además no fueron los únicos que abandonaron el antiguo culto. Muchos patricios hicieron lo mismo, ya por no verse obligados a pagar la capitación, ya por conservar sus bienes cuando los árabes se atrevieron a violar los tratados, ya, en fin, porque creían con toda sinceridad en el origen divino del islamismo.

Hasta ahora no habíamos tratado más que de los beneficios que la conquista árabe produjo en el estado social del país; pero, para ser justos, debemos añadir que, si la conquista era un bien en cierto sentido, era un mal en otros. Así el culto era libre, pero la iglesia no lo era; estaba sometida a dura y vergonzosa servidumbre. El derecho de convocar los concilios, así como el de nombrar y deponer a los obispos, había pasado de los reyes visigodos (1) a los emires árabes (2), lo mismo que en el Norte pasó a los reyes de Asturias (3); y este fatal derecho, confiado a un enemigo del cristianismo, fué para la Iglesia inagotable fuente de males. de oprobios y de escándalos. Cuando había obispos que no querían asistir a un concilio, los emires hacían ocupar su puesto a judíos y musulmanes (4). Vendían la dignidad episcopal al mejor postor, al que más ofrecía, con lo que los cristianos tenían que con-

---

(1) Véase el 6.º artículo de las actas del concilio XII de Toledo.

(2) *Vita Johannis Gorziensis*, c. 129.

(3) Marina, *Ensayo*, t. II, p. 5 y sig.

(4) Samson, *Apolog*, l. II, c. 8.

fiar sus intereses más sagrados y queridos a herejes y libertinos que, aun durante las fiestas más solemnes de la Iglesia, asistían a las orgías de los cortesanos árabes, a incrédulos que negaban públicamente la vida futura, a miserables que no contentos con venderse a sí mismos vendían también a su rebaño (1). Una vez, los empleados del fisco se quejaban de que los cristianos de Málaga, permaneciendo ocultos, conseguían sustraerse al pago de la capitación. Entonces Hostigesio, obispo de esta diócesis, prometió facilitarles una lista completa de los contribuyentes, y cumplió su palabra. Durante la visita anual rogó a sus diocesanos le dijeran sus nombres, así como los de sus parientes y amigos, pues, según afirmaba, quería inscribirlos en una lista a fin de poder rogar a Dios por cada una de sus ovejas. Los cristianos, que no desconfiaban de su pastor, cayeron en el lazo. Desde entonces nadie pudo eximirse del pago de la capitación, pues, gracias al registro episcopal, los recaudadores conocían a todos los contribuyentes (2).

Por otra parte, los árabes, en cuanto consolidaron su dominación, observaron los tratados con menos rigor que en la época en que su poder era aún vacilante, como se experimentó, por ejemplo, en Córdoba, donde los cristianos no habían conservado más que la catedral, consagrada a San Vi-

(1) Alvaro, *Epist.* XIII, c. 3; Samson, *Apolog.* l. II, c. 2, 4.
(2) Samson, l. II, c. 2.

cente; todas las demás iglesias fueron destruídas, pero la posesión de la catedral había sido garantizada por un tratado. Durante muchos años, este tratado había sido cumplido (1); pero habiendo aumentado la población con la llegada de los sirios, y resultando pequeñas las mezquitas, decidieron hacer lo mismo que en Damasco (2), en Emesa (3) y en otras ciudades de su patria, donde habían quitado a los cristianos la mitad de sus catedrales para construir mezquitas. Aprobada esta idea por el gobierno, forzóse a los cristianos a ceder la mitad de la catedral, lo cual era evidentemente una infracción del tratado. Posteriormente, en el año 784, Abderrahman I quiso que los cristianos le vendiesen la otra mitad; pero se negaron enérgicamente, alegando que no tendrían un solo edificio donde practicar su culto. Abderrahman resistió, sin embargo, y se llegó a una transacción: los cristianos cederían la catedral en la suma de cien mil *dinars* (4), después de haber obtenido permiso para reconstruir las iglesias que habían sido destruídas (5). En aquella ocasión, Abderrahman había sido equitativo,

---

(1) En el año 747 los cristianos poseían aún la catedral, según atestigua formalmente el autor del *Ajbar machmua*, fol. 74 v.

(2) Aben-Batuta, t. I, p. 198.

(3) Véase *Istajri*, p. 33.

(4) Un millón de francos; equivale a once millones del valor actual de nuestra moneda.

(5) Razi, en Macari, t. I, p. 368. Ben-Adhari—t. II, páginas 244, 245—cita también este pasaje, aunque un poco abreviado. Compárese con Macari, t. I, p. 359, l. 2.

pero no lo fué siempre, pues él fué quien violó el tratado que los hijos de Witiza habían firmado con Taric y que había sido ratificado por el califa. Abderrahman confiscó las tierras de Ardabasto, uno de estos príncipes, únicamente por parecerle demasiado extensas para un cristiano (1). Otros tratados fueron modificados o cambiados de una manera arbitraria, de suerte que en el siglo IX apenas quedaban algunas huellas de ellos. Además, como enseñaban los doctores que el gobierno debía demostrar su celo por la religión elevando la tasa de los impuestos que los cristianos tenían que satisfacer (2), se les impuso tantas contribuciones extraordinarias que ya en el siglo IX muchas poblaciones cristianas, entre ellas Córdoba, estaban empeñadas y pobres (3). En otras palabras, sucedió en España lo que en todos los países conquistados por los árabes: su dominación, dulce y humana al principio, degeneró en un despotismo intolerable. Desde el siglo IX, los conquistadores de la península seguían a la letra el consejo del califa Omar, que había dicho secamente: "Debemos comernos a los cristianos, y nuestros descendientes deben comerse a los suyos mientras dure el islamismo" (4).

---

(1) Ben-al-Cutia, fol. 15 v.

(2) *Journ. asiat.*, IV serie, t. XVIII, p. 515.

(3) Una vez los cristianos de Córdoba tuvieron que pagar un impuesto extraordinario de cien mil *dinars*, equivalente a once millones de francos según el valor actual de la moneda.

(4) Abu-Ismael al-Basri, *Fotuh asxam*, p. 124.

Sin embargo, no eran los cristianos los que se quejaban más de la dominación árabe un siglo después de la conquista. Los más descontentos eran los muladíes, llamados por los árabes *moualad*, es decir, *los adoptados*. Los muladíes no pensaban todos de la misma manera; había entre ellos lo que se llamaba *cristianos ocultos* (1), esto es, hombres que se reprochaban duramente su apostasía, y, por lo tanto, muy desgraciados porque no podían volver al cristianismo. La ley musulmana es inexorable en este punto; una vez hecha la profesión de fe, aunque fuese en un momento de humor, de debilidad, de desaliento, de tortura, cuando no se tenía dinero para pagar la capitación (2), o cuando se temía ser condenado a una pena infamanto por un juez cristiano (3); hecha la profesión de fe, decimos, el muladí, aunque atormentado sin cesar por el grito de su conciencia, ya era musulmán para siempre o pagaba con la muerte la apotasía. Aún más dignos de compasión eran sus descendientes si querían volver al seno de la Iglesia, pues tenían que pagar la falta de uno de sus abuelos. La ley los declaraba musulmanes por haber nacido de un musulmán, y ellos también debían perder la vida si renegaban de Mahoma. La Iglesia musulmana se apoderaba de ellos desde la cuna al sepulcro.

Era, pues, muy natural que los muladíes arre-

---

(1) *Christiani oculti*, Eulogio, *Memor. San*, l. II.
(2) Samson, *Apolog*. l. II, c. 5.
(3) Samson, *Ibid*, l. II, c. 3.

pentidos murmurasen; pero eran los menos, porque la mayoría se había afiliado sinceramente al islamismo. Sin embargo, estos últimos murmuraban también, aunque el fenómeno parezca extraño a primera vista. La mayoría de los renegados eran libertos, es decir, hombres cuya condición había mejorado con la conquista. Siendo así, ¿cómo no estaban contentos de los árabes? Sin embargo, nada más sencillo. "La historia está llena de semejantes espectáculos. No siempre se cae en la revolución yendo de mal en peor. Sucede con frecuencia que un pueblo que había soportado sin quejarse y como si no las sintiese las leyes más abrumadoras las rechaza violentamente en cuanto se aligera de peso." (1)

Unase a esto que la posición social de los renegados era intolerable. Los árabes los excluían ordinariamente de los empleos lucrativos y de toda participación en el gobierno del Estado; fingían no creer en la sinceridad de su conversión; los trataban con una insolencia sin límites; viendo aún el sello de la servidumbre sobre la frente de los recién manumitidos, los humillaban con los epítetos de esclavos o hijos de esclavo (2), aunque algunos contaran entre sus parientes a los más nobles y ricos propietarios del país. Los mu-

(1) De Tocqueville.

(2) Véanse los versos citados por Ben-Adari, t. II, p. 114; los transcriptos por Ben-Hayan, fol. 64, y los que he publicado en mis *Noticias sobre algunos manuscritos árabes*, páginas 258, 259. Es de advertir que los árabes no aplican nunca a los cristianos este epíteto infamante.

ladíes no se resignaban a tales tratamientos; tenían conciencia de su dignidad y de la fuerza material que representaban, por constituir la mayoría de la población. No querían que el poder fuese patrimonio exclusivo de una casta encastillada en su individualismo; no querían permanecer por más tiempo en aquel estado de sumisión y de inferioridad social ni sufrir los desdenes y la dominación de aquellas bandas de soldados extranjeros acantonados de trecho en trecho. Empuñaron, pues, las armas y entablaron osadamente la lucha.

La rebelión de los muladíes, secundada por los cristianos en la medida de sus fuerzas, ofreció la variedad que debía presentar toda revolución en una época en que era todo individual y mudable. Cada provincia, cada gran ciudad, se sublevó por su propia cuenta y en distintas épocas; pero la lucha no fué por eso menos cruenta y larga como se verá a continuación.

III

En la capital del emir, los renegados eran numerosos (1), libertos en su mayoría, y otros dedicados al cultivo de tierras propias o a trabajar como jornaleros en las de los árabes (2). Robustos, activos y económicos, parece que vivían con

(1) Doy este nombre tanto a los renegados propiamente dichos como a sus descendientes.

(2) Véase el *Cartás*, p. 23, l. I.

cierta holgura, pues habitaban principalmente el arrabal del Sur (1), uno de los barrios más hermosos de la ciudad; pero, animados de un espíritu revolucionario, durante el reinado de Alhaquen I se dejaron arrastrar por ambiciosos faquíes a una sublevación que se desenlazó con una terrible catástrofe.

Abderrahman I había sido demasiado celoso de su poder para consentir que los faquíes, teólogos-jurisconsultos, adquiriesen una autoridad que coartara su despotismo; pero durante el reinado de Hixen, su hijo y sucesor, su influencia creció considerablemente. Era un príncipe verdaderamente piadoso, un modelo de virtudes. Cuando subió al trono, sus súbditos se preguntaban si elegiría el bien o el mal, porque en unas ocasiones se había mostrado bueno y generoso (2) y en otras vengativo y atroz (3). Mas pronto cesó la incertidumbre, pues habiéndole vaticinado un astrólogo su muerte prematura (4), se apartó de todos los placeres mundanos para no pensar más que en salvarse con obras de caridad. Vestido con extrema sencillez, recorría solo y confundiéndose con el pueblo las calles de Córdoba; visitaba a los enfermos y penetraba en las míseras viviendas de los pobres

(1) Antiguamente Secunda. Véase Macari, t. I, p. 899, última línea.

(2) *Ajbar machmua*, fol. 99 v.-100 v.; Ben-Adari, t. II, páginas 68-70.

(3) Ben-al-Jatib, man. P., fols. 213 v.-214 v. Ben-al-Cutia, fol. 15 r.

(4) Ben-al-Cutia, fol. 17 v.

para informarse de sus desgracias y necesidades con tierna solicitud. A menudo, durante la noche, cuando llovía a cántaros, salía de su palacio para llevar alimentos a algún piadoso solitario enfermo y velar a su cabecera (1). Fidelísimo en sus prácticas religiosas, estimulaba a sus súbditos a seguir su ejemplo. En las noches de tempestad distribuía limosnas a los que concurrían a las mezquitas sin acobardarse por el mal tiempo (2).

Precisamente en aquella época surgía una nueva escuela religiosa en Oriente, iniciada por el gran doctor medinés Malic-Ben-Anas, fundador de una de las cuatro sectas ortodoxas del islamismo. Hixen sentía veneración profunda por este doctor (3). A su vez, Malic—que odiaba mortalmente a los Abásidas, sus señores, desde que por haberle acusado de prestar el apoyo de su célebre y reverenciado nombre a un pretendiente alida le mandaron azotar y descoyuntar un brazo (4)—estaba prevenido a favor del emir de España, rival de sus verdugos, aun antes de saber todo lo digno que era este soberano de su aprecio; pero cuando sus discípulos españoles le alabaron la piedad y las virtudes de Hixen, su admiración y entusiasmo no tuvieron límites; y considerándole como el ideal del príncipe islamita, le

(1) Abd-al-Ualid, p. 12; Ben-al-Cutia, etc.

(2) *Ajbar machmua*, fol. 99 r.

(3) Ben-al-Cutia, fol. 18 v.

(4) Aben Jalican, t. I, p. 615, ed. Slane; Weil, t. II, páginas 42, 43.

proclamó el único digno de ocupar el trono de los califas (1). De regreso a España, los estudiantes se apresuraron a informar al emir de la alta estima que su maestro demostraba hacia él, y, desde entonces, Hixen, halagado en su amor propio, hizo cuanto pudo para difundir en España la secta de Malic, animando a los teólogos a que empuñasen el báculo de peregrino para ir a estudiar a Medina, y siempre eligió entre los discípulos de Malic los eclesiásticos y los jueces

Al morir Hixen—796—, la nueva secta teológica gozaba de la mayor consideración, contando entre sus adeptos a hombres jóvenes, hábiles, emprendedores y ambiciosos como el bereber Yahya-aben-Yahya (2), el discípulo más asiduo y entusiasta de Malic. Un día, mientras explicaba el profesor pasó un elefante por la calle; todos los oyentes corrieron para contemplarle de cerca; sólo Yahya permaneció en su puesto, con gran sorpresa del venerable maestro que, sin ofenderse por que le abandonaran por el mayor de los cuadrúpedos, le preguntó con dulzura:

—¿Por qué no sales como ellos? Además, en tu tierra no hay elefantes.

—No es para verlos para lo que he salido de España, sino para oír y aprovechar tus lecciones—respondió Yahya; y esta respuesta agradó a Malic de tal modo que desde entonces llamó a aquel

(1) Ben-al-Cutia, fol. 18 r.; Macari, t. II, p. 154.
(2) Yahya era de la tribu bereber de Masmuda y cliente de la tribu árabe de los Beni-'l-Laith.

discípulo el *akil*—el hombre inteligente—de España. En Córdoba gozaba de gran renombre, siendo considerado como el teólogo más sabio del país (1). Pero uniendo a su gran sabiduría un orgullo aun mayor, aquel hombre extraordinario poseía la fogosidad de un demagogo moderno y el espíritu dominador de un pontífice romano de la Edad Media.

El carácter del nuevo soberano pugnaba con el de Yahya y los demás doctores malikitas. Y, sin embargo, Alhaquen no era un impío; educado por un devoto cliente de su abuelo, que había ido en peregrinación a la Meca (2), había aprendido desde la infancia a honrar la religión y sus ministros. Gustaba de conversar con los teólogos y trataba con suma deferencia a sus jefes, los cadíes, aunque dictasen fallos contra sus parientes, contra sus más íntimos amigos (3) o contra él mismo (4). Era de naturaleza expansiva y alegre, espléndidamente organizada para gozar de la juventud, pero incapaz de llevar una vida de anacoreta como habrían querido los faquíes; a pesar de sus reiteradas exhortaciones, le gustaba apasionadamente la caza, y, lo que es peor, no hacía caso de la prohibición de beber vino. Aun le habría perdonado todo esto; lo que no le per-

---

(1) Aben-Jalican, fasc. X, pp. 19-21, ed. Wüstenfeld.
(2) Macari, t. I, p. 491, núm. 12.
(3) *Ajbar machmua,* fol. 102 v.
(4) *Ajbar machmua,* fol. 101 r. y v.; Ben-Adari, t. II, página 80.

donaban era que, celoso de su autoridad, no les concedía la preponderancia deseada en el gobierno. ¿No comprendía o no quería comprender que los faquíes, unidos en estrecha alianza por el nuevo vínculo de la doctrina de Malic, representaban ya una potencia dentro del Estado, un poder con el cual debía contar el monarca?

Frustradas sus esperanzas y llenos de ese orgullo clerical, que no es menos inflexible por disfrazarse bajo apariencias de humildad, los faquíes se transformaron en demagogos. Entre declamaciones y calumnias, hablaban con horror del emir y ordenaban por su conversión oraciones como ésta: "¡Libertino, que perseveras en la iniquidad, que te obstinas en tu orgullo, que desprecias los mandamientos de tu Señor, vuelve de la embriaguez en que has caído y de tu culpable indiferencia!" (1). Predispuestos como estaban, los renegados de Córdoba prestáronse de buen grado a cuanto quisieron los faquíes. Primeramente entonaron plegarias por el pecador empedernido; después le arrojaron guijarros un día que atravesaba las calles de la capital; pero el monarca, secundado por su guardia, se abrió camino con la espada a través de la turba y el motín fué reprimido—805—(2).

Entonces Yahya, Isa-aben-Dinar y otros faquíes se aliaron con parte de la aristocracia y ofrecie-

(1) Abd-al-Uahid, p. 13.
(2) La fecha, según Ben-Adari, es 189 de la héjira. Nouaïr consigna, por error, 187.

ron el trono a Aben-Xamas, primo hermano de Alhaquen. Aben-Xamas le respondió que antes de aceptar sus ofertas quería conocer los nombres de las personas con quienes podría contar. Los conjurados prometieron formar una lista, y fijaron la noche en que volverían para comunicárselo; mas apenas hubieron partido, Aben-Xamas se trasladó secretamente al palacio de Alhaquen y se lo reveló todo. Después de haberle escuchado con aire incrédulo, el monarca, indignado, le dijo:

—Quieres excitar mi odio contra los hombres más respetables de mi corte; pero ¡por Dios que pruebas cuanto acabas de decir, o caerá tu cabeza bajo el hacha del verdugo!

—Pues bien: accedo—replicó Aben-Xamas—; envíame tal noche un hombre de tu confianza.

Alhaquen convino en ello, y, a la hora prefijada, envió a la morada de su primo a su secretario Aben-al-Jada y a su paje favorito, Jacinto (1), que era español y cristiano. Una vez ocultos estos dos hombres detrás de una cortina, Aben-Xamas hizo entrar a los conjurados.

—Veamos ahora—dijo—con qué hombres contáis.

A medida que pronunciaban los nombres de los

(1) En Ben-al-Cutia se lee *Brnt,* sin vocales, y en el *Ajbar machmua, Bznt;* pero en Ben-al-Abbar se lee *Yznt.* Añadiéndole todas las vocales resulta Yacinto, es decir, Jacinto en español. Sabido es que los árabes y los romanos solían dar a sus esclavos el nombre de cualquier piedra preciosa—cf. Frahen, *Opinión sobre los rusos en los tiempos antiguos,* p. XXXIX—.

cómplices, el secretario los apuntaba en una lista. Como muchos de estos nombres eran de las personas en apariencia más adictas al emir, el secretario, temiendo ser nombrado él mismo, creyó prudente descubrir su presencia, haciendo rechinar su cálamo sobre el papel. Al oír el ruido, los conjurados se levantaron, diciendo consternados a Aben-Xamas:

—¡Nos has vendido, enemigo de Dios!

Muchos lograron salvarse, abandonando inmediatamente la corte, entre ellos Isa-aben-Dinar y el mismo Yahya, que se refugió en Toledo, ciudad emancipada del dominio del emir. Otros tuvieron menos suerte, y setenta y dos conjurados, entre los cuales figuraban los seis nobles principales de Córdoba, cayeron en poder de los agentes del gobierno y expiraron en una cruz (1).

Al año siguiente—806—, cuando Alhaquen abandonó la corta para ir a sofocar la rebelión de Mérida, el pueblo de Córdoba aprovechó su ausencia para amotinarse de nuevo, y la sublevación había ya tomado un carácter muy alarmante cuando el emir, llegando de improviso, logró reprimirla y mandó crucificar o decapitar a los demagogos más peligrosos (2).

Si tan numerosas ejecuciones no bastaron para intimidar a los cordobeses, el terrible castigo que

(1) Ben-al-Cutia, fol. 21 r.; cf. Nouairi, p. 450; véanse también los artículos sobre Yahya, en Aben-Jalican y Macari.

(2) Ben-Adari, t. II, p. 74; Nouairi, p. 452.

poco después hirió a los toledanos les demostró que Alhaquen—cuyo carácter naturalmente bondadoso se agriaba cada vez más por el espíritu de rebelión que animaba a sus súbditos—no retrocedía ante la perfidia y ante el crimen cuando los creía indispensables para someter a los rebeldes.

Gracias al corto número de árabes y bereberes que habitaban dentro de sus murallas—por haber preferido establecerse en los campos circundantes, en las fincas de los emigrados—; gracias también a su antiguo renombre, al saber del clero y a la influencia de sus metropolitanos (1), la antigua corte del reino visigodo seguía siendo para los vencidos la "ciudad real" (2), la más importante en el doble aspecto religioso y político. Altivos y animosos, sus habitantes se distinguían por su amor a la independencia, hasta el punto de afirmar un cronista árabe que jamás los súbditos de ningún soberano tuvieron tal espíritu de rebeldía (3). El poeta Yarbib, perteneciente a una familia de renegados, y que gozaba de inmensa popularidad, mantenía el fuego sagrado con sus discursos y poesías. El mismo emir temía a este hombre tanto que, mientras vivió, Alhaquen no se atrevió a intentar nada contra Toledo; pero, a su muerte, el emir confió a un renegado de

---

(1) Isidoro de Beja, c. 49, 62, 69 y 77.

(2) *Urbs regia*, Isidoro, c. 49; *Medina al-moluc*, Cazuaini, t. II, p. 366.

(3) Ben-al-Cutia, fol. 19 r.

Huesca, llamado Amrus, que le vengase de aquel pueblo rebelde, diciéndole:

—Sólo tú puedes ayudarme a castigar a esos insolentes que nunca aceptarían a un árabe como gobernador, pero que, en cambio, acatarán a un hombre de su raza.

A continuación expuso su plan, un proyecto terrible, pero que Amrus aprobó por completo y prometió poner en práctica. Devorado por la ambición, aquel hombre no tenía fe ni ley; así que, a cambio de la protección del emir, estaba dispuesto a sacrificar a sus compatriotas, y algún tiempo después, fascinado por la idea de fundar un principado bajo la protección de Francia, traicionó al emir por el hijo de Carlomagno (1).

Alhaquen nombró a Amrus gobernador de Toledo—807—y escribió al mismo tiempo a los toledanos una carta en que les decía: "Por una condescendencia, que prueba nuestra extraordinaria solicitud hacia vuestros intereses, en vez de enviaros a uno de nuestros clientes, hemos elegido a un compatriota vuestro." Por su parte, Amrus hizo todo lo posible para granjearse la confianza y el afecto del pueblo. Fingiéndose muy adicto a la causa nacional, repetía continuamente que había jurado odio implacable al emir, a los ommíadas, a los árabes en general; y cuando se captó las simpatías populares, dijo a los principales habitantes de Toledo:

(1) *Annal Bertin*, ad ann. 809 y 810.

—Conozco la causa de las desastrosas discusiones que surgen sin cesar entre vuestros gobernadores y vosotros; sé que los soldados alojados en vuestro hogares perturban la paz de vuestras familias; de aquí nacen continuas querellas, que podrían evitarse si me consintierais construir, en uno de los extremos de la ciudad, un castillo, que serviría de cuartel a las tropas, con lo cual quedaríais libres de sus vejaciones.

Inspirándoles plena confianza su compatriota, los toledanos no sólo aceptaron su proposición, sino que quisieron que el castillo fuese edificado en el centro de la ciudad y no en las afueras.

Terminada la fortaleza, instalóse en ella Amrus con sus tropas y avisó al emir para que escribiera inmediatamente ordenando que uno de los generales fronterizos, pretextando un movimiento del enemigo, le pidiera refuerzos.

El general obedeció, y las tropas de Córdoba y de otros ciudades se pusieron en marcha al mando de tres visires y del príncipe real, Abderrahman, que sólo contaba entonces catorce años. Uno de los lugartenientes llevaba una carta que no debía entregar a los visires hasta que éstos conferenciasen con Amrus.

Al llegar a las inmediaciones de Toledo, el ejército recibió el aviso de que el enemigo se había retirado; pero entonces Amrus convenció a los nobles toledanos de que, para cumplir las leyes de cortesía, debían ir con él a visitar al príncipe real. Así lo hicieron, y mientras Abderrahman

conversaba con ellos, esforzándose en ganar su amistad, habló secretamente Amrus con los visires, que acababan de enterarse de la carta del soberano, carta que trazaba a cada uno la línea de conducta que había de seguir. La continuación del relato mostrará suficientemente cuál era su contenido, pues todo pasó conforme había ordenado Alhaquen.

Al volver Amrus encontró a los nobles de Toledo encantados de la excelente acogida de Abderrahman.

—Me parece—les dijo—que sería un gran honor para nuestra ciudad el que el príncipe la honrase con su presencia durante algunos días. Su permanencia entre nosotros contribuiría indudablemente a consolidar y estrechar las buenas relaciones ya existentes entre él y vosotros.

Los toledanos aplaudieron esta idea. En efecto, todo iba a maravilla; el emir les había mandado para gobernarlos a un español; les concedía la libertad que habían exigido siempre, y las afectuosas maneras de Abderrahman les hacían concebir la esperanza de que cuando este príncipe subiese al trono seguiría con ellos la misma conducta que su padre. Rogáronle, pues, que honrase la ciudad con su presencia. Abderrahman opuso dificultades al principio, porque su padre le había recomendado que no mostrase mucha indulgencia; pero al fin, fingiendo ceder a los apremiantes ruegos de los nobles, se dejó conducir al castillo, después de lo cual mandó preparar un

festín para el día siguiente y envió invitaciones a las personas distinguidas por su nacimiento o por sus riquezas, tanto de la ciudad como de los campos circundantes. A la siguiente mañana, una turba de convidados se dirigió apresuradamente a la fortaleza. No les permitieron entrar reunidos, y mientras pasaban uno a uno por una puerta, sus cabalgaduras debían dar la vuelta al palacio, para ir a esperar a sus dueños en la puerta de atrás. Pero en el palacio había un foso, de donde habían sacado las piedras destinadas a la construcción del castillo.

Al borde del foso esperaban los verdugos, y a medida que desfilaban los invitados, caía la cuchilla sobre sus cabezas. Tan horrible carnicería duró muchas horas, siendo imposible determinar el número de los desgraciados que perdieron la vida en tan funesta jornada, conocida con el nombre de *Jornada del foso*; algunos historiadores lo elevan a setecientos (1); otros, a más de cinco mil (2).

Ya entrado el día, un médico que no había visto salir a nadie por ninguna de las dos puertas concibió sospechas y preguntó al pueblo reunido cerca de la entrada del castillo qué había sido de los convidados que habían llegado temprano.

—Deben de haber salido por la otra puerta—le respondieron.

---

(1) Ben-Adari.
(2) Nouairi, Ben-al-Cutia.

O. Marquez.

—¡Es extraño!—objetó entonces el médico—; he estado durante algún tiempo en la otra puerta, pero no he visto salir a nadie.

Después, fijándose en el vapor que se elevaba por encima de los muros, exclamó:

—¡Desgraciados! Ese vapor os juro que no es el humo de un festín, sino el vapor de la sangre de vuestros hermanos degollados.

Toledo, privado, de un solo golpe, de sus ciudadanos más esclarecidos, cayó en un sombrío estupor, sin que nadie se alzara para vengar las víctimas de la *Jornada del foso* (1).

IV

La cruenta *Jornada del foso* produjo tan honda impresión en los renegados de Córdoba, que durante siete años permanecieron tranquilos; pero, debilitado con el tiempo el recuerdo de la catástrofe, tanto más cuanto que Toledo había vuelto a sacudir el yugo, en la capital los renegados y los faquíes—que estrechaban cada vez más su alianza—se enardecían mutuamente, se envalentonaban y se encabritaban bajo el látigo del amo. El emir parecía obstinado en convencerlos de que toda rebelión era imposible; había circundado la

(1) Ben-al-Cutia, fols. 19 r.-20 v.; Nouairi, pp. 450-452; Aben-Jaldun, fols. 6 v., 7 r.; Ben-Adari, t. II, p. 72. La fecha que consigna este autor es errónea. En el año 611 un rey de Persia había empleado idéntica estratagema para castigar a los Temimitas. Causin, t. II, pp. 576-578.

ciudad de imponentes fortificaciones y aumentaba sin cesar el número de su guardia de caballería, de sus mamelucos, a los cuales llamaba *los mudos* porque eran negros o esclavos de origen extranjero, que no hablaban el árabe (1). Pero estas medidas eran más propias para soliviantar los ánimos que para mantenerlos en la obediencia. La aversión de los descontentos se exteriorizaba cada día más de palabra y de obra, sobre todo en el arrabal meridional, donde había nada menos que cuatro mil teólogos y estudiantes de Teología. ¡Pobres de los soldados que se atrevían a aventurarse solos o en pequeños grupos en las tortuosas y estrechas calles de este arrabal! Eran insultados, golpeados y asesinados sin compasión. Se ultrajaba hasta al propio emir. Cuando desde lo alto del minarete el muecín anunciaba la hora de la plegaria, si Alhaquen, que debía acudir a la mezquita para pronunciar la acostumbrada oración, se hacía esperar, había siempre entre la turba voces que gritaban: "Ven a rezar, borracho, ven a rezar." Estos gritos se renovaban a diario, y en vano las autoridades trataban de averiguar quiénes los proferían, porque no los encontraban nunca. Una vez en la mezquita, un hombre del pueblo llevó su insolencia hasta insultar y amenazar cara a cara al emir, y la gente aplaudió con entusiasmo. Alhaquen, que se asombraba y se

---

(1) Véanse, respecto a estos *mudos*, *Ajbar machmua*, fol. 103 r.—cf. 94 r.—; Ben-Adari, t. II, p. 81; Nouairi, página 456; Aben-Jaldun, fol. 7 r.

indignaba de que la majestad real pudiera sufrir tan groseras afrentas, hizo crucificar a diez de los principales agitadores y restableció el diezmo sobre los consumos abolido por su padre. Pero la altivez y la obstinación de los cordobeses no retrocedían ante nada; sus ordinarios agitadores inflamaban las pasiones; Yahya había vuelto a la capital; con sus predicaciones, con el prestigio de su nombre intensificó y dirigió el movimiento. Se aproximaba la crisis; pero el azar hizo que la rebelión estallase todavía más pronto de lo que se esperaba.

Era el mes del Ramadán (mayo del año 814) *—véase la nota B al final de este tomo—*, y los predicadores aprovechaban la cuaresma para reavivar los odios populares contra el emir, cuando un *mameluco* fué en busca de un armero del arrabal meridional y le presentó su espada para que se la limpiase.

—Haz el favor de esperar—le dijo el armero—; en este instante tengo otra cosa que hacer.

—No puedo esperar—replicó el soldado—, y ahora mismo harás lo que yo te ordene.

—¡Ah!, ¿lo tomas así?—repuso el artesano con aire desdeñoso—; pues bien: esperarás lo mismo.

—¡Lo veremos!—exclamó el soldado, e hiriendo al armero con su espada le mató en el acto.

Al verlo, el pueblo, enfurecido, empezó a gritar que ya era hora de concluir con aquellos insolentes soldados y con el tirano disoluto que los pagaba. Propagado el entusiasmo revolucionario a

otros arrabales, una inmensa turba que a toda prisa se había provisto de las primeras armas que había podido encontrar marchó hacia el palacio, persiguiendo con sus silbidos a los soldados, los clientes y los esclavos del monarca, que, no esperando clemencia si caían en manos de los insurrectos, huían ante ellos para refugiarse tras los muros de la residencia del emir.

Cuando Alhaquen, desde lo alto de la terraza, vió llegar, semejante al oleaje del mar, a aquella multitud que rugía y vociferaba enfurecida, creyó que una medida enérgica lograría dispersarla, y sin pérdida de tiempo hizo que diese una carga la caballería; mas cuál no fué su decepción cuando el pueblo, lejos de desbandarse como él esperaba, sostuvo el ataque, rechazó a los jinetes y los forzó a emprender la retirada (1).

El peligro era extremo. El palacio, aunque fortificado, no podría rechazar largo tiempo el asalto; así que hasta sus más valientes defensores se desalentaron, seguros de ser degollados implacablemente si el pueblo se apoderaba de él. Tan sólo Alhaquen, aunque desesperando también del éxito de la resistencia, conservó una imperturbable sangre fría, y, llamando a Jacinto, su paje cristiano, le ordenó fuese a pedir a una de sus mujeres—a la cual nombró—un frasco de algalia. Creyendo haber oído mal, el paje esperó con asombro a que el príncipe le repitiese la orden.

—¡Anda, hijo de un incircunciso! — repitió

(1) Nouairi, pp. 153-154.

Alhaquen impaciente—. ¡Y haz al momento lo que te he ordenado!

Jacinto obedeció, y cuando volvió con el pomo, el emir lo cogió y vació su contenido sobre su barba y cabello con una tranquilidad tan completa que parecía se preparaba a cortejar a una beldad del harén. No comprendiendo aquello, Jacinto no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—Perdona, señor—le dijo—, pero eliges un singular momento para perfumarte. ¿No te das cuenta del peligro que nos amenaza?

—¡Calla, miserable!—prosiguió Alhaquen, impacientándose de nuevo; después, cuando acabó de perfumarse, añadió—: El que va a cortarme la cabeza, ¿cómo podrá distinguirla de las demás si no es por el perfume que exhale? (1). Y ahora—prosiguió—, corre a decir a Hodair que venga a buscarme.

Hodair era el alcaide de la prisión de la Rotonda, en la cual estaban encerrados muchos faquíes que Alhaquen había apresado en las anteriores revueltas, pero sin quitarles la vida hasta entonces. En aquella ocasión, viendo que el pueblo y los faquíes querían arrebatarle el trono y la vida, estaba decidido a no consentir que estos prisioneros le sobreviviesen; así que, cuando llegó Hodair a la terraza, le dijo:

—En cuanto anochezca, saca a esos malvados xaijs de la Rotonda, manda que les corten la cabeza y que la claven en un poste.

(1) Ben-al-Abar, p. 40; *Ajbar machmuá*, fol. 103 v.

Temiendo que el palacio sería tomado por asalto y él muerto irremisiblemente, Hodair tembló de horror ante la idea de dar cuenta a Dios del sacrilegio que el emir le ordenaba cometer.

—Señor—le dijo—, no querría que ardiésemos mañana en el infierno; pues aunque diésemos espantosos alaridos, no podríamos socorrernos mutuamente.

Irritado con estas observaciones, Alhaquen repitió sus órdenes en tono más imperioso, y viendo que no podía disipar los escrúpulos de aquel hombre, le despidió y mandó llamar a su compañero Aben-Nadir, que, más servil o menos piadoso, prometió obedecer inmediatamente (1). Alhaquen bajó en seguida de la terraza, se armó de pies a cabeza, recorrió, con aspecto tranquilo, las filas de soldados, reanimó su abatido espíritu con vehementes palabras, y llamando a su primo hermano Obaidala, uno de los más valientes guerreros de aquel tiempo, le indujo a ponerse a la cabeza de algunas tropas escogidas y a abrirse paso a través de los rebeldes, para incendiar el arrabal del mediodía. Contaba con que los vecinos de aquel suburbio cuando viesen arder sus casas abandonarían su puesto para correr a extinguir el fuego. Entonces, Obaidala los atacaría de frente, mientras Alhaquen, saliendo del alcázar con el resto de sus tropas, los perseguiría por la espalda. Este plan, cuyo éxito era casi seguro, se asemejaba al que había hecho ganar a Moslim la

(1) Ben-al-Cutia, fols. 23 r. y v.

batalla de Harra, analogía que ha sido consignada por los historiadores árabes.

Saliendo de improviso por la puerta del alcázar, Obaidala rechazó la turba hacia el puente, atravesó a paso de carga la calle principal y la Rambla, vadeó el río, y después de reclutar a los soldados de la campiña, que habían visto las señales que Alhaquen había hecho desde el principio de la insurrección, incendió las casas del suburbio. Como el emir había previsto, cuando los moradores del arrabal vieron subir las llamas, abandonaron su puesto ante el palacio para ir a salvar a sus mujeres y a sus hijos; pero cuando de pronto fueron atacados a vanguardia y retaguardia, difundióse el terror entre aquellos infelices, y bien pronto el desenlace de esta escena no fué más que una carnicería. En vano los cordobeses imploraron gracia arrojando sus armas; terribles, inexorables, los mudos, aquellos extranjeros que no comprendían ni aun las súplicas del vencido, los degollaban a centenares, no perdonando la vida más que a trescientas personas de distinción para ofrecerlas como homenaje al soberano, el cual las hizo clavar cabeza abajo en unos postes a lo largo del río (1).

Alhaquen consultó en seguida a sus visires el partido que debía adoptar. ¿Convenía perdonar a los rebeldes que se habían librado de la muerte, o debían perseguirlos y exterminarlos hasta el último? Las opiniones se mostraron divididas; pero

(1) Ben-Adari, t. II, p. 78; Nouairi, p. 451.

el emir se afilió a la opinión de los moderados, que le inducían a no llevar más lejos la venganza. Decidió, sin embargo, que el suburbio meridional fuese completamente destruído y que sus habitantes abandonasen España en el término de tres días, so pena de ser crucificados si no habían partido al expirar este plazo.

Llevando consigo lo poco que habían podido salvar de sus bienes, aquellos infelices abandonaron, con sus mujeres y sus hijos, los lugares que les habían visto nacer y que ellos no volverían a ver jamás. Como el emir no les había consentido marchar todos juntos y tenían que caminar en grupos, muchos de ellos fueron desvalijados en el camino por bandas de soldados o de bandoleros, emboscados en los barrancos o detrás de las rocas. Llegados a las costas del Mediterráneo, se embarcaron para dirigirse, unos al occidente de Africa, y otros a Egipto. Estos últimos, en número de quince mil, sin contar las mujeres y los niños, desembarcaron en las inmediaciones de Alejandría, sin que el gobierno pudiera oponerse a ello, porque Egipto, siempre rebelde a los Abasidas, era presa entonces de una completa anarquía. Los desterrados no tuvieron otra cosa que hacer más que entenderse con la tribu árabe más poderosa de los contornos. Así lo hicieron; pero poco después, cuando se creyeron bastante fuertes para prescindir de la protección de estos beduínos, rompieron con ellos, estalló la guerra y los vencieron a campo raso. Después se apoderaron

de Alejandría; atacados diferentes veces, supieron mantenerse en esta ciudad hasta el año 826, en que un general del califa Mamum los obligó a capitular. Entonces intentaron pasar a la isla de Creta, que, en parte, pertenecía aún al imperio bizantino. Terminaron la conquista, y su jefe, Abu-Hafc Omar al-Baluti, oriundo de Fahz al-balut, hoy campo de Calatrava, fué el fundador de una dinastía que reinó hasta el año 961, época en que los griegos reconquistaron Creta (1).

La otra banda, formada por ocho mil familias, tuvo aún menos dificultades para encontrar una nueva patria. Precisamente entonces el príncipe Idris se proponía construir una nueva capital, con el nombre de Fez, y como sus súbditos, casi todos nómadas, mostraban invencible repugnancia a vivir en una ciudad, se esforzaba en atraer extranjeros a ella. Los desterrados andaluces obtuvieron, pues, fácilmente permiso para establecerse allí; pero fué a costa de su cotidiana tranquilidad. Una colonia árabe procedente de Cairauan se había establecido previamente en Fez. Estos árabes y los descendientes de los celto-romanos se odiaron instintivamente, y aunque reunidos en el mismo territorio, se mantuvieron tan obstinadamente separados que en el siglo XIV aun se conocía por sus rasgos fisonómicos que pertenecían a distintas razas. La disparidad de

(1) Quatremère, *Memorias sobre Egipto;* t. I; Aben-Jaldun, t. III, fol. 44 r. y v.; t. IV, fol. 6 v.; Ben-al-Abar, página 40.

gustos, trabajos y costumbres perpetuaba irrevocablemente aquella antipatía. Los árabes eran obreros o mercaderes, y disfrutaban de un bienestar casi superfluo; los andaluces eran agricultores y ganaban penosamente su vida. Para los árabes, aficionados al buen trato, al adorno y a la elegancia en todo, los andaluces resultaban rudos, groseros y tacaños campesinos, mientras éstos, satisfechos con su sobria y rústica vida, porque estaban habituados a ella, o empeñados en ocultar, con afectado desdén, la envidia que les inspiraba la riqueza de sus convecinos, consideraban a los árabes afeminados y derrochadores. Temiendo, con razón, que surgiesen desavenencias y disputas en ambas colonias, el príncipe Idris los había separado, asignando a cada una un barrio distinto, con su mezquita, su bazar, su casa de la moneda y hasta su muralla; mas, a pesar de sus precauciones, árabes y andaluces vivieron durante muchos siglos en un estado de hostilidad sorda o vibrante, y a menudo un terreno neutral, a la orilla del río, que separaba ambos barrios fué teatro de sus luchas (1).

Mientras los cordebeses, después de ver degollar a sus padres, a sus mujeres o a sus hijos, expiaban su rebeldía en el destierro, los faquíes, de seguro mucho más culpables que ellos, fueron perdonados; y apenas sofocada la insurrección, les dió Alhaquen pruebas de su clemencia. Habien-

(1) *Cartás*, pp. 21-23, 25, 70 y 71; Becri, en las *Noticias y extractos*, t. XII, pp. 574-577.

do ordenado apresar y sentenciar a muerte a los que se sospechaba hubieran excitado a la rebelión—aunque no hubiesen tomado abiertamente parte en ella—, los agentes de policía descubrieron el escondite de un faquí oculto en el serrallo de un cadí pariente suyo. Cuando iban a matarle, el cadí, atraído por los gritos de sus mujeres, acudió a toda prisa; pero en vano intentó que le soltaran afirmando que le habían prendido equivocadamente, porque le contestaron con arrogante tono que habían recibido órdenes terminantes y que las cumplirían. El cadí corrió entonces al alcázar, y obtenida una audiencia, exclamó:

—Señor, el Profeta fué clemente, pues perdonó y colmó de mercedes a los coraixitas que le habían combatido. Nadie en el mundo debe imitarle mejor que *tú* que perteneces a *su misma familia.*

Refirió después lo ocurrido, y cuando acabó de hablar, el emir, emocionado, no sólo dió libertad a aquel preso, sino que indultó a todos los faquíes (1), refugiados casi todos en Toledo, les devolvió sus bienes y les permitió establecerse en cualquier provincia de España, a excepción de Córdoba y sus inmediaciones (2). El mismo Yahya, refugiado en una tribu berberisca, fué indultado, obtuvo permiso para volver a la corte y el emir le concedió de nuevo su favor (3). En cambio, algunos quedaron excluídos de la amnistía,

(1) Joxani, p. 250.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 79.
(3) Nouairi, p. 454.

entre ellos Talut, de la tribu árabe de Moafir, discípulo de Malik, que, habiéndose significado como uno de los más atrevidos demagogos, se había ocultado en casa de un judío; pero al cabo de un año, cansado de su voluntaria reclusión, aunque el judío no omitió nada para hacerle la estancia agradable, le habló de este modo:

—Tengo intención de abandonar mañana tu morada, donde he encontrado una hospitalidad que recordaré eternamente, para irme a casa del visir Abu-'l Basam, que, según he oído decir, tiene gran influencia en la corte y que debe estarme reconocido porque ha sido mi discípulo. Tal vez quiera interceder por mí con ese hombre.

—Señor—le respondió el judío—, no te fíes de un cortesano que puede ser capaz de venderte. Si quieres abandonarme por temor a serme gravoso, te juro que puedes permanecer aquí toda la vida, pues tu presencia no causa el menor trastorno en mi casa.

A pesar de los ruegos del judío, Talut persistió en su propósito, y al día siguiente aprovechó el crepúsculo vespertino para trasladarse sin ser visto al palacio del visir.

Abu-'l Basam quedó estupefacto al ver entrar en su casa a aquel proscrito que creía a cien leguas de Córdoba.

—Bien venido—le dijo, haciéndole sentar a su lado—; pero, ¿dónde has estado tanto tiempo?

Refirióle el faquí la abnegación con que el judío le había ocultado, y después añadió:

—He venido a tu casa para rogarte que intercedas por mí con ese hombre (1).

—Ten la seguridad—contestó el visir—de que haré cuanto de mí dependa para obtener tu indulto. Además, no será muy difícil, porque el emir lamenta haber sido tan severo. Permanece en mi morada esta noche; mañana veré al príncipe.

Completamente tranquilizado con estas palabras, Talut durmió aquella noche con el sueño del justo, bien lejos de sospechar que su huésped, que le había recibido con tanta benevolencia y le había hecho tan gratas promesas sobre lo porvenir, pensaba en traicionarle entregándole al príncipe. Tal era, sin embargo, la intención de aquel hombre hipócrita y pérfido, cuando se dirigió a palacio a la mañana siguiente, después de adoptar las medidas necesarias para evitar la evasión del faquí.

—¿Qué te parecería—dijo al príncipe con maligna sonrisa—un carnero cebado en el pesebre todo un año?

No sospechando la segunda intención con que hablaba el visir, Alhaquen replicó gravemente:

—La carne encerrada resulta indigesta; encuentro más sana y suculenta la de una res que ha pacido en libertad.

—No es eso lo que quiero decirte—prosiguió el visir—, sino que tengo a Talut en mi casa.

—¿De veras? ¿Y cómo ha caído en tu poder?

---

(1) Abd-al-Uahid, p. 14; Ben-al-Cutia, fol. 22 r.

—Con algunas palabras benévolas.

Entonces Alhaquen dió orden para que le trajesen a Talut, el cual, al entrar en la sala en que estaba el emir, temblaba de espanto, aunque el príncipe no tenía aire irritado y además le dijo con tono de dulce reproche:

—Responde de buena fe, Talut: si tu padre o tu hijo hubieran ocupado mi trono, ¿te habrían concedido tantos favores y tantos honores como yo? Siempre que has implorado mi protección, para ti o para los tuyos, ¿no me he apresurado a complacerte? ¡Cuántas veces, durante tu enfermedad, no te he visitado yo mismo! Al morir tu mujer, ¿no fuí a buscarte a la puerta de tu casa y seguí a pie el fúnebre cortejo desde el arrabal? Después de la ceremonia, ¿no volví a acompañarte a pie hasta tu morada? Y en recompensa ¡has querido mancillar mi honor, profanar mi majestad; has querido verter mi sangre!

A medida que hablaba el emir se iba tranquilizando Talut, y cuando llegó a convercerse de que su vida no corría peligro recuperó su aplomo y su audacia habituales. Alhaquen esperaba conmoverle; pero Talut, sin enternecerse, y sobrado orgulloso para confesar que había sido ingrato y culpable, le respondió con seca altanería:

—No puedo hacer nada mejor que decirte la verdad: al odiarte he obedecido a Dios; desde entonces, todos tus beneficios no significan nada.

Al escuchar esta afirmación, que parecía un desafío, Alhaquen no pudo reprimir un movimien-

to de cólera; pero, dominándose en seguida, añadió con calma:

—Al hacerte traer aquí repasaba en mi memoria todos los géneros de suplicios a fin de elegir el más cruel para ti; mas ahora te digo: el que tú pretendes que te ha ordenado aborrecerme, a mí me manda perdonarte. Vive en libertad y que Dios te guarde. Mientras yo exista, te juro por el Omnipotente que seguirás rodeado de honores y homenajes. ¡Pluguiera a Dios—añadió suspirando—que pudiera borrarse el pasado!

¿Podía darse a entender al teólogo, con más delicadeza y dulzura, que Dios no aprueba nunca el odio? Sin embargo, Talut fingió no comprender la lección que acababa de recibir; quizá el orgullo estaba demasiado arraigado en su alma de bronce para entenderla. Sin pronunciar una frase de agradecimiento, no respondió más que a las últimas palabras del príncipe:

—Si el pasado no hubiera existido—dijo—, sería mejor para ti...

Esto era amenazar al monarca con un terrible castigo para la otra vida; pero Alhaquen, aunque convencido de que el derecho estaba de su parte y no de la de los faquíes, se hallaba resuelto a conservar hasta el fin su sangre fría, y fingiendo no haber oído lo que Talut acababa de decir, le preguntó:

—¿Dónde se ha apoderado de ti Abu-'l Basam?

—El no me ha apresado—respondió Talut—; soy yo quien me he puesto en sus manos yendo

a buscarle en nombre de la amistad que nos había unido.

—¿Dónde has vivido durante este año?

—En casa de un judío de la ciudad.

Entonces Alhaquen, dirigiéndose con profunda indignación a Abu-'l Basam, mudo testigo de este diálogo, exclamó:

—¡Y qué! Un judío ha sabido honrar, en un hombre que profesa una religión distinta de la suya, la piedad y la ciencia; no ha temido, al darle asilo, exponer a mi resentimiento su persona, su mujer, sus hijos, su fortuna; y tú, ¡tú has querido hacerme reincidir en los excesos de que me lamento! Sal de aquí y que nunca tu presencia vuelva a manchar mis ojos.

El pérfido visir cayó en desgracia. Talut, por el contrario, no cesó hasta su muerte de recibir favores de Alhaquen, el cual se dignó honrar el entierro del faquí con su presencia (1).

De este modo, Alhaquen, implacable con los labradores del arrabal, como antes lo había sido con los vecinos de Toledo, no lo fué con los faquíes, y es que unos eran árabes o berberiscos, y los otros no. Alhaquen, como verdadero árabe, tenía dos pesos y dos medidas: con los antiguos habitantes del país, a quienes despreciaba soberanamente, lo creía todo permitido si tenían la audacia de

(1) Ben-al-Cutía, fols. 22 r.-23 r. En una tradición referida por Macari—t. I. p. 900—, el carácter de Talut se presenta en un aspecto más favorable; pero he creído deber reproducir el relato, mucho más circunstanciado, de Ben-al-Cutía.

desconocer su autoridad; pero cuando se trataba de rebeldes de su propia raza, los perdonaba de buen grado. Cierto que los historiadores árabes han explicado de otro modo la clemencia con que Alhaquen trató a los faquíes, atribuyéndola a remordimientos de conciencia (1). No negaremos que Alhaquen, feroz y cruel a intervalos, pero que en el fondo tenía sentimientos humanitarios, se reprochaba como crímenes algunas órdenes dictadas en un momento de furor, como cuando mandó decapitar a todos los faquíes encerrados en la Rotonda; pero creemos también que los clientes ommíadas—que al escribir la historia de sus patronos hacían esfuerzos inauditos para rehabilitar la memoria de un príncipe relegado por los faquíes a los antros del infierno (2)—han exagerado su arrepentimiento; porque, a juzgar por el testimonio del propio Alhaquen, es decir, por los versos que dirigió a su hijo poco tiempo antes de morir, estaba firmemente convencido de que tenía derecho a obrar como había obrado. He aquí estos versos, con los cuales concluiremos este relato:

"Así como el sastre se sirve de la aguja para coser los trozos de tela, me he servido de mi espada para reunir mis desunidas provincias; porque desde la edad en que comencé a razonar, nada

(1) Ben-al-Cutia, fol. 23 r.; Ben-Adari, t. II, p. 82.
(2) Ben-al-Abar, p. 41; *Ajbar machmua*, fol. 104 v.; Ben-al-Cutia, fols. 23 v., 24 r.

me ha repugnado tanto como el desmembramiento del imperio. Pregunta ahora a mis fronteras si algún paraje está en poder del enemigo, y te responderán que no; pero si te respondieran que sí, volaría allá revestido con mi coraza y empuñando la espada. Interroga también a las calaveras de mis súbditos rebeldes que, semejantes a frutos de coloquíntidas, partidas en dos, yacen sobre la llanura y brillan a los rayos del sol, y te dirán que las he herido sin descanso. Poseídos de terror, los insurrectos huían para escapar a la muerte; pero yo, siempre en mi puesto, la menospreciaba. Si no he perdonado a sus mujeres ni a sus hijos, ha sido porque habían amenazado a mi familia y a mí; el que no sabe vengar los ultrajes que se infieren a su familia no tiene conciencia del honor y todo el mundo le desprecia. Cuando concluímos de cambiar estocadas, los obligué a beber un veneno mortal; pero ¿qué he hecho más que pagar la deuda que me habían obligado a contraer con ellos? Cierto que han hallado la muerte; pero era porque así lo quería su destino.

Te dejo, pues, mis provincias pacificadas, ¡oh, hijo mío! ¡Parecen un lecho, sobre el cual puedes dormir tranquilo porque he tenido cuidado de que ningún rebelde turbe tu sueño!" (1).

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 73 y 74. En el primer verso es preciso leer *raäbto*—en vez de *raäito*—, y *râki'â*—en vez de *räkiman*—; estas dos transcripciones, las únicas verdaderas, se encuentran en Macari, t. I, p. 220.

Abderrahaman I

V

Jamás la corte de los emires de España había sido tan brillante como durante el reinado de Abderrahman II, hijo y sucesor de Alhaquen. Entusiasmado de la soberbia prodigalidad de los califas de Bagdad y de su vida de pompa y ostentación, se rodeó de numerosa servidumbre. Embelleció la capital empleando grandes sumas en la construcción de puentes, mezquitas, palacios y vastos y magníficos jardines, a los cuales afluían, canalizados, los torrentes de las montañas (1). Gustaba también de la poesía, y si los versos que hacía pasar por suyos no siempre lo eran, al menos recompensaba generosamente a los poetas que le ayudaban. Además era dulce, accesible y bondadoso hasta rayar en débil. Aun viendo por sus propios ojos que sus servidores le robaban, no los castigaba (2). Durante toda la vida se dejó dominar por un faquí, por un músico, por un eunuco y por una mujer.

El faquir era el bereber Yahya, que ya conocemos como principal instigador de la rebelión del arrabal. Convencido de sus error por el mal éxito de aquella tentativa, comprendía que el clero para ser poderoso, en vez de mostrarse hostil al soberano debía captarse su apoyo y sus favores.

---

(1) Ben-Adari, t. II, p. 93; Macari, t. I, p. 223; Eulogio, *Memor. Sanct*, l. II, c. 1.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 94.

Aunque su impetuosidad y altanería se amoldaban difícilmente al papel que se había propuesto desempeñar, su falta de consideración, su ruda franqueza y su selvática brusquedad no le perjudicaban del todo en opinión del devoto emir, que aunque había estudiado filosofía (1) era muy piadoso y atribuía la cólera del altivo doctor a ímpetus de indignación virtuosa. Toleraba, pues, sus frases atrevidas y hasta sus enojos; se sometía dócilmente a las rudas penitencias que su severo confesor le imponía (2), bajaba la cabeza ante el poder de aquel tribuno religioso y le entregaba el gobierno de la Iglesia y la dirección de la Judicatura. Reverenciado por el monarca, sostenido por la mayoría de los faquíes, por la clase media, que le temía (3), por el pueblo, con cuya causa se había identificado desde la rebelión, y hasta por muchos poetas (4), cuyo apoyo no era de desdeñar, Yahya gozaba de un inmenso poder. Y, sin embargo, no tenía ningún empleo, ninguna posición oficial; si gobernaba todo desde su esfera, era por el solo brillo de su nombre (5). Déspota de corazón, aunque antes había anatematizado el despotismo, lo ejercía sin escrúpulo ahora que las circunstancias lo permitían. Si los jueces querían conservar sus cargos, tenían que convertirse en ciegos instrumentos de su voluntad. El emir, que

(1) Macari, t. I, p. 223.
(2) Aben-Jalican, fasc. X, p. 20, ed. Wüstenfeld.
(3) Joxani, p. 257.
(4) Joxani, p. 265-6.
(5) Aben-Jalican, fasc. X, p. 20.

a veces pretendía emanciparse del yugo de Yahya, ofrecía más de lo que luego se atrevía a cumplir, comprometiéndose a sostenerlos (1). Aniquilaba a cuantos se atrevían a resistirle; pero, ordinariamente, cuando quería desembarazarse de un cadí que le contrariaba, se limitaba a decir: "¡Preséntame tu dimisión!" (2).

La influencia de Ziryab el músico no era menor, aunque actuaba en otra esfera. Era de Bagdad; persa de origen, según parece, y cliente de los califas abásidas, había aprendido la música con el célebre cantor Ishac Mocili, cuando un día Harun-ar-Raxid preguntó al maestro si no tenía algún nuevo cantor que presentarle.

—Tengo un discípulo que canta bastante bien gracias a mis lecciones—respondió Ishac—. y tengo motivos para creer que algún día llegará a honrarme.

—Dile entonces que venga—replicó el califa.

Presentado al soberano, Ziryab se granjeó desde el principio su estimación por sus maneras distinguidas y su conversación espiritual; después, interrogado por Harun sobre sus conocimientos musicales, dijo:

—Sé cantar como otros saben; pero, además, sé lo que no saben otros. Mi estilo original no es más que para un inteligente tan delicado como tú. Señoría, si quieres, voy a cantar lo que jamás ha oído nadie.

---

(1) Joxani, p. 265-6.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 83.

Habiendo accedido el califa, entregaron al cantor el laúd de su maestro, que él rechazó pidiendo uno que él mismo había construído.

—¿Por qué rehusas el laúd de Ishac?—le preguntó el califa.

—Si deseas que cante según el método de mi maestro—le respondió Ziryab—, me serviré de su laúd; pero si quieres conocer el que yo he ideado, es absolutamente necesario que emplee el mío.

Explicó la estructura de su laúd, y comenzó a cantar una canción compuesta por él. Era una oda en loor de Harun, y el califa quedó tan entusiasmado que reprochó duramente a Ishac no haberle presentado antes a tan maravilloso cantor. Ishac se excusó alegando la verdad, o sea que Ziryab le había ocultado cuidadosamente que cantaba según su invención; pero cuando se encontró a solas con su discípulo, le dijo:

—Es indigno que me hayas engañado ocultándome toda la extensión de tu talento. Ahora te confieso con franqueza que estoy celoso de ti, como lo están siempre los artistas que cultivan un mismo arte y que tienen el mismo mérito. Además, has conseguido agradar al califa y comprendo que vas a suplantarme, lo cual no perdonaría ni a mi propio hijo; así que, a no ser por un resto de cariño de maestro que conservo hacia ti, te mataría sin escrúpulo... pasase lo que pasase... Ahora puedes elegir entre dos partidos: ve a establecerte lejos de aquí, jurándome que jamás volveré a oír ni tu nombre, en cuyo caso te daré

todo el dinero que quieras para satisfacer tus necesidades, o permanece aquí contra mi voluntad; pero, en este caso, te prevengo que arriesgaré los bienes y hasta la vida con tal de perderte. ¡Elige, pues!

Ziryab no vaciló sobre el partido que debía adoptar, y abandonó Bagdad con el dinero que Ishac le había ofrecido. Algún tiempo después, el califa encargó de nuevo a Ishac que le llevara a su discípulo:

—Siento no poder satisfacer tu deseo—respondió el músico—; ese joven está alucinado; supone que los genios le hablan y le inspiran los motivos musicales, y es tan orgulloso que cree no tener rival en el mundo. Como no le has recompensado ni vuelto a llamar, pensando que no aprecias su talento ha partido furioso. Ignoro dónde se encuentra; pero da gracias al Eterno de que semejante hombre se haya marchado, señor, porque asustaban sus peligrosos accesos de locura.

El califa, aunque lamentando la partida del joven músico que le había hecho concebir tan grandes esperanzas, se conformó con las razones de Ishac. Por otra parte, había algo de verdad en las afirmaciones del viejo maestro; durante su sueño, Ziryab creía oír cantar a los genios; entonces se despertaba sobresaltado, se tiraba del lecho, llamaba a Gazlan y a Honaida, dos jóvenes del harén, les hacía coger los laúdes y entonar la melodía que había escuchado en sueños, y transcribía él mismo las palabras. Bien sabía Ishac que

esto no era precisamente estar loco; después de todo, ¿qué artista inspirado, crea o no crea en los genios, no ha tenido algún transporte de emoción, imposible de definir, en que parece aletear algo sobrehumano?

Ziryab, buscando fortuna en Occidente, arribó al Africa y escribió a Alhaquen, el emir de España, manifestándole que deseaba establecerse en su corte. El príncipe recibió la noticia con tal agrado que le respondió apremiándole para que viniese a Córdoba y ofreciéndole una cuantiosa renta. Ziryab cruzó el estrecho de Jibraltar con sus mujeres y sus hijos; mas, apenas desembarcó en Algeciras, supo que Alhaquen acababa de morir. Desalentado con esta noticia, proponíase regresar al Africa, cuando el músico judío Mansur, que Alhaquen había enviado a recibirle, le hizo desistir de este propósito, asegurándole que Abderrahman II era aún más aficionado a la música que su padre y recompensaría a los artistas por lo menos con la misma generosidad. Los hechos demostraron que no se había engañado. Enterado de la llegada de Ziryab, Abderrahman II le escribió, invitándole a establecerse en su corte; ordenó a los gobernadores que le tratasen con los mayores miramientos, y que uno de los principales eunucos le ofreciese mulos y otros presentes. Llegado a Córdoba, Ziryab fué instalado en una soberbia casa; el emir le concedió tres días para descansar de las fatigas del viaje, y, una vez transcurridos, le invitó a presentarse en palacio.

Comenzó la entrevista explicándole las condiciones con que quería retenerle en Córdoba, condiciones magníficas, pues Ziryab disfrutaría de una pensión fija de doscientas monedas de oro al mes y de cuatro gratificaciones anuales, consistentes en mil monedas de oro en cada una de las dos principales fiestas musulmanas, quinientas en San Juan y quinientas en año nuevo; recibiría, además, por año, doscientos sextarios de cebada y cien de trigo; finalmente, le concedió el usufructo de cierto número de casas, campos y jardines que en conjunto representaban un capital de cuarenta mil monedas de oro. Sólo después de haberle asegurado tan espléndida fortuna, Abderrahman II le rogó que cantara, y cuando Ziryab hubo satisfecho este deseo, quedó tan entusiasmado de su arte, que desde entonces no quiso volver a oír a ningún cantor. Vivía con él en la más franca intimidad, se complacía en oírle hablar de historia, de poesía, de ciencias y artes, porque este músico extraordinario poseía extensos y variados conocimientos y además era excelente poeta y sabía de memoria la letra y la música de diez mil canciones. Asimismo había estudiado astronomía y geografía, y nada más instructivo que oírle hablar de diversos países y de las costumbres de sus habitantes. Pero más que su inmensa cultura asombraban su ingenio, su gusto y la suprema distinción de sus maneras. Nadie más ducho en la conversación chispeante; nadie tenía en tan alto grado el instinto de lo bello y el sentimiento del

arte; nadie sabía preparar mejor una fiesta o un banquete. Se le consideraba como un hombre superior, como un modelo en todo lo concerniente al buen tono, y en este sentido llegó a ser el legislador de la España árabe. Las innovaciones que introdujo fueron numerosas y atrevidas, pues realizó una revolución radical en las costumbres. Antes se llevaban los cabellos largos y separados sobre la frente, y se usaban en la mesa vasos de oro o de plata y manteles de lino; ahora se llevaban los cabellos cortados en redondo; los vasos eran de vidrio; los manteles, de cuero. Ziryab lo quería así. El determinaba las diferentes clases de trajes que debían llevarse en cada estación; él enseñó a los árabes de España que los espárragos son un manjar excelente, en lo cual no habían pensado aún; muchos platos inventados por él conservaron su nombre; en fin, se le tomaba como modelo hasta en los menores detalles de la vida elegante, y con una fortuna casi única en los anales del mundo, el nombre de aquel encantador epicúreo siguió siendo célebre hasta los últimos tiempos de la dominación musulmana en España, como el de los sabios ilustres, los grandes poetas, los grandes generales, los grandes ministros, los grandes príncipes (1).

Por otra parte, aunque Ziryab había alcanzado tal ascendiente sobre Abderrahman que el pueblo se dirigía antes a él que al emir cuando que-

(1) Véase la biografía de Ziryab en Macari, t. II, pp. 83 y sig.

ría conseguir algo (1), no parece que se mezcló mucho en política. Conocía demasiado la vida para no considerar como cosas de mal tono el discutir los asuntos de estado, tramar complot o entablar negociaciones entre los placeres de una fiesta, y dejaba estas cuestiones a la sultana Tarub y al eunuco Nasr (2). Tarub tenía un alma egoísta y seca, inclinada a la intriga y devorada por la fiebre de oro. Vendía no su amor, porque estas mujeres no lo sienten, sino su posesión, ya por un collar de precio fabuloso, ya por sacos de plata que su propio marido tenía que depositar a su puerta (3) cuando ella se negaba a abrirle. Dura, ávida, intrigante, se había aliado estrechamente con un hombre semejante a ella, con el cruel y pérfido Nasr. Hijo de un español que ni siquiera hablaba el árabe (4), este eunuco odiaba a los cristianos verdaderamente piadosos con todo el odio del apóstata.

Tal era el estado de la corte; el país distaba mucho de estar tranquilo. En la provincia de Murcia hubo una guerra entre yemenitas y maaditas que duró siete años; Mérida vivía en perpetua rebelión, y sus habitantes cristianos estaban en inteligencias con Ludovico Pío y se concertaban con él (5). Toledo se sublevó también, y en sus

(1) Joxani, p. 207.
(2) Macari, t. I, p. 225.
(3) Macari, t. I, pp. 224-5; Ben-Adari, II, pp. 94-5.
(4) Joxani, p. 277.
(5) Véase la carta de Ludovico Pío a los cristianos de Mérida en la *Esp. Sagr.*, t. XIII, p. 416.

inmediaciones se desarrolló una verdadera Jacquería.

Pocos años después de la jornada del foso, los toledanos habían recobrado su independencia y destruído el castillo de Amrus. Para resarcirse de esto, Alhaquen había apelado nuevamente a la astucia. Habiendo partido de Córdoba con el pretexto de hacer una *razzia* en Cataluña, había establecido su campamento en el distrito de Murcia; después, informado por los espías de que los toledanos se creían tan seguros que descuidaban hasta el cerrar las puertas de la muralla durante la noche, se presentó de improviso ante una de las puertas, y como la halló abierta, se apoderó sin lucha de la ciudad, incendiando todas las casas del barrio más alto (1). Entre aquellas viviendas figuraba la de un joven renegado llamado Haxim, que llegó a Córdoba casi desnudo y para ganar la vida se hizo herrero. Después, ardiendo en deseos de vengar sus propias injurias y las de sus convecinos, tramó un complot con los obreros de Toledo y abandonó Córdoba para volver a su ciudad natal, donde se puso al frente del populacho, que arrojó a los soldados y a los partidarios de Abderrahman II—829—. En seguida Haxim comenzó a recorrer el país con sus secuaces, saqueando y quemando las aldeas habitadas por los árabes y berberiscos. Su partida era de día en día más formidable, engrosada por obreros,

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 76 y 85; Nouairi, p. 459.

campesinos, esclavos y aventureros de todas clases. Por orden de Abderrahman, el gobernador de la frontera, Mahomed ben-Uasim, envió contra estos bandidos tropas que tuvieron que emprender la retirada, y durante un año, el herrero continuó impunemente sus devastaciones. Por fin, el gobernador, que había recibido refuerzos y había sido duramente reprendido por el emir, tomó la ofensiva, y esta vez con más éxito, porque después de un combate de muchos días la banda, muerto su jefe, fué dispersada (1).

Sin embargo, Toledo aun permanecía libre. En el año 834, el emir hizo sitiar esta ciudad al príncipe Omeya; pero los toledanos rechazaron tan victoriosamente el ataque que Omeya, después de asolar los campos circundantes, se vió obligado a levantar el sitio y volver a Córdoba. Los toledanos, cuando vieron alejarse el ejército enemigo, decidieron hostilizarle durante la retirada; pero Omeya había dejado en Calatrava una división mandada por el renegado Maisara, que informado del designio de los toledanos les preparó una emboscada y atacándolos de improviso los derrotó completamente. Según la costumbre, los soldados de Maisara presentaron a su capitán las cabezas de los enemigos muertos en la lucha; pero el amor a su nación no se había extinguido en el alma del renegado. A la vista de aquellas cabezas mutiladas, sus sentimientos patrióticos renacie-

(1) Nouairi, p. 458; Ben-Adari, t. II, pp. 85 y 86; Aben-Jaldun, fol. 7 v.

ron con tal fuerza, se reprochó tan duramente su adhesión a los opresores de su patria, que expiró pocos días después de dolor y vergüenza.

Aunque el emir siguió infligiendo daños a Toledo, no pudo someterle mientras duró la concordia en la ciudad; pero, desgraciadamente, desapareció pronto. Ignoramos lo ocurrido; mas los sucesos acaecidos en el año 873 hacen sospechar que estalló la discordia entre cristianos y renegados. Un jefe toledano llamado Aben-Mohachir y que, según parece, había sido renegado, abandonó Toledo con sus secuaces y fué a ofrecer sus servicios al gobernador de Calatrava—836—, el cual se apresuró a aceptar sus proposiciones, y siguiendo los consejos de los emigrados se resolvió a atacar la ciudad y a sitiarla por hambre, encargándose de dirigir el asedio Ualid, hermano de Abderrahman. Duraba ya un año el asedio y el hambre asolaba la ciudad cuando un parlamentario enviado por el general árabe aconsejó a los toledanos que se rindieran, toda vez que habían de verse forzados a hacerlo pronto y, por lo tanto, valía más aprovechar aquella ocasión en que aun podían obtener algunas condiciones. Los toledanos se negaron; pero, desgraciadamente, el emisario, que había sido testigo de su valor, lo fué también de sus desdichas y debilidad; así que, al regresar al campamento, aconsejó al general que diera un asalto vigoroso. Ualid lo hizo, y Toledo fué tomado por asalto después de haber gozado durante ocho años una completa independencia—16

de junio de 837—. Los analistas nada dicen de cómo trató el emir a los moradores de la ciudad, refiriendo tan sólo que Abderrahman les exigió rehenes y mandó reedificar la fortaleza de Amrus (1).

Durante los últimos años del reinado de Abderrahman, los cristianos de Córdoba intentaron una sublevación verdaderamente excepcional. Sobre ella vamos a llamar la atención de nuestros lectores. Los escritores latinos de mediados del siglo IX nos proporcionan multitud de datos no sólo sobre esta rebelión, sino sobre la vida, los sentimientos y las ideas de los cristianos de Córdoba, por lo que intentaremos reproducir fielmente los detalles llenos de interés que nos suministran.

VI

Una gran parte—y la parte más culta—de los cristianos de Córdoba no se quejaba de su suerte; no se los perseguía; se les permitía el libre ejercicio de su religión, y con esto los bastaba (2). Muchos se habían alistado en el ejército; otros desempeñaban cargos lucrativos en la corte o en el palacio de los magnates árabes (3). Imitaban

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 86 y 87; Nouairi, pp. 458-9; Aben-Jaldun, fols. 7 v., 8 r.

(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 248; Alvaro, *Indic. lumin.*, página 225.

(3) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 2, 3; l. III, c. 1; Alvaro, *Indic. lumin.* pp. 225 y 273.

en todo a sus señores: uno sostenía un harén (1), otro se entregaba a un vicio abominable por desgracia muy generalizado en Oriente (2). Deslumbrados por el brillo de la literatura árabe, los hombres de gusto refinado menospreciaban las letras latinas y no escribían más que en la lengua de los vencedores. Un autor de aquella época, más patriota que la mayoría de sus conciudadanos, se queja de ello amargamente. "Mis correligionarios—dice—se complacen en leer poemas y novelas árabes (3); estudian las doctrinas de los teólogos y filósofos musulmanes no para refutarlas, sino para adquirir un estilo arábigo elegante y correcto. ¿Dónde se encuentra hoy un laico que lea los comentarios latinos de las Santas Escrituras? ¿Qué seglar estudia los evangelistas, los profetas o los apóstoles? ¡Ay! Los jóvenes cristianos que se distinguen por su talento no conocen más que la lengua y la literatura arábiga; leen y estudian con el mayor ardor los libros árabes; gastan grandes sumas en formar inmensas bibliotecas, y proclaman por doquiera que esta literatura es admirable. Habladles, en cambio, de libros cristianos y os responderán con desprecio que son indignos de fijar su atención. ¡Oh dolor! Los cristianos han olvidado hasta su idioma, y

---

(1) Samson, *Apolog.*, l. II, c. 6.

(2) Samson, *Apolog.*, l. II, c. 2 y 6.

(3) El manuscrito de Alvaro—p. 273, ed. Flores—dice: "Et dum eorum versibus et fabellis mile suis delectamus." En vez de *mile*, Flores transcribe *mille*, sin comprender que, en este caso, el autor habría escrito *eorum* y no *suis*. Debe leerse *milesiis*.

entre mil apenas encontraréis uno que sepa escribir correctamente en latín una carta a un amigo; pero si se trata de escribir en árabe, hallaréis multitud de personas que se expresan con la mayor elegancia y que componen poemas preferibles, artísticamente, a los de los mismos árabes" (1).

Además, esta predilección por la literatura arábiga, este abandono casi unánime de los textos latinos, no debe sorprendernos. En Córdoba apenas se encontraban obras de los grandes poetas de la antigüedad (2); los libros de teología resultaban poco atractivos para la gente de mundo, y la literatura contemporánea se hallaba en plena decadencia. Se componían aún versos latinos; pero como se habían olvidado las leyes de la cantidad (3), eran versos rimados llamados rítmicos (4), en los cuales no había que tener en cuenta más que el acento, y además estaban escritos en un estilo a la vez descuidado y presuntuoso.

Casi arabizados, los cristianos de Córdoba se amoldaban muy bien a la dominación extranjera; aunque no faltaban excepciones, porque el sentimiento de la propia estimación y de la dignidad nacional no estaban extinguidos por completo. Al-

(1) Alvaro, *Indic. lumin.*, pp. 274 y 275.

(2) Para los cordobeses, la *Eneida* de Virgilio y las *Sátiras* de Horacio y Juvenal, que Eulogio les llevó desde Navarra, en el año 848, constituyeron verdaderas novedades. Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 9.

(3) Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 4.

(4) Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 2. Compárese con Sharon Turner, *Historia de los anglo-sajones*, t. III, p. 655.

gunos espíritus generosos que desdeñaban medrar a fuerza de habilidad o de impudicia en los palacios de los grandes temblaban de indignación al pensar que su ciudad natal, que aun llevaba con orgullo su antiguo título de Patricia, servía ahora de residencia al emir (1); envidiaban la suerte de los pequeños estados del norte de España que, aunque tenían que sostener una guerra continua, libres del yugo árabe estaban al menos regidos por príncipes cristianos (2). A estos sentimientos patrióticos se unían a veces agravios muy reales. Los emires dictaban, de tiempo en tiempo, órdenes que herían profundamente la altivez y las convicciones religiosas de los cristianos. Por ejemplo, habían declarado la circuncisión obligatoria para ellos lo mismo que para los musulmanes (3).

Pero los más descontentos eran los sacerdotes, que sentían hacia los musulmanes un odio instintivo y tanto más fuerte porque tenían las más falsas ideas sobre Mahoma y las doctrinas que había predicado. Viviendo entre los árabes, nada más fácil que instruirse en este punto; pero, rehusando obstinadamente beber en las fuentes que estaban a su alcance, se complacían en creer y repetir las absurdas fábulas propaladas en torno del Profeta de la Meca. No es a los escritos ará-

---

(1) Isidoro de Beja, c. 36; Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 1; *Apolog. martyrum*, p. 314.

(2) Eulogio, *Epistola ad Wiliesindum*, p. 330.

(3) Alvaro, *Indic. lumin.*, p. 273; Samson, *Apolog.*, l. II, capítulo 4.

bigos adonde Eulogio—uno de los sacerdotes más instruídos y, sin duda, bastante familiarizado con el árabe para poder leer de corrido una obra histórica escrita en esta lengua—acude en busca de datos sobre la vida de Mahoma, sino a un manuscrito latino que por azar cayó en sus manos en un convento de Pamplona. Leíase en él, entre otras cosas, que el Profeta, sintiendo aproximarse su fin, había vaticinado que, al tercer día después de su muerte, vendrían los ángeles a resucitarle. Por consiguiente, cuando el alma de Mahoma "descendió a los infiernos", sus discípulos velaron incansables en torno del cadáver esperando el milagro; pero al fin del tercer día, no viendo llegar a los ángeles y creyendo que su permanencia junto al cadáver—que ya exhalaba un olor fétido—se lo impedía, se alejaron. Entonces, en vez de ángeles llegaron perros (1), que devoraron parte del cadáver; los restos fueron sepultados por sus discípulos, que para vengarse decidieron matar cada año gran número de perros... "He aquí—escribe Eulogio—, he aquí los milagros del Profeta de los musulmanes" (2). Así se conocían las doctrinas de Mahoma. Que los sacerdotes, dominados por ideas ascéticas y a los cuales les estaba vedado el amor de una mujer, se extrañasen de la poligamia, en otro tiempo permitida, y sobre todo, de las ideas sobre el paraíso mahometano con sus hermosas vírge-

(1) *Vice angelica canes ingressi.*
(2) *Apolog. martyrum*, pp. 312 y 313.

nes (1), era lo más lógico; pero lo más singular es que se imaginasen que Mahoma había predicado precisamente lo contrario que Cristo. "Este adversario de nuestro Salvador—dice Alvaro—ha consagrado el sexto día de la semana—que a causa de la pasión de Nuestro Señor debe ser un día de duelo y de ayuno—a la gula y a la lujuria. Cristo ha predicado la castidad a sus discípulos; él, a los suyos, los placeres groseros, el incesto y las voluptuosidades más inmundas. Cristo ha predicado el matrimonio; él, el divorcio. Cristo ha preconizado la sobriedad y el ayuno; él, los festines y los placeres de la mesa" (2). "Cristo—prosigue Alvaro, aunque le sería difícil hallar en el Nuevo Testamento las palabras que atribuye al Señor—, Cristo ordena en los días de ayuno que el marido se abstenga hasta de su legítima esposa; él consagra especialmente estos días a los placeres carnales" (3). Por poco enterado que Alvaro estuviese de lo que ocurría entonces en la corte, debía saber que Yahya había impuesto una ruda penitencia a Abderrahman II por infringir los mandamientos de Mahoma relativos a la abstinencia de mujeres durante el mes del ayuno (4).

Así, los sacerdotes se formaban una idea completamente falsa de la religión islamita. En vano algunos eclesiásticos que la conocían mejor les

(1) Alvaro, *Indic. lumin.*, pp. 252 y 253.
(2) *Indic. lumin.*, p. 270.
(3) Alvaro, *Indic. lumin.*, p. 271.
(4) Aben-Jallcan, fasc. X., p. 20, ed. Wüstenfeld.

aseguraban que Mahoma había predicado una moral pura (1); tiempo perdido; el clero, en general, se obstinaba en poner al islamismo a la misma altura que el paganismo romano y en considerarle como una idolatría diabólica (2). Mas no es en la religión musulmana donde debe buscarse el principal origen de su aversión, sino en el carácter de los árabes. Este pueblo, que unía a una franca y viva alegría una sensualidad refinada, tenía que inspirar a los sacerdotes—que preconizaban el retiro perpetuo, los grandes sacrificios y las terribles expiaciones—una repugnancia invencible y extrema. Además, el clero estaba abrumado por vejaciones continuas. Si los musulmanes de las clases elevadas eran hábiles políticos para insultar, por su religión, a los cristianos, el populacho era, como siempre, intolerante. Cuando un sacerdote pasaba por la calle, gritaban: "¡Ahí va el loco!", y entonaban una canción que entrañaba un elogio irónico de la cruz, mientras los chiquillos le tiraban piedras y cascotes a la cabeza. Durante los entierros, los sacerdotes oían decir: "¡Alá, no tengas piedad de ellos!", al mismo tiempo que la basura y los guijarros llovían sobre el cortejo fúnebre. Cuando las campanas de las iglesias anunciaban las horas canónicas, los musulmanes murmuraban, sacudiendo la cabeza: "¡Pueblo simple y desgraciado, que se deja engañar por sus sacerdotes! ¡Qué

(1) Eulogio, *Apolog. martyrum*, p. 311.
(2) Eulogio y Alvaro, *passim.*

locura creer sus mentiras! ¡Que Alá maldiga a estos impostores!" A muchos musulmanes, los cristianos, sobre todo los eclesiásticos, les repugnaban tanto que, cuando tenían que hablarles, se mantenían a distancia para no rozarles los vestidos (1). Y, sin embargo, aquellos infelices que causaban horror, que eran considerados como impuros, cuyo contacto se evitaba como el de un apestado, y que veían cumplirse las palabras que Jesús había dirigido a sus discípulos: "Seréis odiados de todos a causa de mi nombre", se acordaban perfectamente de que, cuando el cristianismo dominaba en el país y se alzaban por todas partes admirables templos, su clase había sido la más poderosa del Estado (2).

Heridos en su orgullo, exasperados por los ultrajes que recibían e inducidos por una necesidad febril de actividad, los sacerdotes, los monjes y el corto número de seglares identificado con ellos no se resignaban a sufrir en silencio, a hacer estériles votos y a que la cólera les royese las entrañas. En las ciudades bastante alejadas del centro de la dominación agarena para poder enarbolar con éxito bandera de rebelión, aquellos hombres apasionados y ardientes habrían sido soldados; en los montes habrían llevado la vida independiente de los bandidos; y, soldados en Toledo o guerrilleros en la Serranía de Málaga, ha-

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 247; Alvaro, *Indic. lumin.*, páginas 229 y 230.

(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 250, al final.

brían sostenido contra los árabes una guerra sin cuartel. En la residencia del emir, donde toda rebelión a mano armada era imposible, se convirtieron en mártires.

Para sustraerse a los insultos del populacho, los sacerdotes no abandonaban sus viviendas más que en caso de necesidad absoluta (1). A menudo se fingían enfermos y permanecían todo el día acostados para no pagar la capitación reclamada por el tesoro público a fin de cada mes (2). Se condenaban a largas reclusiones, a una vida solitaria, contemplativa, reconcentrada, acumulando en silencio, con una especie de voluptuosidad, tesoros de odio; eran felices odiando más cada día y recargando su memoria con nuevos agravios. Al anochecer se levantaban. Entonces se ponían a leer, en el silencio solemne y misterioso de la noche, a la indecisa y débil luz de una lámpara (3), ciertos pasajes de la Biblia, sobre todo el capítulo X de San Mateo, los Padres de la Iglesia y la "Vida de los Santos", que eran casi los únicos libros que conocían. Leían que Cristo había dicho: "Id y enseñad a todas las naciones. Lo que os digo en las tinieblas, decidlo a la luz; lo que os digo al oído, predicadlo en las casas. Os envío como corderos entre lobos. Seréis llevados ante los gobernadores y hasta delante de los reyes por causa mía, para que deis testimonio de

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 247.
(2) Leovigildo, de *Habitu Clericorum—Esp. Sagr.*, t. XI, página 523—.
(3) Leovigildo, *Loco laudato*.

mí. No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede perder el alma y el cuerpo arrojándolos en la gehenna" (1). Leían también en los grandes doctores que gozarán especialmente de la beatitud de los elegidos aquellos que, aun cuando el ocultarse no sería un crimen, se ofrecen espontáneamente al martirio (2). Pero lo que principalmente inflamaba la enfermiza imaginación de los sacerdotes era el ejemplo de los santos puestos a prueba por la persecución de los paganos y que, lejos de rehuir el martirio, se mostraban ávidos de tan sagrada muerte (3). Viviendo en la admiración continua de estos héroes de la fe, sentían agitarse en su alma la necesidad imperiosa de imitarlos; lamentaban no verse perseguidos y anhelaban ardientemente la ocasión de hacer un acto público de fe como tantos siervos fieles de Dios en los primeros años de la Iglesia.

Este partido exaltado y fanático obedecía al impulso de dos hombres insignes: el sacerdote Eulogio y el seglar Alvaro.

Eulogio pertenecía a una antigua familia cordobesa que se distinguía tanto por su fervor cristiano como por su odio hacia los musulmanes. Su abuelo, llamado también Eulogio, cuando oía a los muecines anunciar, desde lo alto de los minaretes, la hora de la plegaria, hacía la señal de

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 240.
(2) Eulogio, p. 249.
(3) Eulogio, *Ibid.*

la cruz y entonaba estas palabras del salmista: "¡Oh, Dios, no guardes silencio ni te calles! ¡Porque he aquí que tus enemigos zumban y los que te odian han levantado la cabeza!" (1). Sin embargo, por grande que fuese la aversión de esta familia hacia los árabes, José, el menor de los tres hermanos de Eulogio, entró como empleado en la administración pública. Sus otros dos hermanos se dedicaron al comercio (2); una de sus hermanas, llamada Anulona, tomó el velo de religiosa, y el mismo Eulogio fué destinado desde niño al sacerdocio. Educado entre los sacerdotes de la iglesia de San Zoilo, estudió noche y día, con tal aprovechamiento que bien pronto aventajó no sólo a sus condiscípulos, sino también a sus maestros. Entonces, ardiendo en deseos de aprender lo que ellos no podían enseñarle, pero temiendo ofenderlos si les manifestaba su secreto propósito, nada les dijo; pero, a escondidas, asistía a las clases de los doctores más renombrados de Córdoba y, sobre todo, a las del elocuente abad Spera-in-Deo (3), autor de una refutación de las doctrinas musulmanas (4) y del relato del suplicio de dos mártires decapitados al comienzo del reinado de Abderrahman II (5). Tan celoso doctor ejerció la más alta influencia sobre el espíri-

---

(1) Eulogio, *Apolog. martyrum*, p. 313.
(2) Eulogio, *Epist.* ad Wiliesindum.
(3) Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 2.
(4) Eulogio cita un fragmento de este libro en su *Memor. Sanct.*, pp. 241 y 242.
(5) Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 267.

tu del joven Eulogio, inspirándole aquel odio sombrío y feroz contra los musulmanes por el cual se distinguió toda su vida. Figuró también entre el auditorio de Spera-in-Deo, donde conoció a Alvaro, noble y rico joven de Córdoba que aunque no aspiraba al sacerdocio seguía asiduamente los cursos del célebre abad, cuyos sentimientos compartía. Eulogio y Alvaro habían nacido para comprenderse y amarse; bien pronto los unió una estrecha amistad, y al escribir, en edad avanzada, la biografía de su amigo, Alvaro recuerda con complacencia la época en que ambos se juraban una amistad eterna, en que estaban pendientes de los labios del gran doctor con que se enorgullecía la Bética, y en que su más grata ocupación era escribir volúmenes de cartas y versos, volúmenes que destruyeron más tarde, a pesar de los encantadores recuerdos que encerraban, por temor a que la posteridad los juzgase por tan débiles producciones de una entusiasta juventud (1).

Ordenado de diácono, y después de sacerdote en la iglesia de San Zoilo, Eulogio se granjeó, por sus virtudes, el aprecio de cuantos le conocían. Se complacía en visitar los conventos, sobre los cuales ejerció bien pronto benéfico influjo, y entrañando su piedad una singular exaltación, maceraba su cuerpo con ayunos y vigilias, pidiendo a Dios como un favor especial le librase de una

(1) Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 2.

vida que era una carga y le llevase a la bienaventuranza de los elegidos (1).

Sin embargo, su austera vida fué iluminada por un dulce rayo de amor; pero este amor era tan casto y tan puro en su santa sencillez que el mismo Eulogio no se daba cuenta de él y, sin pensarlo, lo confiesa con encantadora ingenuidad.

Había entonces en Córdoba una bellísima joven llamada Flora, cuyo carácter tenía con el de Eulogio misteriosas afinidades. Nacida de un matrimonio mixto, pasaba por musulmana; pero como había quedado huérfana de padre en la más tierna edad, su madre la había educado en el cristianismo. Esta piadosa mujer le había inspirado el más vivo fervor hacia las cosas santas; pero su hermano, celoso musulmán, espiaba todos sus pasos de tal suerte que sólo raras veces podía asistir a misa. Pesábale esta sujeción y se preguntaba si no pecaba consintiendo en pasar por musulmana, porque leía en su amada Biblia: "Al que me confiese delante de los hombres, yo le confesaré también delante de mi padre que está en los cielos; pero cualquiera que renegare de mí delante de los hombres, renegaré también de él delante de mi padre que está en los cielos." Fuerte y valerosa, intrépida y altiva, estaba admirablemente dotada para una resistencia indomable, tenía un carácter enérgico, emprendedor y exaltado. Por consiguiente, adoptó bien pronto

(1) Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 3.

una resolución. A hurtadillas de su hermano abandonó la casa, acompañada de su hermana Baldegotona, que compartía sus sentimientos, y ambas jóvenes buscaron asilo entre los cristianos. Su hermano las buscó inútilmente en todos los conventos; en vano hizo encarcelar a los sacerdotes que sospechaba las tenían ocultas, porque Flora, no queriendo que los cristianos fuesen perseguidos por ella, se presentó espontáneamente en la casa y dijo a su hermano:

—Me buscas, persigues al pueblo de Dios por causa mía; pues bien, aquí estoy; me presento a ti y te digo enérgicamente, porque estoy orgullosa de ello: Sí, son fundadas tus sospechas: soy cristiana. Intenta, si te atreves, separarme de Cristo por medio de tormentos; yo sabré soportarlo todo.

—¡Desgraciada!—exclamó su hermano—. ¿No sabes que nuestra ley impone al apóstata la pena de muerte?

—Lo sé—respondió Flora—; pero sobre el cadalso repetiré con igual firmeza: ¡Jesús, mi Señor, mi Dios, llena de amor por ti, muero dichosa.

Furioso por esta obstinación, el musulmán tuvo la crueldad de golpear a su hermana; pero Flora tenía uno de esos temperamentos tan excepcionales, tan perfectos, que el dolor físico parecía no hacerle mella; así, su hermano, viendo que su brutalidad resultaba inútil, procuró convencerla por la dulzura, aunque también sin éxito. Entonces, llevándola ante el cadí:

—Juez—le dijo—, he aquí a mi hermana, que siempre había honrado y practicado conmigo nuestra santa religión; pero los cristianos la han pervertido, le han inspirado el desprecio hacia nuestro Profeta, haciéndole creer que Jesús es Dios.

—¿Es cierto lo que afirma tu hermano?—preguntó el cadí, dirigiéndose a Flora.

—¡Y qué!—replicó la joven—, ¿llamas mi hermano a ese impío? Yo reniego de él. Lo que acaba de decir es falso; jamás he sido musulmana; desde mi tierna infancia he conocido y adorado a Cristo. El es mi Dios y nunca tendré más esposo que él.

El cadí habría podido condenar a muerte a Flora; pero tal vez conmovido por su juventud y su belleza, y creyendo que un castigo corporal bastaría para volver al redil aquella oveja extraviada, ordenó que dos guardias extendiesen los brazos de la joven cristiana y le desollasen la nuca a latigazos. Después, entregándola más muerta que viva a su hermano, le dijo:

—Instrúyela en nuestra ley, y si no se convierte, tráemela otra vez.

Ya en su casa, el musulmán hizo cuidar a su hermana por las mujeres del harén. Temiendo se le escapase por segunda vez, procuraba tener las puertas cerradas; pero como un alto muro rodeaba todo el edificio, juzgó inútil adoptar otras precauciones. Olvidaba que una mujer tan valerosa como Flora no retrocede ante ningún

obstáculo. A los pocos días, apenas cicatrizadas sus llagas, se sintió bastante fuerte para intentar una evasión. A favor de la noche escaló hasta el techo una habitación que estaba en el patio, y trepando con ligereza hasta el muro, se deslizó a tierra y llegó sin incidente a la calle. Vagando al azar entre las sombras, tuvo la suerte de llegar a casa de un cristiano conocido, donde permaneció oculta algún tiempo y donde Eulogio la vió por primera vez (1). La belleza de Flora, la irresistible seducción de sus palabras y de sus maneras (2), sus novelescas aventuras, su inquebrantable firmeza en los padecimientos, su tierna piedad y su exaltación mística, ejercieron un poder verdaderamente eléctrico sobre la fantasía del joven sacerdote por habituado que estuviera a dominarse. Concibió por Flora una amistad exaltada, una especie de amor intelectual, un amor propio de las moradas angélicas, donde las almas sólo pueden arder en el fuego de santos deseos. Seis años después aun se acordaba de los menores detalles de aquella primera entrevista, y, lejos de debilitarse aquel recuerdo, parecía haberse acrecentado y avivado con la edad, como testifican estas apasionadas palabras que escribía a Flora: "Te dignaste, santa hermana, hace mucho tiempo, mostrarme tu nuca llagada por los golpes y privada de la hermosa y abundante ca-

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, pp. 265 y 266.
(2) *Specie decoris et venustate corporis nimium florens.* Idem Ibíd.

bellera que antes la cubría; es que me consideras como tu padre espiritual, puro y casto como tú misma. He puesto suavemente la mano sobre tus llagas; habría querido curarlas oprimiéndolas con mis labios, pero no me he atrevido... Al alejarme de ti me parecía salir de un ensueño y suspiraba sin cesar..." (1).

Temiendo ser descubierta en Córdoba, Flora, acompañada de su hermana Baldegotona, fué a buscar un oculto asilo. Más tarde diremos dónde y cómo Eulogio volvió a encontrarla.

VII

Mientras los celosos cristianos de Córdoba se entregaban a los peligrosos ensueños de una ambición alimentada en la sombra y amargada en la inacción, ocurrió un suceso que acrecentó, si era posible, su fanatismo y su odio.

Un sacerdote de la iglesia de San Aciselo, llamado Perfecto, había salido un día a sus negocios particulares, cuando unos musulmanes se le acercaron y trabaron conversación con él, porque hablaba bastante bien el árabe. La conversación recayó bien pronto sobre religión, y los islamitas preguntaron a Perfecto su opinión sobre Jesucristo y Mahoma.

—En cuanto a Cristo, es mi Dios—afirmó—;

---

(1) *Docum. mart.*, p. 325.

respecto a vuestro Profeta, no me atrevo a deciros lo que los cristianos pensamos de él, porque, si lo hiciese, os ofenderíais y me entregaríais al cadí, que me condenaría a muerte. Sin embargo, si me aseguráis que no tengo nada que temer, os diré, en confianza, lo que sobre esto se lee en el Evangelio y la fama de que goza entre los cristianos.

—Puedes fiarte de nosotros—replicaron los musulmanes—; no temas nada y refiérenos lo que tus compatriotas opinan de nuestro Profeta. Juramos no traicionarte.

—Pues bien—añadió Perfecto—, en el Evangelio se lee: "Surgirán falsos profetas, que harán prodigios y milagros para seducir a los mismos elegidos, si esto fuera posible." El mayor de estos falsos profetas es Mahoma.

Una vez decidido, Perfecto fué más lejos de lo que quería, desatándose en injurias contra Mahoma, al que llamaba siervo de Satanás.

Los musulmanes le dejaron partir tranquilamente, pero le guardaron rencor, y algún tiempo después, viéndole aproximarse, y no creyéndose obligados a cumplir su juramento, gritaron ante el pueblo:

—Este insolente que aquí veis ha proferido en nuestra presencia blasfemias tan horribles contra el Profeta que el más paciente de vosotros si le hubiera escuchado habría perdido su sangre fría.

Inmediatamente Perfecto, "como si hubiese irri-

tado a una colmena", dice Eulogio, se vió rodeado de una furiosa multitud que se precipitó sobre él y le arrastró hasta el tribunal del cadí, con tal velocidad que sus pies apenas tocaban el suelo.

—Este sacerdote—dijeron los musulmanes al juez—ha blasfemado de nuestro Profeta. Mejor que nosotros sabes el castigo que merece tal crimen.

Después de escuchar a los testigos, el cadí preguntó a Perfecto lo que tenía que alegar. El pobre clérigo, que no era ciertamente de los que estaban preparados para desempeñar el papel de mártir, y que temblaba de pies a cabeza, no encontró nada mejor que negar las palabras que le atribuían, lo cual no sirvió de nada, porque su crimen estaba suficientemente probado, y el cadí, ateniéndose a la ley musulmana, le condenó a muerte por blasfemo. Cargado de cadenas, el sacerdote fué arrojado en una prisión, donde debía permanecer hasta el día que Nasr, el chambelán, fijase para la ejecución de la sentencia.

No había esperanza para el pobre clérigo, víctima de la traición de algunos musulmanes a los juramentos en que había tenido la imprudencia de creer. Pero la certidumbre de su próxima muerte le devolvió el valor que no había tenido ante el cadí. Exasperado por la falta de fe que iba a costarle la vida, cierto de que nada podía salvarle ni agravar su pena, confesaba valientemente que había injuriado a Mahoma; se gloria,

ba de ello, maldiciendo sin cesar al falso Profeta, su doctrina y su secta, y preparándose a morir como un mártir. Rezaba, ayunaba, y rara vez el sueño venía a cerrar sus párpados. Así transcurrieron los meses. Parecía que Nasr se había olvidado del sacerdote o que se tomaba el trabajo de prolongar su lenta agonía. El hecho es que Nasr había decidido, con un refinamiento de crueldad, que el suplicio de Perfecto se verificase durante la fiesta que los musulmanes celebran después del ayuno del mes del Ramadán, el primer día del mes de Xaual.

Aquel año, 850, el primero de Xaual cayó en un día de primavera—18 de abril—. Desde el amanecer, las calles de Córdoba—que durante las mañanas de los treinta días de cuaresma habían estado desiertas y silenciosas—presentaban un espectáculo animado y hasta un poco grotesco. Apenas podían contener la inmensa turba que se precipitaba hacia las mezquitas. Los ricos iban vestidos con magníficos trajes nuevos; los esclavos, con los que sus dueños acababan de darles; los muchachos se pavoneaban entre las largas vestiduras de sus padres. Todas las cabalgaduras habían sido alquiladas y transportaban en sus lomos el mayor número posible de personas. La alegría se pintaba en todos los rostros; los amigos, al encontrarse, se felicitaban y se abrazaban. Terminada la ceremonia religiosa, comenzaron las visitas; los visitantes eran obsequiados con los manjares más selectos y los vinos más exquisitos; las

puertas de los magnates estaban atestadas de pobres, que se lanzaban cual una nube de voraces cuervos sobre las migajas de los festines. Hasta para las mujeres, encerradas el resto del año con triples cerrojos, era aquél un día de fiesta y libertad; y mientras sus padres y sus maridos bebían y se embriagaban, ellas recorrían las calles con palmas en las manos y distribuían pasteles a los pobres, dirigiéndose a los cementerios, donde, con el pretexto de llorar a los difuntos, urdían innumerables intrigas (1).

Al mediodía—cuando innumerables embarcaciones, llenas de musulmanes semiebrios, surcaban el Guadalquivir, y los cordobeses se reunían en una gran explanada al otro lado del río, en apariencia para oír un sermón, pero en realidad para reanudar las diversiones—, fueron a anunciar a Perfecto que, por orden de Nasr, su suplicio iba a verificarse inmediatamente. Perfecto sabía que las ejecuciones tenían lugar en la misma explanada donde la turba gozosa se solazaba en aquel momento. Estaba preparado a subir al cadalso; pero la idea de hacerlo en medio del regocijo y la alegría generales, la idea de que la contemplación de su tormento fuese para la multitud una diversión, un nuevo pasatiempo, le henchían de dolor y rabia.

—Os vaticino—exclamó inflamado en justa cólera—que ese Nasr, ese hombre orgulloso, ante

(1) Lane, *Los modernos egipcios*. t. II, pp. 266-269; *Misión histórica de Marruecos*, p. 46; Lyón, *Viajes por el Norte de Africa*, pp. 108 y 109; Eulogio, *Memor. Sanct.*, libro II, c. 1.

el cual se inclinan los jefes de las más antiguas y nobles familias, ese hombre que ejerce en España un agregio poder, no verá el aniversario de esta fiesta en que ha tenido la crueldad de fijar mi suplicio.

Perfecto no dió ninguna muestra de debilidad. Mientras le conducían al cadalso, gritaba:

—¡Sí, he maldecido y maldigo aún a vuestro Profeta! ¡Maldigo a ese impostor, a ese adúltero, a ese hombre diabólico! ¡Vuestra religión es la de Satanás! ¡Os esperan a todos las penas del infierno!

Repitiendo sin cesar estas palabras, subió con paso firme al patíbulo, en torno del cual se apiñaba el populacho, tan fanático como curioso y muy satisfecho de ver decapitar a un cristiano que había blasfemado de Mahoma.

Para los cristianos, Perfecto se convirtió en un santo. Con el obispo de Córdoba a la cabeza, llevaron su ataúd con gran pompa a la fosa donde reposaban los restos de San Acisclo. Publicaron, además, por todas partes que el mismo Dios se había encargado de vengar a aquel santo. La noche siguiente a su ejecución zozobró un barco, y de ocho musulmanes que le tripulaban se habían ahogado dos. "Dios—decía Eulogio—ha vengado la muerte de su soldado. Habiendo enviado nuestros crueles perseguidores a Perfecto al cielo, el río se ha tragado a dos de ellos para enviarlos al infierno." Los cristianos tuvieron aún otra satisfacción: la predicción de Perfecto se cumplió;

antes del año, Nasr murió de un modo tan súbito como terrible (1).

Este poderoso eunuco fué víctima de su propia perfidia. La sultana Tarub quería asegurar el derecho de sucesión a la corona a su propio hijo Abdala, en perjuicio de Mohamed, el mayor de los cuarenta y cinco hijos de Abderrahman II —hijo nacido de otra mujer, llamada Bohair—; pero, por grande que fuese su influencia sobre su esposo, no había podido conseguir hacerle adoptar su proyecto. Entonces ella había recurrido a Nasr—pues conocía su odio contra Mohamed—y le rogó la librase de su esposo y del hijo de Bohair. El eunuco le prometió complacerla, y queriendo comenzar por el padre, se dirigió al médico Harrani, que había venido de Oriente y adquirido en poco tiempo en Córdoba una gran reputación y una fortuna considerable gracias a la venta de un remedio eficacísimo contra las enfermedades intestinales, remedio cuyo secreto poseía, vendiéndole al precio exorbitante de cincuenta monedas de oro cada botella (2). Nasr le preguntó si estimaba en algo su favor, y habiéndole contestado el médico que nada anhelaba tanto como complacerle, le dió mil monedas de oro encargándole que preparase un veneno muy peligroso conocido con el nombre de *basun al-moluc*.

Harrani había adivinado el proyecto del eunu-

---

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 1.; Alvaro, *Indic. Lumin.*, pp. 225-227.

(2) Véase el artículo sobre Harrani, en Ben-abi-Osaibia.

co. Vacilando ante el temor de envenenar al emir o de atraerse la cólera del poderoso chambelán, preparó el veneno y se lo envió a Nasr; pero al mismo tiempo mandó decir secretamente a una mujer del serrallo qué aconsejase al monarca no tomase la poción que Nasr le ofrecería.

Habiendo ido el eunuco a ver a su señor, y oyéndole quejarse de su mala salud, le aconsejó que tomase un excelente remedio que un médico célebre le había proporcionado.

—Te lo traeré mañana—añadió—, porque es preciso tomarlo en ayunas.

Al día siguiente, cuando el eunuco llevó el veneno, el monarca le dijo, después de examinar el frasco:

—Este medicamento podría serme nocivo; tómalo tú ahora mismo.

Estupefacto, no se atrevió a desobedecer por no delatar su criminal propósito, esperando, además, que Harrani sabría neutralizar sus efectos. Nasr lo apuró, y en cuanto pudo, sin excitar sospechas, voló a su palacio, mandó a buscar a Harrani, le refirió lo ocurrido y le pidió un antídoto. El médico le recetó leche de cabra. Pero era demasiado tarde (1). El veneno le había abrasado las entrañas, y Nasr murió de una violenta disentería (2).

Los sacerdotes cristianos ignoraban lo que había pasado en la corte; lo que sabían era que

(1) Ben-al-Cutia, fol. 31 v., 32 r.
(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 1.

Nasr había muerto súbitamente, y aun se difundió entre ellos el rumor de que había sido envenenado; pero no sabían nada más. Parece que la corte procuró ocultar el abortado complot, en el cual estaban complicadas personas de alta categoría, complot que sólo conocemos por las curiosas revelaciones de un cliente de los ommíadas que escribía en una época en que podía hablar libremente porque todos los conspiradores habían dejado de existir. Pero lo que había llegado a conocimiento de los sacerdotes les bastaba; lo esencial para ellos era que la predicción de Perfecto—conocida de gran número de cristianos y musulmanes encerrados con él en la misma prisión—se había cumplido de la manera más patente.

Algún tiempo después, el injusto y excesivo rigor con que trataron los musulmanes a un mercader cristiano exasperó todavía más al partido exaltado.

Juan—el mercader en cuestión—era un hombre completamente inofensivo, y nunca le había pasado por la cabeza que su destino sería sufrir por la causa de Cristo. No pensando más que en su comercio, hacía buenos negocios, y sabiendo que el ser cristiano no era una recomendación para los musulmanes que venían a comprar al mercado, había tomado la costumbre, al hacer valer su mercancía, de jurar por Mahoma. "¡Por Mahoma, esto es excelente! ¡Por el Profeta—que Dios le sea propicio—, no encontraréis en ningu-

na parte cosas mejores que aquí", frases que le eran habituales y de las cuales no tuvo que arrepentirse en mucho tiempo. Pero sus competidores, menos favorecidos de parroquianos y rabiosos al ver su prosperidad siempre creciente, buscando camorra, un día que le oyeron jurar nuevamente por Mahoma le dijeron:

—Siempre tienes el nombre de nuestro Profeta en la boca a fin de que los que no te conocen te tomen por musulmán. Además, es verdaderamente insoportable oírte jurar por Mahoma cada vez que sueltas una mentira.

Juan protestó al principio que, si empleaba el nombre de Mahoma, no lo hacía con intención de herir a los musulmanes; pero, en seguida, acalorándose la disputa, exclamó:

—¡Pues bien: no pronunciaré más el nombre de vuestro Profeta, y maldito sea el que lo pronuncie!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando le cogieron, gritando que había proferido una blasfemia y le arrastraron ante el cadí. Interrogado por este último, Juan sostuvo que no había tenido el designio de injuriar a nadie, y que si se le acusaba era por celos de oficio. El cadí, que debía absolverle si le juzgaba inocente, o condenarle a muerte si le creía culpable, no hizo ni lo uno ni lo otro. Adoptó un término medio: le condenó a cuatrocientos azotes, con gran decepción del populacho que gritaba que Juan había merecido la muerte. El pobre hombre sufrió su castigo; des-

pués, montado sobre un asno, con la cabeza hacia atrás, fué paseado por las calles de la población, mientras un heraldo iba gritando delante de él:

—Ved cómo se castiga al que se atreve a burlarse del Profeta!

En seguida, cargado de cadenas, fué encerrado en una prisión. Cuando Eulogio le encontró allí algunos meses después, las señales que el látigo había trazado en sus carnes eran todavía visibles (1).

Pocos días después, los exaltados, que hacía tiempo se reprochaban su inacción, entraron en la liza. Cifraban sus anhelos en morir a manos de los infieles; para conseguirlo no tenían más que injuriar a Mahoma, y así lo hicieron, siguiendo el ejemplo del monje Isaac.

Nacido en Córdoba, de padres nobles y ricos, Isaac había recibido una esmerada educación. Conocía perfectamente el árabe, y siendo aún muy joven había sido nombrado *catib*—empleado en la administración—por Abderrahman II. Pero a los veinticuatro años, impulsado por repentinos escrúpulos de conciencia, abandonó la corte, donde le esperaba un brillante porvenir, para sepultarse en el convento de Tabanos que su tío Jeremías había construído a sus expensas al norte de Córdoba. Situado entre altas montañas y espesos bosques, aquel monasterio, donde la disciplina era más dura que en ninguna parte, era considerado,

(1) Alvaro, *Indic. lumin.*, pp. 227 y 228; Eulogio, *Memor. Sanct.*, pp. 242, 243 y 269.

con razón, como el foco del fanatismo. Isaac encontró allí a su tío, a su tía Isabel y a otros muchos parientes que habían llevado hasta los últimos límites el sombrío genio del ascetismo. Su ejemplo, la soledad, el aspecto de una naturaleza triste y salvaje, los ayunos, las vigilias, la oración, las maceraciones, la lectura de la "Vida de los Santos", todo en fin acabó por desenvolver en el alma juvenil del monje un fanatismo que rayaba en delirio cuando se creyó llamado por Cristo para morir por su causa. Marchó, pues, a Córdoba, y presentándose al cadí, le dijo:

—Desearía convertirme a tu fe si quieres instruirme.

—De buen grado—respondió el juez, que, satisfecho de poder hacer un prosélito, comenzó a exponerle las doctrinas del islamismo; pero Isaac le interrumpió en medio de su discurso exclamando:

—Vuestro Profeta ha mentido y os ha engañado a todos. Maldito sea ese infame, encenagado por todos los crímenes, que ha arrastrado con él a tantos desgraciados al infierno! ¿Por qué tú, que eres un hombre sensato, no abjuras esas doctrinas pestilentes? ¿Cómo puedes creer las imposturas de Mahoma? ¡Abraza el cristianismo; en él está la salvación!

Fuera de sí por la inaudita audacia del monje, el cadí movió los labios, pero no pudo articular palabra, y llorando de rabia dió una bofetada a Isaac.

—¡Cómo!—exclamó el monje—, ¿te atreves a abofetear un rostro que Dios ha formado a su imagen? Ya rendirás cuentas algún día.

—¡Cálmate, oh cadí!—le dijeron los asesores—. Acuérdate de tu dignidad y de que nuestra ley no permite ultrajar a nadie, ni aun al sentenciado a muerte.

—¡Desgraciado!—exclamó el cadí, dirigiéndose al monje—. Sin duda, estás ebrio o has perdido la razón y no sabes lo que dices! ¿Ignoras que la ley inmutable del Profeta a quien ultrajas tan inconsideradamente condena a muerte a los que se atreven a hablar como tú?

—Cadí—replicó tranquilamente el monje—, estoy en mi sano juicio y no he bebido vino. Ardiendo de amor por la verdad, he querido decírtela a ti y a cuantos te rodean. Condéname a muerte; lejos de temerlo, lo deseo, porque sé que el Señor ha dicho: "Bienaventurados los que son perseguidos por la verdad, porque de ellos es el reino de los cielos."

El cadí se apiadó del monje fanático, y después de reducirle a prisión, fué a demandar permiso al emir para aplicar una pena más leve a aquel hombre, indudablemente enajenado; pero Abderrahman, exasperado contra los cristianos por los honores que habían tributado al cadáver de Perfecto, le ordenó aplicase la ley con todo rigor; y queriendo impedir que los cristianos enterrasen con pompa el cuerpo de Isaac, le mandó además que el cadáver permaneciese colgado de

una horca, con la cabeza hacia abajo, durante algunos días, y que después fuese quemado y las cenizas arrojadas al río. Estas órdenes fueron ejecutadas el 3 de junio del 851; y quizás porque el emir privara así al convento de Tabanos de preciosas reliquias, los monjes se desquitaron incluyendo a Isaac en el número de los santos y refiriendo los milagros obrados por él, no sólo durante su infancia, sino aun antes de venir al mundo (1).

El camino estaba abierto; dos días después del suplicio de Isaac, el francés Sancho, perteneciente a la guardia del emir, pero discípulo de Eulogio, blasfemó de Mahoma y fué decapitado (2). Al domingo siguiente, 7 de junio, seis monjes, entre los cuales figuraban Jeremías, el tío de Isaac y un tal Habencio, que siempre vivía recluído en su celda, se presentaron al cadí gritando:

—¡También nosotros, también nosotros sostenemos lo que nuestros santos hermanos Isaac y Sancho!

Y después de haber blasfemado de Mahoma, añadieron:

—¡Venga ahora a tu Profeta! ¡Trátanos con la mayor crueldad!

Fueron también decapitados (3). Después, Sisenando, sacerdote de la iglesia de San Acisclo, y

---

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, pp. 237 y 238; *Ibid.*, l. II, c. 2; Alvaro, *Indic. lumin*, pp. 237 y 238; Martirologio de Usuardo, *Esp. Sagr.*, t. X., p. 379.

(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 3.

(3) Eulogio, *Memor. Sanct.* l. II., c. 4.

que había sido amigo de dos de estos monjes, creyó verlos descender del cielo para invitarle a sufrir el martirio; y, como ellos, fué decapitado. Antes de subir al cadalso había exhortado al diácono Pablo a seguir su ejemplo, y cuatro días después, o sea el 20 de julio, le decapitaron. En seguida, un monje joven de Carmona, llamado Teodomiro, sufrió la misma suerte (1).

Once mártires en menos de dos meses representaban para el partido exaltado un triunfo de que se mostraba orgulloso; pero los demás cristianos, que no querían más que vivir tranquilos, se inquietaron, con razón, de aquel extraño fanatismo que podía dar lugar a que los musulmanes persiguieran y desconfiasen de todos los cristianos. "El emir—decían a los exaltados—nos permite el ejercicio de nuestro culto y no nos tiraniza; ¿a qué viene tan fanático celo? Los que llamáis vuestros mártires no lo son realmente; son suicidas, y su conducta ha sido sugerida por el orgullo, origen de todos los pecados. Si conocieran el Evangelio, habrían leído: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen." En vez de estallar en injurias contra Mahoma, debían saber que, según las palabras del apóstol, los maldicientes no heredarán el reino de Dios. Los musulmanes nos dicen: "Si Dios hubiera inspirado a estos fanáticos, la resolución que han adoptado queriendo patentizar que Ma-

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 5 y 6.

homa no es un profeta habría realizado milagros que nos convirtieran a vuestra fe; pero lejos de eso, Dios ha consentido que los cuerpos de estos seudomártires hayan sido quemados y sus cenizas arrojadas al río. Vuestra secta no logra ninguna ventaja con tales suplicios, y la nuestra no pierde nada; ¿no es, pues, una locura suicidarse de este modo?" ¿Qué debemos responder a estas objeciones que nos parecen muy fundadas?" (1).

Tal era el lenguaje que empleaban no sólo los seglares, sino de la mayoría del clero (2). Eulogio se encargó de responderles, y comenzó a escribir su *Memorial de los Santos*, cuyo primer libro es una amarga y violenta diatriba contra aquellos que "con su boca sacrílega se atreven a blasfemar y a injuriar a los mártires" (3). Para refutar a los que alababan la tolerancia de los infieles, Eulogio traza con los más sombríos colores el cuadro de las vejaciones de que eran víctima los cristianos, sobre todo el clero. "¡Ay—exclama—, si en España subsiste la iglesia como un lirio entre espinas; si brilla como una antorcha en medio de un pueblo corrompido y perverso, no hay que atribuir este beneficio a la tolerancia de la raza impía a que estamos sometidos en castigo de nuestros pecados, sino sólo a Dios, que dijo a sus discípulos: "Yo estaré con vosotros hasta el fin de

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, pp. 243, 245, 247, 248 y 249.
(2) *Plerique fidelium et—heu proh dolor—etiam sacerdotum.* Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 245.
(3) Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 239.

los siglos." Después acumula las citas, sacadas de la Biblia y de las leyendas, a fin de demostrar que no solamente es lícito entregarse espontáneamente al martirio, sino que es una acción piadosa, meritoria y recomendada por el mismo Dios. "Sabed—dice a sus adversarios—, sabed, impuros, que no teméis disminuir la gloria de los santos; sabed que en el juicio final seréis careados con ellos y entonces tendréis que responder ante Dios de vuestras blasfemias."

Por su parte, el gobierno árabe se alarmó, con razón, de aquella nueva especie de rebeldía, porque el fanatismo de los exaltados no era más que una fase de su modo de ser, en que se mezclaban el ardor guerrero y el ansia, casi feroz, de venganza política (1). Pero ¿cómo impedir que estos insensatos se obstinasen en entregar su cabeza al verdugo? Si blasfemaban de Mahoma había que condenarlos a muerte; la ley era inexorable en este punto. No había más que un medio eficaz: convocar un concilio y hacerle promulgar un decreto que prohibiese a los cristianos buscar un supuesto martirio. Esto es lo que hizo Abderrahman II: convocó a los obispos, y no pudiendo asistir personalmente a las sesiones, envió en su representación a un cristiano empleado en la administración pública.

Eulogio y Alvaro hablan con horror de este

---

(1) **Eulogio y Alvaro dan constantemente a los mártires el título de "soldados de Dios para combatir al enemigo impío".**

catib, de este *exceptor*, de este hombre inicuo, orgulloso, cruel, tan rico en vicios como en dinero, que sólo era cristiano de nombre y que, desde un principio, había sido el detractor y el enemigo más encarnizado de los mártires (1). Le odian y le execran hasta tal punto que evitan cuidadosamente pronunciar su nombre. Por los autores árabes (2) es por quienes sabemos que se llamaba Gómez y era hijo de Antonino y nieto de Julián. Dotado de un espíritu perspicaz y flexible, Gómez, que, según opinión unánime de los cristianos y de los musulmanes (3), hablaba y escribía el árabe con notable pureza y elegancia, se había granjeado el favor de su jefe, Abdala-ben-Omeya (4), y después del monarca, por lo que, en la época de que hablamos, su influencia en la corte había llegado a ser muy grande. Completamente escéptico en religión, despreciaba soberanamente el fanatismo; sin embargo, se habría limitado, probablemente, a lanzar sarcasmos y epigramas contra los pobres locos que innecesariamente se hacía cortar la cabeza, si no hubiese temido que su locura llegara a tener para él mismo las más enojosas consecuencias. Creía advertir que los musulmanes comenzaban a tratar a los cristianos con frialdad y casi con des-

---

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 15; Alvaro, *Indic. lumin.*, pp. 243 y 244.

(2) Ben-al-Cutia, fol. 34 r. y v.; Joxani, p. 291.

(3) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. III, c. 2; Ben-al-Cutia, folio 34 r.; Joxani, p. 292.

(4) Ben-al-Abar, p. 94.

confianza; preguntábase con inquietud si no acabarían por confundir a los cristianos fanáticos con los cristianos razonables, y si, en este caso, él y los demás empleados cristianos no llegarían a perder sus lucrativos empleos y hasta las riquezas que habían acopiado. Así es que, en el concilio, Gómez no era tan sólo el intérprete de la voluntad del soberano; su propio interés estaba en juego y le inducía a oponerse con vigor al torrente que amenazaba arrastrarle.

VIII

Las sesiones del concilio se inauguraron bajo la presidencia de Recafredo, metropolitano de Sevilla. Gómez expuso la situación y las funestas consecuencias que podía producir el celo intempestivo de los que insultaban a Mahoma y que—según él—, lejos de ser santos, merecían la excomunión porque podían atraer sobre los demás cristianos una persecución terrible. Por consiguiente, rogó a los obispos que promulgasen un decreto reprobando la conducta de los supuestos mártires y prohibiendo a los fieles seguir su ejemplo; pero como, probablemente, no bastaría esta medida; como los jefes del partido exaltado —entre los cuales señalaba Gómez al presbítero Eulogio—podían tener la audacia de censurar los actos del concilio y de excitar, a pesar del decreto, a las personas sencillas y crédulas a pre-

sentarse de nuevo al cadí para injuriar a Mahoma—cosa que había que impedir a todo trance—, pidió, además, a los obispos que redujesen a prisión a las personas que juzgasen peligrosas (1).

Entonces Saúl, obispo de Córdoba, habló en defensa de los mártires. Pertenecía al partido de los exaltados, menos por convicción que por hacer olvidar sus antecedentes, que estaban lejos de ser puros. Habiendo sido elegido obispo por el clero de Córdoba, pero no pudiendo conseguir que el monarca aprobase esta elección, había prometido cuatrocientas monedas de oro a los eunucos de palacio en el caso de que lograsen hacerle acceder a su demanda; y habiendo exigido garantías los eunucos, les había mandado un acta escrita en árabe, en la cual se comprometía a pagar la suma estipulada con las rentas de los bienes del obispado, en perjuicio de los sacerdotes, que eran los únicos que tenían derecho a disfrutar de ellas. Los eunucos consiguieron vencer la resistencia del monarca, y éste había aprobado la elección del clero (2); pero después, Saúl, queriendo rehabilitarse en la opinión de los cristianos austeros y rigurosos, que le reprochaban sin cesar aquel tráfico infame, había abrazado con calor las doctrinas de los entusiastas. Ya durante los pomposos funerales de Perfecto, que habían producido tantos recelos al gobierno, no había va-

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 15; cf. c. 14.
(2) Alvaro, *Epist.* XIII, c. 3.

cilado en marchar a la cabeza del clero, y ahora se atrevió a exponer los argumentos que la Biblia y la "Vida de los Santos" suministraban a los exaltados para justificar sus opiniones. Pero los otros obispos no compartían sus sentimientos; al contrario, estaban muy dispuestos a dar un decreto en el sentido indicado por Gómez. Sin embargo, se encontraban en una situación bastante difícil; la Iglesia admitía el suicidio y le había canonizado, por lo que no podían desaprobar la conducta de los supuestos mártires sin condenar al mismo tiempo la de los santos de los tiempos primitivos de la Iglesia. No atreviéndose, pues, a censurar, en principio, esta especie de suicidio ni a condenar la conducta de los que habían buscado el martirio recientemente, decidieron prohibir a los cristianos aspirar en lo sucesivo a tan sagrada muerte. Gómez, que comprendía sus escrúpulos, se contentó con esta resolución, tanto más cuanto que le prometió el metropolitano adoptar severas y enérgicas medidas contra los agitadores.

Apenas publicado el decreto del concilio, Eulogio y sus amigos se apoderaron de él para argüir contra sus propios autores. "Este decreto—decían—no condena a los mártires de este año; en él hasta se lee que, en adelante, puede aun haber otros. ¿Qué significa esa prohibición de alcanzar la corona del martirio? Comparada con el resto del decreto entraña una singular inconsecuencia, que no podemos explicarnos más que suponiéndola dictada por el miedo. El concilio aprueba evi-

dentemente el martirio, pero no se atreve a declararlo (1)."

Estos espíritus impetuosos y turbulentos desafiaban, así, con altiva arrogancia, la autoridad de los obispos. Pero no habían calculado todas las consecuencias de su audacia o creían tener más firmeza y valor del que tenían realmente; porque cuando el metropolitano Recafredo, fiel a sus promesas y secundado por el gobierno, ordenó encarcelar a los jefes del partido, sin exceptuar al obispo de Córdoba, la orden causó entre ellos una consternación indecible. En vano Eulogio afirma que si él y sus amigos se ocultaban, cambiando a cada instante de morada, o huían disfrazados, era porque aun no se creían dignos de morir como mártires; el hecho es que tenían más apego a la vida del que ellos confesaban. El abatimiento tan grande entre los maestros, "la caída de una hoja nos hacía temblar de temor"—dice Eulogio—, era completo entre los discípulos. Veíanse seglares y sacerdotes que antes habían prodigado alabanzas a los mártires cambiar de sentimientos con asombrosa rapidez, y hasta hubo algunos que abjuraron del cristianismo y se hicieron musulmanes (2).

A pesar de las precauciones que adoptaron, el obispo de Córdoba y muchos sacerdotes de su partido fueron descubiertos y encarcelados (3). Eulogio corrió la misma suerte. Trabajaba en su

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 15.
(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 14 y 15; *Epíst.* IV.
(3) Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 4.

Memorial de los Santos cuando los policías entraron de improviso en su morada, le prendieron en medio de su consternada familia y le condujeron a la prisión (1), donde volvió a encontrar a Flora. Veamos por qué.

En un convento inmediato a Córdoba había una religiosa joven llamada María, hermana de uno de los seis monjes que se habían presentado simultáneamente ante el cadí para injuriar a Mahoma y habían sido decapitados al mismo tiempo. Desde la muerte de su amado hermano había caído en una sombría tristeza; pero otra religiosa le refirió que el mártir se le había aparecido, dirigiéndole estas palabras: "Di a mi hermana María que cese de llorar mi pérdida, porque bien pronto estará conmigo en el cielo." A partir de este instante, María no lloró más; había adoptado su partido: quería morir como su hermano. Encaminándose a Córdoba entró a rezar en la iglesia de San Aciscio, que se hallaba en el camino, y se arrodilló al lado de una joven que dirigía fervientes plegarias a los santos. Era Flora, que, en su exaltación, había abandonado su asilo y se preparaba también a morir como mártir. María, dichosa de haber encontrado una compañera, le manifestó sus designios; abrazáronse las dos jóvenes y juraron no separarse y morir juntas.

—Voy a reunirme con mi hermano—exclamó una de ellas.

---

(1) Eulogio, *Epist.*, IV.

—Y yo seré dichosa al lado de Jesús—dijo la otra.

Henchidas de entusiasmo se pusieron en marcha y se presentaron al cadí.

—He nacido de un padre pagano—dijo Flora—, y hace tiempo que fuí maltratada por orden tuya del modo más cruel porque me resistía a renegar de Cristo. Después tuve la debilidad de ocultarme; pero hoy, llena de confianza en mi Dios, no temo presentarme ante ti. Declaro, con la misma firmeza que antes, que Cristo es Dios; declaro también que vuestro supuesto profeta es un adúltero, un impostor, un malvado.

—Y yo—dijo a su vez María—, yo, cuyo hermano era uno de los seis hombres magnánimos que han perecido en el cadalso por burlarse de vuestro falso profeta, yo digo con la misma audacia que Cristo es Dios y que vuestra religión ha sido inventada por el demonio.

Aunque ambas debían ser condenadas a muerte, el juez, quizá conmovido por su juventud y su hermosura, se apiadó de ellas y procuró hacerlas retractarse de lo que acababan de decir; sus esfuerzos resultaron inútiles, pero se limitó a encarcelarlas.

Mostráronse en la prisión firmes y valerosas: rezaban, ayunaban, cantaban los himnos de la Iglesia y se abismaban en ascéticas meditaciones; pero, poco a poco, llegó a deprimirlas el tedio de su larga reclusión, las súplicas de los que querían salvarlas y, sobre todo, las amenazas del juez,

que viendo que la muerte las espantaba menos que la vergüenza, las había amenazado con la prostitución (1) si no se retractaban. Eulogio llegó a tiempo para servirlas de apoyo. Su situación era bien penosa; tenía que soportar una ruda prueba. Animar a subir al cadalso a la que amaba sin confesárselo era para hacer retroceder el desinterés más atrevido. Y, sin embargo, lejos de procurar detener a Flora, de hacerle dudar en sus propósitos, empleó toda su elocuencia en reavivar el vacilante valor de la joven. ¡Podrá censurarse su ciego fanatismo, pero no acusarle de frialdad y de sequedad! A pesar de la aparente calma con que encubría sus violentas emociones, su corazón estaba henchido de tristeza y amargura (2). Sentía reanimarse al lado de Flora las impetuosas aspiraciones de un alma impresionable y ardiente; el amor—si puede darse este nombre a la alianza inmaterial que había concertado con Flora—, el amor luchaba con sus escrúpulos de conciencia; pero capaz de todo sacrificio por la causa de que era campeón, imponía silencio a sus sentimientos, y no queriendo confesar que había confiado excesivamente en sus fuerzas, procuraba sofocar su dolor entregándose a una actividad febril. Leía y escribía día y noche. Compuso un tratado para convencer a Flora y a su compañera de que no había nada más meritorio que

---

(1) Eulogio, *Docum. martyr.*, p. 321.

(2) *Luctum non amitto quotidianum*, escribe Alvaro. *Epist.*, I.

desafiar el martirio (1). Terminó su *Memorial de los Santos* (2), que envió a Alvaro rogándole lo corrigiera. Escribió una extensa carta a su amigo Wiliesindo, obispo de Pamplona, y tuvo calma y tranquilidad de espíritu para componer un arte métrica, destinada a despertar el adormecido patriotismo de sus conciudadanos, aficionándolos a la literatura antigua, que debía ser considerada como literatura nacional en la ciudad que había visto nacer a los dos Séneca y a Lucano. Lejos de creer, como los sacerdotes de la época visigoda, que no era permitido coger y aspirar las flores que no hubiese regado el agua del bautismo (3), Eulogio creía haber encontrado en la literatura romana un fuerte contrapeso a la de los árabes, a la cual estaban los cordobeses tan aferrados. Ya se había considerado muy dichoso al poder proporcionarles copias de los manuscritos latinos de Virgilio, Horacio y Juvenal (4), procedentes de Navarra, y ahora, herido por el menosprecio que los hombres de buen gusto mostraban por los versos rítmicos, quería enseñar a sus conciudadanos las sabias reglas de la prosodia latina a fin de que trataran de componer versos calcados en los del siglo de Augusto.

Su elocuencia había producido sus frutos; gracias a ella, Flora y María mostraron, desde en-

(1) Este tratado se titula *Documentum martyriale*.

(2) Es decir, el primer libro y los seis primeros capítulos del segundo.

(3) Isidoro de Sevilla, *Sentent.*, l. III, c. 13.

(4) Alvaro, *Vita Eulogii.*, c. 9.

tonces, un entusiasmo y una firmeza que asombraron al mismo Eulogio, tan habituado a la exaltación mística. Siempre ávido de divinizar sus admiraciones, no veía en Flora más que una santa rodeada de luminosa aureola. El cadí había mandado llamar a la entusiasta joven a ruegos de su hermano; había intentado, para salvarla, un último esfuerzo tan infructuoso como los anteriores. Cuando volvió a la prisión, Eulogio fué a visitarla. "Creía ver un ángel—afirma—; un resplandor celeste la rodeaba; su rostro irradiaba alegría; parecía participar ya de los goces celestiales, y, con la sonrisa en los labios, me refirió lo que le había preguntado el cadí y lo que ella le había respondido. Al escuchar este relato de su boca, dulce como la miel, procuré confirmarla en su resolución, mostrándole la corona que la esperaba. Yo la adoré, yo me prosterné ante este ángel, yo me encomendé a sus oraciones, y, reanimado por sus palabras, volví menos triste a mi sombrío calabozo." El día en que Flora y su compañera murieron en el cadalso—24 de noviembre del 851—fué para Eulogio un día de triunfo. "Hermano mío—escribe a Alvaro—, el Señor nos ha concedido una gracia, que nos produce una alegría inmensa. Las vírgenes instruídas por nosotros entre lágrimas con el verbo de la vida acaban de obtener la palma del martirio. Después de vencer al príncipe de las tinieblas y de hollar todos los afectos terrenales, han ido gozosas a presencia del esposo que reina en los cielos. Invi-

tadas a las bodas por Cristo, han entrado en la mansión de los bienaventurados entonando un nuevo cántico: "¡Honor y gloria a Ti, Señor, Dios nuestro, porque nos has arrancado del poder del infierno, porque nos has hecho dignas de la felicidad que gozan tus santos llamándonos a tu reino eterno!" La Iglesia está gozosa del triunfo que han alcanzado; pero nadie tiene más derecho a regocijarse que yo, pues las he fortalecido en su propósito en el mismo momento en que iban a renunciar a él (1)."

Cinco días después, Eulogio, Saúl y los demás sacerdotes fueron puestos en libertad. Eulogio lo atribuyó a la intercesión de las dos santas, que antes de abandonar la prisión para subir al cadalso habían prometido que, apenas estuviesen a la diestra de Cristo, demandarían la libertad de los sacerdotes (2). Saúl se mostró desde entonces sumiso a las órdenes de Recafredo; Eulogio, al contrario, redobló su actividad para aumentar el número de mártires, y lo consiguió. Estimulados por él, sacerdote, monjes, *cristianos ocultos* y mujeres, injuriaron a Mahoma y murieron en el cadalso (3). Los exaltados llevaron su audacia hasta el extremo de que dos de ellos, un joven y un monje anciano, penetraron en la gran mezquita exclamando: "El reino de los cielos ha llegado

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, pp. 266-271; *Epist.*, I y III. Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 4.

(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, p. 268; Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 4.

(3) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II. c. 9, 10, 11 y 12.

para los fieles, y a vosotros, infieles, el infierno va a tragaros." Faltó poco para que los destrozase el pueblo enfurecido; pero el cadí interpuso su autoridad, los redujo a prisión, les hizo cortar los pies y las manos y después la cabeza—16 de septiembre del 852— (1).

A los seis días, Abderrahman II murió repentinamente (2). Según el relato de Eulogio, el viejo emir había subido a la terraza de palacio, y al espaciar la mirada se fijó en los patíbulos de los cuales pendían los mutilados cadáveres de los últimos mártires Dió orden de quemarlos; pero inmediatamente fué atacado de apoplejía y aquella misma noche exhaló el último suspiro (3).

Como Abderrahman no había designado heredero entre sus dos hijos, Mohámed y Abdala, que aspiraban a suecederle, y como ambos príncipes ignoraban aún la muerte de su padre, todo iba a depender de la elección de los eunucos de palacio. Los que habían asistido en los últimos momentos a Abderrahman hicieron cerrar cuidadosamente las puertas de la fortaleza para impedir que se divulgara la muerte del emir; después, reunidos todos sus compañeros, uno de los principales eunucos tomó la palabra, y dijo:

—Camaradas, ha sobrevenido un acontecimiento de la mayor importancia para nosotros... Nuestro soberano ha dejado de existir...

---

(1) *Memor. Sanct.*, l. II, c. 13.
(2) Ben-al-Cutia, fol. 32 r.
(3) *Memor. Sanct.*, l. II, c. 16.

Todos comenzaron a gemir y a llorar; pero él prosiguió:

—No os aflijáis ahora; ya os quedará tiempo. Los instantes son preciosos. Velemos por nuestros propios intereses y por los de los musulmanes en general. ¿A quién elevaréis al trono?

—A nuestro señor, al hijo de nuestra sultana, de nuestra bienhechora — exclamaron todos los demás.

Las intrigas de Tarub iban, por fin, a dar fruto. A fuerza de dinero y de promesas había comprado a los eunucos, y, gracias a ellos, su hijo Abdala subiría al trono. Pero la elección de los eunucos, ¿sería aprobada por la nación? Cabía dudarlo, porque Abdala no se había distinguido más que por sus relajadas costumbres, su ortodoxia era más que dudosa y el pueblo le odiaba. Esto pensaba el eunuco Abu-l'Mofri, piadoso musulmán que había hecho la peregrinación a la Meca.

—La opinión que acabáis de oír—preguntó—, ¿es la de todos vosotros?

—¡Sí! ¡Sí!—contestaron.

—Pues bien—continuó—, también es la mía. Tengo aún más motivos para mostrar mi gratitud a la sultana, porque me ha prodigado más beneficios que a nadie. Sin embargo, es un asunto que exige maduras reflexiones; porque si elegimos a Abdala, nuestro poder en España ha terminado. Cuando uno de nosotros salga a la calle, dirá cualquiera: ¡Dios mío, malditos sean esos

eunucos que pudiendo elevar al trono al mejor de los príncipes han preferido al más indigno! Esto se dirá, camaradas. Ya conocéis a Abdala y a los que le rodean; si sube al trono, ¿qué peligrosas innovaciones no podemos temer? ¿Qué será de la religión? Sabed, además, que no sólo los hombres, sino Dios mismo, os pedirán cuenta de vuestra elección.

Estas palabras, cuya veracidad ninguno se atrevió a desmentir, causaron profunda impresión en los eunucos, y casi persuadidos preguntaron a Abu-'l-Mofri qué candidato proponía.

—Propongo a Mohámed; es un hombre piadoso y de intachables costumbres.

—Cierto—dijeron los eunucos—; pero es tacaño y severo.

—Le creéis avaro; pero ¿cómo podría mostrarse generoso el que no tiene nada? Cuando reine y disponga del tesoro público sabrá recompensaros, no lo dudéis.

Aceptada la opinión de Abu-'l-Mofri, juraron todos sobre el Corán que reconocerían a Mohámed, y los dos eunucos Sadum y Casim, que por complacer a Tarub habían sido hasta entonces los más ardientes partidarios de Abdala, no pensaron, desde entonces, más que en hacer las paces con su adversario. Casim rogó a sus camaradas que implorasen perdón para él, y se lo prometieron; Sadum pidió y obtuvo que le comisionasen para anunciar a Mohámed su elevación al trono.

Como aun era de noche y las puertas de la ciudad estaban cerradas, Sadum se llevó las llaves de la puerta del puente, porque el palacio de Mohámed estaba a la otra orilla del río. Era preciso para llegar al puente atravesar el palacio de Abdala, donde todo el mundo estaba despierto porque había fiesta como de costumbre; pero como no se sospechaba nada, Sadum no encontró dificultad para que le franqueasen las puertas del palacio, y cruzando el puente llegó a la morada de Mohámed. Este príncipe, que acababa de levantarse, estaba en el baño cuando le anunciaron que Sadum quería hablarle. Salió del baño, vistióse inmediatamente y dió orden de introducir al eunuco.

—¿Qué te trae tan temprano, Sadum?—le preguntó.

—Vengo a anunciarte—respondió Sadum—que los eunucos del alcázar te hemos elegido sucesor de tu padre, que acaba de morir. ¡Alá se apiade de su alma! He aquí su anillo.

Mohámed no daba crédito a lo que Sadum le notificaba. Creía que su hermano ocuparía ya el trono y que había enviado a Sadum para matarle. No pensando más que en salvar su vida, exclamó:

—¡Sadum, teme a Dios y perdóname! Ya sé que eres mi enemigo; mas, ¿por qué pretendes verter mi sangre? Si es preciso, estoy dispuesto a abandonar España; la tierra es bastante grande para que yo pueda vivir lejos de aquí sin causar recelos a mi hermano.

Sadum tuvo que esforzarse mucho para tranquilizarle y convencerle de que cuanto acababa de decirle era la pura verdad. Al fin lo consiguió a fuerza de protestas y juramentos; después añadió:

—Te asombra que sea yo quien te trae esta noticia; pero es porque he rogado a mis camaradas que me envíen con la esperanza de que perdones mi pasada conducta.

—¡Que Dios te perdone, como yo te perdono!—exclamó Mohámed—; mas espera un instante; llamaré a mi mayordomo, Mohámed aben-Musa, y convendremos con él las medidas que debemos adoptar.

Lo más importante en aquellas circunstancias era apoderarse del palacio; pues una vez conseguido, su hermano no se atrevería a disputarle sus derechos al trono y todo el mundo le reconocería; pero ¿cómo atravesar la morada de Abdala sin excitar sospechas? La dificultad estribaba en esto. Si los centinelas del palacio de Abdala veía llegar a Mohámed tan de mañana, presumirían lo ocurrido y no le franquearían el paso. Consultado el mayordomo, propuso demandar la ayuda del prefecto Yusuf aben-Basil, que tenía a sus órdenes trescientos agentes. Su opinión fué aceptada; pero Yusuf, informado de lo que ocurría, se negó a poner sus agentes a disposición de Mohámed, creyendo más prudente permanecer neutral.

—Van a disputarse el trono—contestó—; no

quiero mezclarme en nada. Como clientes, obedeceremos al que sea dueño de palacio.

El mayordomo, al volver, transmitió al príncipe la respuesta de Yusuf; después añadió:

—Quien nada arriesga, nada consigue. He aquí lo que propongo. Ya sabes, señor, que el emir enviaba a menudo a buscar a tu hija y que yo mismo la conducía a palacio. Disfrázate de mujer; te haremos pasar por tu hija, y con la ayuda de Dios lograremos nuestros propósitos.

Adoptado el consejo, montaron a caballo; Sadum iba delante; le seguían el mayordomo y Mohámed vestido de mujer y con la cabeza cubierta por un gran velo. Llegaron así al palacio de Abdala, donde se oía un concierto de instrumentos y voces; Mohámed recitó en voz baja estos versos de un antiguo poeta:

"Sed dichosos consiguiendo lo que buscáis, y que nosotros logremos también lo que buscamos."

Los guardias que velaban ante la puerta de la cámara charlaban y reían cuando vieron llegar la comitiva. Uno de ellos abrió la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—¡Calla, indiscreto —respondió Sadum—, y respeta a las mujeres.

El guardia no concibió sospechas; cuando hubieron pasado cerró la puerta, y al volver dijo a sus camaradas:

—La hija de Mohámed acaba de pasar con Sadum y con el mayordomo de su padre.

Creyendo vencida la mayor dificultad, Mohámed dijo a su sirviente:

—Permanece aquí; pronto te enviaré refuerzos para que impidas que salga nadie de este palacio; después continuó su camino con Sadum. Este eunuco fué a llamar a la puerta del palacio donde el viejo monarca acababa de expirar. El portero vino a abrir.

—¿Esta mujer es la hija de Mohámed?—preguntó con aire incrédulo.

—Sí—le respondió Sadum—, es la hija de Mohámed.

—¡Es extraño!—replicó el portero—; la he visto a menudo cuando venía a palacio, pero me parecía entonces más pequeña que esta persona que está aquí. Quieres engañarme, Sadum; pero te juro que un desconocido no pasará por esta puerta. ¡Que se levante el velo o que se vaya!

—¡Qué!—exclamó Sadum—, ¿no respetas a las princesas?

—No sé si esta persona lo es, y te repito que si no la veo, no entra.

Viendo que el portero era inconmovible, Mohámed levantó el velo que le cubría el rostro.

—Soy yo—dijo al portero—; he venido porque mi padre ha muerto.

—Entonces—añadió el portero—, el caso es aún más grave de lo que pensaba. No pasarás por esta puerta, señor, mientras no me haya asegurado de si tu padre está muerto o vivo.

—Ven, pues, conmigo—le dijo Sadum—, y te convencerás bien pronto.

El portero cerró la puerta, y dejando fuera a Mohámed, acompañó a Sadum, que le condujo ante el cadáver de Abderrahman II. Al verle, el portero se deshizo en lágrimas, y volviéndose hacia Sadum exclamó:

—Me habías dicho la verdad y te obedeceré.

Después fué a abrir la puerta, y besando la mano de Mohámed, dijo:

—Entra, príncipe mío. Que Dios te haga feliz y que por ti lo sean los musulmanes!

Mohámed hizo que le prestasen juramento los altos dignatarios del Estado, adoptó las medidas necesarias a fin de hacer inútil toda oposición por parte de su hermano, y cuando los primeros rayos del alba comenzaron a blanquear las cumbres de Sierra Morena supo la capital que había cambiado de señor (1).

IX

El nuevo emir tenía un espíritu estrecho, egoísta y frío. Ya se ha visto que no había demostrado ningún dolor por la muerte de su padre y que, lejos de afligirse, casi se había alegrado. No se tomaba el trabajo de disimular sus sentimientos. Así una tarde, después de pasar el día solazán-

---

(1) Ben-al-Cutia, *fol.* 32 *r.*-33 *v.*

dose en Ruzafa, encantadora quinta que poseía en las inmediaciones de Córdoba, volviendo a la ciudad acompañado de su favorito Haxim, acalorados por el vino charlaban de mil cosas, cuando un pensamiento siniestro cruzó por la mente de Haxim, y exclamó:

—Descendiente de los califas, ¡qué hermoso sería el mundo si no sobreviniera la muerte!

—¡Qué absurdo!—respondió Mohámed—. Si la muerte no existiera, ¿reinaría yo? La muerte es una gran cosa; mi padre ha muerto; por eso reino (1).

Los eunucos que habían vacilado en elevarle al trono por creerle avaro estaban en lo cierto. Desde el principio, Mohámed disminuyó el sueldo de los empleados públicos y la paga de los soldados (2). Poco después, despidió a los antiguos ministros del reinado de su padre, sustituyéndolos por jóvenes sin experiencia, a condición de que repartieran con él sus emolumentos (3). Despachaba por sí mismo, con una exactitud minuciosa y pueril, todo lo concerniente a la hacienda. Una vez, examinando una cuenta cuyo total se elevaba a cien mil monedas de oro, disputó por cinco sueldos (4) con los empleados del tesoro. Todos le despreciaban y le odiaban por su avaricia (5); tan sólo los faquíes, exasperados por la auda-

---

(1) Ben-Adari, t. II, p. 114.
(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. III, c. 5.
(3) Ben-al-Cutia, fol. 29 r.
(4) Ben-Adari, t. II, p. 109.
(5) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. III, c. 5.

cia de los últimos mártires que habían osado blasfemar de Mahoma hasta en la gran mezquita, le prestaban su apoyo por juzgarle devoto y lleno de odio hacia los cristianos. Mohámed respondió perfectamente a la idea que tenían de él. El mismo día que subió al trono despidió a todos los soldados y empleados cristianos, excepto a Gómez, porque conocía su indiferencia religiosa y apreciaba su talento (1). Mientras sus tolerantes predecesores habían cerrado los ojos cuando los crsitianos agrandaban sus antiguas iglesias o reconstruían otras nuevas, Mohámed que, en este punto, quería aplicar la ley musulmana en todo su rigor, mandó demoler cuanto se había edificado después de la conquista. Para complacer a su señor y alcanzar sus favores, los ministros, excediéndose en su celo, mandaron destruir hasta las iglesias construídas hacía tres siglos, desencadenando contra los cristianos una cruel persecución. Entonces muchos de ellos, la mayoría según Eulogio y Alvaro, abjuraron el cristianismo (2). Gómez había dado el ejemplo. Llevaba muchos años encargado de la cancillería, a causa de una larga enfermedad del canciller, Abdala ben-Omeya. Cuando murió este funcionario, enterado de que el emir había dicho: "Si Gómez perteneciese a nuestra religión, de buen grado le nombraría canciller", se hizo musulmán y

---

(1) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. III, c. 1 y 2.
(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. II, c. 16; l. III, c. 1 y 3; Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 12.

obtuvo la dignidad que ambicionaba (1). Mientras había sido cristiano, apenas había practicado el culto; pero ahora fué tan exacto en todas las prácticas de devoción, que los faquíes le citaban como un modelo de piedad y le llamaban la paloma de la mezquita (2).

En Toledo, la intransigencia del emir produjo resultados muy distintos. Tres o cuatro años antes, Eulogio, al volver de Navarra, había permanecido algún tiempo en esta ciudad, donde el piadoso metropolitano Wistremiro le había dado alojamiento (3). Todo induce a creer que había aprovechado la ocasión para excitar el odio de los toledanos contra el gobierno árabe, pintándoles un sombrío cuadro de la triste situación de los cristianos cordobeses; lo cierto al menos era que los toledanos estimaban mucho a Eulogio y que los mártires de Córdoba les inspiraban un interés vivísimo. Desde que supieron que Mohámed había empezado a perseguir a los cristianos, se alzaron en armas, confirieron el mando a uno de los suyos llamado Síndola (4), y temiendo por

(1) Según Eulogio—*Memor. Sanct.*, l. III, c. 2—, Gómez había apostatado para recuperar su perdido empleo; pero yo he preferido atenerme a la opinión de Ben-al-Cutia, fol. 34 r.

(2) Eulogio, *Loco laudato;* Joxani, p. 293. Parece que Gómez conservó su nombre cristiano; pero su hijo, empleado también en la cancillería y muerto en 911, adoptó el de Omar. Arib, t. II, p. 153—Omar aben-Gómez al catib—.

(3) Eulogio, *Epist.*, p. 330.

(4) Así es como creo debe pronunciarse el nombre que Ben-Adari escribe sin vocales, *Chndlh*—Chindolah—. La *ch* de los árabes equivale a la *s* de los latinos, y el nombre propio Síndola aparece, por ejemplo, en un documento latino

la vida de los rehenes que tenían en Córdoba, se apoderaron del gobernador árabe, participando a Mohámed que si apreciaba en algo la vida de su representante les enviara inmediatamente los rehenes. Así lo hizo el emir, y, por su parte, los toledanos pusieron en libertad al gobernador; pero la guerra estaba declarada, y el temor que infundían los toledanos era tan grande que la guarnición de Calatrava se apresuró a evacuar la fortaleza, donde no se creía segura. Los toledanos desmantelaron esta plaza; pero bien pronto el emir envió tropas que reconstruyeron sus murallas—853—; después ordenó a dos de sus generales marchar contra Toledo; pero los toledanos, cruzando los desfiladeros de Sierra Morena, salieron al encuentro del enemigo, le atacaron de improviso cerca de Andújar, le derrotaron completamente y se apoderaron de su campamento.

Puesto que los toledanos se atrevían a avanzar hasta Andújar, la capital misma estaba amenazada. Comprendiendo Mohámed que, para ahuyentar el peligro, urgía adoptar enérgicas medidas, reunió todas las tropas disponibles y marchó él mismo contra Toledo—junio del 854—. Por su parte, Síndola, no confiando en sus propias fuerzas, se alió con el rey de León, Ordoño I, el cual

---

del año 908—en Villanueva, *Viaje literario a las iglesias de España*, t. XIII, p. 238—. Es, probablemente, una modificación de Suintila o de Chintila, nombres de reyes visigodos; Chintila se lee en una carta del año 912 (*España Sagrada*, t. XXXVII, p. 316).

le envió inmediatamente un ejército numeroso, mandado por Gaton, conde del Bierzo (1).

El gran número de combatientes reunidos en la ciudad parece que quitó a Mohámed la esperanza de someterla; mas, a pesar de esto, logró causar a los enemigos un descalabro terrible. Emboscando el grueso de sus tropas detrás de las peñas entre las cuales corre el Guadacelete, marchó contra la ciudad al frente de una división poco numerosa y mandó esgrimir las máquinas de guerra contra sus murallas; viendo que fuerzas tan débiles se atrevían a intentar el asalto, los toledanos, asombrados de la audacia del enemigo, indujeron al conde Gaton a hacer una vigorosa salida. Gaton aprovechó inmediatamente la ocasión que se le ofrecía para singularizarse. A la cabeza de sus propias tropas y de los toledanos atacó a los soldados de Mohámed; pero éstos emprendieron la fuga para atraer al enemigo a una emboscada. Los toledanos y los leoneses, que los perseguían con afán, se vieron de repente cercados y atacados por una nube de enemigos. Fueron asesinados casi todos. "El hijo de Julio (2) — afirma un poeta cortesano — decía a Muza, que marchaba delante de él: "Veo la muer-

(1) Según Ben-Adari, Gaton debía de ser hermano de Ordoño I. Ningún documento latino confirma esa opinión; pero es cierto que el que era entonces conde del Bierzo se llamaba Gaton; véase Flórez, *Reynas*, t. I, p. 79, y *España Sagrada*, t. XVI, pp. 31 y 119. Según Aben-Jaldun, el rey de Navarra también había enviado tropas en socorro de Toledo.

(2) Este era, sin duda, el nombre de un jefe cristiano, mientras Muza debía ser el de un jefe de los renegados.

"te por doquiera, delante de mí, detrás de mí, de-"bajo de mí..." Las rocas del Guadacelete lloran, lanzando profundos gemidos, por esa multitud de esclavos, renegados y de incircuncisos." Los bárbaros vencedores segaron ocho mil cabezas, con las cuales formaron un montón, trepando sobre él y atronando el aire con sus aullidos. Mohámed hizo colocar estas cabezas sobre las murallas de Córdoba y de otras ciudades, y aun envió algunas a los príncipes africanos (1).

Satisfecho del éxito que había obtenido, y seguro de que en adelante los toledanos—que según sus propios cálculos habían perdido veinte mil hombres—no amenazarían a Córdoba, Mohámed volvió a la corte; pero encargando que hostigasen a los toledanos ya los gobernadores de Córdoba y Talavera, ya su hijo Mondir. Al mismo tiempo seguía oprimiendo a los cristianos de Córdoba. Mandó demoler el convento de Tabanos, que consideraba, con razón, como foco del fanatismo (2). Habiendo arrendado la recaudación de los tributos impuestos a los cristianos, éstos tuvieron que pagar mucho más que antes (3). Sin embargo, el ardor de los exaltados no se entibiaba, y mientras supuestos mártires seguían entregando espontáneamente su cabeza al verdugo (4), Eulogio

---

(1) Ben-Adarí, t. II, pp. 96, 98, 114 y 115; Nouairi, página 463; Aben-Jaldun, fol. 9 r.

(2) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. III, c. 10.

(3) Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. III, c. 5.

(4) Véanse el libro III de *Memor. Sanct.* y la *Apologia martyrum*.

y Alvaro continuaban defendiéndolos contra los moderados. Alvaro escribió con este fin su *Indiculus luminosus*, y Eulogio, su *Apología de los mártires*. Tales alegatos eran necesarios en Córdoba; sumisos y pacientes, los cristianos de esta ciudad atribuían sus sufrimientos a la insensata conducta de los exaltados más que a la intolerancia del emir. Por el contrario, en Toledo y en los puebos circundantes, los cristianos tenían tal entusiasmo por los exaltados, y principalmente por Eulogio, que los obispos de esta región, teniendo que nombrar un metropolitano a la muerte de Wistremiro, eligieron a Eulogio por unanimidad; cuando el emir le negó el permiso para trasladarse a Toledo, los obispos persistieron en su resolución, y esperando que al fin se allanarían los obstáculos que impedían la llegada de Eulogio, prohibieron elegir otro metropolitano mientras él viviera (1).

A las palabras denigrantes de sus conciudadanos, los exaltados podían oponer los testimonios de afecto y consideración que les daban en Toledo. Bien pronto pudieron envanecerse también con la autoridad de dos monjes franceses, los cuales mostraron de un modo inequívoco que colocaban los mártires de entonces a la misma altura que los de los primeros tiempos de la Iglesia.

Estos dos monjes, llamados Usuardo y Odilar-

(1) Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 10.

do, pertenecientes a la abadía de San Germán de los Prados, llegaron a Córdoba el año 858. Su abad, Hilduino, los había enviado a Valencia en busca del cuerpo de San Vicente; pero informados en el camino de que los restos de este mártir habían sido transportados a Benevento, temían tener que volverse sin reliquias, cuando supieron en Barcelona que en Córdoba había habido mártires recientemente.

—Os será muy difícil llegar hasta allí—les dijeron—; pero si lo lográis, podéis estar seguros de que os cederán algunas reliquias.

En aquella época, viajar por España era exponerse a todo género de azares y peligros; a veces hasta resultaba imposible. Como los caminos estaban infestados de bandidos, los que querían trasladarse de un punto a otro tenían que buscar compañía y organizar una caravana; pero las comunicaciones eran tan poco frecuentes que pocas veces se presentaba ocasión de hacerlo, y cuando los dos monjes, resueltos a desafiar todos los peligros con tal de conseguir reliquias llegaron a Zaragoza, hacía ocho años que no había salido para Córdoba ninguna caravana. Felizmente para ellos quiso el azar que se estuviera entonces organizando una, a la cual se unieron. Los cristianos de la ciudad, convencidos de que los viajeros serían asesinados al cruzar cualquièr estrecho desfiladero en las montañas, lloraban al despedirlos; pero nada justificó sus temores; y fuera de las fatigas y molestias del camino, los dos

monjes llegaron sanos y salvos a la capital del imperio musulmán, donde les dió hospitalidad un diácono de la iglesia de San Cipriano. Los esfuerzos que hicieron para obtener reliquias resultaron mucho tiempo infructuosos. Un personaje influyente llamado Leovigildo, y por sobrenombre Abadsolomos, el cual les demostraba gran interés, demandó para ellos las de Aurelio y Jorge, que se hallaban en el convento de Pinna-Mellaria (1); pero los monjes de este monasterio las veneraban tanto que, desobedeciendo las órdenes terminantes del obispo Saúl, se negaron a cederlas a los franceses; siendo preciso que se presentara el obispo en persona para obligarlos a ello, y aun entonces sostuvieron que no tenía derecho a privarlos de estas reliquias.

Después de haber pasado casi dos meses en Córdoba, Usuardo y Odilardo se pusieron en camino para regresar a su patria, llevando consigo un enorme paquete timbrado con el sello del obispo y dirigido al rey Carlos el Calvo, porque querían hacer creer a los musulmanes que aquel paquete—en que iban los restos de Aurelio y Jorge—contenía presentes destinados al rey de Francia. Esta vez resultó el viaje aún menos difícil y peligroso. El emir se dirigía con su ejército contra Toledo, y como todas las divisiones, excepto

---

(1) Este monasterio estaba construído en una montaña donde había muchas colmenas; de aquí su nombre, que significa *Peña de miel*. Eulogio, *Memor. Sanct.*, l. III, c. II.

las que debían quedar de guarnición en la capital, habían recibido orden de ponerse en marcha, los franceses se unieron fácilmente a ellas. En el campamento hallaron nuevamente a Leovigildo, que los condujo a Toledo. Desde allí hasta Alcalá de Henares el camino era seguro porque al aproximarse las tropas, los señores, mitad bandidos, mitad guerrilleros, que de ordinario desvalijaban a los caminantes habían abandonado sus castillos para refugiarse tras las murallas de Toledo. De regreso a Francia, los dos monjes depositaron las reliquias, que durante el viaje habían obrado multitud de milagros, en la iglesia de Esmant, pueblecillo que pertenecía a la abadía de San Germán, donde se habían refugiado casi todos los monjes porque su convento había sido incendiado por los normandos. Transportadas posteriormente a San Germán, estas reliquias fueron expuestas a la veneración de los fieles de París, inspirando tanto interés a Carlos el Calvo que encargó a un tal Mancio que fuese a Córdoba para recoger datos precisos sobre Aurelio y Jorge (1).

La expedición contra Toledo que había facilitado a los monjes franceses el regreso a su patria tuvo el éxito deseado por el emir, que recurrió de nuevo a una estratagema: haciendo ocupar el puente por las tropas, mandó a los ingenieros que minasen los pilares sin que se enterasen

(1) Aimoin, *De translatione SS. Martyrum*, en la *España Sagrada*, t. X, pp. 534-565.

los toledanos; cuando los ingenieros estaban a punto de concluir su trabajo, retiró las tropas para atraer a los enemigos hacia el puente, que se desplomó de improviso, y los toledanos murieron ahogados en el Tajo (1).

El dolor que en Toledo produjo este desastre sólo puede igualarse a la alegría que causó en la corte, donde solían exagerarse hasta los éxitos menos decisivos. "El Eterno—decía un poeta—no podía dejar en pie un puente construído para el paso de los ejércitos infieles. Privado de sus ciudadanos, Toledo ha quedado sombrío y silencioso como una tumba" (2).

Poco tiempo después, Mohámed halló también ocasión de librarse de su mortal enemigo de Córdoba. Había entonces en la capital una joven llamada Leocricia; hija de padres agarenos, pero iniciada secretamente en el cristianismo por una religiosa de su familia, acabó por confesar a sus padres que estaba bautizada. Indignados éstos, después de procurar inútilmente atraerla con dulzura al islamismo, comenzaron a maltratarla. Golpeada día y noche, y temiendo ser delatada públicamente como apóstata, pidió asilo a Eulogio y a su hermana Anulona. Eulogio, que tal vez sentía renacer en su corazón el recuerdo de Flora, a quien Leocricia se parecía en muchos aspectos, respondió que la ocultaría en cuanto consiguiera

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 98 y 99; Nouairi, p. 463; Aben-Jaldun, fol. 9 r.

(2) Verso de Abas aben-Firnas, en Macari, t. I, p. 101.

evadirse. En esto estribaba la dificultad; pero Leocricia supo vencerla a fuerza de astucia. Fingió renegar de la religión cristiana y aficionarse a los placeres mundanos, y cuando vió a sus padres seguros y tranquilos, un día salió ricamente ataviada pretextando que iba a una boda, y corrió en busca de Eulogio y Anulona que le indicaron la morada de uno de sus amigos para que la sirviese de refugio.

Aunque sus padres, secundados por la policía, la buscaron por todas partes, Leocricia logró al principio librarse de sus persecuciones; pero una vez que fué a pasar el día en casa de Anulona, a quien quería mucho, hizo el azar que el servidor encargado de volverla a llevar por la noche no llegase hasta que empezaba a amanecer, por lo que, temiendo ser reconocida, resolvió permanecer en casa de Anulona hasta la noche siguiente. Esto fué lo que la perdió. Aquel día, el cadí fué advertido, por un traidor o por un espía, de que la joven que buscaba se hallaba en la morada de la hermana de Eulogio. Por orden suya, los soldados cercaron esta morada, detuvieron a Leocricia y aun a Eulogio, que se encontraba cerca de ella, y los condujeron ante el cadí. Habiéndole preguntado este último por qué había ocultado a aquella joven, Eulogio le respondió:

—Nos ha sido ordenado predicar y explicar nuestra religión a los que se dirijan a nosotros. Esta joven ha querido ser instruída por mí en

nuestra religión; he respondido a su deseo lo mejor que he podido, y procedería lo mismo contigo, cadí, si me hicieses la misma demanda.

Como el proselitismo de que Eulogio se confesaba culpable no era un crimen capital, el cadí se conformó condenándolo a la pena de azotes. Desde este momento, el partido de Eulogio estaba tomado. Tal vez había más orgullo que valor en su resolución; pero comprendió que para un hombre como él valía cien veces más sellar con su sangre los principios que había profesado durante toda su vida que sufrir un castigo ignominioso.

—¡Prepara y afila tu acero—gritó al cadí—, hazme devolver mi alma a mi criador; pero no creas que dejaré desgarrar mi cuerpo a azotes!

Después de lo cual vomitó un torrente de imprecaciones contra Mahoma. Creía que sería condenado inmediatamente al último suplicio; mas el cadí, que respetaba en él al primado electo de España, no se atrevió a contraer tan gran responsabilidad, y le hizo conducir a palacio a fin de que los visires decidieran su suerte.

Cuando Eulogio fué introducido en la sala del consejo, uno de los altos dignatarios del Estado que le conocía mucho y quería salvarle le dirigió estas palabras:

—No me admira, Eulogio, que los maniáticos o los idiotas vayan sin necesidad a entregar su cabeza al verdugo; pero tú que eres un hombre sensato y que gozas de general estimación, ¿cómo

puedes imitar su ejemplo? ¿Qué demencia os arrastra? ¿Qué os induce a odiar así la vida? Escúchame, te lo suplico; cede en este momento a la necesidad; pronuncia una sola palabra, retráctate de lo que has dicho ante el cadí, y mis compañeros y yo te respondemos de que no tienes nada que temer.

El sentimiento que expresaban estas palabras era el de todos los hombres cultos de la sociedad musulmana; sentían piedad hacia los fanáticos, en vez de aborrecerlos, y lamentaban que, en virtud de la ley, tuviesen que morir en el cadalso infelices que les parecían dementes. Tal vez Eulogio, que hasta entonces no había sentido la sed del martirio, aunque había inducido a otros a buscarlo y que era más bien un ambicioso jefe de partido que un fanático, comprendía que los musulmanes eran menos bárbaros de lo que había creído; pero comprendía también que no podía retractarse sin exponerse al justo desprecio de los exaltados. Respondió, pues, como los otros mártires discípulos suyos habían respondido en circunstancias análogas, y los visires se vieron obligados a condenarle a muerte. Inmediatamente fué conducido al suplicio. Eulogio mostró una gran resignación. Habiéndole dado un eunuco una bofetada, el sacerdote, siguiendo a la letra el conocido precepto evangélico, le presentó la otra mejilla, indicándole:

—¡Pega también aquí!

El eunuco no se hizo repetir la orden. En se-

guida subió al patíbulo con gran firmeza y valor, se arrodilló, elevó las manos al cielo, hizo la señal de la cruz, pronunció en voz baja una corta plegaria, colocó la cabeza sobre el tajo y recibió el golpe fatal—11 de marzo del 859—. Cuatro días después, Leocricia, convicta de apostasía, murió también en el cadalso (1).

El suplicio del primado electo causó profunda consternación no sólo en Córdoba—donde se divulgaron en seguida multitud de milagros debidos a las reliquias del santo—, sino en toda España. Muchas crónicas del norte de la península, que no consignan casi nada de lo que ocurría en Córdoba, indican con la mayor precisión el año y el día del suplicio de Eulogio, y veinticuatro años después, Alfonso, rey de León, al concertar una tregua con Mohámed, estipuló, entre otras condiciones, que se le entregaran los restos de San Eulogio y Santa Leocricia.

Privados de su jefe, los exaltados continuaron aún algún tiempo blasfemando contra Mahoma a fin de morir en el cadalso (2); mas poco a poco, como todo a la larga se desvirtúa, al singular entusiasmo que durante muchos años había reinado en Córdoba siguió la ley común, y al cabo de algún tiempo no quedaba de él más que el recuerdo.

Comenzaba además un nuevo período. Los re-

(1) Alvaro, *Vita Eulogii*, c. 13-16.
(2) Samson, l. II, c. 9.

negados y los cristianos de las montañas de Regio se sublevaron. Esta rebelión, ya muy formidable en sí misma, fué seguida o acompañada de la de casi toda la península y proporcionó a los cristianos de Córdoba la ocasión de demostrar de otra manera su odio al nombre musulmán.

X

El viajero que queriendo ir de Córdoba a Málaga prefiera soportar estoicamente las fatigas y privaciones de una excursión poética en un país hermoso pero salvaje, en vez de sufrir el traqueteo de un vehículo al través de monótonas y aburridas carreteras, atraviesa primero una región ondulosa y bien cultivada que se extiende hasta el Genil, y después otra completamente llana y uniforme hasta Campillos. Allí comienza la Serranía de Ronda y de Málaga, la parte más romántica de Andalucía. Ya salvaje y grandiosa, esta cordillera inspira una especie de terror poético con sus majestuosos bosques de encinas, alcornoques y castaños; sus barrancos profundos y sombríos; sus torrentes, que se despeñan con estruendo de precipicio en precipicio; sus viejos castillos semiruinosos y sus aldeas suspendidas de los taludes de las rocas, cuyas cimas aparecen desnudas de toda vegetación y cuyas vertientes parecen ennegrecidas y calcinadas por el fuego del cielo; ya riente y suave, presenta como un aspecto de fiesta

con sus viñas, sus prados, sus bosquecillos de almendros, cerezos, limoneros, higueras, naranjos y granados; sus florestas de adelfas con más flores que hojas; sus riachuelos vadeables, que serpentean con encantadora coquetería; sus huertos, que surten de peras y manzanas casi todo el sur de la península; sus campos sembrados de lino, de cáñamo y sobre todo de trigo, cuyas espigas producen un pan que tiene fama de ser el más blanco y el más exquisito del mundo.

El pueblo que habita esta serranía es alegre, decidor, hermoso, ágil e ingenioso; gusta de reír, de cantar, de bailar acompañado de las castañuelas y de tocar la guitarra o la bandurria; pero es al mismo tiempo vano, quisquilloso, a la vez valiente y fanfarrón y de un carácter tan violento que casi siempre el golpe mortal sigue de cerca a la oblicua mirada de su cólera, hasta el punto que no se celebra una fiesta sin que resulten dos o tres individuos apuñalados. Las mujeres, aunque de notable belleza, tienen algo de varonil; altas y robustas, no rehuyen ni los trabajos más penosos; transportan con facilidad pesados fardos y se las ha visto luchar entre sí.

En tiempo de paz, estos montañeses se dedican principalmente al contrabando, trayendo mercancías inglesas de Jibraltar al interior del país y burlando con maravillosa destreza la vigilancia de los aduaneros. A veces, cuando se reunen en gran número bajo sus jefes más renombrados, descienden al llano para vender sus mercancías y resisten

vigorosamente a las tropas enviadas en su persecución. En épocas de revuelta y de discordias civiles se convierten muchos en bandidos, y entonces son o ladrones o rateros. Estos últimos, sin ser bandidos de profesión, se reclutan entre los pastores, los aldeanos desocupados, los jornaleros perezosos, los segadores nómadas, los posaderos sin parroquianos, a veces hasta entre los colonos; roban a los viajeros por afición, aprovechando las ocasiones y sólo cuando estos viajeros van mal escoltados; cuando están bien armados, bien acompañados, el ratero oculta su trabuco, toma sus herramientas y finge cultivar la tierra. Dispersos por todas partes, estos ladrones de baja estofa están siempre dispuestos a prestar ayuda ya a los verdaderos bandidos, ya a la policía, según las circunstancias: porque como auxiliares prudentes, no acuden más que en socorro del vencedor. Los verdaderos bandidos, que alistados como soldados no van más que a caballo y en cuadrilla, son más distinguidos. Mientras los rateros, por miedo a ser denunciados, asesinan frecuentemente a aquellos que han despojado, los ladrones no matan más que a los que se defienden; corteses y respetuosos, sobre todo con las damas, no desvalijan a los viajeros más que con toda clase de miramientos. Lejos de verse despreciados, son elevados a gran altura por el espíritu popular. Combaten contra las leyes, se rebelan contra la sociedad, esparcen el espanto en las comarcas que saquean, pero tienen cierto prestigio,

cierta grandeza; su audacia, su genio aventurero y vividor, agradan a las mujeres, aun a las más aterradas; y cuando llegan a caer en manos de la justicia y los ahorcan, su suplicio inspira interés, simpatía y compasión. En la actualidad, José María se ha hecho famoso como jefe de cuadrilla, y su nombre vivirá largo tiempo en la memoria de los andaluces como el de un bandido modelo. Un simple azar le lanzó a esta vida. Habiendo cometido un crimen en un arrebato de cólera, huyó a la sierra para sustraerse al castigo, y no teniendo allí otro medio de vivir que su trabuco, organizó una cuadrilla, adquirió caballos y empezó a despojar a los caminantes. Valiente, inteligente, activo, conocía a palmos el terreno, triunfó en todas sus empresas y se sustrajo a las persecuciones de la justicia. En todo el país tenía afiliados unidos a él por juramento, y cuando necesitaba un hombre para completar su cuadrilla, siempre podía elegir, por lo menos, entre cuarenta personas: tanto se ambicionaba el honor de servir a sus órdenes. Mantenía inteligencias hasta con los magistrados: tanto que en una proclama del capitán general de la provincia, las autoridades de cuatro distritos resultaron cómplices suyos. Su poder era tan grande que dominaba en todas las carreteras del Sur, y la misma Dirección de Correos, para obtener el libre paso de la correspondencia, le entregaba una onza por vehículo. Dirigía su cuadrilla más arbitrariamente que ningún soberano ha podido gobernar a sus

súbditos, y sus decisiones estaban inspiradas en un salvaje espíritu de justicia (1).

En tiempo de guerra, los contrabandistas y otros bandidos acostumbrados a luchar incesantemente con las dificultades de una naturaleza selvática son los enemigos más formidables. Cierto que fracasan en los ataques que requieren combinaciones estratégicas; cierto que en la llanura no pueden resistir las inteligentes maniobras de las tropas regulares; pero en los senderos escarpados, tortuosos y estrechos de sus montañas, su agilidad y su conocimiento del terreno les proporcionan inmensa ventaja sobre los soldados. Las tropas francesas se convencieron de ello cuando el fantasma de rey entronizado por Napoleón intentó someter a los intrépidos montañeses a su aborrecida autoridad. Cuando los húsares franceses lograban atraerlos a las llanuras, los acuchillaban a centenares; pero en los senderos trazados en zigzag y suspendidos sobre pavorosos precipicios, donde sus caballos, lejos de serles útiles, los estorbaban, los mismos húsares caían en emboscadas continuas; cuando menos lo esperaban se veían envueltos por una nube de enemigos que tiroteaban sus flancos y que, sin dejar de disparar, se escon-

(1) Consúltense diferentes *Viajes* y, sobre todo, las siguientes obras: *Excursiones en las Serranías de Ronda y Granada*, de Rochfort Scott; *España bajo Fernando VII*, de Custine, carta 50 y 51; *Bocetos de España*, de Cook, ch. 1 y 15; *Compilación de España*, de Ford, ch. 16; *Cartas de España*, etc., de Mérimée, núm. III, y, finalmente, la obra de M. De Rocca titulada *Memoria sobre la guerra de los franceses en España*.

dían entre las cimas de los picachos donde no podían perseguirlos, de modo que huyendo siempre acababan por destruir columnas enteras sin que los franceses pudieran vengarse. A pesar de los horrores de la guerra, los serranos no dejaban de mostrar de vez en cuando el genio marrullero y burlón que les es propio. En Olvera, donde los húsares franceses habían pedido un becerro, les llevaron un asno descuartizado. Los húsares encontraron que aquel becerro—como ellos le llamaban—resultaba insípido, y desde entonces los serranos cuando se tiroteaban con ellos les gritaban: "¡Vosotros os comisteis un asno en Olvera!" En su opinión, era la más sangrienta injuria que se podía dirigir a un cristiano (1).

En el siglo IX, esta provincia, que llevaba el nombre de Reya o más bien de Regio—*Regio montana*—, según todas las apariencias, y de la cual era capital Archidona (2), tenía una población casi exclusivamente española y muy semejante a la de hoy por sus gustos, vicios y virtudes. Algunos de aquellos montañeses eran cristianos; otros más numerosos, musulmanes; pero todos se consideraban españoles, sentían un odio implacable hacia los opresores de su patria; apasionados por la independencia, no querían que la tiranía extranjera se saciase más tiempo con sus despojos, y acechaban el momento propicio para sa-

(1) De Rocca, *Memoria sobre la guerra de los franceses en España*, pp. 174 y 259.
(2) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 320-323.

cudir el yugo. Este momento impacientemente esperado no podía tardar. Los éxitos que sus compatriotas alcanzaban en otras provincias demostraban a los serranos que con valor y audacia no sería imposible realizar sus deseos. Toledo era ya libre; durante veinte años, el emir se había obstinado inútilmente en someterle a su autoridad; los cristianos que habían conservado allí su preponderancia se habían puesto bajo la protección del rey de León (1), y aunque vendidos por los renegados, habían obligado al emir, en el año 873, a otorgar un tratado que les garantizase el sostenimiento del gobierno republicano que habían elegido y una existencia política casi independiente, pues sólo quedaban obligados a satisfacer un tributo anual (2). Otro Estado independiente se había fundado en Aragón—provincia denominada por los árabes Frontera superior—, por una familia visigoda convertida al islamismo, la de los Beni-Casi. A mediados del siglo IX, esta familia había alcanzado tan gran poder, gracias al talento de Musa II, que podía compararse con las demás dinastías reinantes. En la época en que Mohámed subió al trono, Musa II era dueño de Zaragoza, Tudela, Huesca, de toda la Frontera superior. Toledo había concertado una alianza con él, y su hijo Lope era cónsul en esta ciudad. Guerrero intrépido e infatigable, tan pronto volvía sus armas contra los condes de Alava o Barcelona como

(1) Sebastián, c. 26.
(2) Nouairi, ad ann. 259; Ben-Adari, t. II, p. 103 y 104.

contra el de Castilla o el rey de Francia. Llegado al colmo de la gloria y el poder, respetado y agasajado por sus vecinos, incluso por el rey de Francia Carlos el Calvo, que le envió magníficos presentes, Musa alardeaba de soberano, sin que nadie osara oponerse; y queriendo serlo tanto de nombre como de hecho, tomó orgullosamente el título de *tercer rey de España*. Después de la muerte de este hombre extraordinario—862—, el emir se hizo dueño de Tudela y Zaragoza; pero su alegría fué poco duradera. Diez años después, los hijos de Musa, ayudados por el pueblo, habituado a no reconocer más dueños que los Beni-Casi, arrojaron a las tropas del emir, el cual trataba ahora de someterlos; pero los Beni-Casi le rechazaron victoriosamente secundados por el rey de León, Alfonso III, el cual había concertado con ellos tan estrecha alianza que les había confiado la educación de su hijo Ordoño (1).

Por consiguiente, el Norte estaba libre y coligado contra el emir. En la misma época, un audaz renegado de Mérida llamado Aben-Meruan (2) fundó un principado independiente en el Oeste. Entregado al emir después de la sumisión de Mérida—de cuya rebelión había sido uno de los jefes—, era capitán de los guardias de corps cuando en el año 875 el primer ministro, Haxim, que estaba quejoso de él, le dijo, en presencia de los

(1) Para más detalles, véanse mis *Investigaciones*, t. I, páginas 222-226.
(2) Abderrahman aben-Meruan aben-Yunos.

visires: "¡Un perro vale más que tú!", y para colmo de ignominia mandó abofetearlo. Jurando enfurecido arriesgarlo todo antes que volver a sufrir tan denigrantes tratamientos, Aben-Meruan reunió a sus amigos, huyó con ellos y se apoderó del castillo de Alange, al Sur de Mérida, donde adoptó la defensiva. Sitiado en esta fortaleza por las tropas del emir, y careciendo de víveres hasta el punto de que él y sus compañeros tuvieron que alimentarse con la carne de sus caballos, capituló al cabo de tres meses, cuando llegó a faltarles hasta el agua; por lo que teniendo en cuenta lo desesperado de su situación, las condiciones que obtuvo aun podían considerarse ventajosas, pues se le consintió retirarse y establecerse en Badajoz, que en aquella época no era todavía una ciudad amurallada. Habiéndose librado de ese modo de las garras del emir, llegó a ser para éste un enemigo tan peligroso como implacable. Reuniendo su banda con otra compuesta igualmente de renegados y capitaneada por un tal Sadun, llamó a las armas a los renegados de Mérida y de otras comarcas, predicó a sus compatriotas una religión nueva, que era un término medio entre el islamismo y el cristianismo. Concertó una alianza con Alfonso III de León (1), aliado natural de todos los que se sublevaban contra el emir, y sembrando el terror por los campos, pero sin maltratar

(1) Esta alianza valió a Meruan el sobrenombre del *Gallego*, que los árabes le dan generalmente. Aben-Jaldun, folio 10 r.

ni exigir tributos más que a los que consideraba como enemigos, es decir, a los árabes y a los bereberes, vengó de un modo cruento sus ofensas y las de su patria.

Queriendo coartar sus fechorías, el emir envió contra él un ejército—cuyo mando confió a su ministros Haxim y a su hijo Mandir aben-Meruan—, salió al encuentro del enemigo y, enviando a Sadun a demandar auxilio al rey de León, se apoderó de Caracuel (1). Haxim estableció su campamento en las inmediaciones de esta fortaleza—cuyas ruinas aun existen—, y mandó que uno de sus lugartenientes ocupase la de Monte-Salud. Poco después, este lugarteniente le avisó que Sadun se aproximaba a Monte-Salud con tropas auxiliares leonesas pero que siendo poco numerosas le parecían fáciles de sorprender. Engañábase, sin embargo; las fuerzas de Sadun eran considerables: pero el astuto capitán, queriendo tender un lazo al enemigo, había propalado que su ejército era débil. Su designio obtuvo un éxito maravilloso. Engañado por las noticias de su lugarteniente, Haxim salió con algunos escuadrones al encuentro de Sadun, el cual, informado por los espías, le dejó internarse en las montañas, y acechándole desde un

(1) *Caracuel* se encuentra entre Ciudad Real y Almodóvar del Campo. Según el *Marâcid,* los árabes le llamaban *Caraquei;* y así es como lo escribe Pelayo de Oviedo—c. 11—; véase también *Cartas,* p. 107. Sin embargo, se halla *Caraquer* en Ben-Adari, t. II, p. 105. En Edrisi aparece en el tomo II, p. 29, *Caraqueri;* pero es una falta y hay que leer *Caruquei, como en el man. B.*

desfiladero, ocultos entre las rocas, cayeron sobre los enemigos cuando éstos menos lo esperaban e hicieron una gran carnicería. El mismo Haxim, cubierto de heridas, fué hecho prisionero, después de haber visto caer al lado suyo a cincuenta de sus oficiales. Fué conducido ante Aben-Meruan. Su vida estaba ahora en manos de aquel a quien tan cruelmente había ofendido; pero Aben-Meruan tuvo la generosidad de no dirigirle ningún reproche, le trató con todos los miramientos propios de su alta jerarquía y lo envió a su aliado el rey de León.

Al enterarse el emir de lo ocurrido, se puso furioso; sin duda le contrariaba el cautiverio de su favorito; pero aun le afligía el que no podía negarse sin desdoro a rescatarle del rey de León. Y Alfonso exigía ¡cien mil ducados!; esto era poner a prueba la avaricia del emir; así encontró mil razones para eludir el pago de tan enorme suma. "Si Haxim ha caído prisionero—se decía—, suya es la culpa; ¿por qué es tan temerario? Es un aturdido que no sabe lo que se hace y que no atiende los consejos prudentes." Por fin, después de haberle dejado gemir en la cárcel durante dos años, consintió en pagar una parte del rescate exigido. Haxim prometió al rey de León que el resto le sería pagado más adelante, le dejó sus hermanos, su hijo y su sobrino en rehenes y volvió a Córdoba ardiendo en deseos de vengarse de Meruan. Este jefe había asolado entretanto los distritos de Niebla y Sevilla, y el emir, viendo

que no podía nada contra él, llegó a rogarle que dictase él mismo las condiciones que exigía a cambio de cesar en aquellas irrupciones que devastaban el país. La respuesta de Aben-Meruan fué altanera y amenazadora. "Suspenderé mis irrupciones—había dicho—, y hasta ordenaré que se nombre al emir en las plegarias públicas, a condición de que me ceda Badajoz, que me consienta fortificar esta comarca y que me exima de obedecerle y de pagar contribuciones; si no, no." Por humillantes que fueran estas condiciones, Mohámed tuvo que aceptarlas. Haxim trató entonces de convencer a su señor de que aun no era imposible someter a aquel orgulloso rebelde "Antes—afirmaba—no podía prenderse a Meruan porque no teniendo residencia fija, él y sus jinetes sabían esquivar nuestras persecuciones; pero ahora, encerrado en una ciudad, será nuestro. Podremos sitiarle y rendirle." Al fin consiguió que el monarca aprobase su plan; y habiendo obtenido su autorización para ponerse en marcha con el ejército, ya había avanzado hasta Niebla, cuando Aben-Meruan envió al emir un mensaje concebido en estos términos: "He sabido que Haxim avanza hacia Occidente; harto comprendo que cree poder encerrarme en una ciudad y vengarse de mí; pero te juro que si pasa de Niebla incendiaré Badajoz y reanudaré la vida que antes llevaba" El emir quedó tan espantado con esta amenaza que envió inmediatamente a su ministro la orden de volver a Córdoba con el ejército, y desde en-

tonces no tuvo la menor intención de someter a tan temible enemigo (1).

Así, mientras los insurrectos se alzaban fuertes y valerosos, el gobierno se mostraba débil y cobarde. A cada concesión que hacía a los rebeldes, a cada tratado que ultimaba, perdía más y más el prestigio que tanto necesitaba para imponerse a la población indómita, irritada y mucho más numerosa que sus señores. Los montañeses de Regio, alentados por las noticias recibidas del Norte y del Oeste, comenzaron a agitarse a su vez. En el año 879 hubo tumultos e insurrecciones en muchos puntos de la provincia. El gobierno, que no ignoraba los peligros que le amenazaban por esta parte, se alarmó extraordinariamente con las noticias que recibía; dictó órdenes rápidas y severas; apresó al jefe de una banda temible y le envió a Córdoba; finalmente, se improvisaron fortalezas en las más estratégicas alturas (2). Todas estas medidas irritaban a los montañeses, pero no los amedrentaban. Sin embargo, había aún poca unidad en sus movimientos, les faltaba un jefe de espíritu superior capaz de encauzar sus vagos arranques de patriotismo. Si aparecía este hombre, no tendría más que hacer una seña para enardecer a toda la población de la montaña y la montaña marcharía con él.

---

(1) Ben-al-Cutia, fol. 37 r. y v.; Ben-Adari, t. II, pp. 102, 103, 104 y 105; Ben-Haiyan, fol. 11 r. y v.; *Chron. Albeld.*, capítulo 62.

(2) Ben-Adari, t. II, p. 106.

XI

En la época en que los serranos andaluces comenzaban a agitarse, había en un caserío inmediato a Hisn-Aute—hoy Iznate—, al Noreste de Málaga, un hidalgo campesino llamado Hafs. Era oriundo de ilustre familia, pues su quinto abuelo, el visigodo Alfonso, había ostentado el título de conde (1). Pero amoldándose a las vicisitudes políticas y religiosas, sea por estoicismo, sea por apatía, el abuelo de Hafs, que bajo el reinado de Alhaquen I había abandonado Ronda para establecerse en Hisn-Aute, se había convertido al islamismo, y sus descendientes pasaban por musulmanes, aunque en el fondo del corazón guardaban un piadoso recuerdo de la religión de sus antepasados.

Gracias a su actividad y economía, Hafs había reunido una regular fortuna. Sus vecinos, menos ricos que él, le respetaban y honraban de tal modo que no le llamaban Hafs, sino Hafsun, porque esta terminación equivalía a un título nobiliario (2), y, según todas las probabilidades,

(1) Aben-Jaldun—fol. 10 v.—, Ben-Adari—t. II, p. 108—y Ben-al-Jatib—artículo sobre Omar Ben-Hafsun—indican la genealogía completa de *Hafs* hasta *Alfonso*, al cual Aben-Jaldun da el título de conde, apoyándose en la autoridad de Ben-Hayan. Los nombres del hijo, del nieto y del bisnieto de Alfonso son godos o latinos; pero, desgraciadamente, aparecen más o menos alterados en los manuscritos. El padre de Hafs se llamaba Omar, y su abuelo, Chofar al-islamí —el Renegado—.

(2) Véase mi edición de Ben Adari, t. II, p. 48 de las notas, y la nota de M. De Slane, *Historia de los bereberes*, t. I, página 37.

nada habría turbado su pacífica existencia si la mala conducta de su hijo Omar, que no se sometía a la disciplina paterna, no le hubiese causado una profunda inquietud y un continuo disgusto. Vanidoso, altanero, arrogante, turbulento y pendenciero, aquel impetuoso joven no tenía del carácter andaluz más que las malas cualidades. La menor ofensa encendía su cólera: una palabra, una mirada, un gesto, la mera intención, le bastaba, y más de una vez le llevaron a su granja magullado, con el rostro cubierto de sangre, lleno de contusiones y heridas. Con semejante temperamento tenía que acabar pronto o tarde muriendo o matando. Y efectivamente, un día que tuvo una disputa con uno de sus convecinos, sin ningún motivo razonable le dejó en el sitio. Para librarle de la horca, su padre, desesperado, abandonó con él la granja que su familia había habitado durante tres cuartos de siglo, y fué a establecerse en la Serranía de Ronda, al pie de la montaña de Bobastro (1). Allí, en medio de una naturaleza salvaje, Omar, que gustaba de internarse en lo más espeso del bosque o en los desfiladeros menos frecuentados, acabó por convertirse en bandido o en ratero, como ahora se diría; cayó en manos de la justicia, y el gobernador de la provincia le hizo azotar. Cuando quiso volver a casa de su padre, éste le rechazó como a un bribón

(1) Ben-al-Jatib, man. E., artículo sobre Omar Ben-Hafsun.

incorregible. Entonces, no sabiendo qué hacer para ganarse la vida en España, se dirigió hacia la costa, se embarcó en un buque que se hacía a la vela para Africa, y después de llevar algún tiempo una vida errante, llegó por fin a Tahort, donde entró como aprendiz en el taller de un sastre que era del distrito de Regio y le conocía algo.

Un día que trabajaba con su maestro, un anciano que nunca había visto pero que también era andaluz, entró en la tienda y entregó al sastre un trozo de tela para que le cortara un traje. El sastre se levantó al momento, le ofreció una silla y entabló con él una conversación, a la que el aprendiz fué mezclándose poco a poco. El viejo preguntó al sastre quién era aquel joven.

—Es uno de mis antiguos convecinos de Regio, que ha venido para aprender mi oficio.

—¿Cuánto tiempo hace que has salido de Regio?—preguntó el anciano, dirigiéndose a Omar.

—Cuarenta días.

—¿Conoces la montaña de Bobastro, en ese distrito?

—Vivía al pie de ella.

—¡De veras! Pues hay allí una rebelión.

—Te aseguro que no.

—Pues bien, la habrá dentro de poco.

El anciano calló algunos instantes; después añadió:

—¿Conoces en aquellos alrededores a un tal Omar, hijo de Hafsun?

Al oír pronunciar su nombre, Omar palideció,

bajó los ojos y guardó silencio. Entonces, el viejo le miró atentamente y notó que tenía un colmillo roto. Era uno de los españoles que creían firmemente en la resurrección de su raza. Habiendo oído hablar a menudo de Omar, había creído reconocer en él una de esas naturalezas superiores de las cuales puede esperarse mucho mal o mucho bien, según la dirección que se les imprima, y adivinaba que en aquel hijo indomable, en aquel pendenciero, en aquel bandido de la sierra, había en germen un jefe de partido. El silencio de Omar, su confusión, su palidez, su colmillo roto—el viejo había oído decir que en una riña sangrienta Omar había perdido uno de los suyos—, todo esto le daba la evidencia de que hablaba con el mismo Omar, y queriendo desde entonces dar un noble objetivo a la sed de actividad que devoraba a aquel joven fogoso, exclamó:

—¿Piensas, infeliz, que manejando la aguja vas a librarte de la miseria? Vuelve a tu país y esgrime la espada. Serás un temible adversario de los Omeyas y reinarás en una gran nación.

En lo sucesivo, estas palabras, verdaderamente proféticas, estimularon la ambición de Omar; pero por de pronto surtieron un efecto muy distinto. Temiendo ser reconocido por personas menos benévolas y entregado al gobernador español por el príncipe de Tahort, que se dejaba guiar en todo por el emir de Córdoba (1), se apresuró

(1) Ben-Adari, t. II, p. 111, l. 5.

a abandonar la ciudad, llevando por todo equipaje dos panes que acababa de comprar y había ocultado entre sus mangas.

De regreso a España, como no se atrevía a comparecer ante su padre, fué en busca de un tío suyo y le refirió lo que le había profetizado el viejo de Tahort. Su pariente, que unía a una gran credulidad un espíritu emprendedor, tuvo fe en la predicción del anciano, y aconsejó al joven que siguiese su destino e intentase una sublevación, prometiendo secundarle con todo su poder. No tuvo que esforzarse mucho para convencerle, y habiendo reunido unos cuarenta mozos de su finca, los indujo a formar una partida bajo el mando de su sobrino. Todos aceptaron; Omar los organizó y se estableció con ellos en la montaña de Bobastro—880 u 881—(1), donde se alzaban las ruinas de una fortaleza romana, del Municipium Singiliense Bobastrense, que los moradores del país llaman hoy el Castillón (2). Estas ruinas eran fáciles de restaurar, y Omar lo hizo. Ningún paraje mejor situado para servir de refugio a una cuadrilla de ladrones. La roca que sostenía la fortaleza era tan alta, tan escarpada, tan inaccesible por el Este y por el Sur, que el castillo resultaba casi inexpugnable. Unase a esto su proximidad a la vasta llanura que se ex-

---

(1) Ben-al-Cutia, fols. 37 v.-38 v.

(2) Bobastro se halla a un cuarto de legua de Guadalhorce y una legua al Oeste de Antequera. Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 323-327.

tiende desde Campillos hasta Córdoba. En esta llanura podía hacer correrías la banda de Omar, robar ganado y exigir contribuciones ilegales a las granjas aisladas. Estas fueron las primeras hazañas de Omar; pero bien pronto pensó que el papel de salteador de caminos no era digno de él, y tan pronto como su cuadrilla, engrosada por prófugos que tenían interés en ponerse a salvo tras sólidas murallas en la cumbre de una roca, llegó a ser bastante numerosa para hacerse respetar de la débil guarnición del cantón, realizó audaces expediciones hasta las mismas puertas de las ciudades, y comenzó a dar golpes de mano tan brillantes como atrevidos. Justamente alarmado el gobernador de Regio, se decidió, por fin, a atacar aquella partida con todas las tropas de la provincia; pero fué derrotado, y en su precipitada fuga abandonó hasta su tienda a los insurrectos. Atribuyendo el emir este desastre a impericia, del gobernador, le sustituyó por otro, que no tuvo más éxito, pues de tal modo le atemorizó la resistencia de los rebeldes de Bobastro que concertó una tregua con Omar, tregua que no fué de larga duración, porque este último, aunque atacado frecuentemente, supo defenderse dos o tres años en su montaña (1), hasta que el primer ministro, Haxim, le obligó a rendirse y le llevó preso a Córdoba con toda su cuadrilla. El emir, que veía en Omar un oficial excelente, y en

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 106 y 107; Nouairi, p. 464; Aben-Jaldun, fol. 9 v.

sus secuaces buenos soldados, los recibió bondadosamente y les propuso alistarse en el ejército. Convencidos de que por entonces no podían tomar otro partido, aceptaron la proposición (1).

Poco tiempo después, en el estío del año 883, cuando Haxim marchó a combatir a Mohámed, hijo de Lope y jefe de la familia de los Beni-Casi, y a Alfonso, rey de León, Omar, que le acompañaba, encontró ocasión de distinguirse en muchos combates, y especialmente en el de Pancorbo. Sereno y frío, ardiente e impetuoso, según las circunstancias, se granjeó fácilmente la estimación y los favores del general en jefe; mas apenas volvió a Córdoba, pronto tuvo motivos de queja contra el prefecto de la ciudad, Aben-Ganim (2), que, en su odio contra Haxim, se complacía en vejar y atormentar a los oficiales que como Omar gozaban del favor de este ministro. Hacíales a cada instante cambiar de alojamiento, y el trigo que les suministraba era de ínfima clase. Omar, poco sufrido, no pudo ocultar su disgusto, y un día, mostrándole un trozo de pan negro y duro, le dijo:

—¡Que Dios tenga piedad de ti! ¿Se puede comer esto?

—¿Quién eres, pobre diablo—replicó el prefecto—, para atreverte a dirigirme una pregunta tan impertinente?

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 106-108; Nouairi, p. 464; Aben-Jaldun, fol. 9 v.

(2) Mohamed ben-Ualid aben-Ganim.

Omar volvía profundamente indignado a su domicilio, cuando encontró a Haxim, que se dirigía a su palacio, y se lo refirió todo.

—Ignoran aquí lo que tú vales—respondió el ministro—; a ti te toca enseñárselo—. Y siguió su camino.

Disgustado por esto del servicio del emir, Omar propuso a sus compañeros volver a las montañas y a la vida aventurera y libre que habían llevado juntos durante mucho tiempo; y como no anhelaban otra cosa, antes de ponerse el sol ya habían abandonado la capital para dirigirse a Bobastro—884—.

El primer cuidado de Omar fué recuperar el castillo, lo cual era difícil porque Haxim, comprendiendo lo estratégico de esta fortaleza, había confiado su custodia a una guarnición bastante numerosa y, además, la había hecho flanquear con tantos bastiones y torres que podía considerársela inexpugnable. Pero Omar, lleno de confianza en su destino, no se desalentó. Secundado por su tío, engrosó sus tropas, algo débiles, con algunos hombres resueltos, y sin dar tiempo a la guarnición del castillo para aprestarse a la defensa, la atacó violentamente, haciéndola huir con tal precipitación que no pudieron ni salvar a la amante de su capitán, la cual agradó tanto a Omar que llegó a ser su mujer o su querida (1).

Desde entonces, Omar, este José María del si-

(1) Ben-al-Cutia, fol. 38 v., 39 r.

Tomo II

Abderrahaman I [illegible] y [illegible] Jalid

Hixen ([illegible]). [illegible] la [illegible] secta religiosa introducida por Malic-Ben-Anas, Jahya Ben Janya su discípulo amado. — + 795

Alhaquen I. Los faquies se sublevan. Jornada del foso en Toledo. Nueva sublevación en Córdoba del arrabal meridional; refugiaronse los vencidos con sus familias en Alejandría y Fez que se estaba fundando por Edris. Paz.

Abderrahaman II Favoritos el Fakih Jahya, el músico Ziryab, la sultana Zarub y [illegible] Nasr. Mártires + 22 Septbre [illegible]2

~~Mohamed I [illegible]~~

+ 4 de Agosto 886

Mondir, hijo de Mohamed. Enérgico y bueno + 29 junio 888.)

Abdala (hermano de Mondir.) Sitio de Elvira y la Alhambra. Matanza de españoles en Sevilla. Casi toda España se emancipa de la obediencia del emir. Hafsun el renegado [illegible] Bobastro. Tranquilidad aparente.

+ 15 de Octubre [illegible]

Abderrahaman III Ben Mohamed Ben Abdallá. Pacifica las provincias y la Serranía.

glo IX, secundado mejor por las circunstancias que el célebre bandido, no fué ya un capitán de bandoleros, sino el jefe de toda la raza española del Mediodía. Dirigíase a sus compatriotas, fuesen cristianos o musulmanes, y les decía: "Demasiado tiempo habéis soportado el yugo de este emir que os arrebata vuestros bienes y os abruma con forzados tributos. ¿Os dejaréis hollar por los árabes que os tratan como esclavos? No penséis que la ambición me induce a hablar así; no deseo más que vengaros y redimiros de la servidumbre." "Cada vez que Ben-Hafsun hablaba así—dice un historiador árabe—, cuantos le escuchaban le daban las gracias y se mostraban prontos a obedecerle." Sus propios enemigos, los únicos que han escrito su historia, afirman que desde que fué jefe de un partido se enmendó de sus pasados defectos. En vez de ser arrogante y pendenciero, se mostraba afable y cortés hasta con el último de sus soldados, por lo que el afecto de sus secuaces rayaba en idolatría, y obedeciéndole con una disciplina y una exactitud casi fantásticas, por grande que fuera el peligro, todos marchaban a la primera señal y por él se habrían arrojado al fuego. Siempre a la cabeza y en lo más empeñado del combate, Hafsun se batía como un simple soldado, esgrimía la espada y la lanza como el más hábil, atacaba a los más valientes campeones y no abandonaba la partida hasta que estaba ganada. No era posible pagarse más de su persona ni dar más brillante ejemplo. Recompen-

saba generosamente los servicios que le prestaban, concediendo gran participación a los que más se habían singularizado; honraba el valor hasta en los enemigos, y muchas veces dejaba en libertad a los prisioneros si se habían batido valerosamente. Por otra parte, escarmentaba a los malhechores con el mayor rigor. Un espíritu de salvaje justicia inspiraba sus decisiones; no pedía pruebas ni testigos; le bastaba el conocimiento de que la acusación era cierta. Por eso, aunque el bandolerismo está como en la masa de la sangre de este pueblo, gracias a la inflexible y pronta justicia de Omar las montañas gozaron bien pronto de una seguridad completa, hasta el punto de afirmar los árabes que, en aquella época, una mujer cargada de dinero podía ir sola por aquellos parajes sin que tuviese nada que temer (1).

Transcurrieron casi dos años sin que el emir tomase serias medidas contra aquel temible campeón de una nacionalidad oprimida largo tiempo; pero al comienzo del mes de junio del año 886, Mondir, presunto heredero del trono, atacó al señor de Alhama, aliado de Omar y renegado como él. Hafsun acudió en socorro de su amigo y se encerró en Alhama. Después de un asedio de dos meses, los renegados, que empezaban a carecer de víveres, resolvieron abrirse paso a través de los enemigos ; pero su salida no fué afortunada. Omar recibió muchas heridas, quedó con una mano

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 117 y 118.

mutilada, y después de perder gran parte de sus tropas se vió obligado a volver a la fortaleza. Felizmente para los renegados, llegó una noticia que obligó a Mondir a levantar el sitio y regresar a Córdoba: su padre acababa de expirar —4 de agosto del 886—(1). Omar aprovechó la ocasión para extender sus dominios; se dirigió a los castellanos de multitud de fortalezas y los invitó a hacer causa común con él. Todos le reconocieron por soberano (2); desde entonces fué el verdadero rey del Mediodía.

Sin embargo, había encontrado en el emir que acababa de subir al trono un adversario digno de él. Era un príncipe activo, prudente y valeroso; los clientes omeyas suponen que si hubiera reinado siquiera un año más habría obligado a todos los insurrectos del Mediodía a deponer las armas (3). Opuso a los rebeldes una resistencia enérgica; los distritos de Cabra, Elvira y Jaén fueron teatro de una lucha encarnizada, con alternativas de triunfos y reveses para ambos partidos (4). En la primavera del año 888, Mondir marchó en persona contra los insurrectos, se apoderó, de paso, de algunas fortalezas, devastó los alrededores de Bobastro y sitió Archidona. El renegado Aixum que la defendía no estaba exento de esa *fanfarronería* que aun se reprocha a los

(1) Ben-Adari, t. II, p. 109.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 117.
(3) Ben-Adari, t. II, p. 123; cf. p. 117, l. 3.
(4) Ben-Adari, t. II, p. 118.

andaluces, y alardeando de un valor de que nadie dudaba, repetía a cada paso:

—Si me dejo atrapar por el emir, le autorizo a que me crucifique con un cerdo a mi derecha y un perro a mi izquierda.

Olvidaba que el emir podía emplear para prenderle un medio más seguro que la fuerza de las armas. Sobornados algunos vecinos, convinieron con Mondir en entregarle a su jefe vivo, y un día que Aixum entró desarmado en la morada de uno de aquellos traidores, fué detenido de improviso, cargado de cadenas y entregado al emir, siendo crucificado en la misma forma indicada por él. Poco después se rindió Archidona. A continuación, el emir hizo prisioneros a los tres Beni-Matruh que poseían castillos en la sierra de Priego, y mandó crucificarlos, al mismo tiempo que a diez y nueve de sus lugartenientes, yendo después a sitiar a Bobastro (1).

Seguro de que su montaña era inexpugnable, Ben-Hafsun se inquietaba tan poco del asedio que no pensaba más que en jugar una mala pasada al emir. La broma y la alegría eran propias de su carácter. Al efecto, hizo proposiciones de paz a Mondir:

—Iré a habitar en Córdoba con mi familia, seré uno de tus generales y mis hijos serán tus clientes.

Mondir cayó en el lazo. Habiendo hecho venir

---

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 117-120.

de Córdoba al cadí y a los principales teólogos, les hizo redactar un tratado de paz en los términos propuestos por Ben-Hafsun. Este se rindió y se presentó al emir, que había establecido su cuartel general en un castillo próximo, y le dijo:

—Te ruego me envíes a Bobastro un centenar de mulos para transportar mis muebles.

El emir accedió, y poco después, cuando abandonó el ejército las inmediaciones de Bobastro, fueron enviados a esta fortaleza los mulos convenidos, con una escolta de diez centuriones y de ciento cincuenta jinetes. Ben-Hafsun, poco vigilado, porque creían poder fiarse de él, aprovechó la noche para evadirse, volvió a Bobastro lo más pronto que pudo, ordenó a algunos de sus soldados que le siguieran, atacó la escolta y le arrebató los mulos, poniéndolos a buen recaudo tras las fuertes murallas de su castillo (1). Furioso de haberse dejado burlar, el emir juró, en su cólera, reanudar el sitio de Bobastro y no levantarle hasta que el pérfido renegado se rindiese. La muerte le impidió cumplir su juramento. Su hermano Abdala, que tenía exactamente la misma edad que él y que ambicionaba el trono, pero que perdía toda esperanza de alcanzarlo si Mondir moría cuando sus hijos estuvieran en edad de sucederle, había sobornado al cirujano, el cual empleó para sangrarle una lanceta envenenada,

(1) Ben-Adari, t. II, p. 121; Nouairi, p. 465. Este último autor tuvo la singular idea de decir que Hafsun estaba sitiado en Toledo, ciudad donde jamás había puesto los pies.

y el 29 de junio del 888 Mondir exhaló el último suspiro, después de un reinado de casi dos años (1).

Advertido por los eunucos, Abdala, que estaba en Córdoba, llegó desalado al campamento, comunicó a los visires la muerte de su hermano, que ellos aun ignoraban, hizo que le prestasen juramento, primero ellos, después los coraixitas, los clientes ommíadas, los empleados de la administración pública y los jefes del ejército. Como los soldados murmuraban mucho de la resolución del anterior emir, por estar convencidos de que Bobastro era inexpugnable, era de temer que se desbandasen en cuanto supieran que Mondir había muerto. Un oficial llamó la atención de Abdala sobre esta disposición de los ánimos y le aconsejó ocultase la muerte de su hermano y le mandase enterrar en aquellos parajes. Pero Abdala desechó este consejo con fingida indignación.

—¡Cómo!—exclamó—. ¿He de abandonar el cadáver de mi hermano a merced de esas gentes que tocan las campanas y adoran la cruz? ¡No, jamás! Aunque tuviese que morir en su defensa, le trasladaría a Córdoba.

La muerte de Mondir fué anunciada a los soldados, que la recibieron como la más grata noticia, y sin esperar las órdenes del nuevo emir hicieron sus preparativos para volver sin demora a sus hogares; así que mientras Abdala regre-

(1) Véase mi edición de Ben-Adari, Introducción, pp. 44-46.

saba a Córdoba, el número de sus soldados disminuía a cada instante.

Ben-Hafsun, que no se enteró de la muerte de Mondir hasta que su ejército se había puesto en marcha, aprovechó el desorden característico de aquella repentina retirada. Ya se había apoderado de muchos rezagados y de un botín considerable cuando Abdala le envió a su paje Fortunio para decirle que no inquietasen un desfile que era un cortejo fúnebre y para asegurarle que sólo deseaba vivir en paz con él. Entonces el jefe español, fuese por generosidad, fuese por cálculo, cesó inmediatamente de perseguirlos.

Cuando Abdala llegó a Córdoba apenas contaba con cuarenta jinetes; los demás soldados le habían abandonado (1).

XII

Abdala subía al poder en fatales condiciones. Minado el Estado hacía tiempo por los antagonismos de raza, parecía marchar rápidamente a su ruina y descomposición. Si el emir no hubiera tenido que hacer frente más que a Ben-Hafsun y a los serranos, menos mal; pero la aristocracia árabe, aprovechando el general desorden, había comenzado también a levantar la cabeza y aspiraba a la independencia, siendo toda-

(1) Ben-Hayan, fol. 2 r.-4 r.

vía más temible para la monarquía que los mismos españoles. Así al menos lo creía Abdala; y como le era preciso transigir con los españoles o con los nobles para no quedarse completamente aislado, prefirió ser tolerante con los primeros. Ya había dado pruebas de benevolencia a algunos de ellos; había entablado íntima amistad con Meruan el Gallego cuando éste formaba todavía parte de la guardia de Mohámed (1). Ahora ofreció a Hafsun el gobierno de Regio con tal de que le reconociese por soberano. Al principio, el éxito pareció justificar esta nueva política. Ben-Hafsun le rindió homenaje y le dió una prueba de confianza enviando a la corte a su hijo Hafs y algunos de sus capitanes. Por su parte, el emir hizo cuanto pudo por consolidar la alianza, tratando a sus huéspedes del modo más amistoso y colmándolos de presentes. Pero al cabo de algunos meses, cuando Hafs y sus compañeros volvieron a Bobastro, Hafsun permitió que sus soldados saquearan los pueblos y las aldeas hasta las mismas puertas de Osuna, Ecija y aun de Córdoba, y después, cuando derrotó a las tropas enviadas por el gobierno, rompió abiertamente con el emir y despidió a sus empleados (2).

En suma, Abdala no había logrado atraerse a los españoles, y al intentarlo se había malquistado con los de su propia raza. Era, por lo tanto,

---

(1) Ben-al-Cutia, fol. 37 v.
(2) Ben-Hayan, fol. 37 v. y 38 r.

natural que en las provincias donde la autoridad regia estaba ya muy debilitada los árabes no quisieran obedecer a un soberano que se aliaba con los enemigos.

Tratemos ante todo de los sucesos de la provincia de Elvira.

Si los recuerdos piadosos ejercen algún imperio sobre las almas, ninguna provincia debía ser más fiel a la religión cristiana que la de Elvira, cuna del cristianismo español; allí se había oído la predicación de los siete *Apostólicos*, que, según una antiquísima tradición, habían sido en Roma discípulos de los apóstoles, en una época en que el resto de la península era todavía idólatra (1). Hacia el año 300 se celebró un famoso concilio en la capital de la provincia (2). Por eso los españoles de Elvira permanecieron fieles mucho tiempo a la religión de sus antepasados. En la capital habían sido echados los cimientos de una gran mezquita al poco tiempo de la conquista de España, por iniciativa de Hanax Sanani, uno de los más piadosos compañeros de Musa; pero había en la ciudad tan pocos musulmanes que durante siglo y medio siguieron las obras en el mismo estado en que las había dejado Hanax (3). Por el

---

(1) Véase el oficio de los siete apostólicos en la *España Sagrada*, t. III, pp. 361-377; este oficio fué compuesto en Acci—Guadix el Viejo—en los primeros tiempos de la Iglesia. Compárese con el *Lectionarium Complutense*, Ibid, páginas 380-384.

(2) La ciudad de Elvira estaba situada al noroeste de Granada, casi en el mismo lugar en que hoy se encuentra Pinos Puente.

(3) Ben-al-Jatib, man. G., fol. 5 r.

contrario, las iglesias eran ricas y numerosas. Hasta en Granada, aunque gran parte de esta ciudad pertenecía a los judíos, había por lo menos cuatro, y una de ellas, la que se hallaba fuera de la puerta de Elvira y que había sido construída a principios del siglo VII por un noble godo llamado Gudila, era de una magnificencia incomparable (1).

Sin embargo, poco a poco, durante los reinados de Abderrahman II y Mohámed habían sido frecuentes las apostasías. En la provincia de Elvira no eran más desinteresados que en otras comarcas, y además, los vergonzosos escándalos y la impiedad manifiesta del tío materno de Hostigesio, o sea de Samuel, obispo de Elvira, habían inspirado a muchos cristianos una aversión muy natural hacia un culto que tenía tan indignos ministros. La persecución hizo lo demás. La había dirigido el infame Samuel, que despuesto al fin a causa de su escandalosa vida se había apresurado a correr a Córdoba y a hacerse musulmán. Desde entonces se había ensañado del modo más cruel contra sus antiguos diocesanos—que el gobierno había entregado a su ciego furor—, y muchos de estos infelices habían recurrido a la apostasía como único medio de salvar su vida y sus bienes (2).

De esta manera, los renegados habían llegado a ser tan numerosos en Elvira que el gobierno

(1) Véanse mis *Investigaciones,* t. I, pp. 334-336.
(2) Samson, *Apolog.*, l. II, c. 4.

se creyó en el caso de construirles una gran mezquita, que se terminó en el año 864, durante el reinado de Mohámed (1).

En cuanto a los árabes de la provincia, descendían en gran parte de los soldados de Damasco. No queriendo encerrarse entre las murallas de una ciudad, se habían establecido en el campo, donde aun habitaban sus descendientes. Estos árabes formaban, con respecto a los españoles, una aristocracia sumamente orgullosa y exclusivista. Sostenían pocas relaciones con los habitantes de la capital; la permanencia en Elvira, ciudad triste, situada en medio de rocas áridas, volcánicas y monótonas, sin una flor en verano ni un copo de nieve en invierno, no tenía para ellos ningún atractivo; pero cuando los viernes iban a la ciudad, en apariencia para asistir a las ceremonias religiosas, pero en realidad para lucir sus caballos soberbios y ricamente enjaezados (2), no cesaban de abrumar a los españoles con su desprecio y con sus calculados desdenes. Pocas veces el ceño aristocrático se ha mostrado más francamente odioso entre hombres que eran en cambio en las relaciones que sostenían entre sí modelos de exquisita cortesía. Para ellos, los españoles, fuesen cristianos o musulmanes, eran *la vil canalla;* tal era el término consagrado. Habían inferido agravios imperdonables a los indígenas; así que las colisiones entre las dos razas

(1) Ben-al-Jatib, man. G., fol. 5 r.
(2) Ben-al-Jatib, man. G., fol. 5 r.

eran frecuentes. Treinta años antes de la época de que vamos a hablar, los españoles habían ya sitiado a los árabes en la Alhambra, donde se habían refugiado (1).

Al principio del reinado de Abdala encontramos a los españoles empeñados en una guerra mortífera contra los señores árabes. Estos, que habían roto en absoluto con el emir, habían elegido jefe a un valiente guerrero de la tribu de Cais, llamado Yahya aben-Socala. Arrojados de sus aldeas por los enemigos, se habían atrincherado en una fortaleza situada al nordeste de Granada, cerca de Guadahortuna. Desde este castillo, que antiguamente había llevado el nombre español de Montesacro—nombre que desnaturalizado por la pronunciación árabe se había convertido en Montexicar—, infestaban los alrededores. Entonces los cristianos y los renegados al mando de Nabil fueron a sitiarlo, dieron muerte a muchos de ellos y se apoderaron de la fortaleza. Yahya aben-Socala se salvó huyendo; pero sus tropas estaban tan debilitadas que tuvieron que deponer las armas y firmar un tratado con los españoles. Desde entonces pasaba con frecuencia días enteros en la capital, quizá intrigando; pero culpable o no, lo cierto es que en la primavera del año 889 le atacaron los españoles de improviso, le degollaron con todos sus compañeros,

(1) No conocemos detalles de esta guerra, referida por el poeta español Ablí en unos versos que citaremos más adelante.

arrojaron a un pozo sus cadáveres y comenzaron a batir a los árabes como si fueran bestias feroces.

La alegría de los españoles fué inmensa. "¡Ya hemos quebrado las lanzas de nuestros enemigos!—escribía su poeta Ablí (1)—. ¡Hemos abatido su orgullo! Los que nos llamaban *la vil canalla* han minado los cimientos de su propio poder. ¡Cuánto tiempo hace que los muertos arrojados al fondo del pozo esperan en vano un vengador!"

La situación de los árabes era aún más crítica porque estaban desunidos. La anarquía reinante prestaba nuevo vigor a la funesta rivalidad entre maaditas y yemenitas; en muchos distritos, como en el de Sidona, ambas razas luchaban a muerte; en la provincia de Elvira, cuando se trató de elegir sucesor a Yahya, los yemenitas —que, según parece, eran superiores en número— disputaban a los maaditas sus derechos a la hegemonía. Querellarse en tan crítico momento era exponerse a una ruina completa. Felizmente para ellos, los yemenitas lo comprendieron todavía a tiempo; cedieron, y de acuerdo con sus rivales confirieron el mando a Sauar (2), intrépido jefe que fué el salvador de su pueblo, por lo que después se decía a menudo: "Si Alá no hubiese en-

(1) Llamábase Abderrahman ben-Ahmed. Se le denomina Ablí porque era oriundo de Abla, cerca de Guadix.

(2) Zonaida, cuarto abuelo de Sauar y jefe de los caisitas, se había establecido en Maracena, en el distrito de Albolote, al norte de Granada. Los descendientes habitaban aún allí.

viado a los árabes un Sauar, habrían sido exterminados hasta el último."

Caisita, lo mismo que Yahya, Sauar debía, naturalmente, vengar la muerte de su hermano de tribu; pero además tenía que tomar otro desquite: en el asalto de Montesacro había visto a los españoles matar a su hijo mayor. Desde este momento estaba devorado por la sed de venganza. Según su propio testimonio, era ya viejo. "Las mujeres no quieren ya mi amor desde que han blanqueado mis cabellos"—decía en uno de sus poemas; y de hecho puso en la sangrienta tarea que iba a realizar una ferocidad y una obstinación que se explicarían difícilmente en un joven, pero que se conciben en un anciano que, dominado por una sola y última pasión, ha cerrado el alma a toda piedad, a todo sentimiento humanitario. Podría pensarse que se creía el ángel exterminador y que sofocó sus instintos más dulces, si los tenía, por la conciencia de su misión providencial.

Después de agrupar bajo su bandera el mayor número posible de árabes, fué a recuperar Montesacro, con lo cual se proponía un doble objeto: poseer una fortaleza como base de sus operaciones ulteriores y saciar su venganza en la sangre de los que habían dado muerte a su hijo. Aunque Montesacro contaba con numerosa guarnición, los árabes lo tomaron por asalto. La venganza de Sauar fué terrible; pasó a cuchillo a toda la guarnición, que ascendía a seis mil sol-

dados; después atacó y conquistó varios castillos, triunfos que iban acompañados de horrible carnicería.

Aquel hombre implacable no dió jamás cuartel a los españoles; familias enteras fueron exterminadas, hasta el punto de quedar sin herederos multitud de fortunas.

En su angustia, los españoles de Elvira rogaron a Chad, gobernador de la provincia, que los ayudase, prometiendo obedecerle desde entonces; Chad accedió a su demanda, y al frente de sus tropas y de los españoles atacó a Sauar. El jefe árabe esperó a pie firme; el combate fué empeñadísimo por ambas partes; pero los árabes alcanzaron la victoria, persiguieron a sus enemigos hasta las puertas de Elvira y mataron a más de siete mil hombres. El mismo Chad cayó en manos de los vencedores.

El éxito de esta batalla, conocida con el nombre de *batalla de Chad*, produjo a los árabes indecible alegría; habiéndose limitado hasta entonces a atacar castillos, habían vencido, por primera vez, a sus enemigos en campo raso, inmolando innumerables víctimas a los manes de Yahya. He aquí en qué términos expresa sus sentimientos Said aben Chudi, uno de sus jefes más valientes, que era al mismo tiempo uno de sus mejores poetas:

"¡Apóstatas e incrédulos, que hasta vuestra última hora *declaráis falsa la verdadera reli-*

gión (1), os hemos matado porque teníamos que vengar a nuestro Yahya! ¡Os hemos dado muerte; Dios lo ha querido! Hijos de esclavos, habéis irritado imprudentemente a los valientes que nunca descuidan el vengar a su muertos; acostumbraos, pues, a sufrir su furor y a sentir sobre vuestras espaldas sus espadas llameantes. A la cabeza de sus guerreros, que no soportan ningún insulto y que son fieros como leones, un ilustre jefe ha marchado contra vosotros. ¡Un ilustre jefe! Su renombre excede de cualquier otro; ha heredado la generosidad de sus incomparables antepasados. Es un león; ha nacido de la más pura sangre de Nizar; es el sostén de su tribu como no lo es ninguno. Iba a vengar a sus hermanos de tribu, a esos hombres magnánimos que habían creído poder fiarse de reiterados juramentos. ¡Los ha vengado! Ha pasado a cuchillo a los hijos de las blancas, y los supervivientes gimen cargados de cadenas. Hemos matado a millares de los vuestros; pero la muerte de una turba de esclavos no equivale a la de un solo noble.

"¡Ah, sí! Han asesinado a nuestro Yahya cuando era su huésped, acción insensata... Le degollaron esos esclavos malvados y despreciables. Todo lo que hacen los esclavos es vil. Al cometer su crimen realizaron una acción temeraria; su desdichada suerte los habrá convencido de que obedecieron a una mala inspiración. ¡Le habéis ase-

(1) Palabras que Mahoma dirige en el Corán a los cristianos y a los judíos.

sinado como infames, como traidores, después de tantos pactos y juramentos!"

Obtenida tan brillante victoria, Sauar, que acababa de firmar una alianza con los árabes de Regio, de Jaén y hasta de Calatrava, reanudó sus depredaciones y asesinatos. Los españoles, completamente desalentados, se arrojaron, para salvarse, en brazos del emir implorando su protección, que con gusto les habría concedido si hubiera podido hacerlo; pero lo único posible en aquellas circunstancias era ofrecerles su amistosa intervención. Envió, por lo tanto, a decir a Sauar que estaba dispuesto a darle una amplia participación en la dirección de los asuntos de la provincia a cambio de que volviese a la obediencia y prometiese dejar en paz a los españoles. Sauar aceptó estas condiciones; él y los hispanos juraron solemnemente la paz, y el orden material quedó restablecido en la provincia; mas, por desgracia, era una tranquilidad engañosa, pues en el fondo de las almas latían la turbación y la pasión. No encontrando en torno suyo enemigos que exterminar, Sauar atacó a los aliados y vasallos de Ben-Hafsun. La fama de sus empresas y crueldades, los gemidos de angustia de sus compatriotas, despertaron de improviso el sentimiento nacional entre los moradores de Elvira; por un común impulso volvieron a empuñar las armas; siguiendo su ejemplo, se sublevó toda la provincia; el grito de guerra repercutió

en todas las familias, y los árabes, atacados por doquiera, se refugiaron apresuradamente en la Alhambra.

Conquistada por los españoles, reconquistada por los árabes, la Alhambra no era más que una ruina majestuosa, casi inútil para la defensa. Y, sin embargo, era el único asilo que les quedaba a los árabes; si lo perdían, indudablemente serían degollados desde el primero hasta el último. Por eso se encerraron allí, resueltos a defenderse hasta la muerte. Mientras fué de día, rechazaron vigorosamente los reiterados ataques de los españoles, que enfurecidos querían acabar de una vez con los que habían sido tanto tiempo sus opresores implacables. Llegada la noche, los sitiados reconstruían, a la luz de las antorchas, las murallas de la fortaleza; pero las vigilias, el cansancio y la perspectiva de una muerte cierta en cuanto flaqueasen un instante les producía una excitación febril predisponiéndolos a terrores supersticiosos de que se habrían avergonzado en otras circunstancias. Una noche que trabajaban en las fortificaciones, sucedió que una piedra pasó sobre los muros y fué a caer a sus pies. El árabe que la recogió vió que llevaba atado un trozo de papel sobre el cual había escrito estos tres versos que leyó en alta voz a sus camaradas, que los escucharon en el más profundo silencio:

"Sus aldeas están desiertas, sus campos son eriales donde el huracán arremolina las arenas.

Encerrados en la Alhambra, meditan nuevos crímenes; mas también allí tendrán que sufrir derrotas continuas y serán el blanco de nuestras lanzas y de nuestras espadas como lo fueron sus padres."

Al escuchar estos versos a la luz incierta, pálida y lúgubre de las antorchas, cuya temblorosa claridad irradiaba entre las densas sombras de la noche una luz movible y de extraños reflejos, los árabes, que ya desesperaban de obtener el triunfo, se dejaron dominar por los presentimientos más terribles. "Estos versos—decía después uno de ellos—nos parecieron un aviso celeste, y al oírlos leer quedamos poseídos de un terror tan grande que no habría podido aumentar aunque todos los ejércitos del mundo hubiesen venido a sitiar la fortaleza." Algunos menos impresionables que los demás procuraron reanimar a sus espantados camaradas diciéndoles que la piedra y el papel no habían caído del cielo como al parecer creían, sino que habían sido lanzados por mano enemiga, y que los versos serían probablemente del poeta español Ablí. Esta idea prevaleció poco a poco, y encargaron a su poeta Asadi que respondiese, en el mismo metro y rima, al desafío del poeta enemigo, lo cual no era nuevo para Asadi, porque muchas veces había sostenido con Ablí estos duelos poéticos; pero tenía un temperamento nervioso, una imaginación excesivamente impresionable, y aquella vez, más conmovido y

turbado que nunca, tardó largo tiempo en componer estos dos versos, que mostraban demasiado que no estaba en vena:

"Nuestros pueblos están habitados; nuestros campos no son eriales; nuestro castillo nos defiende contra cualquier insulto: en él encontraremos la gloria, en él se preparan vuestras derrotas y nuestros triunfos."

Para completar la respuesta faltaba un tercer verso; pero Asadi, dominado por la emoción, no pudo encontrarlo. Rugiendo de vergüenza, con la vista fija en el suelo, permaneció sobrecogido y mudo cual si en su vida hubiese compuesto un verso.

No era esto lo más adecuado para reavivar el ánimo abatido de los árabes. Ya medio serenos, estaban dispuestos a no ver en lo ocurrido nada sobrenatural; pero cuando advirtieron que, contra lo que esperaban, fallaba la inspiración de su poeta, renacieron sus temores supersticiosos.

Avergonzado Asadi, se había retirado a su habitación cuando de repente oyó una voz que recitaba este verso:

"Ciertamente pronto, cuando salgamos de aquí (1), sufriréis una derrota tan terrible que hará encanecer en un solo instante los cabellos de vuestras mujeres y de vuestros hijos."

Era el tercer verso que en vano había buscado. Miró en torno suyo y no vió a nadie. Firmemente

(1) Cuando salgamos de la Alhambra.

convencido de que este verso había sido pronunciado por un espíritu invisible, corrió en busca del jefe, Ada, su íntimo amigo; le refirió lo que acababa de ocurrir y le repitió el verso que había oído. "¡Regocijémonos!—exclamó Ada—. Ciertamente soy en todo de tu opinón; es un espíritu el que ha pronunciado este verso y podemos estar seguros de que su predicción se cumplirá. Debe ser así, esa raza impura tiene que perecer, porque Dios ha dicho (1): "El que habiendo tomado un desquite en relación con el ultraje inferido, reciba uno nuevo, será asistido por el mismo Dios."

Desde aquel momento, convencidos de la protección del Eterno, los árabes arrollaron el papel que contenía los versos de su poeta alrededor del guijarro y lo lanzaron a sus enemigos.

Siete días después vieron al ejército español, formado por veinte mil hombres, situar máquinas de guerra, preparándose al ataque, por el lado oriental. En vez de exponer a sus valientes soldados a perecer degollados en una fortaleza ruinosa, Sauar prefirió salir al encuentro del enemigo. Empeñado el combate, abandonó de pronto el campo de batalla con lo más selecto de sus tropas, sin que su marcha fuese advertida por el enemigo, dió una vuelta y se precipitó sobre la división apostada en la colina, con tal ímpetu que la derrotó completamente. La vista de lo que ocu-

(1) Véase el Corán, sur., 22, vs. 59.

rría en el montecillo produjo a los españoles que ccmbatían en la llanura un terror pánico porque creyeron que los árabes habían recibido refuerzos. Entonces comenzó una horrible carnicería; persiguiendo a los fugitivos hasta las puertas de Elvira, los árabes mataron a doce mil hombres, según unos, y a diez y siete mil, según otros.

He aquí cómo el poeta Said-aben-Chudi canta esta segunda batalla, denominada *batalla de la ciudad*:

"Los hijos de las blancas habían dicho: "Cuan- "do nuestro ejército vuele sobre vosotros, caerá "como un huracán; no podréis resistirle, tembla- "réis de pavor y ni la más sólida fortaleza os "servirá de refugio."

"Pues bien: hemos ahuyentado ese ejército cuando pretendía volar sobre nosotros con tanta facilidad como se ahuyenta a las moscas que revolotean en torno de la sopa o como se obliga a salir de la cuadra a un tropel de camellos. Indudablemente el huracán ha sido terrible; la lluvia caía a torrentes, el trueno retumbaba y el relámpago rasgaba las nubes; pero era sobre vosotros sobre quienes descargaba la tormenta. Vuestros soldados caían bajo nuestras tajantes espadas como caen las espigas bajo la hoz del segador.

"Al vernos llegar al galope, nuestras espadas les causaron terror tan grande que volvieron la espalda y emprendieron la fuga; pero cargamos

sobre ellos hiriéndolos con nuestras lanzas. Unos cayeron prisioneros y fueron cargados de cadenas; otros, con ansia mortal, encontraban la tierra demasiado pequeña para huir.

"Veíais en nosotros una tropa escogida, que sabía a maravilla lo que hay que hacer para abrasar las cabezas de los enemigos cuando la lluvia a que aludíais cae a torrentes. Se compone de hijos de Adnan, que aventajan a todos en las incursiones, y de hijos de Catan que caen como buitres sobre su presa. Su jefe, un gran guerrero, un verdadero león, a quien todos admiran, pertenece a la rama mejor de Cais; desde hace largo tiempo los hombres más generosos y valientes reconocen su superioridad en esplendidez y bravura. Es un hombre leal, nacido de una estirpe heroica, cuya sangre no se ha mezclado nunca con la de una raza extranjera; ataca impetuosamente a los enemigos, como conviene a un árabe, y sobre todo a un caisita, y defiende la verdadera religión contra todo infiel.

"Sauar blandía ciertamente en la lucha una excelente espada, con la cual segaba cabezas como sólo se siegan con aceros bien templados. Alá se servía de su brazo para exterminar a los sectarios de una falsa religión conjurados contra nosotros. Llegado el momento fatal para los hijos de las blancas, nuestro jefe iba al frente de feroces guerreros, cuya firmeza es tan inconmovible como una montaña y cuyo número era tan grande que la tierra parecía pequeña para ellos. Aquellos

valientes galopaban a rienda suelta, mientras relinchaban sus corceles.

"Quisisteis la guerra, pero ha sido funesta para vosotros y Dios os ha hecho perecer súbitamente."

Dada la crítica situación en que después de esta batalla desastrosa se encontraban los españoles, no les quedaba más que un partido: implorar el apoyo y acatar la autoridad de un jefe de su raza, Omar-ben-Hafsun. Así lo hicieron, y poco después Ben-Hafsun, que se encontraba en las inmediaciones, penetró en Elvira con su ejército, reoganizó la milicia de esta ciudad, agrupó bajo su bandera parte de las guarniciones de los castillos vecinos y se puso en marcha para atacar a Sauar. Este jefe había aprovechado aquel intervalo para atraerse a los árabes de Jaén y de Regio, y su ejército era entonces bastante numeroso para esperar combatir con éxito al de Hafsun. Su esperanza no resultó fallida; después de perder sus mejores soldados y de prodigar su propia sangre, tuvo Hafsun que emprender la retirada. Acostumbrado a vencer, se enfureció ante aquel fracaso, y atribuyéndolo a los habitantes de Elvira, les reprochó su cobardía durante la pelea, y en su cólera les impuso una enorme contribución diciendo que ellos debían pagar los gastos de aquella guerra, emprendida en beneficio suyo. Después se retiró a Bobastro con el grueso de su ejército, confiando la defensa de Elvira a su lugarteniente Hafs el Moro.

Entre los prisioneros que llevó con él figuraba el valiente Said-aben-Chudi. He aquí un trozo de la poesía que este excelente poeta compuso durante su cautiverio:

"¡Esperanza, valor, amigos míos! Estad seguros de que la alegría sucederá a la tristeza y que trocándose en dicha el infortunio saldréis de aquí. Otros han pasado años enteros en este calabozo y ahora corren por los campos en pleno día. ¡Ay! ¡Si estamos prisioneros no es porque nos hayamos rendido, sino porque nos hemos dejado sorprender. Si yo hubiese tenido el menor presentimiento de lo que iba a ocurrir, la punta de mi lanza me habría protegido, porque los caballeros ya conocen mi audacia y mi valentía ante el peligro.

"Y tú, viajero, lleva mi saludo a mi noble padre y a mi tierna madre, que te escucharán enojados en cuanto que les digas que me has visto. Saluda también a mi esposa querida y repítele estas palabras: "Siempre pensaré en ti hasta el día del juicio postrero en que me presentaré ante mi creador llevando en el corazón grabada tu imagen. La tristeza que ahora te domina me aflige mucho más que la prisión o la perspectiva de la muerte.

"Tal vez me harán perecer aquí y después me enterrarán... ¡Un valiente como yo prefiere caer con gloria en el campo de batalla y servir de pasto a los buitres!"

Después de la partida de Ben-Hafsun, Sauar, que había caído en una emboscada, murió a manos de los habitantes de Elvira. Cuando transportaron su cadáver a la ciudad, los gritos de júbilo atronaron el aire. Sedientas de venganza las mujeres dirigían miradas de fiera sobre el cuerpo del que les había privado de sus hermanos, sus maridos o sus hijos, y rugiendo de furor le hicieron pedazos y se los comieron... (1)

Los árabes confirieron el mando a Said-ben-Chudi, a quien Hafsun acababa de poner en libertad—890—.

Aunque Said había sido el amigo de Sauar y el cantor de sus hazañas, no tenía ningún parecido. De ilustre nacimiento, puesto que su abuelo había sido sucesivamente cadí de Elvira y prefecto de la policía de Córdoba, durante el reinado de Alaquen I (2), Said era además el prototipo del caballero árabe, y sus contemporáneos le atribuían las diez cualidades que un perfecto gentilhombre debe poseer: generosidad, valentía, dominio de la equitación, belleza corporal, talento poético, elocuencia, fuerza física, arte de manejar la lanza y de construir armas y destreza en el manejo del arco. Era el único árabe que Hafsun temía encontrar en el campo de batalla. Un día, antes de

---

(1) En nuestro propio siglo, estas andaluzas habrían resultado dignas hijas de las mujeres que en tiempo de Napoleón I se precipitaban, lanzando horribles aullidos, sobre los heridos franceses, que se disputaban para darles muerte entre crueles tormentos, acribillándoles los ojos con tijeras y cuchillos.—Véase Rocca, p. 209.

(2) Ben-al-Abar, p. 83.

comenzar el combate, Said desafió a Hafsun, y este último, aunque era tan valiente, no se atrevió a luchar con él. En otra ocasión, durante la lucha Said se halló frente a frente de Hafsun, el cual quiso rehuirle, pero Said luchó a brazo partido, le derribó y le habría aplastado si los soldados de Hafsun, arrojándose sobre él, no le hubieran obligado a soltarle. Al mismo tiempo que el más valiente de los caballeros era también el más tierno y el más galante. Ninguno se enamoraba tan pronto de una voz o de una cabellera, ninguno sentía más la seducción de una linda mano. Habiendo ido un día a Córdoba cuando aun reinaba Mohámed, pasaba por delante del palacio del príncipe Abdala cuando hirió su oído una voz armoniosa; procedía de una habitación del primer piso, cuya ventana daba a la calle, y la que cantaba era la bella Chehane. En aquel momento se hallaba cerca del príncipe, su señor, y tan pronto cantaba como le escanciaba la bebida. Atraído por un encanto indefinible, Said fué a colocarse en un rincón, desde donde podía escuchar a su placer, sin atraer las miradas de los transeuntes. Con los ojos clavados en la ventana, escuchaba estático, ardiendo en deseos de ver a la bella cantora. Después de atisbar largo tiempo, distinguió al fin su mano pequeña y blanca en el momento que ofrecía la copa al príncipe. No vió más; pero aquella mano de incomparable elegancia, aquella voz tan dulce y expresiva, bastaban para hacerle latir violentamente su corazón

de poeta y para enloquecer su cerebro. Mas ¡ah! Una barrera infranqueable le separaba del objeto de su amor; sin esperanza de poseerla intentó cambiar el objeto de su pasión; compró en una enorme suma la más hermosa esclava que pudo encontrar y la llamó Chehane. Mas, a pesar de los esfuerzos que hizo la joven por agradar al gentil caballero, no logró que olvidara a su homónima.

"El dulce canto que escuché—escribía—elevando mi alma me ha sumido en una tristeza que me consume lentamente. Chehane, de quien conservaré eterno recuerdo, es a quien he entregado mi corazón, y, sin embargo, jamás nos hemos visto... ¡Oh Chehane, objeto de todos mis anhelos, muéstrate buena y compasiva con el alma, que me ha abandonado para volar hacia ti! Invoco tu nombre querido con los ojos bañados en lágrimas, con la devoción y el fervor de un creyente que invoca el del santo ante cuya imagen se prosterna (1)."

Pero Said no conservó largo tiempo el recuerdo de la hermosa Chehane; inconstante y voluble, vagando sin cesar de deseo en deseo, las grandes pasiones y los ensueños platónicos no estaban en su carácter, como lo prueba esta composición que los escritores árabes no citan más que añadiendo: "¡Que Dios le perdone!"

---

(1) Este último verso parece de un trovador provenzal: de tal modo refleja la delicadeza del caballero cristiano y el culto que rendía a la señora de sus pensamientos.

"El más dulce momento de la vida es cuando se bebe en ronda; o más bien, cuando después de una desavenencia se reconcilia uno con su amada; mejor aún, cuando los amantes se lanzan miradas embriagadoras, y, en fin, cuando entre los brazos se estrecha a la mujer adorada.

"Recorro el círculo de los placeres con la fogosidad de un corcel que ha cogido el bocado entre los dientes; pase lo que pase, yo sacio todos mis deseos. Inmutable el día del combate, cuando el ángel de la muerte se cierne sobre mi cabeza, en cambio me conmuevo ante unos bellos ojos."

Ya había, por lo tanto, olvidado a Chehane, cuando le trajeron a Córdoba una nueva belleza. Al entrar en su cámara, el pudor le hizo bajar los ojos, y entonces Said improvisó estos versos:

"¿Por qué, mi hermosa amiga, separas los ojos de mí para fijarlos en el suelo? ¿Te inspiro acaso repulsión? ¡Por Dios, no es ése el sentimiento que de ordinario provoco en las mujeres, y te aseguro que mi rostro merece más tus miradas que el pavimento!"

Said era el representante más espléndido de la aristocracia, pero no poseía las sólidas cualidades de Sauar. La muerte de este gran caudillo era una pérdida que no podía reparar Said, Gracias a los cuidados de Sauar, que había hecho recontruír muchas fortalezas romanas casi

ruinosas, como las de Mentesa y Basti—Baza—, los árabes pudieron sostenerse bajo el mando de su sucesor, pues aun cuando ya no luchasen contra el emir porque Said le había reconocido, alcanzaron señaladas ventajas contra los españoles. Los cronistas musulmanes, que, por lo demás, no consignan casi nada de las expediciones de Said—lo que prueba que en general eran poco afortunados—, indican solamente que hubo un momento en que Elvira se sometió a su autoridad. Cuando hizo su entrada en la población presentóse a él el poeta español Ablí, y le recitó unos versos que había compuesto en honor suyo. Said le recompensó generosamente; pero cuando el poeta hubo partido, un árabe exclamó: "Emir, ¿cómo das dinero a ese hombre? ¿Has olvidado que en otro tiempo era el gran agitador de su pueblo y que se atrevió a decir: "¡Cuánto tiempo hace que los muertos que hemos arrojado en ese pozo esperan en vano su vengador!"? Abrióse al punto en Said una llaga mal cerrada, y con los ojos brillantes de cólera: "Ve a apresar a ese hombre—dijo a un pariente de Yahya-aben-Socala—, mátale y arroja su cadáver a un pozo." Orden que fué ejecutada en el acto (1).

(1) Hayan, fols. 22 r.-23 v.; 40 v.-49 r.; 92 v.-94 v.; Ben-al-Abar, pp. 80-87; Ben-al-Jatib, artículos sobre Sauar—man. E.—y sobre Said aben-Chudi—en mis *Noticias*, página 258—. Debo advertir que el manuscrito de Ben-Hayan me ha inducido hasta a corregir los versos que yo he publicado en mis *Noticias*, procedentes de otros manuscritos.

XIII (1)

Mientras los españoles de Elvira combatían contra la nobleza árabe, ocurrían también graves acontecimientos en Sevilla. En ninguna parte era tan fuerte el partido nacional.

Desde la época visigoda, Sevilla era el foco de la ciencia y de la civilización romanas y la residencia de las familias más opulentas y nobles (2). La conquista árabe no había producido allí casi ningún cambio en el orden social; en la población se habían establecido muy pocos árabes porque preferían habitar en el campo. Los descendientes de los romanos y de los godos aun formaban la mayoría de la población. Gracias a la agricultura y al comercio se habían enriquecido; innumerables barcos de ultramar arribaban a Sevilla, considerada como uno de los mejores puertos de España, en busca de algodón, higos y aceitunas que la tierra producía en abundancia (3). La mayoría de los sevillanos habían ab-

---

(1) Ben-Hayan, fols. 49 v.-56 v.; 63 r.-65 r.

(2) *Ajbar machmua,* fol. 56 v.; Macari, t. I, p. 89. Durante la dominación romana, Sevilla era la principal ciudad de España, como lo prueban estos versos de Ausona:

> "*Iure mihi post has memorabere nomen Hiberum*
> *Hispalis, æquoreus quam prœterlabitur amnis,*
> *Submittit cui tota suos Hispania fasces.*"

Algunas ediciones dicen *Emerita* en vez de *Hispalis;* mas la expresión *æquoreus amnis,* que puede aplicarse muy bien al Guadalquivir, puesto que la marea se advierte hasta en Sevilla, no puede aplicarse al Guadiana cerca de Mérida.

(3) Traducción española de Razi, p. 56.

jurado muy pronto el cristianismo, puesto que ya en el reinado de Abderrahman II habían hecho construir para ellos una gran mezquita (1); pero sus costumbres, sus trajes, su carácter, hasta sus apellidos como Beni-Argelino, Beni-Sabarico (2), etcétera, recordaban aún su origen hispano.

En general, estos renegados eran pacíficos y nada hostiles al emir, a quien respetaban como al natural mantenedor del orden; pero temían a los árabes, no a los de la ciudad, porque éstos, influídos por la civilización, no se enardecían ya con las rivalidades de tribu o de raza; pero sí a los del campo, que habían conservado inmutables sus costumbres agrestes, sus rancios prejuicios nacionales, sus antagonismos de raza, su espíritu belicoso y su adhesión hacia las antiguas familias, a las cuales venían obedeciendo de padres a hijos desde tiempo inmemorial. Celosos de los españoles ricos, siempre estaban dispuestos a saquearlos y a asesinarlos en cuanto las circunstancias se lo permitían o sus señores los incitaran a ello. Los más temibles eran los de Axarafe; así que los españoles que recordaban una antigua predicción según la cual la ciudad sería incendiada por fuego de Axarafe (3), habían adoptado sus medidas para no verse sorprendidos por los hijos de los salteadores del desierto. Estaban organizados en doce cuerpos, cada uno de los cuales tenía su jefe,

(1) Ben-al-Cutia, fol. 26 r.
(2) Este nombre figura a menudo en las cartas del Norte de España. Véase, por ejemplo, *Esp. Sagr.*, t. XXXIV, p. 469.
(3) Traducción española de Razi, p. 56.

su bandera y su arsenal, y habían entablado alianzas con los maaditas de la provincia de Sevilla y con los bereberes-Botr de Morón.

Entre las grandes familias árabes de la provincia había dos que descollaban entre todas: la de los Beni-Hadchach y la de los Beni-Jaldun. La primera, aunque muy árabe por sus ideas, descendía por línea femenina de Witiza, el penúltimo rey godo, cuya nieta Sara se había casado en segundas nupcias con un tal Omair, de la tribu yemenita de Lajm. De este matrimonio habían nacido cuatro hijos que originaron otras tantas familias, siendo la más rica la de los Beni-Hadchach. Debían a Sara las grandes propiedades territoriales que poseían en Sened, porque un historiador árabe, descendiente también de Witiza y de Sara, consigna que Omair había tenido hijos con otras mujeres, pero que éstos no podían rivalizar en riqueza con los de Sara (1). La otra familia, la de los Beni-Jaldun, era también de origen yemenita; pertenecía a la tribu de Hadramot y tenía sus posesiones en Axarafe. Agricultores y soldados los individuos de estas dos grandes casas eran también armadores y mercaderes. Residían ordinariamente en el campo, en sus castillos, en sus *borch* (2); pero de tiempo en tiempo

---

(1) Ben-al-Cutia, fol. 3 r.

(2) El castillo de los Beni-Jaldun aun llevaba en el siglo XIII el nombre de sus antiguos señores, porque en las cartas de Alfonso X figura a menudo el *Borg Aben-Haldon* o Torre *Aben-Haldon*. Véase Espinosa, *Historia de Sevilla*, tomo II, fol. 4, col. 1; fol. 16, col. 2; fol. 17, col. 1; esta última carta se encuentra también en el *Memorial histórico español*, t. I, p. 14.

se trasladaban a la ciudad, donde tenían suntuosos palacios.

Al comienzo del reinado de Abdala, el jefe de los Jaldun era Coraib, hombre astuto y pérfido, pero que poseía todas las cualidades propias de un jefe de partido. Fiel a las tradiciones de su raza, detestaba la monarquía; deseaba que su estirpe recuperase el predominio que le habían arrebatado los omeyas. Primero intentó provocar una insurrección en la ciudad misma, para lo cual dirigióse a los árabes que la habitaban, y procuró reavivar en ellos el amor a la independencia; pero no lo consiguió, porque siendo casi todos coraixitas o clientes de la familia reinante, eran monárquicos, mejor dicho, no pertenecían a ningún partido, si no es al que en nuestros días se llama el partido del orden. Vivir en paz con todo el mundo y no ser perturbados en sus negocios o en sus placeres era lo único que deseaban. No sentían la menor simpatía hacia Coraib, cuyo genio aventurero y cuya ambición desordenada les inspiraban una profunda y medrosa aversión. Cuando hablaba de independencia, le respondían que odiaban la anarquía y el desorden, que no querían convertirse en instrumento de ambiciones ajenas y que nada tenían que ver con sus malos consejos y su mal espíritu.

Comprendiendo que perdía el tiempo en la ciudad, Coraib volvió a Axarafe, donde le costó poco trabajo inflamar los corazones de sus hermanos de tribu, prometiéndole casi todos tomar las ar-

mas en cuanto se lo indicaron. Formó una liga en que entraron los Hadchach, dos jefes yemenitas —uno de Niebla y otro de Sidona—y el jefe de los bereberes-Bornos de Carmona. Su objeto era arrebatar Sevilla al emir y saquear a los españoles.

Los patricios sevillanos, que a causa de la distancia no podían vigilar a Coraib como cuando vivía entre ellos, ignoraban la conspiración que se tramaba; cierto que a veces llegaban a sus oídos vagos rumores, pero no sabían nada en concreto ni desconfiaban todavía lo bastante del peligroso agitador.

Ansiando vengarse ante todo de los que no habían querido atenderle, demostrándoles a un tiempo mismo que el emir era incapaz de defenderlos, Coraib participó secretamente a los bereberes de Mérida y Medellín que la provincia de Sevilla estaba casi desguarnecida de tropas y que si querían podían apoderarse fácilmente en ella de un rico botín. Prontos siempre a la rapiña, aquellos hombres semisalvajes se pusieron inmediatamente en camino, se apoderaron de Talyata (1), saquearon este pueblo, asesinaron a los hombres y redujeron a la esclavitud a las mujeres y a los niños. El gobernador de Sevilla llamó a las armas a todos los hombres útiles y salió al encuentro de los bereberes. Informado en el camino de que se habían hecho dueños de Talyata, estableció su campamento en una altura llama-

(1) Una media legua al oeste de Sevilla; véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 317 y siguientes.

da la montaña de los Olivos. Sólo los separaba del enemigo una distancia de tres millas, y por ambas partes se disponían a combatir al día siguiente, cuando Coraib, que había llevado sus tropas como los demás señores, aprovechó la noche para insinuar a los bereberes que, una vez empeñado el combate, les facilitaría la victoria emprendiendo la fuga con los suyos. Cumplió su promesa, y al huir arrastró consigo a todo el ejército. Perseguido por los berberiscos, el gobernador no hizo alto hasta Huevar, a cinco leguas de Sevilla, donde se atrincheró. Los bereberes, sin hacer el menor esfuerzo para hostilizarle en esta posición, regresaron a Talyata, donde permanecieron tres días devastando los alrededores. Después, con enormes sacos rebosantes de botín, volvieron a sus moradas.

Tan terrible incursión había arruinado ya a gran número de propietarios, cuando vino a herir a los sevillanos una nueva calamidad. En aquella ocasión, el pérfido Coraib no era el culpable. Un jefe de raza enemiga, un renegado, vino espontáneamente a secundar sus proyectos. Era Aben-Meruan, señor de Badajoz. Viendo llegar cargados de botín a sus vecinos de Mérida, pensó que no tenía más que presentarse para enriquecerse también, en lo cual no se engañó, pues habiendo avanzado hasta tres parasangas (1) de Sevilla, saqueó

(1) La parasanga era una medida itineraria usada por los antiguos persas y equivalente a unos 5.250 metros.—N. de la T.

sus inmediaciones durante muchos días consecutivos, y cuando volvió a Badajoz nada tenía que envidiar a los bereberes de Mérida.

La conducta de su gobernador, inactivo mientras las hordas salvajes devastaban el país, había exasperado a los sevillanos contra él y contra el monarca. El emir, accediendo a sus súplicas, depuso a aquel inhábil gobernante; pero su sucesor, aunque integérrimo, carecía igualmente de la energía necesaria para mantener el orden en la provincia y refrenar la audacia de los bandidos, que se multiplicaban de un modo espantoso.

El más temible de todos ellos era uno de los bereberes-Bornos de Carmona, llamado Tamaxeca, que desvalijaba a los viajeros en la gran calzada de Sevilla a Córdoba. El gobernador de Sevilla no osaba o no podía intentar nada contra él, cuando un valiente renegado de Ecija, llamado Mohámed aben-Galib, prometió al emir terminar con estos latrocinios si le permitía edificar una fortaleza cerca del pueblo de Siete Torres, en la frontera de las provincias de Sevilla y Ecija. El emir accedió, la fortaleza fué construída, Galib se instaló en ella con gran número de renegados, de clientes ommíadas y de bereberes-Botr, y los bandoleros no tardaron en darse cuenta de que tenían que habérselas con un enemigo mucho más temible que el gobernador de Sevilla.

Comenzaba a restablecerse la seguridad, cuando una mañana, al amanecer, se divulgó por Sevilla la noticia de que durante la noche había ha-

bido un encuentro entre la guarnición del castillo de Galib y los Jaldun; que uno de estos últimos había muerto; que sus amigos, después de conducir el cadáver a la ciudad, habían ido a demandar justicia al gobernador; que éste había respondido que no se atrevía a resolver semejante asunto y que debían dirigirse al emir.

Mientras se comentaban en Sevilla estos sucesos, los querellantes estaban ya camino de Córdoba, seguidos de cerca por algunos renegados sevillanos que informados por Galib de lo acaecido iban para defender su causa, dirigidos por uno de los hombres más considerados de la ciudad, Mohámed (1), cuyo abuelo era el primero de la familia que había abrazado el islamismo; su bisabuelo se llamaba Angelino, por lo que el apellido de Beni-Angelino era el distintivo de la casa.

Cuando los querellantes fueron recibidos por el emir, uno de ellos habló en estos términos:

—He aquí lo ocurrido, señor; íbamos pacíficamente por la gran calzada cuando de repente nos atacó Galib. Procuramos defendernos, y durante la refriega uno de nosotros fué herido de muerte. Podemos jurarte que decimos verdad y exigimos, por consiguiente, que castigues a ese traidor, a Galib. Permítenos, señor, agregar a esto que los que te han inducido a conceder tu confianza a ese renegado te han aconsejado mal.

---

(1) Mohámed ben-Omar aben-Jatab ben-Angelino.

Infórmate de los hombres que le siguen y sabrás que son vagabundos y malhechores; convéncete de que te traiciona, finge serte fiel; pero tenemos la íntima convicción de que sostiene secretas inteligencias con Hafsun y que el mejor día le entregará la provincia entera.

Cuando acabaron de hablar, fueron introducidos ante el *emir*, Mohámed ben-Angelino y sus compañeros.

—He aquí lo ocurrido, señor—dijo el patricio—. Los Jaldun y los Hadchach se habían propuesto sorprender el castillo durante la noche; pero, contra lo que esperaban, la guarnición estaba alerta, y Galib, viendo atacado su castillo, rechazó la fuerza con la fuerza. No es culpa suya si uno de los asaltantes fué muerto; se batió en legítima defensa. Te rogamos, por consiguiente, que no des crédito a las mentiras de esos árabes turbulentos. Galib merece, además, que seas justo con él; es uno de tus servidores más fieles y abnegados y presta un gran servicio limpiando de bandidos el país.

Sea porque el emir encontrara realmente dudoso el asunto, sea porque temiese disgustar a uno de los partidos dando la razón al otro, pretextó que quería abrir una amplia información y dijo que enviaría a Sevilla a su hijo Mohámed para que averiguase los hechos.

Poco después, el joven príncipe, presunto heredero del trono, llegó a Sevilla, hizo venir a Hadchach y a Galib y los interrogó; pero como los

dos bandos insistían en inculparse recíprocamente y no se hallaron testigos imparciales, el príncipe no sabía a quién dar la razón. Mientras él vacilaba, las pasiones se enardecían más y más y el pueblo se contagiaba de la efervescencia de los patricios. Al fin decidió que, no estando bastante esclarecido el asunto, aunque no resolvía en definitiva, autorizaba por el pronto a Galib a volver a su castillo.

Los renegados cantaban victoria afirmando que el príncipe daba indudablemente la razón a su amigo y que si no lo declaraba resueltamente era por no malquistarse con los árabes. A su vez, los Jaldun y los Hadchach interpretaban del mismo modo la conducta del príncipe y estaban resentidísimos. Prontos a vengarse y a levantar bandera de rebelión, abandonaron la ciudad, y mientras Coraib hacía tomar las armas a los hadramitas de Axarafe, Abdala, el jefe de los Hadchach, reunía bajo su estandarte a los lajmitas del Sened (1). En seguida ambos jefes combinaron un plan, conviniendo en dar cada uno por su parte un golpe de mano. Abdala se haría dueño de Carmona, y el mismo día Coraib haría sorprender la fortaleza de Coria, en la frontera oriental del Axarafe, después de apoderarse de los ganados pertenecientes a un tío del emir y que pacían en una de las dos islas que forma el Guadalquivir en su desembocadura.

---

(1) Se llamaba así la región que se extiende entre Sevilla y Niebla.

Como Coraib era demasiado señor para realizar por sí mismo una empresa de esa índole, la confió a su primo Mahdi, un calavera cuyos escándalos atronaban Sevilla (1). Mahdi fué primeramente a la fortaleza de Lebrija, frente a frente de la isla, donde le esperaba Solimán, señor de aquel castillo y aliado de Coraib. Inmediatamente abordó a la isla, en que pastaban doscientas vacas y un centenar de caballos al cuidado de un solo hombre, a quien los árabes dieron muerte, y apoderándose de los animales se encaminaron a Coria, sorprendieron esta fortaleza y guardaron en ella su botín.

Por su parte, Abdala ben-Hadchach, secundado por el bereber-Bornos Chonaid, atacó de improviso a Carmona y se hizo dueño de ella, después de haber arrojado al gobernador, que tuvo que refugiarse en Sevilla.

La audacia de los árabes y la prontitud con que habían desarrollado su plan sembraron la alarma en la población; así que el príncipe Mohámed se apresuró a escribir a su padre pidiéndole órdenes y, sobre todo, refuerzos.

En cuanto el emir recibió la carta de su hijo, reunió el Consejo, cuya opinión apareció dividida. Entonces un visir rogó al monarca que le concediese una entrevista secreta y en ella le indujo a reconciliarse con los árabes y a dar muerte a Galib.

---

(1) Ben-Hayan, fol. 59 v.

—Cuando haya muerto ese renegado—le dijo—, se darán por satisfechos los árabes, te devolverán Carmona y Coria, restituirán lo robado a tu tío y volverán a la obediencia.

Sacrificar a los árabes un servidor tan leal y malquistarse con los renegados sin tener la seguridad de atraerse a sus enemigos era una política no sólo inhábil, sino pérfida. Sin embargo, el emir aceptó el consejo, y mandando a su cliente Chad—a quien Sauar acababa de poner en libertad—dirigirse con tropas hacia Carmona, le ordenó: "Da la razón a los acusadores de Galib y manda que lo maten; haz después cuanto puedas por atraer los árabes a la obediencia y no los ataques sino cuando hayas agotado todos los medios de persuasión."

Chad se puso en marcha; pero aunque el objeto de su expedición permaneció secreto, se propaló la especie de que no se dirigía contra los Jaldun, sino contra Galib. Por eso el renegado estaba sobre aviso, y ya se había puesto bajo la proteccin de Hafsun cuando recibió una carta de Chad. "Tranquilízate—le escribía este general—; el objeto de mi expedición no es el que sospechas; me propongo castigar a los árabes que han cometido tantos excesos, y como tú los odias, creo poder contar con tu ayuda." Galib cayó en el lazo tendido por esta carta pérfida, y cuando Chad llegó cerca del castillo se le unió con parte de sus soldados. Entonces Chad fingió ir a sitiar Carmona; mas al llegar ante la ciudad envió al jefe

de los Hadchach otra carta en que le decía que estaba dispuesto a dar muerte a Galib con tal de que ellos volviesen a la obediencia. Pronto se ultimó el trato. Chad mandó decapitar a Galib, y por su parte Hadchach evacuó Carmona.

Cuando los renegados de Sevilla supieron la negra traición de que había sido víctima su aliado, todo su furor recayó sobre el emir. Celebraron consejo para deliberar lo que debían hacer; unos proponían vengar la muerte de Galib en Omeya, hermano de Chad y uno de los más valerosos guerreros de la época, que era entonces gobernador de Sevilla. La proposición fué aceptada; pero como nada podía hacerse mientras no se apoderasen de la ciudad, Ben-Angelino se ofreció a ir a hablar con el príncipe y a conseguir que éste confiara su defensa a los renegados. Decidieron, además, los patricios enviar propios a sus aliados los árabes maaditas de la provincia de Sevilla y a los bereberes-Botr de Morón, rogándoles que vinieran en su auxilio.

Cuando estos propios se habían puesto en marcha, Ben-Angelino, acompañado de alguno de sus amigos, se presentó al príncipe Mohámed.

—Señor—le dijo—: tal vez en la corte nos habrán calumniado y acusado de un crimen que no hemos cometido; tal vez se habrá fraguado un proyecto funesto contra nosotros en el Consejo del emir; tal vez Chad, ese traidor infame, nos ataque de improviso con fuerzas tan numerosas que no podremos resistirle. Si quieres salvarnos del pe-

ligro que nos amenaza y atraernos con vínculos de gratitud, es preciso que nos confíes la defensa y las llaves de la ciudad hasta que se aclaren las cosas. No desconfiamos de ti, pero harto sabes que cuando las tropas hayan entrado en la ciudad no estarás en situación de protegernos.

De grado o por fuerza, Mohámed, que ya se había enemistado con los árabes y que no podía disponer más que de una mala guarnición, accedió a la demanda de los renegados, que una vez dueños de la ciudad esperaron la llegada de los maaditas y de los bereberes-Botr. Estos últimos aparecieron en la mañana del martes 9 de septiembre del año 889 (1). Entonces una compacta multitud se abalanzó sobre el palacio de Omeya. La insurrección fué tan instantánea que el gobernador no tuvo ni tiempo de calzarse. Se lanzó sobre un caballo, y a galope tendido corrió al palacio del príncipe. Los rebeldes, desilusionados, saquearon aquel palacio, y después se dirigieron al del príncipe y le cercaron, lanzando gritos feroces. A cada momento, la multitud acrecía con la llegada de artesanos, tenderos y obreros. No sabiendo qué hacer, el príncipe envió a toda prisa mensajeros a Ben-Angelino, a Aben-Sabarico y a otros patricios, rogándoles vinieran para decidir con ellos la manera de sofocar el tumulto.

Los patricios, que hasta entonces habían estado a la expectativa, deliberaron lo que debían hacer.

(1) Ben-Hayan, fol. 63 r. La fecha que consigna en el folio 55 v. es inexacta.

Su vacilación era grande; temían caer en un lazo si acudían a la llamada del príncipe; pero también comprendían que, si se negaban, serían acusados de complicidad con los amotinados, y esto no podían consentirlo. Después de bien meditado, se decidieron a ir, tomando grandes precauciones; ciñéronse corazas bajo las vestiduras, y antes de entrar en el palacio dejaron sevillanos bien armados y soldados de Morón cerca de la puerta.

—Si no hemos salido cuando el muecín anuncie la oración de medio día—les dijeron—, asaltaréis el palacio y nos pondréis en libertad.

Dicho esto, fueron en busca del príncipe, que los recibió con el mayor afecto. Pero mientras departían con él, los hombres apostados a la entrada se impacientaron, concibieron sospechas y, destrozando la puerta, se precipitaron en las cuadras, se apoderaron de los caballos y los mulos, corrieron hacia la puerta del *facil*—antemuro—, que se hallaba al otro lado del patio, frente a la puerta de entrada, pero se encontraron con una inesperada resistencia: Omeya estaba allí.

En cuanto este valiente guerrero escuchó los gritos de los insurrectos en las caballerizas, mandó detener a Ben-Angelino y a sus compañeros; se apostó con sus propios servidores y con los del príncipe sobre la plataforma de la puerta del *facil*, adonde mandó llevar un montón de proyectiles, y cuando los renegados y sus aliados se aproximaron a esta puerta, cayó sobre ellos una granizada de dardos, de piedras y aun de muebles.

Aunque superiores en número, sus adversarios tenían la ventaja de la posición; excitados por Omeya—que aun con la cabeza y el pecho ensangrentados por numerosas heridas los animaba con el gesto, con la mirada y con el ejemplo—, los defensores del palacio estaban resueltos a vender caras sus vidas y la desesperación parecía prestarles fuerzas sobrehumanas.

El combate duró desde mediodía hasta ponerse el sol. Llegada la noche, los asaltantes vivaquearon en el patio, y a la mañana siguiente reanudaron el ataque.

¿Qué hacían en tanto los monárquicos y todos los partidarios del orden que, como era lógico, debían haber volado en auxilio del gobernador? Fieles a su divisa: *cada uno para sí*, y bajo el inevitable ascendiente que ejerce sobre los débiles una resolución vigorosa, esperaban atrincherados en sus palacios, dejando que el gobernador saliese del apuro como pudiera. Indudablemente le querían, hacían votos por él; pero su abnegación no llegaba hasta arriesgar su vida por salvarle.

Sin embargo, algo habían hecho. Apenas se inició el tumulto, enviaron un correo a Chad para prevenirle del peligro en que se encontraban su hermano y el príncipe. Cierto que esto no les costaba mucho; pero ya de lo que se trataba era de saber: primero, si Chad llegaría a tiempo, y segundo, si lograría sofocar la insurrección.

En cuanto se informó de lo que ocurría en Sevilla, Chad se puso en camino con todos los jine-

tes que pudo reunir a toda prisa. Cuando en la mañana del 10 de septiembre se había reanudado el combate en el patio del palacio, llegó por el lado Sur. Un destacamento de renegados fué a detenerle; pero pasó sobre ellos, penetró en el arrabal, donde habitaba el coraixita Abdala-ben-Axat. Este monárquico le informó en pocas palabras de lo ocurrido. "¡Al galope!", gritó el general, y empuñando la espada cayó sobre la multitud. Los sevillanos sostuvieron firmemente el choque; el caballo de Chad cayó mortalmente herido; sus jinetes retrocedieron; intentó reanudar la carga, llamó a cada uno por su nombre y les suplicó que resistieran. Los más valerosos se rehicieron y reanudaron la carga, atacando con preferencia a los jefes; el mismo general se abalanzó sobre uno de los más valientes sevillanos y le dió muerte. El desorden cundió entre la multitud, que retrocedió atropellándose, mientras los jinetes redoblaban sus esfuerzos, hasta que los sevillanos huyeron a la desbandada.

En el colmo de la alegría, Chad se precipitó en el palacio, abrazó a su hermano y besó respetuosamente la mano del príncipe.

—¡Dios sea loado!—exclamó—; aun he podido salvaros.

—Ya era tiempo—replicó su hermano; si llegas media hora después, estamos perdidos.

—Sí—añadió el príncipe—; no nos quedaba más que morir; pero ahora no pensemos más que en la venganza. ¡Que se castigue a los rebeldes

saqueando sus viviendas; que saquen a Angelino y a sus cómplices de la prisión y los decapiten, y que sean confiscados sus bienes!

Mientras estos infortunados subían al patíbulo, Sevilla presentaba un horrible espectáculo. Sedientos de venganza y ávidos de botín, los secuaces de Chad asesinaban a los fugitivos y saqueaban sus moradas. Felizmente para los renegados, mediaba entre ellos y los clientes omeyas de Sevilla lo que solía llamarse una alianza de vecindad, en virtud de la cual estos clientes demandaron y obtuvieron gracia de sus conciudadanos y poco después el mismo emir concedió una amnistía general. Esto no era más que un respiro. La causa de los renegados estaba perdida por completo.

Cuando el príncipe Mohámed volvió a Córdoba con Chad y sus tropas, Ben-Hafsun, que entonces se hallaba en paz con el emir, le envió mensajeros pidiéndole la cabeza de Chad en vista de que este general había dado muerte a Galib, aliado de su señor.

El poder de Hafsun y el temor que inspiraba al monarca eran tan grandes que Chad, aunque no había hecho más que seguir las órdenes del emir, temía, no sin razón, ser sacrificado al jefe de los renegados; y no viendo otro medio más que la fuga para librarse del peligro, abandonó la capital nocturna y secretamente para refugiarse al lado de su hermano el gobernador de Sevilla. Iba acompañado de sus dos hermanos Haxim y Abd-al-Gafir, de algunos de sus amigos, entre

los cuales figuraban dos coraixitas, de sus pajes y de sus esclavos. Costeando el Guadalquivir, que tenían a la izquierda, los jinetes llegaron al amanecer al castillo de Siete Filla, donde demandaron y obtuvieron permiso para detenerse algunos instantes a refrescarse y descansar. Pero desgraciadamente para ellos, la banda del bereber Tamaxecca rondaba por los alrededores y los hermanos de Galib, que formaban parte de la banda, habían advertido la llegada de los jinetes al castillo. Habiendo reconocido a Chad y ardiendo en deseos de vengar la muerte de su hermano, avisaron a su jefe y le dijeron que podía apoderarse fácilmente de las cabalgaduras que habían quedado fuera del castillo. Tamaxecca y sus bandidos emprendieron inmediatamente la marcha, y ya habían puesto mano sobre los caballos, cuando Chad y sus amigos, atraídos por los gritos de sus esclavos, cayeron sobre ellos espada en mano. Lejos de huir, los ladrones se defendieron enérgicamente, y como eran superiores en número, mataron a Chad, a sus dos hermanos y a un coraixita.

Este acontecimiento tuvo funestas consecuencias para los españoles de Sevilla. No pudiendo Omeya castigar a los verdaderos culpables, quiso vengar en ellos la muerte de sus tres hermanos, para lo cual los entregó a los Jaldun y a los Hadchach, que había llamado a la ciudad, y les dió plenos poderes para saquear y exterminar a los españoles, fuesen musulmanes o cristianos, allí

donde los encontrasen, en Sevilla, en Carmona o en el campo. Comenzó entonces una horrible carnicería, pues los yemenitas, en su ciego furor, degollaban a los españoles por millares. La sangre corría por las calles; los que se echaron a nado en el Guadalquivir, esperando librarse, perecieron casi todos ahogados. Pocos españoles sobrevivieron a tan terrible catástrofe. Antes opulentos, se hallaban ahora sumidos en la miseria.

Los yemenitas conservaron largo tiempo el recuerdo de tan sangrienta jornada; entre ellos el rencor sobrevivió a la ruina de sus adversarios. En las moradas señoriales, en las aldeas del Axarafe y del Sened, los improvisadores, durante las veladas de invierno, elegían como tema de sus cantos el sombrío drama que acabamos de referir, y los yemenitas, con la mirada fulgurante de odio sombrío y feroz, escuchaban atentamente composiciones como ésta:

"Espada en mano hemos exterminado a esos hijos de esclavos; veinte mil cadáveres yacían en el suelo, mientras las gruesas ondas del río arrastraban otros muchos.

"Su número era prodigioso en otro tiempo; pero le hemos reducido al mínimo.

"Nosotros, hijos de Catán, contamos entre nuestros antepasados a los príncipes que reinaron en otro tiempo en el Yemen; ellos, como esclavos, sólo tienen esclavos por abuelos.

"¡Esos perros, esos infames, en su loca auda-

cia, se atreven a venir a desafiar a los leones en su guarida!...

"Nos hemos enriquecido con sus despojos y los hemos precipitado en las llamas eternas, donde habrán ido a reunirse con los Temuditas" (1).

XIV

No fué el emir quien se aprovechó de la ruina de los renegados de Sevilla, sino la aristocracia árabe. Desde entonces, los Jaldun y los Hadchach fueron los dueños de la provincia; el partido monárquico era demasiado débil y cobarde para disputarles el poder, y, por lo tanto, ni siquiera lo intentó. Tan sólo Omeya se atrevió a hacerles frente, sembrando la discordia entre el bereber Chonaid y Abdala ben-Hadchach, que se habían repartido Carmona entre los dos, procurando enemistar a Coraib con su propio partido, atraérselo por medio de las más brillantes promesas, y adoptando todas las medidas para librarse con un solo golpe de todos aquellos turbulentos yemenitas. No consiguió nada. Cierto que hizo que Chonaid asesinase a Abdala; pero en vez de ganar perdió con esto: porque muerto Abdala, los Hadchach eligieron por jefe a su hermano Ibrahim, hombre de gran talento, que resultó mucho más temible que Abdala. Coraib, aunque

(1) Era un pueblo impío que no había querido creer a un profeta que Dios le había enviado.

fingía dar oídos a las proposiciones que le hacían, era demasiado astuto para dejarse engañar; así que el gran proyecto trazado por Omeya para exterminar a los yemenitas fracasó por completo. Al efecto, había ordenado amurallar la parte de la población en que se alzaban el palacio y la gran mezquita, anunciando que aquel recinto quedaría destinado únicamente para la guarnición. Los árabes comprendieron que cualquier día, al entrar o salir de la mezquita, serían degollados por los satélites del gobernador, y protestaron; pero Omeya no se dió por entendido. Entonces recurrieron a la fuerza, impidiendo que los albañiles continuasen las obras. Omeya reprimió la sedición y obligó a los revoltosos a que le entregasen rehenes que respondiesen con su cabeza de la sumisión de sus parientes. Tampoco adelantó nada con esto. Sabían los yemenitas que el temor a atraer una terrible venganza sobre sí mismo y sobre su familia le impediría dar muerte a los rehenes, y un día, habiendo salido a buscar víveres, gran parte de los soldados asaltaron el palacio. Omeya subió apresuradamente a la terraza con los pocos soldados que le quedaban, hizo arrojar proyectiles sobre los asaltantes y colocar a los rehenes delante, amenazando con decapitarlos. Los rebeldes se burlaron de él diciéndole que como todas las provincias habían sacudido el yugo del emir, era lógico que la suya no se quedase atrás.

—Por otra parte—añadieron con amarga ironía—, somos demasiado tratables, y nos compro-

metemos a ser modelos de súbditos en cuanto una sola de las provincias emancipadas vuelva a la obediencia.

Respecto a Omeya, no le quedaba—según ellos—más partido que el de irse, y si se decidía a hacerlo no le causarían ningún daño.

Aunque muy a su pesar, Omeya doblegó ante las circunstancias su carácter orgulloso y terco y prometió abandonar la ciudad a condición de que jurasen los rebeldes no atentar contra su vida. Entonces Coraib, Ibrahim y otros tres jefes subieron a la terraza de la puerta oriental de la mezquita y desde allí juraron uno a uno cincuenta veces no hacer ningún daño a Omeya y conducirle a lugar seguro. Hecho esto, Omeya, que desde la plataforma en que se encontraba los había visto y oído, les devolvió los rehenes; pero no se apresuró a partir, pues avergonzado de su debilidad y creyendo pasado el peligro, intentó recuperar el poder. Apenas lo advirtieron los árabes reanudaron las hostilidades. No queriendo ceder por segunda vez, Omeya tomó una resolución desesperada: hizo matar a sus mujeres, cortar los jarretes a sus caballos, quemar los objetos valiosos, después de lo cual salió del palacio, se precipitó sobre sus enemigos y luchó sin retroceder hasta que sucumbió.

Ya omnipotentes, pero creyendo que el momento de sacudir el yugo de la autoridad del soberano no había llegado aún, le escribieron los yemenitas que habían dado muerte a Omeya porque te-

nía intención de rebelarse. No pudiendo castigarlos, el emir aceptó tan singulares explicaciones y les envió otro gobernador, un pobre hombre que no fué más que un maniquí cuyos hilos movían Coraib e Ibrahim. Se dejaba manejar como la cera, y, sin embargo, sus tiranos le atormentaban y vejaban de todos modos. Su tacañería fiscalizaba hasta los menores objetos de su despensa; apenas le daban su ración de pan y de carne. El emir, creyendo erróneamente que ganaría algo, sustituyó este gobernador por otro y envió al mismo tiempo a su tío Hixen a Sevilla; pero como no les dió tropas, el poder de los yemenitas siguió siendo tan omnímodo como antes. Harto lo experimentaron el gobernador e Hixen. Tenía este último un hijo llamado Motarrif, joven calavera que sostenía relaciones con una querida de Mahdi. Enterado éste, acechó a su rival una noche y le cosió a puñaladas. Informado Hixen de tan triste noticia, tuvo que esperar a que amaneciese para ir en busca del cadáver de su hijo: tanto temía ser también asesinado si se aventuraba a salir de su palacio durante la noche. En cuanto a castigar al asesino, no lo intentó siquiera. Algún tiempo después interceptaron los Jaldun una carta que el gobernador dirigía al emir incitándole a vengar la muerte de Motarrif y a refrenar la anarquía. Mostráronle la carta, le abrumaron con amenazas y reproches y, para colmo de vergüenza, le arrestaron durante algunos días (1).

(1) Ben-Hayan, fol. 56 v.-59 v.

Tal era la situación de Sevilla el año 891, o sea el cuarto del reinado de Abdala. En aquella época casi toda la España musulmana se había emancipado de la obediencia del emir, y cada señor, árabe, español o berberisco, se había apropiado una parte de la herencia de los ommíadas. La de los árabes había sido la más pequeña; no eran poderosos más que en Sevilla; en todas las demás regiones apenas podían defenderse contra las otras dos razas. Muchos de ellos, como Ben-Ataf, señor de Mentesa; Aben-Salim, señor de Medina; Beni-Salim, en el distrito de Sidona; Ben-Uada, señor de Lorca, y Al-Ancar, gobernador de Zaragoza, no ejecutaban las órdenes del emir más que cuando les convenía, y no habían roto abiertamente con él porque, teniendo conciencia de su debilidad, habían querido reservarse la posibilidad de una reconciliación. Los bereberes habían restablecido su primitivo gobierno, es decir, el de los jefes de tribu, y eran más poderosos e intratables. Un simple soldado, Malahi, se había apoderado de la ciudadela de Jaén, en el distrito de Elvira; dos hermanos, Jalil y Said, pertenecientes a una antigua familia, poseían dos castillos; las provincias denominadas actualmente Extremadura y Alemtejo se hallaban casi completamente en poder de los berberiscos; los Beni-Feranic imperaban en la tribu de Nafza, establecida en las inmediaciones de Trujillo (1); otro bereber, Aben-Takit, de la tribu de Masmuda—que ya se había

(1) Ben-Hayan, *fols.* 17 *r. y v.* 99 *r. y* 100 *r.*

sublevado en Extremadura, durante el reinado de Mohámed, apoderándose de Mérida, de donde había arrojado a los árabes y a los berberiscos de la tribu de Ketama—, sostenía guerra casi continua contra Aben-Meruan, señor de Badajoz, al cual no perdonaba haberse unido a las tropas del emir cuando le sitiaron en Mérida (1). Pero la familia más poderosa entre los bereberes era la de los Beni-Dunun, cuyo jefe era Musa, un pillo abominable, un gran malvado. Siempre alerta y en interés propio, paseaba por todas partes la espada y la tea incendiaria. Sus tres hijos se le parecían por su fuerza y brutalidad; eran Yahya, el más pérfido y cruel de su linaje; Fat, señor de Uclés, y Motarrif, señor de Huete y el menos malo de sus hermanos. Cada uno de ellos tenía su partida, con la cual saqueaba y asesinaba por doquiera.

Más poderosos aún que los berberiscos, pero más humanos también, eran los renegados; muchos de sus jefes preferían el orden y la civilización, civilización completamente árabe, pues, aunque combatían a los conquistadores, reconocían su superioridad intelectual. En la provincia de Ocsonoba—la más meridional de Portugal, llamada hoy Algarbe—reinaba Becr, bisnieto de un cristiano llamado Zadulfo. Su padre, Yahya, se había declarado independiente al fin del reinado de Mohámed, haciéndose primero dueño de San-

(1) Aben-Jaldun, fol. 10 r. y v.

ta María y después de la provincia entera. El mismo Becr, que residía en Silves, desplegaba una pompa verdaderamente regia. Tenía un consejo, una cancillería y un ejército bien armado y disciplinado. Todos admiraban las hábiles fortificaciones de Santa María, sus magníficas puertas de hierro y su soberbia iglesia (1), que no cedía en fama más que a la llamada del Cuervo, lugar de famosas peregrinaciones (2). Lejos de considerar como una presa a los viajeros y mercaderes, Becr había ordenado a sus súbditos que los protegiesen y dieran hospitalidad. Sus órdenes habían sido cumplidas hasta el punto de que, según un viajero, en la provincia de Ocsonoba el caminante hallaba por doquiera amigos y parientes. Becr era pacífico, aunque contaba con fuertes alianzas entabladas con los Ben-Hafsun, los Aben-Meruan de Badajoz y otros jefes de su raza. Habiéndole prometido el emir reconocerle como gobernador de la provincia, había aceptado la oferta, que en el fondo no le comprometía a nada. Su aliado y vecino del Norte era Abdalmelic ben-abib-Chauad, dueño de Beja, Mertola y otras ciudades importantes. Más al Este, en las montañas de Priego, imperaba el valiente Aben-Masta-

---

(1) Véase respecto a esta iglesia lo que dice Cazuini, tomo II, p. 364.

(2) La iglesia del Cuervo se alzaba sobre el promontorio que hoy lleva el nombre de cabo de San Vicente. Véase Edrisi, t. II, p. 22, y compárese con la *Esp. Sagr.*, t. VIII, páginas 187 y siguientes.

na, el más activo aliado de Ben-Hafsun. Sus numerosos castillos, entre los cuales figuraba el de Cacabulia—hoy Carabuey—pasaban por inexpugnables. Los señores de la provincia de Jaén eran todos vasallos o aliados de Hafsun; eran Jair aben-Xakir, señor de Jódar, que poco tiempo antes había combatido a Sauar, el jefe de los árabes de Elvira, despojándole de gran número de castillos; Said ben-Hodail, señor de Monteleón; los Beni-Habil, cuatro hermanos que poseían multitud de fortalezas, como la Margarita y San Esteban, y finalmente, Aben-Xalia, dueño, entre otros castillos, del de Ben-Omar y del de Cazlona. Aben-Xalia, que había acumulado inmensas riquezas, recompensaba generosamente a los poetas y vivía con la mayor suntuosidad. "Los palacios de nuestro príncipe—escribía el poeta Obaidis, su secretario, que había abandonado la corte del emir para ponerse al servicio de aquel magnate (1)—, los palacios de nuestro príncipe están construídos copiando los del paraíso celeste y se goza en ellos todo género de delicias. Vense allí salas que no descansan sobre pilares, salas cuyo mármol está incrustado de oro."

Otro jefe, Daisam ben-Ishac, señor de Murcia, Lorca y de casi toda la provincia de Tochmir, gustaba también de la poesía y disponía de un ejército en que figuraban cinco mil jinetes (2). Por su

(1) Ben-Hayan, fol. 33 v.
(2) Ben-al-Cutia, fol. 45 r.

generosidad y su dulzura, se había granjeado el amor de sus súbditos (1).

Pero el adversario más temible del emir era siempre Hafsun, que en los dos últimos años había obtenido grandes ventajas. Cierto que el emir se había puesto en marcha en la primavera del año 889 para ir a atacarle en Bobastro. Durante el camino se había apoderado de algunos reductos de poca importancia y había saqueado algunos campos de trigo; pero aquel paseo militar, que duró cuarenta días, no produjo resultados serios, y apenas el emir volvió a Córdoba, Hafsun se apoderó de Osuna y de Estepa, y los habitantes de Ecija se apresuraron a reconocerle como soberano, rogándole fuese a la ciudad con sus tropas. "Ecija es una ciudad maldita, donde reinan la iniquidad y la infamia—se decía en Córdoba—; los buenos la han abandonado, y sólo los malvados permanecen allí" (2). Espantado de los rápidos éxitos de su adversario, el emir había enviado contra él todas las tropas de que podía disponer, cuando Ben-Hafsun, satisfecho de las ventajas conseguidas y decidido a contemporizar todavía, le propuso un acomodamiento. Prometió dejarle en paz, a condición de conferirle nuevamente el gobierno del país que poseía. El emir accedió a la demanda (3), muy contento de salir tan bien librado.

(1) Ben-Hayan, fols. 7 r.-23 v.
(2) Tarij ben-Habib, p. 158.
(3) Ben-Hayan, fols. 39 v.-40 v.

Pero Hafsun entendía la paz a su modo. Poco tiempo después de haberla firmado, atacó al bereber-Bornos Abu-Harb, uno de los más fieles servidores del emir, que residía en una fortaleza de la provincia de Algeciras. Muerto Abu-Harb en un combate, sus soldados capitularon y entregaron la fortaleza al renegado.

El emir no podía estar muy seguro de las pacíficas disposiciones de Hafsun; pero, por otra parte, los más fogosos partidarios de éste se quejaban de lo que llamaban su debilidad y su inacción. No les tenía cuenta, porque para subsistir necesitaban en absoluto botín y correrías. Por eso uno de ellos, Aben-Mastana, antes que permanecer ocioso, prefirió entablar una alianza con los árabes vecinos suyos, que acababan de fortificarse en Cala-Yahcib—Alcalá la Real—, y tomar parte en las expediciones que hacían para saquear a las pobres gentes incapaces de sublevarse y que al verse atacadas imploraron el auxilio del emir. Apuradísimo porque no podía abandonar a su suerte a tan fieles súbditos ni tenía tropas que enviarles, Abdala adoptó el partido de escribir a Hafsun para rogarle se uniese con sus tropas a las que él enviaría contra Mastana y sus aliados árabes. Ben-Hafsun, que tenía su plan y estaba algo inquieto de la alianza que Mastana acababa de concertar con los enemigos de su raza, accedió a la demanda del emir con más prontitud de lo que era de esperar; pero cuando se reunió a las tropas del general ommíada Ibrahim aben-

Jamir, hizo llegar secretamente a Mastana una carta en que le reprochaba su alianza con los árabes. "Sin embargo—añadía—, cuento contigo como con un fiel campeón de la causa nacional. Por de pronto, debes perseverar en la rebelión. No temas; el ejército en que milito no te hará ningún daño."

Al atribuirse tan ilimitado poder en el ejército, Ben-Hafsun no exageraba. Había eclipsado tan por completo al general omeya, que trataba a los soldados como quería; los arrestaba con cualquier protexto, les quitaba los caballos para dárselos a sus propios soldados, y cuando Ibrahim aben-Jamir le hacía objeciones, las refutaba siempre del modo más plausible. Su marcha al través del país enemigo no fué más que un paseo militar, como había prometido a Mastana; pero aprovechó la ocasión para entablar inteligencias con todos los españoles que halló al paso y para socorrer a los habitantes de Elvira, a quienes Sauar acababa de vencer en la batalla llamada *de la Ciudad.* Como hemos dicho anteriormente, en esta expedición fué menos afortunado que de ordinario; pero este ligero fracaso no le desalentó lo más mínimo. Sintiéndose fuerte por las alianzas que acababa de concertar, y advertido tal vez de que sus secuaces se impacientaban de sus contemporizaciones y de su ambigua conducta, creyó llegado el momento de quitarse la máscara, y después de reducir a prisión a Ibrahim aben-Jamir y a otros muchos oficiales del ejército

ommíada, declaró al emir que había roto con él (1).

Apenas hecha esta declaración, encontró aliados muy útiles en los cristianos de Córdoba, que ya no estaban en la época en que para patentizar su odio a los conquistadores y su celo religioso no hallaban otro recurso que entregarse al martirio. En medio del general trastorno, creían poder contribuir a la liberación de su patria empuñando las armas. Los mismos que poco antes habían servido de instrumento a los ommíadas eran entonces sus más encarnizados enemigos. Figuraba entre éstos el conde Servando. Hijo de un siervo de la Iglesia, en otro tiempo no había retrocedido ante ninguna bajeza para congraciarse con el emir. Sabiendo que para conseguirlo no había mejor medio que enriquecer el tesoro, estrujaba a fuerza de impuestos a sus correligionarios, obligándolos así a abjurar su fe. No contento con matar a los vivos—dice un autor contemporáneo—, ni siquiera respetaba a los muertos, porque a fin de aumentar el odio que los musulmanes tenían a los cristianos hacía exhumar los restos de los mártires de debajo de los altares y los mostraba a los ministros del emir, quejándose de la audacia de los fanáticos que se habían atrevido a dar una sepultura tan honrosa a las víctimas de la justicia musulmana. En aquel tiempo, los cristianos le detestaban sobre toda ponderación. Los

(1) Ben-Hayan, fols. 68 r.-69 v.

sacerdotes agotaban el vocabulario buscando términos injuriosos que aplicarle. Le llamaban insensato, insolente, orgulloso, arrogante, avaro, rapaz, cruel, terco y presuntuoso; decían que tenía la audacia de oponerse a la voluntad del Eterno y que era un hijo del demonio. Tenían excelentes razones para odiarle como le odiaban. Servando había impuesto tributos a todas las iglesias de la capital, aun a aquellas que no podían pagar a sus sacerdotes, debiendo aceptar como tales a los hombres cobardes y rastreros que Servando quería darles y que eran pagados por el Estado. Era el más mortal enemigo de los supuestos mártires y de sus protectores, a los cuales tendía lazos con una destreza y una astucia verdaderamente diabólicas. Una vez había acusado al abad Samson y al obispo de Córdoba, Valencio, de haber incitado a uno de sus discípulos a blasfemar contra Mahoma, y en esta ocasión había dicho al emir:

—Que vuestra alteza haga venir a Valencio y a Samson y les pregunte si creen que este blasfemo ha dicho la verdad. Si responden que sí, deben ser castigados ellos mismos como blasfemos; si, por el contrario, el temor les hace decir que han mentido, ordene vuestra alteza que les den puñales y mándeles que maten a ese hombre. Si se niegan, ya tenéis la prueba de que ese hombre ha sido su instrumento. Que me den entonces una espada y yo mataré a los tres (1).

---

(1) Samson, *Apología*, c. 5 y 9.

Pero habían transcurrido veinte años desde que había hablado de esta manera. Los tiempos habían cambiado desde entonces y los hombres del temple de Servando cambian con ellos. Dotado de una gran previsión, se había sentido de pronto dominado de un odio violento contra el emir, que caía del trono, y de una viva simpatía por el jefe del partido nacional, que creía iba a subir a él. Entonces empezó a acariciar a sus correligionarios que antes había perseguido, se confabuló con ellos e hizo todo lo posible para promover una sedición. La corte descubrió algo de sus proyectos y mandó prender a su hermano; pero advertido a tiempo, él mismo pudo aún salvarse con sus otros cómplices. Una vez fuera de la capital, ya estaba seguro, porque el poder del emir no se extendía más allá. No teniendo nada que temer concibió el proyecto de ocupar la importante fortaleza de Polei—hoy Aguilar—, una jornada al sur de Córdoba (1). Como no estaba mejor defendida que las otras fortalezas del emir, triunfó en su empresa. Después, habiéndose instalado en Polei, hizo proposiciones de alianza a Ben-Hafsun. Este aceptó con gozo su ofrecimiento, le envió algunos escuadrones y le recomendó que hiciera *razzias* incesantes en la campiña cordobesa. Ninguno habría podido dirigirlas mejor que Servando, que conocía a palmos aquella comarca y que, según los escritores árabes, era un intrépi-

(1) Véanse mis *Investigaciones*, t. I, p. 316.

do jinete. Al llegar la noche salía del castillo, al amanecer volvía a él, y entonces las cosechas destruídas, las aldeas incendiadas, los cadáveres que yacían en el suelo, indicaban la ruta que había seguido. El mismo fué muerto en un encuentro; pero sus compañeros prosiguieron la sangrienta obra que había comenzado (1).

Ben-Hafsun, que acababa de tomar a Baena (2), estaba ya en posesión de las fortalezas más importantes que se hallaban al sur del Guadalquivir. Casi toda Andalucía le prestaba obediencia; tan convencido de ello estaba el emir que ya no condecoraba a nadie con el vano título de gobernador de Elvira o de Jaén (3). Orgulloso de su actual poderío, el jefe de los renegados quiso hacerlo duradero. Convencido de que Córdoba caería bien pronto en sus manos y de que entonces sería el dueño de España, comprendía también que si seguía siendo lo que había sido hasta entonces tendría que luchar aun contra los árabes, que seguramente no se someterían a su autoridad si se presentaba a ellos a título de jefe de los españoles. Obtener otro título del califa de Bagdad, ser nombrado por él gobernador de España: tal era su ambición, tal era su proyecto. Su propio poder no perdería nada con esto; los califas no ejercían más que una autoridad nominal sobre las provincias alejadas del centro de su imperio;

(1) Ben-Hayan, fols. 70 r.-77 v.
(2) Ben-Hayan, fol. 69 v..
(3) Ben-Hayan, fol. 71 r.

y si el califa consentía en enviarle un diploma de gobernador, podía esperar que los árabes no se negarían a obedecerle, porque entonces no sería para ellos un español, sino el representante de una dinastía que respetaban como la primera de todas.

Adoptado este proyecto, entabló una negociación con el califa de Bagdad por medio de Ben-Aglab, gobernador de Africa, y para atraérselo le ofreció al mismo tiempo magníficos presentes. Ben-Aglab recibió muy bien sus insinuaciones, le envió presentes a su vez, le animó a persistir en su proyecto y le prometió hacer de modo que el califa le enviase el diploma que solicitaba (1).

Esperando el momento de enarbolar la bandera abásida, Ben-Hafsun se aproximó a Córdoba y estableció su cuartel general en Ecija (2). Desde allí volvía de vez en cuando a Polei para acelerar la terminación de las fortificaciones que había ordenado construir y que debían hacerle inexpugnable, para llevar refuerzos a la guarnición y para estimular el valor de los soldados cuando era necesario (3). Dentro de algunos meses, quizá dentro de algunos días, entraría vencedor en la capital.

Esta era presa de una tristeza sombría. Sin estar aún sitiada, sufría ya todos los males de un asedio. "Córdoba—dicen los historiadores ára-

(1) Ben-Hayan, fol. 71 r.
(2) Ben-Hayan, fol. 78 r.
(3) Ben-Hayan, fols. 70 r. y v. y 77 v.

bes—estaba en la situación de una ciudad fronteriza expuesta continuamente a los ataques de los enemigos." En diferentes ocasiones sus habitantes se despertaron sobresaltados en medio de la noche por los gritos de angustia de los infelices campesinos de la otra orilla del río degollados (1) por los jinetes de Polei. Una vez uno de estos jinetes tuvo la audacia de avanzar hasta el puente y lanzar su venablo contra la estatua colocada encima de la puerta (2). "El Estado se halla amenazado de una completa disolución—escribía un contemporáneo—; las calamidades se suceden sin interrupción; se roba y se saquea; nuestras mujeres y nuestros hijos son arrastrados a la esclavitud." (3). Todo el mundo se quejaba de la inacción, debilidad y cobardía del emir (4). Los soldados murmuraban porque no los pagaban. Las provincias habían dejado de enviar sus tributos y el tesoro estaba exhausto. El emir había hecho empréstitos; pero empleaba el poco dinero procedente de ellos en pagar a los árabes en las provincias que aun le eran fieles (5). Los mercados desiertos patentizaban la ruina del comercio. El pan estaba a un precio exorbitante (6). Nadie tenía fe en el porvenir; el desaliento había invadi-

---

(1) Ben-Hayan, fols. 70 r., 71 r. y 77 v.

(2) *Ajbar machmua*, fol. 111 v.

(3) *Tarij ben-Habib*, p. 157. Este libro fué escrito en esta época por un discípulo de Ben-Habib llamado Ben-Abirica. Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 32 y 33.

(4) Ben-Hayan, fol. 77 v.

(5) *Ajbar machmua*, fol. 111 v.; cf. Nouairí, p. 466.

(6) *Tarij ben-Habib*.

do todos los corazones. "Pronto—escribía el autor contemporáneo que ya hemos citado—, pronto el villano será poderoso y el noble se arrastrará en la abyección." Se recordaba con espanto que los Omeyas habían perdido su paladión, el estandarte de Abderrahmán I. Los faquíes, que consideraban todas las calamidades públicas como un castigo de Dios, y que llamaban a Ben-Hafsun azote de la cólera celeste (1), perturbaban la ciudad con sus predicciones lamentables. "¡Desgraciada de ti, oh, Córdoba—decían—; desgraciada de ti, vil cortesana, cloaca de impureza y disolución, morada de calamidades y de angustias, que no tienes amigos ni aliados! Cuando el capitán de nariz prominente y de fisonomía siniestra, cuya vanguardia se compone de musulmanes y su retaguardia de politeístas (2), llegue ante tus puertas, se cumplirá tu funesto destino. Tus habitantes irán a buscar un asilo en Carmona, ¡pero será un asilo maldito!" (3). En los púlpitos se fulminaban imprecaciones contra la morada de la iniquidad, como llamaban al palacio, y se anunciaba con gran precisión la época en que Córdoba caería en poder de los infieles. "¡Infame Córdoba—decía un predicador—, Alá te ha tomado odio desde que te has convertido en punto de cita de extranjeros, malhechores y prostitutas; él te hará experimentar

(1) Véase Ben-Adari, t. II, p. 117.
(2) Se sabe que los musulmanes llaman así a los cristianos.
(3) *Tarij ben-Habib*, p. 158.

su terrible cólera!... Ya veis, oyentes míos, que la guerra civil asuela toda Andalucía. Pensad, pues, en otra cosa que en vanidades mundanas... El golpe mortal vendrá del lado en que veis esas dos montañas, la montaña parda y la montaña negra... Comenzará al mes siguiente al del Ramadán; luego pasará un mes, después otro y ocurrirá una gran catástrofe en la gran plaza del palacio de la iniquidad. ¡Habitantes de Córdoba: guardad bien entonces a vuestras mujeres y a vuestros hijos! Procurad que ninguno de los que os son queridos se encuentre en las inmediaciones del palacio de la iniquidad o de la gran mezquita, porque ese día no se perdonará ni a los niños ni a las mujeres. Esta catástrofe ocurrirá un viernes, entre las doce y las cuatro, y durará hasta el anochecer. El sitio más seguro será entonces la colina de Abu-Abda, donde en otro tiempo se alzaba la iglesia..." (1).

El emir era, tal vez, el más desalentado de todos. Su trono, aquel trono tan ardientemente codiciado y que debía a un fratricidio, se había convertido para él en un lecho de espinas. Ya no tenía medios. Había ensayado una política que creía hábil y sensata, y había fracasado. ¿Qué hacer ahora? ¿Volvería a la enérgica política de su hermano? Bien lo hubiese querido, pero no podía,

(1) *Tarij ben-Habib*, pp. 159 y 160. Las últimas palabras significan evidentemente que los cristianos de Ben-Hafsun respetaban demasiado el lugar donde en otro tiempo se encontraba la iglesia para atreverse a cometer crímenes allí.

por carecer de dinero y de ejército. Además, la guerra le repugnaba. Abdala era un príncipe casero y devoto, que hacía una ruin figura en un campamento o en un campo de batalla. Tuvo, por lo tanto, que perseverar en su política pacífica, a riesgo de ser burlado nuevamente por el astuto renegado, que tantas veces le había engañado. Pero Ben-Hafsun, seguro de la victoria, no quería ya acomodamientos. En vano Abdala le suplicaba que le concediese la paz; en vano le ofrecía las condiciones más ventajosas: Ben-Hafsun rechazaba con desdén (1) todos sus ofrecimientos. Cada vez que sufría una repulsa, el emir, no esperando nada de los hombres, se volvía a Dios (2), se encerraba en su cámara con un eremita (3) o componía versos tan tristes como éstos:

"Todas las cosas de este mundo son transitorias; nada aquí abajo es duradero. Apresúrate, pues, pecador, a decir adiós a todas las vanidades mundanas, y conviértete. Dentro de poco estarás en el ataúd y arrojarán tierra húmeda sobre tu rostro antes tan hermoso. Conságrate únicamente a tus deberes religiosos, entrégate a la devoción y procura que el Señor de los cielos te sea propicio" (4).

Una vez, sin embargo, cobró ánimo; fué a fines

(1) Ben-Hayan, fol. 70 r.
(2) *Ajbar machmua*, fol. 111 v.
(3) Véase, acerca del respeto que Abdala tenía por los eremitas, Joxani, p. 322.
(4) Ben-Adari, t. II, p. 160.

del año 890, cuando le vinieron a ofrecer de parte de Ben--Hafsun la cabeza de Jair aben-Xakir, señor de Jódar. Veía en este acto un rayo de esperanza; le parecía que su terrible adversario iba, al fin, a concederle la paz que solicitaba hacía tanto tiempo; la cabeza de Jair era para él la prenda de una próxima reconciliación; Ben-Hafsun — pensaba — le mostraba reconocimiento por los consejos que le había dado, pues él mismo le había advertido que Jair sostenía un doble juego, y que al mismo tiempo que a Ben-Hafsun reconocía a otro soberano, a Daisam, príncipe de Todmir. Extremadamente celoso de su autoridad, Ben-Hafsun había hecho pronta y terrible justicia. Habiéndole pedido Jair un refuerzo, se lo había enviado; pero dando al mismo tiempo a su lugarteniente, que se llamaba en español el Royol y en árabe Al-Chamir—el Rojillo—, la orden secreta de cortar la cabeza al traidor (1). Por lo demás, Ben-Hafsun desvaneció bien pronto las ilusiones del monarca. Lejos de entablar negociaciones, sitió las fortalezas de la provincia de Cabra, que aun eran fieles al emir (2).

La situación no podía empeorar. Abdala comprendió al fin que era preciso arriesgar el todo por el todo, y anunció a sus visires que había resuelto atacar al enemigo. Los visires, estupefactos, le recordaron los peligros a que iba a exponerse.

---

(1) Ben-Hayan, fols. 18 v. y 70 v.
(2) Ben-Hayan, fols. 70 v. y 71 r.

—Las tropas de Ben-Hafsun—le decían—son mucho más numerosas que las nuestras y tenemos que habérnoslas con enemigos que no dan cuartel.

No por esto persistió menos en su propósito (1); y en verdad que por poco que tuviese conciencia de su nacimiento y de su dignidad debía preferir a su actual vergüenza una muerte honrosa en el campo de batalla.

XV (2)

Ben-Hafsun supo, con una mezcla de alegría y de asombro, la atrevida resolución adoptada por el emir.

—¡Ya es nuestra esa manada de bueyes!—dijo en español a Aben-Mastana—. ¡Que venga ese emir! Ofrezco quinientos ducados al que llegue a anunciarme que se ha puesto en camino.

Poco después recibió en Ecija la noticia de que la gran tienda del emir acababa de ser transportada a la llanura de Secunda. En seguida concibió el proyecto de ir a incendiarla. Si este golpe de mano tenía éxito, iba a poner en ridículo al emir. Seguido de algunos escuadrones, Ben-Hafsun llega a la explanada de Secunda al anochecer. Cae de repente sobre los esclavos y los arqueros que estaban de guardia cerca del pabellón;

(1) Ben-Hayan, fol. 71 v.
(2) Ben-Hayan, fols. 71 v. y 80 r.

pero éstos, aunque pocos en número, se defienden valientemente, y atraídos por sus gritos, los soldados se precipitan fuera de la ciudad para correr en su ayuda. Como en el fondo no se trataba más que de hacer una jugarreta al emir, apenas vió Ben-Hafsun que iba a acabar mal la empresa, ordenó a sus soldados volver grupas y marchar al galope a Polei. La caballería del emir los persiguió, matando a algunos.

Por insignificante que fuese este encuentro nocturno, adquirió a los ojos de los cordobeses proporciones gigantescas. Cuando, al amanecer, toda la población de la capital salió al encuentro de la caballería del emir, que volvía de perseguirlos, con algunos caballos apresados y algunas cabezas cortadas, no dejó de admirar estos trofeos, y se contaba con alegría y con orgullo que, al huir, Ben-Hafsun había abandonado el camino real y que al llegar a Polei no llevaba consigo más que un solo jinete.

Pronto, sin embargo, iba a entablarse un combate más serio, y sabiendo que tendrían que batirse uno contra dos, no estaban seguros del éxito. El ejército del emir no se componía más que de catorce mil hombres, de los cuales sólo cuatro mil eran tropas regulares; Ben-Hafsun, por el contrario, tenía treinta mil hombres. Sin embargo, el emir dió orden de ponerse en marcha y de tomar el camino de Polei.

El jueves 15 de abril del año 891 el ejército llegó cerca del riachuelo que corre a una media

legua del castillo, y, según costumbre, se convino por ambas partes que el combate tuviera lugar al día siguiente.

Este día, que era para los cristianos Viernes Santo—*véase la nota C al final de este tomo*—, el ejército del emir se puso en marcha al amanecer, mientras Ben-Hafsun distribuía sus soldados en orden de batalla al pie de la colina en que se asentaba el castillo. Estaban llenos de entusiasmo, y en su ardor guerrero se creían seguros del triunfo. No sucedía lo mismo en el campamento de Abdala. Aquel ejército era su último recurso; representaba toda la fortuna de los omíadas; si se hundía en un gran desastre, todo estaría perdido. Para colmo de desgracia, estaba tan mal capitaneado que poco faltó para que el general en jefe, Abdalmelic ben-Omeya, le entregase al enemigo por una inhábil maniobra. Ya le había hecho avanzar, y desaprobando la posición que había tomado, le mandó retroceder hasta una montaña situada al norte de la fortaleza. Comenzaba a ejecutarse esta orden cuando el general de la vanguardia—un valeroso cliente omeya llamado Obaidala, de la familia de los Beni-Abi-Abda—vuela hacia el emir gritando:

—¡Dios mío, Dios mío, ten piedad de nosotros! ¿Adónde te llevan, emir? ¿Estamos frente al enemigo y vamos a volverle la espalda? Entonces creerá que le tememos y vendrá a destrozarnos.

Y decía bien; Ben-Hafsun había advertido el error de su adversario y se apresuraba a apro-

vecharse de él. Así que el emir no discutió la exactitud de la observación de Obaidala y le preguntó qué debía hacer.

—Avanzar—respondió el general—, atacar vigorosamente al enemigo, y que se cumpla la voluntad de Dios.

—Haz lo que quieras—replicó el emir.

Sin perder un instante, Obaidala volvió rápidamente a su división y le ordenó caer sobre el enemigo. Las tropas se pusieron en movimiento, pero casi desesperaban del éxito.

—¿Qué piensas del resultado de esta batalla?—preguntó un oficial al teólogo Abu-Meruan, hijo del célebre Yahya ben-Yahya, y renombrado él mismo por su saber y su piedad hasta el punto que le llamaban *el xaij de los musulmanes.*

—¿Qué he de decirte, primo mío?—replicó el doctor—. No puedo darte por respuesta más que estas palabras del Todopoderoso: "Si Dios viene en vuestra ayuda, ¿quién podrá venceros? Si El os abandona, ¿quién os auxiliará?" (1).

El resto del ejército no estaba más tranquilo que la vanguardia. Los soldados habían recibido la orden de dejar su bagaje, de levantar las tiendas y de colocarse en orden de batalla; pero en el momento en que se hallaban ocupados en extender un pabellón para el emir se rompió un puntal destinado a sostenerlo y el pabellón cayó a tierra.

(1) Texto del Corán, sur. III, vs. 154.

—¡Mala señal!—murmuraron por todas partes.

—Tranquilizaos—dijo entonces un oficial de categoría—; eso no anuncia nada malo; lo mismo ocurrió en el momento en que iba a entablarse otra batalla, y, sin embargo, se alcanzó una brillante victoria.

Hablando así, levantó el pabellón con otro puntal que había cogido en los bagajes. También en la vanguardia, donde ya había comenzado la lucha, era preciso que los oficiales y los doctores de la religión borrasen el efecto producido por muchos malos presagios. Dotados de una feliz memoria, y tal vez de una fértil imaginación, no dejaban de citar precedentes cada vez que era necesario. En primera fila combatía Rahici, un valiente guerrero envejecido bajo el casco y la coraza, el cual era al mismo tiempo un poeta muy distinguido. Cada vez que hería con la lanza o la espada, improvisaba versos. De pronto cayó herido de muerte.

—¡Mal presagio!—gritaron los soldados, consternados—. ¡El primero que cae es uno de los nuestros!

—No—respondieron los doctores—; es, por el contrario, un presagio felicísimo, porque en la batalla de Guadacelete, donde derrotamos a los toledanos, el primero que cayó fué también uno de los nuestros.

Pronto el combate se hizo general en toda la línea; fué un barullo espantoso; al ruido de los instrumentos bélicos se mezclaba la voz de los

doctores musulmanes o de los sacerdotes cristianos, que recitaban oraciones o pasajes del Corán y de la Biblia. Contra lo que era de esperar, los realistas del ala izquierda obtenían cada vez más ventajas sobre el ala derecha de Ben-Hafsun. Después de haberla hecho retroceder, cortaban cabezas a porfía y se las llevaban al emir, que había prometido una recompensa a cada soldado que le presentase una. El no tomaba parte en el combate. Sentado bajo su pabellón, miraba a los demás batirse por él, y con su habitual hipocresía recitaba versos como éstos:

"¡Que otros pongan su confianza en el gran número de sus soldados, en sus máquinas de guerra, en su valor; yo no pongo la mía más que en Dios, único y eterno!"

Habiendo sido completamente derrotada el ala derecha de los andaluces, todo el ejército realista se arrojó sobre el ala izquierda, que mandaba Ben-Hafsun en persona; mas a pesar de sus esfuerzos, y aunque, según su costumbre, dió pruebas de un gran valor, no consiguió más que mantener a los soldados en su puesto. Más vehementes que firmes, tan predispuestos a desanimarse como a enardecerse, desesperaron demasiado pronto del éxito, y retrocediendo en el campo de batalla volvieron la espalda al enemigo. Unos emprendieron la fuga en dirección de Ecija, perseguidos por los jinetes realistas que los acuchillaban a centenares; otros, entre los cuales se ha-

llaba el propio Ben-Hafsun, fueron a refugiarse al castillo; pero como los fugitivos del ala derecha estorbaban la entrada, los recién venidos procuraron en vano abrirse paso, y para salvar a su jefe, los soldados apostados en las murallas tuvieron que cogerle en brazos, y sosteniéndole así quitarle del caballo, después de lo cual le introdujeron en el recinto.

Mientras la multitud aun se oprimía a la puerta del castillo, los soldados del emir saqueaban el campamento enemigo. Llenos de una alegría tanto mayor cuanto que era inesperada, se divertían en lanzar invectivas contra sus adversarios, todos cristianos a sus ojos, que habían perdido una batalla tan importante precisamente la antevíspera de Pascua.

—El juego ha sido muy divertido—dijo un soldado—. ¡Qué hermosa fiesta para ellos! La mayoría no verán el día de Pascua. ¡Es una verdadera lástima!

—¡Magnífica fiesta, en verdad—replicó otro—, y con muchas víctimas; toda fiesta religiosa debe tenerlas.

—Ved para lo que sirve una buena estocada—añadió un tercer interlocutor—; ellos habían *empinado el codo en la comunión, y si nosotros* no les hubiéramos quitado la borrachera, estarían ebrios todavía.

—¿Sabéis—observó otro que tenía algún barniz de historia—, sabéis que esta batalla se parece exactamente a la de la pradera de Rahit? Era

también un viernes que caía en día de fiesta, y nuestra victoria no es menos brillante que la que los ommíadas alcanzaron entonces. Ved cómo yacen esos puercos descuartizados al pie de la colina; en verdad que compadezco al suelo, condenado a sostener sus cadáveres; si pudiera quejarse, no dejaría de hacerlo.

Más adelante, el poeta de la corte, Ben-Abd-Rabihi, reproduce estas groseras y brutales bromas, estas palabrotas de cuartel en un extenso poema de mal gusto y lleno de juegos de palabras, pero que al menos tiene el mérito de expresar enérgicamente el odio y el desprecio que los realistas sentían hacia los andaluces.

Los soldados del emir tenían más de qué alegrarse. Ben-Hafsun quería permanecer en el castillo y soportar allí un asedio; pero los soldados de Ecija le declararon que su deber los llamaba a su ciudad que, según todas las apariencias, iba a ser sitiada por el emir. Ben-Hafsun se opuso enérgicamente a su partida; quiso hasta detenerlos a la fuerza en el castillo; pero ellos derribaron la muralla por el lado del Norte y huyeron a su ciudad natal. Abandonados a sí mismos, los demás soldados pretendieron que no había número suficiente para defender el castillo y que, por lo tanto, era preciso evacuarlo. Después de una larga resistencia, Ben-Hafsun cedió al fin a sus deseos. Salieron a media noche de la fortaleza; pero no fué una retirada, sino una precipitada fuga, un sálvese el que pueda general. Entre la

obscuridad y el espantoso desorden, el mismo Ben-Hafsun tardó mucho tiempo en encontrar una cabalgadura; al fin echó mano a un miserable jamelgo, perteneciente a un jinete cristiano, y habiendo montado en él, no cesaba de aguijonearle, intentando hacer galopar a aquella detestable cabalgadura que hacía muchos años había adquirido la costumbre de no marchar más que al paso. Había, en efecto, que apresurarse; pues habiéndose dado cuenta de la fuga de los enemigos, los realistas empezaron a perseguirlos.

—¡Y bien—dijo entonces Aben-Mastana, que galopaba al lado de Ben-Hafsun y que a pesar de la inminencia del peligro conservaba su buen humor, su despreocupación verdaderamente andaluza—; y bien, amigo mío, tú habías prometido quinientos ducados al que viniera a anunciarte que el emir se había puesto en marcha. Me parece que Dios te ha devuelto esa suma con usura. No es cosa tan fácil, sin embargo, vencer a los ommíadas; ¿qué piensas tú?

—¿Que qué pienso?—le respondió Ben-Hafsun, a quien la ira le había quitado las ganas de bromas—. Lo que pienso es que debemos imputar la desgracia que nos hiere a tu cobardía y a la de los que se te parecen. ¡No sois hombres vosotros!

Al amanecer del quinto día, Ben-Hafsun llegó a la ciudad de Archidona; pero no se detuvo allí más que un momento, y habiendo ordenado a sus habitantes ir a Bobastro lo más pronto posible, continuó su camino hacia esta fortaleza.

Por su parte, el emir, después de haber tomado posesión del castillo de Polei, donde encontró gran cantidad de dinero, de provisiones y de máquinas de guerra, mandó que le diesen el registro donde estaban inscritos los nombres de todos sus súbditos musulmanes. En seguida hizo traer a los prisioneros y les anunció que a todos los que estaban inscritos como musulmanes les perdonaba la vida con tal que jurasen que todavía lo eran; en cuanto a los cristianos, tendrían que perecer todos bajo el hacha del verdugo, a menos que abrazasen el islamismo. Todos los cristianos, que eran cerca de mil, prefirieron la muerte a la apostasía. Uno solo flaqueó en el mismo momento en que iba a herirle el verdugo, y salvó su vida pronunciando la profesión de fe musulmana. Todos los demás sufrieron la muerte con verdadero heroísmo, y acaso juzgue alguno que estos soldados obscuros tienen más derecho al título de mártires que los fanáticos de Córdoba que cuarenta años antes lo habían alcanzado.

Habiendo dejado suficiente guarnición en el castillo de Polei, el emir fué a sitiar a Ecija, y como esta ciudad tenía una guarnición muy considerable, gracias al gran número de fugitivos que se habían refugiado allí, opuso una resistencia tenaz.

Desgraciadamente, no encerraba bastantes víveres para alimentar a todos sus defensores. Al cabo de algunas semanas, el hambre se dejó sentir, y como se acentuaba de día en día, fué pre-

ciso pensar en capitular. Los andaluces entablaron parlamentos; pero el emir exigía que se rindieran a discreción. Ellos se negaron, aunque el hambre hacía estragos horribles en la ciudad, de suerte que sus habitantes, desesperados, enseñaban desde lo alto de la muralla a sus mujeres y sus hijos hambrientos a los sitiadores, implorando a grandes voces piedad. Al fin el emir se conmovió. Concedió a los sitiados una amnistía general, y después de recibir sus rehenes y de designarles un gobernador, tomó el camino de Bobastro y estableció su campamento en las inmediaciones de esta fortaleza.

Pero en Bobastro, en un terreno en que conocía cada colina, cada valle, cada desfiladero, Ben-Hafsun era realmente invencible. Harto lo sabían los soldados cordobeses; así que bien pronto empezaron a murmurar. Decían que la campaña había sido ya bastante larga; que no querían agotar las pocas fuerzas que les quedaban en una operación sin éxito, y que sus adversarios saldrían más bien pujantes que abatidos en una lucha en que, cuando se trataba de mantenerse a la defensiva, habían demostrado su superioridad más de una vez. Obligado a ceder a su voluntad, el emir ordenó la retirada, dirigiéndose a Archidona.

Antes de llegar, los cordobeses tuvieron que pasar por un desfiladero muy estrecho, donde fueron atacados por Ben-Hafsun; pero, gracias al talento y al valor de Obaidala, salieron honrosa-

mente de este encuentro. Habiendo ido después a Elvira, cuyos habitantes le entregaron rehenes, el emir volvió con su ejército a Córdoba.

XVI

La victoria alcanzada cerca de Polei había salvado al emir, en el momento en que parecía perdido. Polei, Ecija y Archidona, centinelas avanzados del partido nacional, estaban tomadas; Elvira, vuelto a la obediencia; Jaén, donde Ben-Hafsun retiró sus tropas, había seguido el ejemplo de Elvira (1). Eran, en verdad, hermosos éxitos, que produjeron gran impresión en la opinión pública por lo mismo que no eran esperados. Ben-Hafsun había perdido mucho prestigio; harto lo comprendía él. Sus embajadores, antes tan agasajados por Ben-Aglab, fueron desde entonces recibidos fríamente. Les decían que él también tenía rebeliones que sofocar y que por lo tanto no tenía tiempo para mezclarse en los asuntos de España (2). Naturalmente, no se preocupaban en Africa de apoyar a un pretendiente que se dejaba vencer, y no se volvió a hablar más de que el califa de Bagdad le nombrase gobernador de España. Por el contrario, el emir se había rehabilitado en el ánimo de muchos. Los pacíficos ciudadanos que, cansados de desorden y

(1) Ben-Hayan, fol. 77 v.
(2) Nouairi, p. 466; Aben-Jaldun, fol. 11 r.

de anarquía, veían en el restablecimiento del poder real el único medio de salvación, tomaban una actitud más decidida y firme. Pero si no podían desconocerse las ventajas que el emir había obtenido, tampoco debían exagerarse. El poder de Ben-Hafsun había sufrido, sin duda, un rudo golpe; pero estaba lejos de haber sido aniquilado; así que él no desesperaba de restablecerlo. Por de pronto necesitaba paz, y la solicitó. El emir se mostró dispuesto a concedérsela, siempre que le diera uno de sus hijos en rehenes. Ben-Hafsun prometió hacerlo; pero como tenía intención de reanudar las hostilidades tan pronto como le conviniera, engañó al emir enviándole no uno de sus propios hijos, sino el de uno de sus tesoreros que él había adoptado. Al pronto no fué descubierto el fraude; pero después se concibieron sospechas, se informaron y, descubierta la verdad, el emir la reprochó su mala fe, le exigió en rehenes un hijo verdadero, y como Ben-Hafsun no quisiera acceder a esta demanda, la guerra comenzó nuevamente (1).

El jefe andaluz recuperó con sorprendente rapidez el terreno perdido. Sabiendo que podía contar con los habitantes de Archidona, envió a esta ciudad hombres de su confianza, que procedieron tan hábilmente que la población se sublevó. Los dos empleados a quienes el emir había confiado el gobierno de la ciudad fueron apresados duran-

---

(1) Ben-Hayan, fol. 82 r. y v.

te la noche y entregados a Ben-Hafsun en el momento en que éste entraba en la ciudad con sus tropas—892—. Poco después, diputados de Elvira vinieron a comunicarle que también su ciudad había sacudido el yugo y que se contaba con su ayuda. Trasladóse allí e instaló una guarnición en la ciudadela. Pero el partido realista, que era muy numeroso en Elvira, no se dió por vencido. Secundado por el gobernador de Ubeda, tomó las armas, arrojó a los soldados de Ben-Hafsun, eligió un consejo municipal y trajo a la ciudad el gobernador que el emir había nombrado. Los partidarios de la independencia, intimidados por la proximidad del ejército del emir, que entonces sitiaba Carabuey, una de las fortalezas de Aben-Mastana, no se habían opuesto a esta revolución; pero tan pronto como el ejército volvió a Córdoba, levantaron la cabeza y, poniéndose en relaciones con Ben-Hafsun a espaldas del consejo, aprovecharon la obscuridad de la noche para introducir algunos de sus soldados en la ciudadela. Poco después, Ben-Hafsun, avisado del éxito de la empresa por las hogueras que sus partidarios habían encendido, entró también allí con el grueso de sus tropas, mientras los realistas, despertados de improviso por los gritos de júbilo de sus adversarios, quedaron tan estupefactos que no pensaron siquiera en resistir. Fueron castigados severamente y todos sus bienes confiscados, siendo decapitado el gobernador nombrado por el emir.

Dueño de Elvira, Ben-Hafsun volvió sus ar-

mas contra Aben-Chudi y contra los árabes de Granada. Comprendiendo que la batalla que iba a entablarse sería decisiva, Aben-Chudi había llamado en su auxilio a todos sus aliados. No dejó por eso de sufrir una terrible derrota, y como había cometido la imprudencia de alejarse de Granada, que era su punto de apoyo, sus soldados, que tenían que recorrer toda la vega antes de entrar en su fortaleza, fueron acuchillados en gran número. En opinión de los habitantes de Elvira, esta victoria era una amplia compensación de todos los descalabros anteriores. En efecto: los árabes habían quedado derrotados tan por completo que no pudieron jamás levantar la cabeza.

Orgulloso de su victoria, Ben-Hafsun marchó contra Jaén, donde fué tan afortunado como lo había sido en Elvira. Se apoderó de la ciudad, dejó en ella sus tropas y nombró un gobernador. Hecho esto, volvió a Bobastro (1).

Excepto Polei y Ecija, el año 892 le devolvió lo que el precedente le había quitado. Durante cinco años su poder permaneció casi el mismo, salvo que perdió Elvira. Había sorprendido a los realistas de esta ciudad; pero no los había vencido, y su conducta los había exasperado contra él; así que aprovecharon la primera ocasión para sacudir el yugo que les había impuesto. Esta ocasión se presentó en 893, cuando el ejército del emir, después de hacer una *razzia* en los alrededores de Bobas-

(1) Ben-Hayan, fols. 80 v.-82 r.

tro, se presentó a las puertas de la ciudad. El príncipe Motarrif, que mandaba el ejército, ofreció a los habitantes una amnistía general con tal que le entregasen al lugarteniente y a los soldados de Ben-Hafsun. La influencia de los realistas fué tan grande que los habitantes accedieron y desde entonces Elvira permaneció sumisa. El patriotismo y el amor a la libertad se habían entibiado; además, se había combatido más bien contra los árabes granadinos que contra el emir; para combatir a estos árabes era para lo que había sido llamado Ben-Hafsun, y desde que habían perdido la batalla de Granada, los árabes habían dejado de ser temibles. Aunque muy debilitados por la derrota, lo fueron mucho más por la discordia que estalló entre ellos, quedando divididos en dos fracciones, una adicta a Said aben-Chudi y la otra a Mohámed ben-Ada, el poderoso señor de Alhama, contra el cual Said sentía un odio tan violento que había puesto precio a su cabeza. La imprudencia de Said y la ligereza de su conducta agravaban aún más la situación; por su orgullo, su fatuidad y sus numerosos galanteos, se había atraído el odio de muchos jefes, y al fin uno de ellos, cuya felicidad doméstica había destruído, Abu-Omar Otman, resolvió lavar su deshonra con la sangre del seductor. Avisado de que su mujer había dado una cita a Said en casa de una judía, fué a ocultarse allí con uno de sus amigos, y cuando llegó Said se arrojó sobre él y le mató —diciembre del 897—.

Con este asesinato llegó al colmo la discordia. El asesino y sus amigos tuvieron tiempo de refugiarse en la fortaleza de Noalejo, al norte de Granada, donde proclamaron jefe a Ben-Ada. No queriendo malquistarse con el emir, le rogaron que confirmase su elección, y procuraron también convencerle de que habían matado a Said en bien del Estado, diciendo que había concebido el proyecto de rebelarse y que había compuesto estos versos:

"Ve, mensajero mío, ve a decir a Abdala que sólo una pronta fuga puede salvarle, porque un guerrero temible ha enarbolado el estandarte de la rebelión en las riberas del río de las cañas. Hijo de Meruan, devuélvenos el poder; a nosotros, a los hijos de los beduínos, es a quienes pertenece de derecho. ¡Pronto, que me traigan mi alazán con su mantilla bordada de oro, porque mi estrella brilla más que la suya!"

Tal vez estos versos eran realmente de Said; al menos no eran indignos de él. Sea lo que sea, el emir, que se consideraba feliz de que estos árabes hubieran condescendido a presentarle una justificación de su conducta, sancionó cuanto habían hecho. Pero los antiguos amigos de Said no reconocieron a Ben-Ada. El asesinato de su jefe los había llenado de indignación y de cólera. Inconsolables de su pérdida, olvidaban todas sus faltas y todos los agravios que les había inferido, para no acordarse más que de sus virtudes. Uno

de ellos, Micdam aben-Moafa, a quien Said había hecho azotar sin que mereciese este castigo, le compuso, sin embargo, este poema:

"¿Quién alimentará y vestirá a los pobres, ahora que yace en la tumba el que era la generosidad misma? ¡Ah! ¡Que los prados no se cubran de verdura, que los árboles estén sin hojas, que el sol no salga más, ahora que Aben-Chudi ha muerto, y ni los hombres ni los genios verán nunca otro igual!"

—¿Qué—exclamó un árabe cuando le oyó recitar estos versos—, elogias al que te ha mandado azotar?

—¡Por Dios—le respondió Micdam—, que me ha hecho un bien aun con su sentencia inicua, porque el recuerdo del castigo que me impuso me ha apartado de multitud de pecados que cometía antes. ¿No le debo por esto gratitud? Además, desde que me hizo azotar he sido siempre injusto con él; ¿creéis que he de continuar siéndolo ahora que ya no existe?" (1).

Otros, que habían sido los amigos íntimos de Said, ardían en sed de venganza.

"El vino—decía Asadi en un largo poema—, el vino que el escanciador me sirve no recobrará para mí su sabor hasta que mi alma obtenga lo que desea, hasta que vea a los jinetes galopar a

(1) Macári, t. II, p. 361.

rienda suelta para vengar al que era antes su alegría y su orgullo."

En efecto, Said fué vengado por sus amigos; pero los árabes continuaron luchando sin tregua. El emir y los andaluces no tenían otra cosa que hacer que dejarlos que se degollasen mutuamente (1).

La sumisión de Elvira fué una gran ventaja para el emir; pero aun obtuvo otras. Persuadido de que no ganaría nada haciendo la guerra a Ben-Hafsun, volvió con preferencia sus armas contra rebeldes menos poderosos. Su intención no era someterlos; no intentaba arrebatarles sus ciudades y castillos; quería solamente obligarlos a pagar tributo (2). Al efecto, procuraba que su ejército hiciese una o dos expediciones al año, asolando los sembrados de trigo, incendiando las aldeas, sitiando las fortalezas, y cuando el rebelde consentía en pagar tributo y en dar rehenes, se le dejaba en paz para ir a atacar a otro. Expediciones de este género no podían producir resultados prontos, decisivos ni brillantes, pero sí muy ventajosos. El tesoro estaba exhausto, y el gobierno comprendía harto bien que, para hacer la guerra en grande, era necesario proveerse del nervio de la guerra, es decir, de dinero, y con es-

---

(1) Ben-Hayan, fols. 83 r., 22 r. y v., 23 r., 47 v., 48 r. y 92 v.; Ben-al-Jatib, en mis *Noticias*, p. 259.

(2) Véanse los versos de Aben-Colzom—así es como Joxani, p. 308, enuncia este nombre—en Ben Adari, t. II, página 143.

tas *razzias* lo adquirían. La del año 895 se dirigió contra Sevilla y fué muy afortunada. Dicha ciudad continuaba en la misma situación; había un gobernador nombrado por el emir; su tío Hixen también residía allí; pero los que reinaban de hecho eran los Jaldun y los Hadchach. Estos jefes estaban muy contentos de su posición, que les proporcionaba todas las ventajas de la independencia sin los peligros que de ordinario trae consigo; hacían todo lo que querían, no pagaban tributo, y, sin embargo, no estaban en guerra contra el monarca. Creían, pues, que no podían hacer nada mejor para sus intereses que prolongar aquel estado de cosas, y cuando en el año 895 un empleado del emir vino a convocar a la nobleza, Ibrahim ben-Hadchach y Jalid aben-Jaldun, el hermano de Coraib, se apresuraron a responder al llamamiento y a trasladarse a Córdoba con sus tropas. Su aliado Solimán, de Sidona, y su hermano Maslama siguieron su ejemplo.

Todo el mundo estaba en la idea de que iba a hacerse una expedición contra los renegados de Todmir. ¡Cuál no sería el asombro y el espanto de Coraib cuando supo que en vez de encaminar el ejército hacia Levante le habían hecho marchar contra Sevilla; que Solimán había conseguido evadirse; pero que los demás oficiales y soldados de Sevilla y de Sidona habían sido presos por orden del príncipe Motarrif.

Era necesario adoptar medidas prontas y decisivas. Coraib las tomó. Haciendo que sus gentes

ocupasen todas las puertas del palacio, corrió a la sala en que se hallaba el príncipe Hixen.

—¡Bonita noticia! —exclamó, con los ojos llameantes de cólera—. ¡Acabo de saber que Motarrif ha apresado a mi hermano y a todos los demás parientes que se hallaban en el ejército. Pues bien, lo juro por lo más sagrado: si el príncipe se atreve a atentar contra la vida de uno solo de ellos, te corto la cabeza. Veremos hasta dónde llega su audacia. Entretanto, tú y todos los tuyos seréis mis prisioneros. Ninguno de tus sirvientes saldrá de palacio bajo ningún pretexto ni aun para comprar provisiones. Bien sé que aquí no las hay; pero eso no me importa. Decide tú mismo si deseas ver suspendida sobre tu cabeza la espada mortal y si te agrada la perspectiva de morir de hambre. No te queda más que un medio de salvarte: escribe al príncipe, dile que tu cabeza me responde de la vida de mis parientes, y haz de modo que me los devuelva.

Conociendo que Coraib no era hombre que se contentase con amenazas, Hixen se apresuró a obedecer; pero la carta que escribió a Motarrif no produjo el resultado apetecido: el príncipe, en vez de devolver la libertad a los prisioneros, continuó su marcha hacia Sevilla e intimó a Coraib a que le abriese las puertas. Temiendo por la vida de sus parientes, y no queriendo emprender nada sin que hubiesen llegado las tropas auxiliares que esperaba de Niebla y de Sidona, Coraib juzgó prudente mostrarse moderado y tratable.

Permitió, pues, a los soldados del emir entrar por pelotones en la ciudad y comprar víveres; además, ofreció pagar el tributo y devolvió la libertad al príncipe Hixen, que se apresuró a abandonar la ciudad.

Volviendo entonces sus armas contra el maadita Talib aben-Molub (1), Motarrif atacó sus dos fortalezas, Montefique, a orillas del Guadaira, y Monteagudo (2). Después de defenderse vigorosamente, Talib prometió pagar tributo y entregó rehenes. Medina, Ben-as-Salim y Vejer siguieron su ejemplo; Lebrija fué tomada por asalto y Motarrif instaló en ella una guarnición; pero Solimán, a quien pertenecía esta fortaleza y que entonces se hallaba en Arcos, atacó al ejército del emir antes de que llegase a Mairena, causándole grandes pérdidas. Furioso con este contratiempo, Motarrif se vengó mandando cortar la cabeza a tres parientes o amigos de Solimán que se hallaban entre los prisioneros.

Hacia fines de agosto, el ejército se encontraba de nuevo delante de Sevilla. Motarrif creía que Coraib se mostraría tan sumiso como la primera vez; pero se engañaba. Coraib había aprovechado el respiro que le habían dado para ponerse en estado de defensa, y habiendo llegado sus aliados a la ciudad, estaba resuelto a no ce-

(1) Se ha visto antes que este señor había sido aliado de los renegados de Sevilla.

(2) Monteagudo se encuentra cerca de Jerez. Véase Maldonado, *Ilustraciones de la Casa de Niebla*—en el *Memorial histórico,* t. IX, p. 96—.

der. Motarrif encontró, por lo tanto, las puertas cerradas. Entonces hizo cargar de cadenas a Jalid aben-Jaldun, a Ibrahim ben-Hadchach y a otros prisioneros; pero esto no le sirvió de nada. Lejos de intimidarse, Coraib salió de la ciudad y atacó bruscamente la vanguardia. Hubo un instante en que se temió un desastre; pero habiendo conseguido los oficiales reanimar a sus tropas, los sevillanos fueron rechazados. Entonces Motarrif hizo torturar a Ibrahim y a Jalid y atacó a Sevilla durante tres días consecutivos. No alcanzó ninguna ventaja; pero queriendo vengarse todo lo posible de los Jaldun y de los Hadchach, se apoderó de un castillo situado sobre el Guadalquivir y perteneciente a Ibrahim; después, habiendo quemado los barcos que halló en el fondeadero, mandó arrasar el edificio, y dando un hacha a Ibrahim, le obligó a trabajar cargado de cadenas en la destrucción de su propia fortaleza. Habiendo demolido en seguida otro castillo perteneciente a Coraib, tomó de nuevo el camino de Córdoba (1).

Habiendo vuelto el ejército a la capital y llegado el tributo de Sevilla, un visir aconsejó a su señor—que si bien había procurado atraerse a Ben-Hafsun no había hecho hasta entonces ninguna tentativa para reconciliarse con la aristocracia árabe—que devolviese la libertad a los prisioneros, obligándolos a prestar juramento de obedecerle desde entonces.

(1) Ben-Hayan, fols. 59 v.-62 r.; 84 r.-87 r.

—Si tienes prisioneros a esos nobles—le dijo—, servirás los intereses de Ben-Hafsun, que no dejará de apoderarse de sus castillos. Procura más bien atraértelos con vínculos de gratitud y te ayudarán a combatir al jefe de los renegados.

El emir se dejó convencer. Anunció a los prisioneros que los pondría en libertad a condición de que le entregaran rehenes y le jurasen cincuenta veces en la gran mezquita permanecerle fieles. Prestaron los juramentos exigidos y dieron rehenes, entre los cuales se encontraba el hijo mayor de Ibrahim, llamado Abderrahman; mas apenas volvieron a Sevilla, violaron sus juramentos, se negaron a satisfacer el tributo y se declararon en abierta rebelión (1). Ibrahim y Coraib se repartieron la provincia, de suerte que cada uno de ellos se quedó con la mitad (2).

Las cosas permanecieron en el mismo estado hasta el año 899; pero la discordia tenía que estallar inevitablemente entre los dos jefes porque eran demasiado iguales en poder para que quedasen amigos. Por eso no tardaron en querellarse, y entonces el emir atizó el fuego todo lo posible. Refería a Coraib los términos injuriosos en que Ibrahim hablaba de él, y advertía a Ibrahim los malos propósitos de Coraib en contra suya. Un día que había recibido una carta de Jalid muy ofensiva para Ibrahim, y que había escrito debajo su respuesta, la dió entre otras a uno de

(1) Ben-Hayan, fol. 62 r. y v.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 128.

sus criados, encargándole que las mandase. El sirviente tuvo el descuido de dejarla caer. La recogió un eunuco, la leyó y esperando una buena recompensa se la dió a un enviado de Ibrahim encargándole que se la entregara a su señor.

Cuando Ibrahim fijó los ojos en este escrito, no dudó más de que los Jaldun atentaban contra su poder, su libertad y tal vez contra su vida; pero comprendiendo al mismo tiempo que para vengarse de ellos debía recurrir a la astucia, se mostró muy amable y los convidó a comer. Ellos acudieron a su invitación. Durante la comida, Ibrahim les enseñó la carta de Jalid y los abrumó a reproches. Entonces se levantó Jalid y, sacando un puñal de su manga, hirió en la cabeza a Ibrahim, le desgarró el turbante y le hizo una herida en el rostro; pero Ibrahim llamó inmediatamente a sus soldados, que se precipitaron sobre los dos Jaldun y los asesinaron. Ibrahim hizo cortarles la cabeza, y arrojándolas al patio atacó a sus guardias, que estaban allí, mató a algunos y dispersó a los demás.

Desde entonces era el único dueño de la provincia; pero comprendiendo que necesitaba justificar su conducta ante el monarca, que aun tenía a su hijo en rehenes, le escribió diciéndole que no había podido obrar de otra manera; que, por otra parte, los Jaldun le habían incitado siempre a la rebelión; que en el fondo de su alma no había participado nunca de su modo de pensar, y que si el emir quería nombrarle gobernador, él

sufragaría todos los gastos exigidos por el servicio público y le daría además siete mil ducados por año. El emir aceptó su oferta; pero envió al mismo tiempo a Sevilla a un tal Casim para que gobernase la provincia en unión de Ibrahim. Este último no se preocupaba de que tenía un colega; así que al cabo de algunos meses anunció a Casim que podía pasarse muy bien sin sus servicios.

Habiéndose desembarazado tan caballerosamente de Casim, quiso también que el emir le devolviera su hijo. Pidióselo en diferentes ocasiones; pero siempre en vano; el emir se negaba tenazmente a desprenderse de este rehén. Entonces, esperando intimidar al monarca, le negó el tributo y propuso una alianza a Ben-Hafsun —900—(1).

Este ofrecimiento agradó extremadamente al jefe andaluz, que tres años antes había vuelto a apoderarse de Ecija (2). El año anterior había, al fin, dado un paso decisivo después de vacilar mucho: había abrazado el cristianismo con toda su familia. En el fondo del alma hacía mucho tiempo que era cristiano; solo el temor de perder a sus aliados musulmanes le había hecho violentarse hasta entonces y le había impedido seguir el ejemplo de su padre, que había vuelto al seno de la Iglesia muchos años antes (3). Los

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 128 y 129; Ben-Hayan, fol 62 v.
(2) Ben-Hayan, fol, 90 v.
(3) Ben-Hayan, fol. 82 v.

acontecimientos habían demostrado que sus preocupaciones no eran del todo infundadas. Yahya, hijo de Anatolio y uno de sus lugartenientes más distinguidos, le había abandonado; había querido servir bajo las órdenes del musulmán Omar ben-Hafsun; pero su conciencia le prohibía servir a las del cristiano Samuel—nombre que Omar había adoptado al recibir el bautismo—(1). Ben al-Jalí, señor berberisco de Cañete, que había sido hasta entonces su aliado, le declaró la guerra y procuraba aproximarse al emir. En todas partes aquel paso había producido una sensación profunda. Los musulmanes se decían con horror que en los dominios del maldito las más altas dignidades estaban servidas por cristianos, que los verdaderos creyentes no tenían allí nada que esperar y que eran tratados con una desconfianza marcadísima. Secundada por los faquíes, la corte explotaba hábilmente estos rumores, más o menos fundados, y procuraba persuadir a los fieles de que su salvación eterna estaba en peligro si no se levantaban en masa para aplastar al infame (2).

En estas circunstancias nada podía ser más grato a Ben-Hafsun que las proposiciones que recibió de parte del señor de Sevilla. Buscaba aliados por todas partes; había entrado en negociaciones con Ibrahim aben-Casim, señor de Acila,

---

(1) *Vita Beate Virginis Argentea*, c. 2.

(2) El *jabit*, como decían los árabes. Ben-Hayan, folio 95 r. y v.

en africa (1), con los Beni-Casi (2) y con el rey de León (3); pero una alianza con Ben-Hadchach era seguramente preferible para él, porque le rehabilitaría—así al menos lo esperaba—ante los musulmanes. Apresuróse, pues, a concertarla, y habiéndole enviado Ibrahim dinero y tropas de caballería, su poder llegó a ser más formidable que nunca (4).

El emir jugaba con desgracia; hiciese lo que hiciese, su política se volvía siempre en contra suya. La tentativa que había hecho para atraerse al más poderoso señor árabe había fracasado, lo mismo que los esfuerzos que antes había realizado para ganarse al jefe del partido español. Su situación era ahora deplorable. Para poder resistir la liga que se formaba contra él, tendría que exponer todas sus tropas y renunciar, por consiguiente, a las expediciones que las obligaba a hacer cada año para forzar a otros rebeldes a pagarles tributo; corría, pues, el riesgo de sucumbir por falta de dinero. Evidentemente, no podía elegir entre varios partidos, porque no le quedaba más que uno: humillarse ante Ben-Hafsun y hacerle proposiciones de paz, bastante ventajosas para que quisiera aceptarlas. Ignoramos las que le hizo; sólo sabemos que las negociaciones fueron muy largas, que la paz fué ultimada en 901

---

(1) Ben-Adari, t. I, p. 241.
(2) Ben-Hayan, fols. 94 v. y 95 r.
(3) Aben-Jaldun, fol. 11 v.
(4) Ben-al-Cutia, fol. 45 v.; Ben-Hayan, fols. 62 v. y 63 r.; Ben-Adari, t. II, p. 129.

y que Ben-Hafsun envió a Córdoba cuatro rehenes, entre los cuales figuraba uno de sus tesoreros, llamado Jalaf, y aben-Mastana (1).

Pero esta paz fué poco duradera. Sea que no le tuviese cuenta a Ben-Hafsun, sea que el emir no cumpliese las cláusulas del tratado, el caso es que se reanudó la guerra en 902. Durante este año, Ben-Hafsun celebró una entrevista con Ben-Hadchach en Carmona.

—Envíame — le dijo — tus mejores jinetes al mando del "noble árabe"—con este nombre quería designar a Tachil ben-abi-Moslim, general de la caballería sevillana—, porque tengo intención de ir a medir mis fuerzas en la frontera contra Ben-abi-Abda; espero vencerle, y al día siguiente saquearemos a Córdoba.

Tachil, que asistía a esta entrevista y que como verdadero árabe simpatizaba más con la causa del emir que con la de los españoles, sintióse herido del tono firme y desdeñoso con que Ben-Hafsun había pronunciado estas palabras.

—Abu-Hafs—le dijo—, no desprecies el ejército de Ben-abi-Abda. Es a la vez pequeño y grande, y aunque toda España se reuniese contra él no volvería la espalda.

—Noble señor—le respondió Ben-Hafsun—, en vano intentarías hacerme cambiar de parecer.

(1) Ben-Hayan, fols. 98 v. y 102 v. Este cronista quiere hacer creer que las primeras proposiciones vinieron de parte de Ben-Hafsun; pero la situación en que se hallaban los dos partidos prueba suficientemente que los primeros pasos fueron dados por el emir.

¿Qué puede ese Ben-abi-Abda? ¿Cuántos soldados tiene? En cuanto a mí, dispongo de mil seiscientos jinetes; añade a éstos los quinientos de Mastana y los tuyos, que acaso serán otros quinientos. Cuando todas estas tropas estén reunidas nos comeremos el ejército de Córdoba.

—Puede uno ser rechazado o vencido—repuso Tachil—. Por lo demás, no puedes disgustarte si no te animo en tu proyecto, porque conoces los soldados de Ben-abi-Abda tan bien como yo.

A pesar de la oposición de Tachil, Ben-Hadchach aprobó el plan de su aliado y ordenó a su general que fuera a reunirse con él.

Informado por sus espías de que el general ommíada acababa de abandonar el Genil y de establecer su campamento en el distrito de Estepa, Ben-Hafsun fué a atacarle. Aunque no tenía aún más que su caballería, alcanzó un éxito brillante y mató más de quinientos hombres al enemigo. Por la tarde llegó al campamento su infantería, compuesta de unos quince mil hombres. Sin darles tiempo para descansar, les ordenó estar dispuestos para reanudar la marcha; después, entrando en la tienda de Tachil, le dijo:

—Vamos, noble señor, salgamos a campaña.

—¿Contra quién?—le preguntó Tachil.

—Contra Ben-abi-Abda.

—¡Oh! Abu-Hafs, querer obtener dos triunfos en un solo día sería tentar al Eterno, sería mostrarse ingrato con él. Has cubierto de vergüenza al general enemigo; le has asestado un golpe tan

terrible que tardará en rehacerse mucho tiempo. Diez años habrán de transcurrir antes de que pueda devolvértelo. Ahora guárdate bien de inducirle a tomar una resolución desesperada.

—Vamos a abrumarle con fuerzas tan superiores que deberá dar gracias al cielo si aun le queda tiempo de montar a caballo y buscar su salvación en la fuga.

Tachil se levantó y mandó traer sus armas; pero mientras se ceñía la coraza:

—¡Dios es testigo—exclamaba—de que no tengo responsabilidad en este proyecto temerario!

Mientras los coligados, esperando sorprender al enemigo, se ponían en marcha guardando el más profundo silencio, Ben-abi-Abda, avergonzado todavía de su derrota, se hallaba a la mesa con sus oficiales. De repente llamó su atención una nube de polvo que se elevaba a lo lejos. Uno de sus mejores oficiales, Abd-al-Uahid Ruti, salió inmediatamente de la tienda para ver lo que era.

—Amigos míos—dijo al volver—, la obscuridad me impide distinguir bien los objetos; pero me parece que Ben-Hafsun vuelve contra nosotros con su caballería y su infantería, y que espera sorprendernos.

En un abrir y cerrar de ojos, todos los oficiales tomaron las armas, se abalanzaron a sus caballos y salieron con los suyos al encuentro del enemigo. Cuando se hallaron frente a éste muchos oficiales gritaron:

—¡Arrojad las lanzas y combatid al arma blanca!

Esta orden fué ejecutada en el acto, y entonces los realistas atacaron a sus adversarios con tal ímpetu que les mataron mil quinientos hombres y los obligaron a refugiarse en su campamento.

A la mañana siguiente el emir recibió la noticia de que su ejército había experimentado primero una derrota y en seguida había conseguido un triunfo. Irritadísimo contra los coligados, ordenó dar muerte a sus rehenes. Decapitaron a tres de los rehenes de Ben-Hafsun; el cuarto, Aben-Mastana, salvó su vida prometiendo ser fiel en adelante al emir (1). Entonces le tocó el turno a Abderrahman, el hijo de Ben-Hadchach; pero su padre no había escatimado el dinero ni las promesas para procurarse amigos en la corte, y no había cesado de decir que tan pronto como el emir le restituyese a su hijo, él volvería a la obediencia (2). Entre sus amigos figuraba el esclavo Badr, el cual se decidió a tomar la palabra en el mismo instante en que iban a cortar la cabeza a Abderrahman.

—Señor—dijo al emir—, perdona mi audacia y dígnate escucharme: los rehenes de Ben-Hafsun han dejado de existir; pero si ahora también haces matar al hijo de Ben-Hadchach, harás que estos dos hombres permanezcan unidos contra ti

(1) Véase Ben-Hayan, fol. 102 v.
(2) Véase Ben-Adari, t. II, p. 129.

hasta su última hora. Es imposible atraerse a Ben-Hafsun. porque es español; pero no es imposible ganarse la voluntad de Ben-Hadchach, porque es árabe.

El emir mandó llamar a sus visires (1) y les preguntó su parecer. Todos aprobaron el consejo de Badr. Cuando hubieron partido, Badr habló de nuevo al emir, asegurándole que si devolvía la libertad al hijo de Ben-Hadchach podría contar en lo futuro con la fidelidad del jefe sevillano. Después, viendo que el monarca vacilaba aún, fué a rogar a uno de sus amigos más influyentes, el tesorero Tochibi, que dirigiese al emir una nota induciéndole a seguir el consejo que Badr le había dado. La lectura de este escrito venció las vacilaciones de Abdala, que encargó entonces a Tochibi que fuese a entregar a Abderrahman en manos de su padre (2).

Renunciamos a describir la alegría que experimentó Ben-Hadchach cuando pudo abrazar a su hijo querido, que tantas veces había reclamado en vano durante seis largos años. Está vez supo mostrarse más reconocido que antes. Cuando decía, en la carta que había dirigido al emir después de la muerte de los Jaldun, que éstos le habían inducido siempre a la rebelión, parece que

(1) Ningún emir había tenido tantos visires a la vez. Algunas veces tenía trece. Haben-Hayan, fol. 5 r.

(2) Ben-al-Cutia, fol. 45 v.-47 r. Ben-Hayan (fols. 96 y siguientes) copió este relato; pero, según una redacción algo diferente, y en vez de colocarlo en el año 289 de la Héjira, lo ha colocado, por error, en el año 287.

decía la verdad. Coraib había sido su ángel malo; así que ahora que aquel hombre pérfido y ambicioso ya no existía, se portó de otro modo. Sin romper con Ben-Hafsun, al cual continuó enviando presentes (1), dejó, no obstante, de ser su aliado, y en vez de mostrarse hostil al emir, le envió puntualmente su tributo y su contingente en hombres. Su posición respecto al soberano fué de allí en adelante la de un príncipe tributario; pero en sus dominios ejercía un poder ilimitado. Tenía su propio ejército, que pagaba como el emir pagaba el suyo; nombraba a todos los empleados de Sevilla, desde el cadí y el prefecto de policía, hasta el último portero o alguacil. No le faltaba nada de lo que constituye la pompa real, ni un consejo áulico, ni una guardia de quinientos jinetes, ni un manto de brocado sobre el cual, bordados en letras de oro, se destacaban sus nombres y sus títulos. Por lo demás, ejercía noblemente el poder. Justo, pero severo, era inflexible con los malhechores y mantenía el orden con la mayor firmeza. Príncipe y mercader, hombre de letras y amigo de las artes, recibía en los mismos bajeles presentes de los príncipes de ultramar, tejidos de las ciudades manufactureras de Egipto, sabios de Arabia y cantadoras de Bagdad. La bella Camar, cuyas prendas había oído elogiar tanto, que la hizo comprar en una suma enorme, y el beduíno Abu-Mohamed Odhri, filó-

(1) Ben-al-Cutia, fol. 47 r.

logo del Hichaz, eran los más bellos ornatos de su corte. Este último, que cada vez que oía una frase incorrecta o un vocablo impropio tenía la costumbre de exclamar: "¡Ah, ciudadanos! ¿Qué habéis hecho de la lengua?", era un oráculo cuando se trataba de la pureza del lenguaje y de la delicadeza de la expresión. La espiritual Camar unía a su talento musical la elocuencia espontánea, el genio poético y un noble orgullo. Cierto día que unos ignorantes, infatuados de su noble alcurnia, habían denigrado su origen y su pasado, compuso estos versos:

"Ellos dijeron: "Cuando Camar llegó aquí, iba cubierta de andrajos; hasta entonces su oficio había sido conquistar corazones a fuerza de lánguidas miradas; caminaba entre el lodo de los caminos; vagaba de ciudad en ciudad. Es de baja extracción; su puesto no es figurar entre los nobles, y su solo mérito estriba en saber escribir cartas y versos." ¡Ah, si no fueran unos palurdos, no hablarían así de la extranjera! ¡Qué hombres, Dios mío, los que desprecian la verdadera, la única nobleza, la que procede del talento! ¿Quién me librará de ignorantes y de estúpidos? ¡Ah! La ignorancia es lo más vergonzoso del mundo, y si fuera necesario que una mujer fuese ignorante para entrar en el paraíso, preferiría que el Creador me enviase a los infiernos."

En general, parece que no hacía gran caso de los árabes de España. Acostumbrada a la exqui-

sita cortesía que reinaba en Bagdad, se encontraba fuera de su ambiente en un país que había conservado demasiadas huellas de la rudeza de los tiempos antiguos. Sólo el príncipe halló gracia a sus ojos, y en alabanza suya compuso estos versos:

"En todo el Occidente no hay un hombre verdaderamente generoso más que Ibrahim, que es la generosidad misma. Nada más grato que vivir cerca de él, y cuando se ha experimentado esta felicidad, sería un suplicio vivir en otro país" (1).

No exageraba al elogiar la generosidad de Ibrahim. En este punto todos eran de su opinión; así que los poetas de Córdoba, a quienes el avaro emir casi dejaba perecer de hambre, corrían en masa a su corte, con el laureado poeta Ben-Abd-Rabihi a la cabeza. Ibrahim los recompensaba siempre con una munificencia verdaderamente regia. Sólo una vez no dió nada: cuando Calfat, mordaz satírico, le recitó un poema lleno de amargos sarcasmos contra los ministros y cortesanos de Córdoba. Aunque acaso tuviera agravios contra algunos de aquellos personajes, Ben-Hadchach no dió ninguna muestra de aprobación, y cuando el poeta concluyó, le dijo fríamente:

—Te has engañado si has creído que un hom-

(1) Salimi—*apud* Maccari, t. II, p. 97—cita un trozo de verso que atribuye a Camar, y de donde podría deducirse que padecía nostalgia; pero estos versos son evidentemente de un hombre y no de una mujer.

bre como yo puede gozar escuchando tan innobles injurias.

Calfat regresó a Córdoba con las manos vacías. Contrariado y furioso, comenzó a vomitar su bilis:

—No me censures, no me censures, ¡oh, esposa mía!, si no ceso de llorar desde el viaje que hice. Este viaje me ha causado un dolor de que no podré consolarme nunca. Esperaba encontrar allí un hombre generoso, y no he encontrado más que un estúpido buho.

Ben-Hadchach no era hombre que aguantase tales groserías, y cuando supo cómo se vengaba el poeta, le mandó a decir estas palabras: "Si no dejas de difamarme, te juro por lo más sagrado que te haré cortar la cabeza en Córdoba y en tu propio lecho." Desde entonces, Calfat no compuso más sátiras contra el señor de Sevilla (1).

XVII

La reconciliación del emir con Ben-Hadchach inició una nueva era, la del restablecimiento del poder real. Sevilla había sido el punto de apoyo de la rebelión en todo el Occidente; así que en cuanto este punto de apoyo llegó a faltar, todos los demás distritos, desde Algeciras hasta Nie-

(1) Ben-Hayan, fols. 8 v.-11 r.; 97 v.-98; Ben Adari, tomo II, pp. 130-132; Macari, t. II, p. 97.

bla, volvieron forzosamente a la obediencia (1). Durante los nueve últimos años del reinado de Abdala pagaron el tributo con tal regularidad que no era necesario enviar tropas por aquella parte. El emir podía, por lo tanto, dirigir todas sus fuerzas contra el mediodía. Tan feliz resultado era debido a los prudentes consejos de Badr; así que el emir le estaba muy agradecido y le dió las pruebas más fehacientes de su reconocimiento. Le confirió el título de visir, le admitió en su intimidad y le otorgó una confianza tan grande que, aunque Badr no ostentaba el título de primer ministro, de hecho lo era (2).

En el Mediodía las campañas del emir fueron en adelante casi siempre felices. Su ejército tomó a Jaén en 903; en 905 ganó la batalla de Guadalbollón contra Ben-Hafsun y Aben-Mastana; en 906 arrebató Cañete a los Beni-al-Jali; en 907 obligó a Archidona a pagar tributo; en 909 arrancó Luque a Aben-Mastana; en 910 conquistó Baeza, y al año siguiente los habitantes de Iznajar se sublevaron contra su señor, Fachil-aben-Salama, yerno de Aben-Mastana, le mataron y enviaron su cabeza al emir (3). Aun la situación del Norte había mejorado notablemente. Hubo un instante—en el año 898—en que se temió que el más poderoso español del Norte y el más pode-

(1) Ben-al-Cutia, fol. 47 r.

(2) Ben-al-Cutia, fol. 47 r.; Ben-Hayan, fols. 4 r. y 9 v.

(3) Ben-Hayan, fols. 102 v., 104 r. y v., 105 r., 106 v. y 107 v.

roso español del Mediodía llegaran a entablar alianza. Mohámed-aben-Lope, perteneciente a la familia de los Beni-Casi, había prometido ir a la provincia de Jaén para conferenciar con Ben-Hafsun. La guerra que tenía que sostener contra Alancar, gobernador de Zaragoza, le impidió venir en persona; pero envió en lugar suyo a su hijo Lope, el cual había llegado ya a la provincia de Jaén, donde esperaba a Ben-Hafsun, cuando recibió la noticia de que su padre, que sitiaba a Zaragoza, había sido muerto—octubre del año 898—, y entonces volvió a su patria sin esperar la llegada de Ben-Hafsun. En lo sucesivo no volvió a hablarse más de este proyecto de alianza que había inspirado a la corte muy serios temores (1), y Lope, lejos de mostrarse hostil al emir, solicitó sus favores; así que el monarca le nombró gobernador de Tudela y de Tirazona. Lope empleó sus fuerzas en guerras continuas contra sus vecinos, tales como el señor de Huesca, el conde de Barcelona, el rey de León, el conde de Pallares y el rey de Navarra, hasta que fué muerto en un combate entablado con este último —907—(2). Su hermano Abdala, que le sucedió, volvió también sus armas no contra el emir, sino contra el rey de Navarra (3). Los Beni-Casi

---

(1) Ben-Hayan, fols. 94 v., 95 r., cf. 12 v., 13 r.; Ben-al-Cutia, fol. 47 v.; Ben-Adari, t. II, p. 143; Manuscrito de Meyá.

(2) Ben-Hayan, fols. 13 r., 89 v., 94 v.; Arib, t. II, páginas 145, 146 y 147.

(3) Arib, t. II, pp. 147, 152 y 153.

Abderrahman III

habían cesado de ser temibles para los Omníadas.

Evidentemente, las cosas tomaban en todas partes un aspecto más tranquilizador. En Córdoba se miraba ya el porvenir con más confianza. Los poetas dejaban oír cantos de victoria que no se habían escuchado hacía muchos años (1). Sin embargo, el poder real no había hecho aún más que progresos muy lentos, sin haberse logrado nada decisivo, cuando Abdala murió el 15 de octubre de 912, a la edad de sesenta y ocho años, después de veinticuatro de reinado.

El presunto heredero del trono se llamaba Abderrahman. Era hijo del primogénito de Abdala, del infortunado Mohámed, que había sido asesinado por su hermano Motarrif, de orden de su padre (2). Huérfano desde su más tierna infancia, había sido educado por su abuelo que, acosado sin cesar por los remordimientos de su conciencia, parecía haber concentrado en este niño todo el afecto de que era capaz y hacía mucho tiempo que le había designado para sucederle (3).

Pero Abderrahman no contaba entonces más que veintidós años (4), y podía temerse que sus tíos carnales o sus tíos segundos le disputasen la corona, porque no había allí ley que regulase

---

(1) Véanse los versos que se encuentran en Ben-Hayan, folio 105 r.

(2) Véase mi Introducción a la crónica de Ben-Adari, páginas 47 y 50.

(3) Ben-Adari, t. II, p. 162.

(4) Había nacido el 14 de enero del 891.

la sucesión; cuando el trono quedaba vacante subía a él de ordinario el mayor o el más capacitado de la familia real. Contra todo lo que era de esperar, nadie se opuso a la elevación de Abderrahman, y lo que es más, todos los príncipes y cortesanos saludaron este acontecimiento con alegría viendo en él la prenda de un porvenir de prosperidad y gloria. Es que el joven príncipe había sabido ya hacerse amar y había inspirado a cuantos le conocían una alta idea de su talento (1).

Abderrahman III, al proseguir la obra comenzada por su abuelo, siguió un camino completamente contrario. La política circunspecta y tortuosa de Abdala fué sustituída por una política franca, atrevida y audaz. Desdeñando los términos medios, anunció altivamente a los insurrectos españoles, árabes y berberiscos que lo que quería de ellos no era un tributo, sino sus castillos y sus ciudades. Prometía a los que se sometiesen amplio y completo perdón, y amenazaba a los otros con un ejemplar castigo.

Parece a primera vista que semejantes pretensiones debían coligar contra él a toda España; pero no fué así. Su firmeza no indisponía: avasallaba; y la línea de conducta que seguía, lejos de ser insensata, era la que indicaba claramente el estado de las cosas y de los espíritus.

Poco a poco todo había cambiado. La aristo-

---

(1) Ben-Adari, t. II, p. 162; Arib, t. II, p. 163; compárense los dos versos que cita Macari, t. II, p. 508.

cracia árabe no era ya lo que había sido al comienzo del reinado de Abdala. Había perdido sus más ilustres jefes; Said aben-Chudi y Coraib Aben-Jaldun ya no existían; Ibrahim ben-Hadchach también acababa de morir (1), y no había nadie con suficiente talento y consideración para ocupar el puesto que la muerte de estos hombres superiores había dejado vacío. Quedaba el partido español, que conservaba aún la mayoría de sus jefes y no parecía haber perdido mucho de su poder. Pero estos jefes iban envejeciendo, y el mismo partido no era ya lo que había sido treinta años antes cuando, lleno de ardor y de entusiasmo se había levantado por un común impulso a la voz de Ben-Hafsun para sacudir el yugo de la dominación extranjera. Aquel primer ardor se había calmado y enfriado. A la ardiente y vigorosa generación del año 884 había seguido una generación nueva que no tenía ni los agravios, ni el orgullo, ni las pasiones, ni la energía de la precedente. No habiendo sido oprimida por el poder real, no tenía motivos para odiarle. Se quejaba, es verdad, se consideraba profundamente desgraciada; pero los males que deploraba no eran los del despotismo, sino los de la anarquía y la guerra civil. Veía constantemente a las tropas del emir o a las de los insurrectos asolar campos que prometían una abundante cosecha;

---

(1) En 910, o en el año siguiente; véase Arib, t. II, página 153 (cf. p. 150), Ben-al-Abar, p. 97. La fecha que se encuentra en Ben-Adari, t. II, p. 132, es errónea.

cortar olivos en flor y naranjos cargados de frutos; incendiar caseríos y aldeas; pero lo que no veía, lo que siempre esperaba en vano, era el triunfo de la causa nacional. Cierto que el trono del emir se tambaleaba a veces; pero poco después se alzaba de nuevo firme como una roca. Esto era poco alentador. Acaso no formulaban su pensamiento íntimo; pero, a no dudarlo, sentían instintivamente que cuando una insurrección nacional no consigue su objeto al primer ímpetu, no lo consigue nunca. Tal había sido la impresión general cuando los éxitos alternaban aún para los dos partidos; mucho peor debía ser cuando los insurrectos no experimentaban más que reveses y en vez de avanzar atrasaban. Comenzóse entonces a preguntar de qué había servido la ruina o la muerte de tantos valientes, y si valía la pena de dejarse despojar o matar por una causa que el cielo no parecía favorecer. La población de las grandes ciudades, es decir, la que estaba más ansiosa de reposo y bienestar, había sido la primera en dirigirse esta pregunta, y, no hallando respuesta satisfactoria, se había dicho que, bien considerado todo, valía más la paz a cualquier precio, con industria y esperanza de enriquecerse, que la guerra patriótica con desorden y anarquía. Por esto Elvira se había sometido espontáneamente, Jaén se había dejado conquistar y Archidona había consentido en pagar tributo. En la Serranía, cuna de la insurrección, el entusiasmo había tardado más en enfriarse; pero

también allí comenzaron a manifestarse síntomas de cansancio y desaliento. Los serranos ya no se apresuraban a afiliarse a la bandera nacional, por lo que Ben-Hafsun se había visto obligado a seguir el ejemplo del emir y tomar a sueldo soldados mercenarios de Tánger (1). Desde entonces la guerra perdió mucho de su carácter primitivo. Se hizo aún más ruinosa, porque el objeto que se proponían los dos bandos era impedir que el enemigo pudiera pagar a sus tropas africanas; pero ya no tenía la energía salvaje de otros tiempos, ya no era tan sangrienta. Los bereberes de Tánger, siempre dispuestos a alistarse bajo la bandera enemiga por el menor aumento de soldada—*véase la nota D al final de este volumen*—, no consideraban la guerra más que como un juego lucrativo; cuidaban a sus adversarios, porque la víspera habían sido sus camaradas y lo serían quizá al día siguiente. En muchos combates no resultaban más que dos o tres hombres muertos, y hasta hubo algunos en que no murió nadie. Cuando habían sido heridos algunos hombres y se había cortado los jarretes a algunos caballos, creían haber hecho bastante (2). Querer conquistar la independencia con tales soldados, cuando el levantamiento en masa de una población irritada y entusiasta no había bastado para conseguirlo, era—harto lo comprendían—un proyecto quimérico. El mismo Ben-Hafsun pare-

(1) Ben-Hayan, fol. 91 v.
(2) Ben-Hayan, *passim*.

ce que estaba convencido de ello, porque el año 909 había reconocido como soberano suyo a Obaidala el Xiita, que acababa de arrebatar el norte de Africa a los Aglabidas (1). Esta singular alianza no produjo ningún resultado; pero prueba que Ben Hafsun no se atrevía ya a contar con sus compatriotas.

Añádase a estas causas de decaimiento general de las convicciones y de los ánimos la profunda desmoralización de los dueños de los castillos, sobre todo en las provincias de Jaén y Elvira. Estos señores habían olvidado por completo que habían empuñado las armas por un motivo patriótico. Dentro de sus torres del homenaje, que se elevaban hasta las nubes, se habían convertido en salteadores sin fe ni ley, que desde lo alto de sus muros almenados acechaban a los caminantes y caían sobre ellos con la rapidez de las aves de rapiña, sin distinguir al amigo del enemigo. En todos los caseríos y en todas las ciudades se maldecía a estos tiranos, y el que derribase sus colosales torres y los muros de sus detestados castillos podía estar seguro del reconocimiento de las poblaciones de los alrededores. ¿Quién había de hacerlo si el emir no lo hacía? ¿No es natural que las esperanzas del pobre pueblo se cifrasen en él?

Además, preciso es advertir que la lucha había perdido el carácter nacional, y, por decirlo así, universal, que había tenido en su origen, para

(1) *Aben-Jaldun, fol. 11 r.*

convertirse en meramente religiosa. Hasta entonces Ben-Hafsun no había hecho distinción entre musulmanes y cristianos; no preguntaba a nadie la religión que profesaba: bastábale que fuera español, que quisiera combatir por la buena causa y que supiese esgrimir una espada. Pero desde que él y Aben-Mastana (1), su más poderoso aliado, abrazaron abiertamente el cristianismo; desde que, devolviendo a la religión su pompa antigua, habían hecho construir por todas partes soberbias iglesias, no sucedía otro tanto. Ahora, Ben-Hafsun o Samuel, como se hacía llamar, no otorgaba su confianza más que a los cristianos, y eran solamente para ellos los puestos lucrativos y las altas dignidades. Bobastro se había convertido en el foco de un fanatismo tan sombrío y austero como el que sesenta años antes había animado a los monjes de Córdoba. La misma hija de Ben-Hafsun, la entusiasta y valerosa Argentea, daba el ejemplo. Resistiendo a las instancias de su padre, que, al perder a su mujer, Colomba, había querido encargarla de los cuidados domésticos, había fundado en el palacio mismo una especie de convento, y desesperando, como tantos otros, del triunfo de los andaluces, se dejaba devorar por la sed del martirio, pues un monje le había vaticinado que estaba destinada a morir por Cristo (2). Este celo por la religión cristia-

(1) Véanse los versos que se encuentran en Ben-Hayan, fol. 105 r. y v.
(2) *Vita Beat. Virg. Argentea*, c. 2 y 3.

na y este desdén hacia los musulmanes no agradaban del todo a gran parte de los que hasta entonces habían combatido por la independencia del país. Muchos de ellos, a pesar del odio que profesaban a los árabes, eran sincera y fervientemente adictos a la religión que les habían enseñado, pues ya se sabe que el español es casi siempre un exaltado creyente, cualquiera que sea la religión que haya adoptado. Otros, los que antes eran siervos y sus descendientes, querían impedir a todo trance que el cristianismo volviera a ser de nuevo la religión dominante, porque si llegaba a serlo no dejarían de resucitar antiguas pretensiones de las cuales serían víctimas. La religión se había convertido, pues, en la tea de la discordia. En todas partes los españoles musulmanes y los españoles cristianos se observaban con ojos desconfiados y celosos; en algunos distritos hasta se hacían una guerra mortífera. En la provincia de Jaén el renegado Ben-as-Xalia, cuando volvió a apoderarse de Cazlona, fortaleza que los cristianos le habían quitado, pasó toda la guarnición a cuchillo—898—(1).

Así, pues, este partido era mucho menos fuerte de lo que parecía. No tenía ya aquel fuego sagrado que es lo único que impulsa a realizar actos grandes y heroicos; estaba desunido; no subsistía más que pagando mercenarios africanos; estaba cansado de desorden; contaba en su seno con una

---

(1) Ben-Adari, t. II, p. 143.

turba de personas a quienes no repugnaba la idea de una reconciliación con el emir, defensor natural de la ortodoxia, con tal que ese emir no fuese Abdala. Reconciliarse con este tirano misántropo e hipócrita, que había envenenado a dos de sus hermanos, hecho ejecutar a un tercero y matar a dos de sus hijos, por simples sospechas, sin formación de causa (1); reconciliarse con semejante monstruo era imposible. Pero al fin había muerto, y su sucesor no se le parecía en nada. Este príncipe tenía todo lo necesario para captarse las simpatías y la confianza del pueblo, todo lo que agrada, deslumbra y subyuga. Tenía ese exterior que no es dado en vano a los representantes del poder, uniendo a la gracia que seduce el esplendor que impone (2). Todos los que se acercaban a él alababan su talento, su clemencia y la bondad de que ya había dado pruebas, ordenando la reducción de los impuestos (3). Interesaba además a las almas sensibles por la triste suerte de su padre, asesinado en la flor de la edad, y no se había olvidado que su padre había buscado un día asilo en Bobastro, afiliándose entonces bajo el estandarte nacional.

El joven monarca subía, pues, al trono bajo auspicios muy favorables. Las grandes ciudades no deseaban otra cosa que abrirle sus puertas. Ecija les dió el ejemplo. Dos meses y medio des-

---

(1) Ben-Adari, Introducción, pp. 44 y 62.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 161.
(3) Aben-Jaldun, fol. 12 v.

pués de la muerte de Abdala—31 de diciembre del 912—se rindió a Badr, que la sitiaba y que acababa de recibir el título de hachib, primer ministro (1). Pero Abderrahman quería recoger por sí mismo los laureles en el campo de batalla. Desde la primavera, en abril del 913, tomó el mando del ejército para ir a someter a los castellanos de Jaén. Hacía muchos años que las tropas no habían visto un emir a su cabeza; desde la campaña de Carabuey, en 892, Abdala no se había presentado en el campamento (2), y la ausencia del monarca había ejercido, sin duda, una influencia perniciosa sobre la moral de los soldados; así que ahora saludaban con entusiasmo al joven y brillante monarca que quería compartir con ellos no solamente su gloria, sino también sus fatigas y peligros.

Cuando llegó a la provincia de Jaén, supo Abderrahman que Ben-Hafsun había entablado negociaciones con el partido revolucionario de Archidona (3), y que esperaba hacerse dueño de esta ciudad. Destacó en seguida una brigada y ordenó al general que la mandaba fuese a caer sobre Archidona con la mayor velocidad posible. El general lo hizo tan bien que Ben-Hafsun quedó frustrado en su esperanza.

---

(1) Véase Arib, t. II, pp. 164 y 165.

(2) Ben-Hayan, fol. 81 r.

(3) Arib se equivoca cuando piensa que ya en esta época era Málaga la capital de la provincia de Regio. Véanse mis *Investigaciones*, t. I, pp. 322 y 323.

Por su parte, el emir fué a poner sitio a Monteleón. El señor de este castillo, Said ben-Hodail, uno de los más antiguos aliados de Ben-Hafsun, quiso mejor negociar que combatir. El domingo vió atacada su fortaleza, y el martes siguiente la rindió. Ben-as-Xalia, Ishac ben-Ibrahim, el señor de Montesa y otros siete castellanos apenas esperaron a que el emir llegase delante de las puertas de sus fortalezas para someterse y pedir el amán. Abderrahman se lo concedió, los envió a Córdoba bien escoltados, con sus mujeres y sus hijos, e instaló a sus lugartenientes en las fortalezas que ellos acababan de abandonar. En la provincia de Elvira ocurrió todo de la misma manera, y el emir no encontró resistencia hasta llegar a Fiñana. Allí los partidarios de Ben-Hafsun tenían la supremacía y habían persuadido a los demás vecinos de que la ciudad era inexpugnable. Sin embargo, la resistencia no fué larga. Habiendo visto arder las casas situadas en la vertiente de la montaña, en cuya cima estaba asentada la ciudad, los tibios comenzaron las negociaciones y consintieron en entregar a los exaltados como exigía el emir. Después, Abderrahman se aventuró en los senderos casi inaccesibles de Sierra Nevada. Allí también se rindieron todos los castellanos, sin excepción alguna. Súpose entonces que Ben-Hafsun amenazaba a Elvira. Sin pérdida de momento, el emir envió tropas en socorro de esta ciudad, y en cuanto recibió este refuerzo, la milicia de Elvira, ansiosa de mostrar su celo, se

puso en marcha para rechazar al enemigo, lo encontró cerca de Granada y lo puso en fuga, haciendo prisionero a un nieto de Ben-Hafsun.

Entretanto, Abderrahman sitiaba a Juviles, donde los cristianos de otros castillos se habían refugiado. El asedio duró quince días, al cabo de los cuales los andaluces musulmanes imploraron la clemencia del soberano y prometieron entregarle a los cristianos que se hallaban entre ellos. Cumplieron su promesa, y todos los cristianos fueron decapitados. Después, pasando por Salobreña y tomando el camino de Elvira, el emir atacó y tomó a San Estebán y a Peña Forata, dos nidos de buitre que eran el terror de los habitantes de Granada y Elvira.

Desde entonces las provincias de Elvira y Jaén quedaron pacificadas y expurgadas de bandidos. Una campaña de tres meses había bastado para obtener un resultado tan importante (1).

Tocóle entonces el turno a la aristocracia sevillana.

Después de la muerte de Ibrahim ben-Hadchach, le había sucedido en Sevilla su hijo mayor, Abderrahmán, y en Carmona su hijo segundo, Mohámed; pero habiendo muerto Abderrahman en 913, Mohámed—ídolo de los poetas, a quienes colmaba de dones como había hecho su padre—quiso también hacerse proclamar señor de Sevilla. No lo

(1) Arib, t. II, pp. 166-169.

consiguió. Había ya dado pasos para aproximarse al monarca, y en Sevilla querían permanecer independientes; se le acusaba, además, de haber hecho envenenar a su hermano, lo que no era, tal vez, más que una calumnia. Eligieron, pues, en perjuicio suyo a su primo hermano Ahmed aben-Maslama, un valiente guerrero. Mohámed quedó profundamente resentido, y como el emir, que no había querido reconocer al nuevo señor, había enviado un ejército contra Sevilla, se trasladó a la corte para ofrecerle sus servicios, que fueron aceptados por el emir.

El sitio fué sostenido con tanto vigor que Ahmed aben-Maslama pronto se vió obligado a buscar un aliado. Se dirigió a Ben-Hafsun, el cual vino una vez más en socorro de la aristocracia árabe amenazada. Pero la fortuna le había vuelto la espalda. Habiendo salido de Sevilla con sus aliados para atacar las tropas del emir, que habían establecido su cuartel general en la orilla derecha del Guadalquivir, sufrió tan terrible derrota que, dejando que los sevillanos se arreglaran como pudieran, volvió precipitadamente a Bobastro.

Ahmed aben-Maslama y los demás nobles de Sevilla comprendieron entonces que sería inútil prolongar la resistencia. Entraron, pues, en negociaciones con Badr, que acababa de llegar al campamento, y cuando obtuvieron la promesa de que el gobierno conservaría los usos y costumbres que habían tenido durante la jefatura de los Had-

chach, abrieron las puertas de su ciudad, el 20 de diciembre del 913 (1).

Mohámed-ben Hadchach, que había contado con que si se tomaba Sevilla sería en provecho suyo, y a quien habían ocultado cuidadosamente la negociación entablada, quedó muy sorprendido cuando recibió de parte de Badr una carta en que le anunciaba que la ciudad se había rendido y que, por consiguiente, podía retirarse. Retiróse, en efecto, pero con el corazón henchido de cólera y jurando vengarse. Al volver a Carmona se apoderó de un ganado que encontró perteneciente a los habitantes de Córdoba. Después, encerrado en su fortaleza, desafió al emir. Este no se enfadó con él. Le envió un empleado de la corte y le dió a entender, de un modo a la vez cortés y firme, que ya habían pasado los tiempos en que los nobles podían apoderarse impunemente de los bienes ajenos y que, por consiguiente, tenía que devolver el ganado robado. Mohámed se dejó persuadir y restituyó el ganado; pero, a pesar de su singular talento, desconocía aún la nueva faz de los tiempos. Habiendo sabido que el gobierno mandaba demoler las murallas de Sevilla, quiso aprovechar la ocasión para apoderarse de la ciudad con un golpe de mano, y el día menos pensado fué a atacarla. Fracasó en su temeraria empresa, y el emir se dignó, una vez más, enviarle a uno que le pusiera al corriente de las nuevas ideas. El pre-

(1) Ben-Adarí, t. II, pp. 133 y 134; Arib, t. II, p. 169.

fecto de policía, Casim-ben-Ualid el kelbita fué el encargado de esta misión. La elección no podía ser más acertada; Casim, que en el reinado de Abdala había sido durante algunos meses colega de Ibrahim ben-Hadchach, era amigo íntimo de Mohámed, y aún recientemente, en el sitio de Sevilla, se los había visto siempre juntos. Así que el emir no quedó defraudado en sus esperanzas: Casim cumplió su misión con tanto tacto e inteligencia, y habló tan bien, con tanta persuasión, que Mohámed acabó por prometer que iría a la corte con tal que se le permitiera dejar a su lugarteniente en Carmona; y habiendo consentido en ello el emir, trasladóse a Córdoba con numeroso séquito en abril del 914. El monarca le recibió con los mayores miramientos, le hizo hermosos presentes, lo mismo que a sus hombres de armas; le confirió el título de visir y le indujo a acompañarle en la nueva campaña que iba a emprender (1).

Esta vez el emir tenía intención de atacar la insurrección en su punto central, en la Serranía de Regio. Cierto que no podía esperarse allí obtener ventajas tan rápidas y brillantes como las conseguidas el año precedente en las provincias de Jaén y Elvira. En la Serranía, de donde el islamismo había sido desterrado casi por completo, había que habérselas con los cristianos, y Abderrahman había ya experimentado que los espa-

(1) Ben-Adari, t. II, pp. 134 y 135.

ñoles cristianos se defendían con más tesón que los españoles musulmanes. Sin embargo, creía que aun entre los cristianos habría algunos que, convencidos no sólo de su firmeza, sino también de su lealtad, se someterían espontáneamente. Y en efecto: el gobierno, preciso es decirlo en honor suyo, procedía con la mayor rectitud con los cristianos que habían capitulado. Había ocurrido recientemente que la querida de un señor cristiano, que se había rendido un año antes y que ahora residía en Córdoba se había dirigido al cadí diciendo que, siendo musulmana y de condición libre, quería ser emancipada de la dependencia en que estaba, puesto que no era permitido a un cristiano tener una musulmana por concubina. Mas apenas el primer ministro, Badr, supo que se había presentado esta demanda, cuando envió al cadí alguien que le dijera en su nombre: "El cristiano de que se trata no se ha rendido sino en virtud de una capitulación que no es lícito violar, pues tú sabes mejor que nadie que los tratados deben ser cumplidos escrupulosamente. No intentes, pues, quitar esta esclava a su dueño."

El cadí quedó un poco sorprendido de este mensaje y se figuró que el ministro usurpaba sus atribuciones.

—¿Es realmente el hachib el que te envía?— preguntó al mensajero; y cuando éste le hubo respondido afirmativamnte, dijo—: Bien bien, ve a decir a tu señor que mi deber es respetar todos los juramentos y que no puedo exceptuar el que

yo mismo he prestado. Voy a ocuparme, dejándolo todo, en la demanda de esta señora, que es musulmana y libre, fíjate bien.

Cuando hubo recibido esta respuesta, no pudo dudar el ministro de la disposición en que se hallaba el cadí. Sin embargo, le mandó a decir todavía: "No tengo intención de entorpecer el curso de la justicia, y nunca me permitiría exigirte un fallo inicuo. Lo único que te pido es que tengas en consideración los derechos que este señor cristiano ha adquirido al ultimar un tratado con nosotros. Ya sabes que tenemos el deber de tratar a los cristianos con equidad y con las mayores consideraciones. Decide ahora tú mismo lo que debes hacer" (1).

El cadí, ¿se dejó persuadir, o creyó, por el contrario, que la ley estaba por cima de los tratados? Se ignora; pero la conducta de Badr en esta ocasión prueba en todo caso la sinceridad del gobierno y el espíritu de conciliación que le animaba. Era una política noble y hermosa; añadamos a esto que era propia del carácter de Abderrahman. Este monarca era tan poco exclusivista que una vez quiso dar el empleo más elevado de la magistratura, el de cadí de Córdoba, a un renegado cuyos padres eran cristianos todavía, y costó mucho trabajo a los faquíes hacerle abandonar este proyecto (2).

No se engañó Abderrahman en sus esperanzas

(1) Joxani, pp. 333 y 334.
(2) Joxani, p. 336.

respecto de los castellanos cristianos de la Serranía. Muchos de ellos demandaron y obtuvieron la amnistía; pero Tolox, cuya guarnición animaba Ben-Hafsun con su presencia, se defendió con tanta tenacidad que el emir no pudo conquistarlo. Una vez la guarnición hizo una salida, y entonces se libró un combate muy sangriento (1). Otro castillo opuso también tanta resistencia que encolerizado Abderrahman juró no beber vino ni asistir a ninguna fiesta hasta que le hubiese tomado. Pronto quedó desligado de su juramento, porque no sólo se apoderó de este castillo, sino también de otro (2). Hacia la misma época, su flota le prestó un gran servicio, apresando muchos bajeles que traían víveres para Ben-Hafsun; a tal estrechez se hallaba reducido este jefe, que tenía que surtirse en Africa (3).

Al volver a su capital, pasó el emir por Algeciras y después por las provincias de Sidona y Morón. Quería dirigirse a Carmona, y el 28 de junio del 914 llegó a las puertas de esta plaza.

Habib, el lugarteniente de Mohámed, había enarbolado el estandarte de la rebelión. ¿Lo había hecho *motu proprio?* Parecía dudoso; decíase que lo había hecho instigado por su señor, y Abderrahman, que creía esta acusación fundada, encarceló a Mohámed y le despojó de su dignidad de visir. Después comenzó el asedio de Carmo-

(1) Arib, t. II, p. 171.
(2) Ajbar Machmua, fol. 116 r. y v.
(3) Arib, t. II, p. 171.

na. Habib no se defendió más que veinte días, al cabo de los cuales demandó y obtuvo el amán. En cuanto a Mohámed ben-Hadchach, como ya no era temible le pusieron pronto en libertad; pero no disfrutó mucho tiempo esta gracia, porque murió en abril del 915 (1). Fué el último de los Hadchach que desempeñó papel en la Historia.

En 915, un hambre terrible ocasionada por una larga sequía no permitió emprender la campaña. Los habitantes de Córdoba morían a millares y casi faltaban brazos para enterrar a los muertos. El emir y su ministro hicieron todo lo posible para aliviar la miseria; pero les costó mucho trabajo contener a los insurrectos que acosados por el hambre salían de sus montañas para apoderarse de los pocos víveres que aun quedaban en las llanuras (2). Al año siguiente fueron conquistadas Orihuela y Niebla, y ya el emir había restablecido su poder de tal modo que pudo emprender correrías contra los cristianos del Norte (3), cuando la muerte vino a librarle de su más terrible enemigo, pues en el año 917 Ben-Hafsun dejó de existir. Este acontecimiento causó gran alegría en Córdoba, pues ya nadie dudó de que la insurrección había de ser bien pronto sofocada (4).

El héroe español que durante más de treinta

---

(1) Ben-Adari, t. II, p. 135; Arib, t. II, pp. 171 y 172.
(2) Arib, t. II, pp. 173 y 175.
(3) Arib, t. II, pp. 176 y 177.
(4) Arib, t. II, p. 178.

años había desafiado a los invasores de su patria, y que tantas veces había hecho temblar a los Ommíadas en su trono, debía bendecir a la Providencia, que le hacía morir en aquella hora, evitándole así el triste espectáculo de la ruina de su partido. Murió indómito, lo cual en aquellas circunstancias era todo lo que podía esperar. No le fué dado libertar a su patria y fundar una dinastía; pero es preciso reconocer en él un héroe verdaderamente extraordinario y tal como España no lo había tenido desde el tiempo en que Viriato juró librar a su país de la dominación romana.

XVIII

La guerra en la Serranía duró aún diez años. Omar ben-Hafsun había dejado cuatro hijos: Chafar, Solimán, Abderrahman y Hafs, que casi con una sola excepción habían heredado si no el talento al menos el valor de su padre. Solimán se vió obligado a rendirse en marzo del 918, a alistarse en el ejército del emir y a tomar parte en las campañas contra los reyes de León y Navarra (1). Abderrahman, que gobernaba en Tolox, y para quien los libros tenían más atractivo que las armas, se rindió también, y habiendo sido conducido a Córdoba, pasó el resto de su vida copiando manuscritos (2). Pero el poderío de Cha-

(1) Arib, t. II, p. 178; Aben-Jaldun, fol. 13 v.
(2) Arib, t. II, pp. 182 y 183.

far era todavía formidable; así al menos lo creía el emir, porque cuando sitiaba a Bobastro, en 919, no se negó a entrar en parlamentos con él, y cuando Chafar le ofreció rehenes y un tributo anual, aceptó la proposición (1). Sin embargo, poco después Chafar cometió una falta gravísima que llegó a ser fatal para él. En opinión suya, su padre se había equivocado al declararse cristiano con toda su familia, y hasta cierto punto esta apreciación era justa, porque es incontestable que Ben-Hafsun se había enajenado el corazón de los andaluces musulmanes con su cambio de religión; pero una vez hecho, ni Ben-Hafsun ni sus hijos podían retractarse; desde entonces debían apoyarse únicamente en los cristianos y triunfar o sucumbir con ellos. Los cristianos eran los únicos que habían conservado la energía y el entusiasmo, mientras que los musulmanes eran traidores en todas partes, como lo probaba lo ocurrido poco tiempo antes en la fortaleza de Balda. Cuando dicha fortaleza fué sitiada por el emir, la parte musulmana de la guarnición se pasó toda entera al enemigo, mientras los cristianos se dejaron matar hasta el último antes que rendirse (2). Sin embargo, Chafar, que no se daba cuenta exacta de la situación en que se encontraba, aun creía en la posibilidad de reconciliarse con los andaluces musulmanes, y queriendo atraérselos, manifestó claramente su intención de

(1) Arib, t. II, p. 181 y 182.
(2) Arib, t. II, p. 181.

volver al islamismo. Esto fué lo que le perdió. Horrorizados con la idea de tener por jefe a un infiel, sus soldados cristianos tramaron contra él un complot, y habiéndose entendido con su hermano Solimán, le asesinaron—920—, después de lo cual proclamaron a Solimán, que se apresuró a reunirse con ellos (1).

El reinado de Solimán no fué afortunado. Bobastro era presa de las más furiosas discordias. Estalló una insurrección; Solimán fué expulsado, sus prisioneros puestos en libertad y su palacio saqueado; pero poco tiempo después sus partidarios lograron introducirse en la ciudad, él mismo entró en ella disfrazado, y habiéndose ganado al populacho, prometiéndole el pillaje, lo llamó a las armas. Quedó como dueño, e inexorable en su venganza hizo decapitar a la mayoría de sus adversarios. "Alá—dice un historiador de Córdoba—dejaba a los infieles degollarse mutuamente porque quería extirpar hasta la raíz sus últimos vestigios" (2).

Solimán no sobrevivió mucho tiempo a su restauración. Habiendo sido desarmado en una escaramuza el 6 de febrero del 927, fué muerto por los realistas, que saciaron su ira en el cadáver cortándole la cabeza, las manos y los pies (3).

Sucedióle su hermano Hafs; pero la hora funesta estaba a punto de sonar. En el mes de ju-

---

(1) Aben-Jaldun, fol. 13 v., 11 r.; Arib, t. II, p. 189.
(2) Arib, t. II, p. 194.
(3) Arib, t. II, p. 104.

nio del año 927 el emir fué a asediar a Bobastro, resuelto a no levantar el sitio hasta que se rindiese la ciudad. Habiendo ordenado construir por todas partes obras formidables y reedificar una antigua fortaleza romana medio derruída, que se alzaba en las inmediaciones, cercó la plaza por todas partes y la privó de víveres. Durante seis meses Hafs resistió los esfuerzos del enemigo; pero al fin se rindió el viernes 21 de enero del 928, y las tropas del emir tomaron posesión de la ciudad. Hafs fué trasladado a Córdoba, lo mismo que todos los demás habitantes, y desde entonces sirvió en el ejército de su vencedor. Su hermana Argentea se retiró a un convento, y probablemente la habrían dejado tranquila si hubiera consentido en vivir ignorada; pero, entusiasta, fanática y aspirando hacía mucho tiempo a la palma del martirio, irritó a la autoridad declarando que era cristiana, y como ante la ley era musulmana, puesto que aun lo era su padre en la época en que ella nació, fué condenada a muerte como culpable de apostasía. Sufrió la sentencia con un valor heroico, mostrándose así digna hija del indomable Omar ben-Hafsun —931—(1).

Dos meses después de la rendición de Bobastro el emir fué en persona a esta ciudad. Quería ver con sus propios ojos aquella orgullosa fortaleza que durante medio siglo había desafiado los

(1) Arib. t. II, pp. 206-208; *Vita Beat. Virg. Argentea*, c. 4 hasta el fin.

incesantes ataques de cuatro emires. Cuando hubo llegado, cuando desde lo alto de las murallas dirigió sus miradas sobre los almenados bastiones y las torres colosales; cuando midió con la vista la altura de la montaña, tallada a pico, sobre la cual estaba asentada la *fortaleza*, y la profundidad de los precipicios que la circuían, exclamó que no había otra semejante en el mundo, y lleno de reconocimiento hacia el Eterno que se la había entregado, se arrodilló, se deshizo en acciones de gracias, y mientras permaneció allí observó un ayuno riguroso. Desgraciadamente para su gloria, tuvo la debilidad de dejarse arrancar una concesión a la cual no debía haber accedido. Queriendo ver también ellos la ciudad temible que había sido el baluarte de una religión que odiaban, los faquíes habían ido en pos del emir, y en Bobastro no le dejaron descansar hasta que les permitió abrir las tumbas de Omar ben-Hafsun y de su hijo Chafar. Después, viéndolos enterrados a la usanza cristiana, no se avergonzaron de turbar el reposo de los que dormían el sueño eterno, y sacando los cuerpos del sepulcro los enviaron a Córdoba, con orden de clavarlos en postes. "Estos cuerpos—exclama un cronista de aquel tiempo, con bárbara alegría—, estos cuerpos fueron así una saludable advertencia para las gentes malintencionadas y un dulce espectáculo para los ojos de los verdaderos creyentes.

Las plazas que aun se encontraban en poder de los cristianos no tardaron en rendirse. El emir

las hizo arrasar todas, excepto algunas que juzgó conveniente conservar para mantener el país en la obediencia, haciendo trasladar a Córdoba a los hombres más influyentes y peligrosos (1).

La Serranía estaba pacificada; pero antes de que lo estuviera, el emir había sojuzgado ya la rebelión en otros muchos lugares. En las montañas de Priego, los hijos de Aben-Mastana habían tenido que cederle sus castillos; en la provincia de Elvira, los bereberes de la familia de los Beni-Mohalab habían sido obligados a deponer las armas (2). Monte-Rubio, en la frontera de Jaén y Elvira, había sido tomado. Construída sobre una montaña colosal y escarpadísima, esta fortaleza había inspirado largo tiempo al gobierno serios temores. Allí se habían albergado gran número de cristianos que descendían a cada instante de su nido para saquear los caseríos de los contornos o para desvalijar y asesinar a los viajeros. En 922 había sido sitiada sin resultado esta madriguera por el emir durante un mes; pero no fué tomada hasta cuatro años después (3). En 924 muchos rebeldes de la región valenciana se vieron obligados a someterse (4). En el mismo año el emir fué a tomar la frontera superior a todos los Beni-Casi (5), debilitados por las guerras que habían sostenido entre sí y contra el

(1) Arib, t. II, pp. 209 y 210.
(2) Arib, t. II, p. 191.
(3) Arib, t. II, pp. 192 y 204.
(4) Arib, t. II, p. 196.
(5) Ben-al-Cutia, fol. 47 v.

rey de Navarra, y los obligó a alistarse en su ejército (1). Dos años después, el general Abd-al-Hamid aben-Basil sostuvo una campaña muy feliz contra los Beni-Dinun (2).

No teniendo ya nada que temer por el Sur, el emir pudo volver todas sus fuerzas contra los rebeldes de otras provincias, y obtuvo éxitos tan rápidos como decisivos. En 928 envió tropas contra el xaij Aslami, señor de Alicante y de Callosa, en la provincia de Todmir. Este árabe, que era un bandido y un disoluto de la peor especie, había fingido siempre una gran devoción. Cuando empezó a hacerse viejo, abdicó en su hijo Abderrahman, *no queriendo—decía—pensar* desde entonces más que en su salvación; de hecho asistía con la mayor regularidad a todos los sermones y a todas las plegarias públicas; pero esta piedad aparente no le impedía ir de tiempo en tiempo a merodear en las tierras de sus vecinos; y habiendo muerto su hijo luchando contra los realistas, tomó de nuevo el mando. No lo conservó mucho tiempo; el general Ahmed ben-Ishac tomó sus fortalezas una después de otra, y habiéndole obligado a someterse, le hizo llevar a Córdoba con toda su familia (3). Hacia la misma época, Mérida y Satarén se rindieron, sin que las tropas que el emir había enviado contra ellas necesita-

---

(1) Ben-al-Cutia, *Loco laud.;* Arib, t. II, pp. 175, 176, 187 y 195.

(2) Arib, t. II, p. 204.

(3) Ben-Hayan, fol. 16 v., 17 r.; Arib, t. II, pp. 210 y 211.

sen desenvainar la espada (1). Al año siguiente, Beja volvió también a la obediencia, después de haber opuesto durante quince días una resistencia tenaz (2). Después dirigió el emir sus armas contra Jalaf aben-Becr, príncipe de Ocsonoba; pero este renegado le envió a decir que estaba dispuesto a pagar tributo y que si no lo había hecho antes, lo lejano de su provincia debía servirle de excusa. Este príncipe era muy amado de sus súbditos, para los cuales habían sido siempre muy buenos él y sus predecesores, y el monarca comprendió que si persistía en su designio de someterle obligaría a los habitantes del Algarbe a tomar una resolución desesperada. Contra su costumbre, concertó una transacción: consintió en que Jalaf aben-Becr fuera no su súbdito, sino su vasallo, su tributario; el príncipe de Ocsonoba sólo tenía que comprometerse a satisfacer un tributo anual y a no dar asilo a los insurrectos (3).

La sumisión de Badajoz, donde reinaba aún un descendiente de Aben-Meruan el Gallego, exigió mayores esfuerzos. La ciudad no se rindió más que después de un año de asedio—930—(4).

Para ser dueño de la herencia de sus abuelos, no le faltaba a Abderrahman más que someter a Toledo.

---

(1) Arib, t. II, p. 211.
(2) Arib, t. II, pp. 214 y 215.
(3) Arib, t. II, p. 215.
(4) Arib, t. II, p. 214, 216 y 217.

Comenzó por enviar allí una diputación de faquíes encargados de hacer presente a los habitantes que, habiéndose sometido todo el reino, sería una locura por su parte continuar dándose tono de república. Esta tentativa resultó inútil. Enamorados de la libertad de que habían gozado durante ochenta años, ya bajo la protección de los Beni-Casi, ya bajo la de los reyes de León, los toledanos dieron una respuesta si no altanera al menos evasiva. Viéndose obligado a recurrir a las medidas extremas, el monarca hizo sus preparativos con la firmeza y prontitud que le caracterizaban. Desde el mes de mayo del año 930, y antes de que se reuniese el gran ejército que pensaba oponer a los rebeldes, envió contra Toledo a uno de sus generales, el visir Said-aben-Mondir, ordenándole que comenzase el sitio. En el mes de junio marchó él mismo contra la ciudad, con el grueso de sus tropas, y habiendo establecido su campamento a orillas de Algodor, cerca del castillo de Mora, intimó al renegado toledano que mandaba allí que la evacuase. Esta simple intimación fué suficiente, pues comprendiendo la imposibilidad de defenderse contra el numeroso ejército del emir, el renegado se apresuró a abandonar la fortaleza. Abderrahman puso en ella una guarnición; después fué a establecer su campamento cerca de Toledo, en una montaña que llevaba entonces el nombre de Charancas. Dejando vagar sus miradas sobre los jardines y los viñedos, comprendió que el cementerio próximo a la

puerta era el paraje más apropiado para el cuartel general. Haciendo avanzar sus tropas hacia este cementerio, mandó cortar los trigos y los árboles frutales de los alrededores e incendiar las aldeas, y atacó a los toledanos con el mayor vigor. Sin embargo, el sitio duró más de dos años. El emir, a quien nada desalentaba, hizo construir una población sobre la montaña de Charancas, y la ciudad de Al-Fath—La Victoria—, construída en algunos días, demostró a los toledanos que el sitio no sería levantado nunca. Contaban todavía con el auxilio del rey de León; pero su ejército fué rechazado por los realistas (1). Al fin, apremiados por el hambre abrieron sus puertas. La alegría que Abderrahman experimentó cuando tomó posesión de la ciudad fué casi tan grande como la que había sentido al hacerse dueño de Bobastro, y la demostró con las fervientes acciones de gracias que dirigió al Todopoderoso (2).

Arabes, españoles, bereberes, todos habían sido vencidos; todos habían sido obligados a doblar la rodilla ante el poder monárquico, y el principio de la monarquía absoluta fué proclamado más rudamente que nunca, en medio de un silencio universal. Pero las pérdidas sufridas por los diferentes partidos en esta larga lucha no eran iguales. El partido más maltratado era, indudablemente, el que representaba la independencia indivi-

(1) En el libro siguiente daremos detalles sobre esta expedición de Ramiro II.
(2) Arib, t. II, pp. 217-224.

dual, como la representaban los germanos en Francia y en Italia, es decir, la aristocracia árabe. Obligada a sufrir un gobierno más absoluto y mucho más fuerte que el que había intentado derribar, un gobierno que le era hostil por naturaleza y que se dedicaba sistemáticamente a quitarle todo influjo sobre la marcha de los negocios, estaba condenada a abatir el rumbo suavemente, perdiendo en cada reinado algo de su brillo y su fortuna. Y he aquí justamente lo que era un consuelo para los españoles y lo que éstos consideraban como una especie de victoria. Habiendo tomado las armas menos por odio al emir que a la nobleza, podían decir que, hasta cierto punto, habían triunfado, pues a falta de otra satisfacción, al menos tenían la de estar en adelante al abrigo de los desdenes, los insultos y la opresión de la nobleza. Ya no formarían un pueblo aparte, un pueblo de parias desterrado de la sociedad. El objeto que Abderrahman III se había propuesto conseguir, y que efectivamente consiguió al cabo de algún tiempo, era la fusión de todas las razas de la península en una verdadera nación (1). Habían, pues, cesado las antiguas distinciones, o por lo menos tendían a desaparecer cada vez más, para dar lugar a las de jerarquías, clases y estados. Cierto que esta igualdad no era más que la igualdad dentro de la sujeción; pero a los ojos de los españoles era un bien inmenso,

(1) Arib, t. II, p. 210, l. 13.

y por de pronto apenas pedían otra cosa. En el fondo, sus ideas sobre la libertad eran aún muy vagas; la monarquía absoluta y el despotismo administrativo no les eran antipáticos; al contrario, esta forma de gobierno era para ellos una antigua tradición; no habían conocido otra, ni bajo la dominación de los reyes visigodos ni bajo la de los emperadores romanos, y la prueba de que no imaginaban aún otra mejor es que ni aun durante la guerra que habían sostenido para reconquistar la independencia habían hecho, en general, más que débiles esfuerzos para obtener la libertad.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

NOTAS

Nota A, pág. 33.

Los árabes escriben el nombre de Carteya exactamente lo mismo que el de *Cartagena*. Parece que ya en el siglo VIII se decía Carteyana, en vez de Carteya. En el siglo XVII se veía aún sobre las ruinas de Carteya una torre que se llamaba Carteyana o Cartagena, hoy torre del Rocadillo. Véase Caro, *Antigüedades de Sevilla*, fol. 123, col. 4; *España Sagrada*, t. IV, p. 24, y Barrantes Maldonado, *Ilustraciones de la casa de Niebla*—en el *Memorial histórico español*—, tomo IX, p. 369.

Nota B, pág. 67.

Es muy singular que los historiadores árabes difieran acerca de la fecha de un acontecimiento tan importante como la sublevación del arrabal meridional de Córdoba contra Alhaquen I. Todos convienen en que tuvo lugar en el mes del Ramadán; pero unos la colocan en el año 198 de la Héjira y otros en el año 202. Ben-Adari y Aben-Jaldun la colocan en el 202; Nouairi la consigna en el 198; pero añade que otros la ponen en 202;

en fin, Ben-al-Abar indica no sólo el año 202, sino también el día de la semana y el del mes, pues dice que la revolución empezó el miércoles trece días después del comienzo del Ramadán.

A pesar de estos testimonios, seguramente respetables, he creído que debía adoptar la fecha de 198. He aquí por qué:

1.° Según Ben-al-Abar y Ben-Adari, una parte considerable de los rebeldes fué a refugiarse en Toledo, "estando entonces esta ciudad rebelada contra Alhaquen". Esta noticia viene muy bien con el año 198 porque en esta época Toledo estaba sublevado realmente; pero no con el año 202, porque en el año 199 Alhaquen se había hecho dueño de Toledo—véase Ben-Adari, t. II, p. 76—, y durante todo el resto del reinado de este príncipe, esta ciudad permaneció en la obediencia.

2.° La fecha de 198, en que Nouairi refiere la rebelión, está confirmada por un historiador muy antiguo y respetable, Ben-al-Cutia. Este autor no cita el año, pero dice que la entrevista de Alhaquen con Talut tuvo lugar un año después de la sublevación, y que después de esta entrevista Alhaquen fué atacado de una enfermedad que minó sus fuerzas durante siete años y que acabó por llevarle a la tumba. Coloca, pues, la rebelión ocho años antes de la muerte de Alhaquen, ocurrida, según todos los historiadores, en 206.

3.° La fecha de 198 está también confirmada por el testimonio de Macrizi, historiador que trabajaba no sobre documentos arábigo-españoles,

sino sobre crónicas egipcias. Macrizi afirma que los andaluces llegaron a Alejandría en 199; este mismo año los atacó el gobernador de la ciudad, a quien ellos habían destituído; hacia fines del año 200, Abdalaziz marchó contra ellos. Es imposible que todas estas fechas sean erróneas.

Nota C, pág. 256.

Según la regla establecida por el concilio de Nicea, la solemnidad pascual en el año 891 debiera haber tenido lugar el 4 de abril; pero como los cronistas árabes colocan la batalla de Polei en el año 278 de la Héjira—el cual comenzó el 15 de abril del 891—, es probable que los andaluces hubieran celebrado su Pascua según el sistema de su compatriota Migecio, sistema que menciona y condena el Papa Adriano I en una carta dirigida al obispo Egila. Véase esta carta en la *España Sagrada*, t. V, p. 532, c. 6.

Nota D, pág. 297.

En 896, durante el sitio de Vélez, muchos jinetes y peones del ejército del emir, atraídos por la esperanza de mejor sueldo, se pasaron al enemigo—Ben-Hayan, fol. 88 v.—. Durante el sitio de Lorca hubo numerosas deserciones en el ejército del emir y en el de Daisam—Ben-Hayan, folio 89 r.—. En 897, doce soldados de Tánger, secuaces de Ben-Hafsun, fueron a ofrecer sus servicios al general del emir—Ben-Hayan, fol. 91 v.—. En

el último año del reinado de Abdala, los regimientos de Tánger que este príncipe tenía a su servicio desertaron en masa—probablemente por el atraso de sus pagas—, para afiliarse bajo las banderas de Ben-Hafsun y de su aliado Said ben-Hodail de Monteleón. Poco después tuvieron en Bobastro y en Monteleón una disputa violenta con sus nuevos compañeros, vinieron a las manos y casi todos los berberiscos fueron muertos. Los que sobrevivieron a esta catástrofe volvieron al campamento del emir y obtuvieron el perdón—Ben-Hayan, fol. 107 r.; Arib, t. II, p. 152—.

FIN DE LAS NOTAS DEL TOMO SEGUNDO

Abderrahaman I
Hixem (virtuoso) Segun Malic Ben Anas, fundador de malikita, el unico digno de ocupar el trono de los [illegible]
+ 796.
Alhakem . "Jornada del foso," en Toledo gobernado por [illegible]
Sublevación de los renegados en Cordoba. Expulsión de los rebeldes
se refugiaron mitad en Oriente, y mitad en Fez cuya pob
se habia fundado por Ydris.
Abderrahaman II (+ 842)

ÍNDICE

[illegible]

(1) Ben Hafsun murio el año 917 (pag 311)